

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
TIFFANY ROBERTS



LA COMPAÑERA DE LA ARAÑA #2

CAUTIVADO

CAUTIVADO

La Compañera de la Araña #2

TIFFANY ROBERTS

Índice

[Cautivado](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[UNIDO](#)

[ACERCA DE LOS AUTORES](#)

Cautivado

Él la conquistó, pero fue él quien quedó cautivado.

Ketahn no quería una compañera, pero el destino le dio a Ivy Foster. Ahora, lo único que desea es disfrutar de su pequeña humana.

Sin embargo, el destino no se conforma con hacer las cosas tan sencillas.

Con una reina enfurecida buscándole, Ketahn sabe que la Maraña no es un lugar seguro para su compañera. Tienen que marcharse. Sin embargo, Ivy no abandonará a su gente y él no puede reprimir su compasión. Al despertar a los demás humanos de su sueño mortal, Ketahn tiene más bocas que alimentar y los hilos de su red corren peligro de romperse.

Para mantener a salvo a Ivy y a su gente, debe aplacar a la reina que le persigue. Debe aventurarse en los dominios de Zurvashi y enfrentarse a su ira... y a su deseo.

La fuerza de su hilo del corazón, y de su vínculo con Ivy, se pondrá a prueba.

Ketahn no permitirá que ese hilo se rompa, aunque tenga que cortar todos los demás.

Copyright © 2021 por Tiffany Freund y Robert Freund Jr.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser utilizada o reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna por ningún medio, incluyendo el escaneo, fotocopiado, carga y distribución de este libro a través de cualquier otro medio electrónico sin el permiso del autor. Esto es ilegal, excepto en el caso de breves citas incluidas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Este libro no ha sido creado con IA, y no autorizamos que nuestro trabajo sea usado para entrenar IA.

Tiffany Roberts

authortiffanyroberts@gmail.com

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se emplean de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con hechos, sitios, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Portada 2020 por Sam Griffin

Traducido por Rosa Pérez Varón

✧ [Creado con Vellum](#)

A todos nuestros compañeros amantes de los monstruos, gracias por apostar por nosotros.

A Sam Griffin, nuestro artista de portadas, te queremos y apreciamos más de lo que crees.

Capítulo Uno

—El *Khan'ul* Garra de la Reina ha muerto —espetó Ketahn en vrix—. Por los Ocho, ¿qué he hecho?

Ivy apretó el asta de la lanza contra su pecho. La oscuridad se cernía a su alrededor, más profunda y siniestra por la luz de color rojo sangre del pasillo, y se encontró luchando contra la absurda sensación de que se la tragaría.

Se le contrajo el pecho, haciendo que le doliera su respiración acelerada, y el latido de su corazón le retumbaba en los oídos. El miedo y la adrenalina le amargaban en la lengua.

«Por favor, que no le hagan daño».

Inspirando lenta y entrecortadamente, dejó la lanza en el suelo y se acercó a Ketahn. El hedor del agua rancia se intensificó a medida que se acercaba a la irregular grieta por la que se inclinaba el suelo. Era imposible distinguir entre la sangre y el agua negra que se acumulaba en el suelo. Afortunadamente, la oscuridad hacía que el cuerpo vrix que yacía bajo Ketahn fuera lo bastante difuso como para que Ivy no se fijara en ningún detalle.

Un gruñido tenso retumbó en el pecho de Ketahn. Aquel gruñido se transformó en un rugido de palabras en su idioma, pronunciadas con demasiada rapidez y ferocidad para que Ivy pudiera distinguir gran cosa.

Ketahn pisó con dos patas al vrix muerto, empuñó su lanza y la arrancó de la espalda del cadáver. Era imposible negar que el líquido oscuro que brotó no era sangre. Ivy jadeó y retrocedió a trompicones cuando la sangre salpicó sus pies.

Con una fuerte sacudida del arma, Ketahn sacudió los restos de la punta de la lanza. Los sonidos de los trocitos de carne golpeando el agua eran nauseabundos.

—Él no te tendrá —dijo Ketahn—. Ni ella me tendrá a mí.

Ivy tragó con fuerza y levantó una mano para tocar el brazo de Ketahn.

—¿Ketahn?

Él se puso rígido durante un instante; esa calma no ofrecía ninguna señal de lo que vendría a continuación. Solo fue ligeramente consciente del sonido de la lanza de Ketahn al caer cuando él giró sobre sí mismo, estrechó a Ivy entre sus brazos y la atrajo contra sí en un intenso abrazo. Ivy le rodeó con los brazos y las piernas como si fuera lo más natural del mundo, como si lo hubiera hecho un millón de veces a lo largo de mil vidas.

Ya no importaba ninguno de los olores desagradables del aire. Cuando Ivy inhaló, llenó sus pulmones con el aroma especiado de Ketahn, y con eso le bastó.

Una de sus manos le acarició el pelo, alisándoselo, mientras enterraba la cara entre su hombro y su cuello. Tras una áspera exhalación que le calentó el hombro y le hizo salir volando

mechones de pelo hacia atrás, Ketahn inspiró profunda y entrecortadamente. Deslizó las patas delanteras alrededor de ella y las rozó por la parte posterior de sus muslos.

Cogiéndole un mechón de pelo, tiró de él hacia atrás, levantándole la barbilla mientras estrechaba su abrazo.

—Ella *jamás* te tendrá —le roncó contra su cuello.

—Nadie me va a llevar —Ivy cerró los ojos—. Soy tuya, Ketahn. Nadie me tendrá salvo tú.

Él se estremeció y sus vibraciones la envolvieron. Ivy sabía que ella era lo único que mantenía entero a Ketahn, lo único que lo calmaba. Lo abrazó, enredando los dedos en su pelo, sintiéndose reconfortada por su contacto, por la forma en que le acariciaba el pelo, la espalda y el cuerpo. Deseaba que todo desapareciera, excepto él, pero todo era tan real como cuando se había despertado en aquel mundo desconocido hacía semanas.

Había embarcado en el *Somnium* para escapar de su pasado. Pero no podía escapar del presente.

—¿Estás herido? —le preguntó.

—No.

Había más elementos ocultos en aquella sencilla palabra de los que Ivy podía descifrar, pero al menos sabía que estaba siendo sincero.

—¿Quién era, Ketahn?

Se aferró a ella un poco más fuerte mientras un nuevo gruñido le recorría el pecho.

—Durax. Fue enviado por la reina. Era su *Khan'ul* Garra. Su cazador.

—¿Y quería llevarte con ella?

Ketahn gruñó de forma afirmativa. El sonido fue cortado por un zumbido bajo, de tono amargo, un indicio de que aún había algo más que no decía... o que aún no estaba preparado para decir.

—Tenemos que irnos, Ivy.

Se enderezó y levantó la cabeza, mirándola brevemente antes de recorrerla con los ojos. Sus mandíbulas se crisparon. Brillaban bajo la infernal luz roja, e Ivy no dudaba de lo que ocultaban.

No tenía ninguna duda de lo que le esperaba a *ella* ahora.

Con otro gruñido frustrado, Ketahn lanzó una última mirada al vrix derrotado, retiró una mano de Ivy para recoger las lanzas y la transportó a la sala de estasis por la que habían entrado en la nave.

La puso en pie, aunque no le quitó las manos de encima.

Ivy era igual de reacia a soltarse de él. Una vorágine emocional rugía en su interior. Había visto, hecho y sentido tantas cosas hoy que le parecía que había pasado toda una vida desde que se despertó en los brazos de Ketahn esa misma mañana. Una parte de ella deseaba sentirse insensible; la muerte, el dolor y el breve sabor de la esperanza habían sido demasiado.

Pero insensibilizarse era un asunto de todo o nada, y no quería empañar sus sentimientos por Ketahn ni siquiera lo más mínimo. Su vínculo con él era lo único que la mantenía en pie.

Frunció el ceño y le miró.

—No... no podemos abandonar a los demás humanos.

—Tenemos que hacerlo —Se separó de ella y se sentó en el suelo lleno de escombros—. Ven, hilo de mi corazón.

Sin sus manos sobre su cuerpo, el aire frío recorrió a Ivy sin problemas, dejando un hormigueo incómodo bajo su piel. Se estremeció y miró por encima del hombro. El corte en el casco era como las fauces dentadas de un enorme monstruo, que únicamente conducía a la oscuridad y a lo desconocido.

Ivy se apresuró a rodear a Ketahn y se subió a sus patas traseras, acercándose todo lo que pudo a su torso. Rodeó con los brazos el abdomen de Ketahn. Él se levantó, colocando una gran mano sobre las dos de ella. No le importaba que su piel estuviera pegajosa por la sangre, simplemente necesitaba el consuelo de su tacto.

—¿Crees que había otros cazadores con él? —preguntó.

—Si es así, no están cerca. Aún no.

Con una lanza en cada mano, avanzó a grandes zancadas.

—¿Aquí están... a salvo los demás humanos?

Por algún motivo, le recorrió una nueva ráfaga de emoción, y emitió uno de esos sonidos graves e inhumanos que Ivy sintió más que oyó.

—Están a salvo. Es todo lo que puedo decir.

De no ser por la sangre de Durax que se le resecaba en la piel por donde Ketahn la había manchado involuntariamente, Ivy podría haberle insistido. Pero había visto más que suficiente para darse cuenta de que no era el momento ni el lugar para hacerlo.

Se sujetó con fuerza mientras Ketahn atravesaba la abertura. Se movía con una lentitud y cuidado deliberados, con las dos lanzas preparadas. Incluso cuando apartó los tubos y cables que colgaban, permaneció en silencio. Pero ella sabía que su calma exterior era pura fachada.

Sus corazones latían con fuerza, su pulso fluía hacia ella a través de todos los puntos de contacto entre sus cuerpos, más rápido y fuerte de lo habitual.

Tendrían mucho de lo que hablar cuando llegaran a casa. Solo le quedaba esperar que Ketahn fuera sincero con ella.

El aire del exterior de la nave se tornó inmediatamente más cálido y denso. Ivy tuvo la inquietante sensación de cruzar por primera vez a un mundo nuevo y desconocido, y una punzada de horror y agitación le golpeó el pecho, pero fue retrocediendo.

Ahora la *Somnium* le parecía extraña, de otro mundo. Esta jungla, a pesar de todos sus peligros... era realmente suya.

Ketahn escrutaba constantemente a su alrededor mientras caminaba hacia un lado del cráter, concentrándose sobre todo en las paredes y en la enmarañada vegetación que había sobre ellas. Ivy también mantenía la mirada fija, aunque su visión estaba llena de más y más sombras, contrastadas únicamente por atisbos de cielo azul que se colaban entre la vegetación.

Al llegar al cráter, Ketahn le pasó las lanzas. Ivy no miró las puntas de piedra negra, consciente de que Ketahn aún no las había limpiado. Colocó los ejes de las lanzas sobre sus muslos y le entregó la cuerda de seda. Trabajando al unísono, se ataron la cuerda a la cintura, enlazando sus cuerpos.

Sorprendentemente, sus manos apenas habían temblado al hacer las vueltas y los nudos.

Salir del foso fue más lento que descender hasta el fondo, pero Ivy agradeció que no la obligaran a mirar hacia abajo. No se atrevió a mirar atrás hasta que estuvieron encaramados a una roca ancha y sólida en la cima.

Por un instante, divisó el apagado resplandor anaranjado de la iluminación de emergencia exterior de la nave, muy por debajo, haciendo que pareciera que el foso estaba lleno de voraces llamas bajo la vegetación.

Ketahn cogió las lanzas y se alejó del cráter a paso ligero. Incluso con la nave oculta, Ivy lo sentía; el miedo persistente de una potente pesadilla, y la llama de la esperanza de un futuro mejor. Y estaba unida a él con la misma seguridad que a Ketahn, sintiendo que la cuerda se estiraba con cada uno de sus pasos.

No perdió tiempo en ascender por los árboles y adentrarse en la jungla, moviéndose con una

mezcla de prisa, estado de alerta y cautela que denotaba una paranoia apenas visible. Sus ojos estaban en constante movimiento, como si intentara vigilar todas las direcciones simultáneamente, y trataba cada sonido como si hubiera sido emitido por una amenaza potencial.

Y nada de eso parecía frenarle mucho. En poco tiempo, el escaso sentido de la orientación que había conseguido tener se esfumó, y no tenía ni idea de dónde estaban ni hacia dónde se dirigían, solo de que su ruta era larga y enrevesada.

Gracias a todo el tiempo que había pasado con él en la jungla, sabía lo que estaba haciendo: ocultar su rastro y hacerlo lo más confuso posible para cualquier posible perseguidor.

Cuando Ketahn descendió al suelo de la jungla y se detuvo en la orilla de un arroyo desconocido, el cielo mostraba los primeros tonos anaranjados del atardecer. ¿De verdad llevaban tanto tiempo fuera?

Colocó ambas lanzas en una mano y empezó a desatar la cuerda de sus cinturas. Ivy le ayudó, moviendo sus manos al unísono. Ketahn seguía buscando a su alrededor mientras enrollaba la cuerda en una pequeña y apretada espiral.

—Nos lavaremos, beberemos y después nos iremos —dijo.

Ivy bajó de su espalda y miró a su alrededor antes de posar su mirada en Ketahn.

—¿Qué significa *Khan'ul*?

—Es como primero o el primer, pero más. El *Khan'ul* Garra dirige a los cazadores de la reina.

Se encogió. Entonces, era un vrix importante.

—¿Tienes problemas, Ketahn?

Él carraspeó, e Ivy no estaba segura de si debía tranquilizarse por el matiz de humor que había bajo el tono amargo que desprendía. Volviéndose hacia ella, le quitó la bolsa que llevaba con las manos libres, la dejó a un lado y le apoyó una palma de la mano en la parte baja de la espalda, guiándola hacia el agua.

—Ya los tenía mucho antes de que viniera él, mi hilo del corazón.

Con el ceño fruncido, se inclinó hacia delante y levantó los pies de uno en uno para desatar las sucias tiras de seda que los envolvían.

—¿Es porque no te quieres aparear con la reina?

Ketahn sujetó uno de sus codos, estabilizándola mientras retiraba las tiras. Su mirada continuó vagando.

—Sí.

—Pero ahora es incluso peor, ¿no?

—Es... mucho peor —Fijó los ojos en ella y sus mandíbulas se crisparon—. Ayer debía reclamarla.

Ivy frunció el ceño.

—¿Qué?

Con un chillido de tristeza, clavó las lanzas en el suelo, se apartó de ella y se adentró en el arroyo. Se hundió hasta que el agua le llegó a la cintura y metió las manos, restregándose la sangre de la piel. Sus movimientos transmitían un toque de urgencia y agresividad.

En cuanto se hubo limpiado, incluyendo la cara y las mandíbulas, la miró por encima del hombro.

—Ven, Ivy.

Con un nudo en el estómago, se adentró en la fresca corriente y se aproximó a él. El agua fue subiendo gradualmente alrededor de sus piernas y caderas y le llegaba casi al pecho cuando se acercó lo suficiente para que Ketahn la levantara y la sentara sobre sus patas delanteras.

flexionadas, dejando el nivel del agua a la altura de su vientre. El vestido de seda empapado se amoldó a su cuerpo.

Las manos de Ketahn eran tan suaves como siempre, a pesar de la inquietud que bullía en él, mientras limpiaba la sangre del pelo y la piel de Ivy, acariciándole las mejillas, masajeándole los brazos y las manos. Eran las caricias de un amante, que la llenaban de ternura. Pero cuando bajó la vista hacia su vestido, sus mandíbulas descendieron, y el gruñido que emitió era de frustración y tristeza a partes iguales.

Cogió con delicadeza parte de la tela y la apartó de su piel, rozando con el pulgar una mancha roja en la seda.

—No hay nada que no ensucie de sangre.

Ivy frunció el ceño. Tomó un poco de agua con la mano, se la acercó a la mejilla y le lavó la poca sangre que manaba de la herida. No le importaba el vestido. Lo único que le importaba era que Ketahn no estuviera gravemente herido. Un vestido podía reemplazarse; pero él, no.

Le cogió la mandíbula con las manos y le obligó a mirarla.

—Dime qué te pasa, Ketahn. No me ocultes la verdad.

Ketahn resopló y llevó una mano al pelo de Ivy, peinándolo lentamente con las garras. Aunque su rostro no transmitía casi ninguna emoción, sus ojos decían lo contrario. Cuando habló, había una resignación en su voz muy distinta a la del macho que ella conocía.

—Ayer fue el Alto Reclamo. Es un día en que los vrix machos dignos intentan reclamar una pareja, justo antes de que las grandes tormentas provoquen la estación de las inundaciones. Hay... *althahk* que deben seguirse. Cosas que deben hacerse, que siempre se hacen. Regalos y demostraciones de fuerza y habilidad. Pero siempre acaba en conquista. En la reclamación.

—¿Y la reina quería que la reclamaras? —El mero hecho de pronunciar aquellas palabras hizo que los nudos del estómago de Ivy se apretaran aún más. No le gustaba la idea de que Ketahn estuviera con otra persona, de que aquellas suaves manos acariciaran otro cuerpo. Conocía esa sensación, esos celos, y la ponía enferma. También la hizo sentirse aún más en conflicto con lo que sentía por Ketahn.

—Más que eso.

—¿Por qué no te reclamó ella misma si tanto te desea?

—Solo quiere al macho más fuerte, y quiere que todos los vrix sepan que su macho es el más fuerte. Si me reclama, pareceré débil. Pero si la conquisto, ambos demostraremos ser fuertes, y se sabrá que nuestras crías tendrían esa fuerza.

Ivy le acarició la mandíbula con los pulgares.

—¿Y ahora? ¿Qué ocurrirá ahora que no la has reclamado y has matado a su principal cazador?

—Su ira sacudirá la Maraña —dijo él, con las mandíbulas bajas. Apoyó la frente en la de Ivy y la rodeó con la parte inferior de los brazos, atrayéndola contra su pecho—. Pero ella nunca sabrá de ti. Nunca debe saberlo. Te mantendré a salvo, mi hilo del corazón, de la reina y de todo lo demás.

Capítulo Dos

Ketahn se quedó mirando la entrada de la guarida. La pizca de luz matutina en el borde de la abertura cubierta de tela era de un gris apagado, pero resultaba radiante en comparación con las sombras que persistían en el interior.

La lluvia era un repiqueteo tenue que no se había intensificado ni disminuido desde que había empezado en mitad de la noche. En condiciones normales, habría sido relajante, pero aún no había tranquilizado a Ketahn.

Ayer, Ivy y él habían llegado a la guarida justo antes del anochecer. Había tenido la sensación de que las sombras de lo que había ocurrido, y de lo que aún podría ocurrir, les habían seguido a través de la Maraña. La conversación había sido escasa; el cansancio se había apoderado de Ivy poco después de que estuvieran dentro, y ella se había tumbado sobre él para dormir. Pero el cansancio de Ketahn no había sido tan misericordioso. Le había atormentado durante toda la noche, había merodeado en los límites de su conciencia, burlándose de él, haciéndole señas repetidamente, pero no había aceptado su sumisión.

Y la débil lluvia no había sido lo bastante fuerte como para acallar sus pensamientos caóticos y furiosos.

Ketahn se movió para apoyar los hombros más cómodamente contra la pared. La respiración de Ivy seguía siendo lenta y uniforme, balanceándose suavemente sobre su pecho, y su cuerpo flácido permanecía firmemente recostado sobre el suyo. Le pasó una mano por encima del sedoso cabello.

Se había tranquilizado un poco al tener a Ivy a salvo y en sus brazos, pero ni siquiera ella podía desterrar los problemas de sus corazones, porque ella estaba en peligro. La amenaza contra su vida solo importaba en la medida en que constituía una amenaza equivalente para la de ella.

Durante toda la noche, había considerado la situación. Se había esforzado por explorar todas las soluciones posibles, por encontrar algún modo de que todo saliera bien sin renunciar a todo lo que había conocido, o más bien a lo poco que le quedaba. En última instancia, se había convertido en una cuestión de sopesar todas esas cosas entre sí.

Ivy había ganado. Lo había sabido incluso antes de pensar en nada, había sabido que ella siempre sería su primera opción. Su hermana y sus amigos le importaban muchísimo, pero Ivy, la dulce, frágil y bondadosa Ivy, era su compañera. Lo era todo para él. Estaba por encima de todo.

Solamente quedaba una cosa por hacer. Ketahn solo esperaba que no fuera demasiado tarde, que no se les hubiera acabado el tiempo.

Con un murmullo somnoliento, Ivy se despertó. Inspiró hondo y se estiró; la mano que descansaba sobre el pecho de Ketahn se deslizó hasta rodearle la nuca mientras extendía las

piernas a ambos lados de él. Al soltar el aliento en un suspiro, se relajó y cogió los mechones de su pelo con los dedos, haciéndolos girar distraídamente.

Sus movimientos, por mínimos que fueran, le recordaban su piel desnuda y cálida contra la suya, su suavidad, su peso reconfortante. Nada de eso había bastado para calmarlo la noche anterior, pero dudaba que volviera a dormir sin Ivy, tanto si estaba tumbada sobre él como entre sus brazos.

Desde que la había reclamado, se había acostumbrado a dormir sin ropa, arropándose con él bajo una gran manta para compartir calor en las noches más frías. Sin eso, sin ella, siempre sentiría que faltaba algo. Siempre faltaría una parte de él.

Ketahn deslizó la mano por su espalda, bajando la manta con ella. El roce de su mano sobre la piel de ella era más agradable que toda la música de la jungla.

A pesar de la agitación de sus pensamientos, a pesar de su cansancio, a pesar de todo, el miembro de Ketahn se agitó tras su abertura. Cubrió su redondeado trasero con la mano y la apretó firmemente contra él.

La respiración de Ivy se entrecortó. Apretó el pelo de él con la mano y levantó las rodillas, abriendo más los muslos en señal de invitación.

—Mmm... Buenos días.

Ketahn respiró hondo. El aire ya estaba impregnado del aroma de su deseo, que se complementaba a la perfección con el olor a lluvia que había llenado la guarida durante la noche. Su piel se calentó, sus cierras se enroscaron alrededor de las caderas de ella y su miembro se tensó contra su abertura.

Resistir el impulso de aparearse con ella no sería fácil. Deseaba más que nada hundirse en sus profundidades húmedas y cálidas, perderse en su abrazo, en su unión.

Pero cada nueva gota de lluvia que caía sobre la cima de la guarida era otro momento perdido, que nunca recuperaría. Otro momento para que la reina y sus Garras lo buscaran.

Obligó a sus cierras a retraerse y llevó las manos inferiores a las caderas de ella, apretándola aún más contra su pelvis, con la esperanza de que eso impidiera que se derramara. Lo único que consiguió fue cubrir su abertura con su esencia. Un estremecimiento lo sacudió.

Ivy levantó la cabeza y lo miró. Sus ojos debieron de revelar su turbación, porque ella frunció el ceño y arrugó la frente. Le soltó el pelo, apoyó las manos en su pecho y se incorporó. Su largo y pálido cabello dorado le caía sobre los hombros. Los ojos de Ketahn se clavaron en sus pechos, deteniéndose en sus pezones rosados, y luego bajaron por su vientre hasta la pequeña mata de pelo y su abertura, que ya brillaba con su rocío.

Sus dedos se tensaron sobre sus caderas. Para resistir el impulso de acariciarle los pechos, de frotarle los pezones y ver cómo se endurecían, posó las manos superiores sobre los muslos de ella.

—Soy tu compañera —dijo Ivy, llamando de nuevo su atención. Agarrando la parte superior de sus manos con las suyas, las retiró de sus muslos y las llevó a sus pechos—. Consuélate conmigo, Ketahn. Utilízame. Déjame ser lo que necesitas.

Sus palabras, pronunciadas con tanta delicadeza, derribaron las últimas barreras de su resistencia, y su deseo estalló como la lluvia torrencial de una repentina tormenta. Sus pensamientos y preocupaciones desaparecieron, dejando solo la ardiente necesidad de su compañera, su Ivy. Su hilo del corazón.

Sus manos superiores acariciaron la tierna carne de sus pechos mientras la levantaba con las inferiores, que permanecían sujetas a sus caderas. En cuanto ella se levantó, su miembro se liberó de su abertura, palpitante por el ritmo frenético de sus corazones y resbaladizo por las

secreciones. Él gimió.

Mientras su necesidad se disparaba, la vio reflejada en los ojos de Ivy, ahora azules, fieros y apasionados. Le devoraban. Y él ansiaba ser devorado.

Ketahn bajó lentamente a Ivy hasta que la punta de su miembro se introdujo en su interior; luego tiró de ella con fuerza, enterrándose en sus estrechas y ardientes profundidades. Aferrándose a sus muñecas, echó la cabeza hacia atrás con un grito ahogado. Él siseó ante el placer abrumador de estar dentro de ella. No se parecía a nada. El cuerpo de ella le dio la bienvenida: su carne suave se aferró a él, estremeciéndose y atrayéndolo más profundamente cuando su peso se hundió completamente sobre él. Sus cierres se engancharon alrededor de sus muslos y reforzaron su sujeción, empujándolo aún más adentro.

Era una sensación de gozo y castigo. La presión en su miembro lo desharía, sería su perdición, pero el placer merecía la pena. Ansiaba seguir así para siempre, permanecer dentro de ella, mantener sus cuerpos unidos tan estrechamente como estaban entretejidos sus hilos del corazón y, sin embargo, ansiaba más.

Con un gruñido sordo, posó la mirada en el lugar donde sus cuerpos estaban conectados. Ella estaba extendida a su alrededor, y aquel pequeño capullo que tanto placer le producía era claramente visible, haciéndole señas, rogándole que lo tocara. El rocío de ella se mezclaba con el de él, cubriendo su abertura y brillando sobre sus muslos. Pronto se le uniría su semilla. La llenaría hasta que no pudiera más, y luego le daría más aún.

Apoyó las patas delanteras bajo sus rodillas y la obligó a abrirlas. El roce de sus finos pelos contra la piel de ella le hizo sentir su sabor dulce y su tentador aroma, y desató el frenesí en su interior. Su pecho retumbó con un gemido de anticipación.

Cuando levantó su cuerpo, creando una oleada de placer que recorrió su tallo hasta llegar a su núcleo, Ivy soltó un suave gemido y levantó la cabeza.

Sus miradas se encontraron.

Lo que intercambiaron en aquel instante iba más allá de las palabras, no era algo que su mente despierta pudiera saber. Porque una parte de él, misteriosa e instintiva, comprendía lo que había entre ellos. Una parte de él percibía la fuerza y la magnitud imposibles de su vínculo. Y ese vínculo era lo único que importaba.

La estrechó contra su miembro. Ella gimió de nuevo, con el sexo apretado y el cuerpo curvado hacia delante, y apoyó las manos en el pecho de él para rasgarle la piel con las uñas. Ketahn gruñó y la levantó de nuevo, clavándola en él con creciente rapidez y desesperación. El fuego se arremolinó en su sangre e inundó sus entrañas mientras toda su rabia, frustración y miedo se convertían en pasión y deseo.

Alzó una mano para agarrarle un mechón de pelo y le echó la cabeza hacia atrás, descubriéndole el cuello. Bajó la cabeza para pasarle la lengua por un lado del cuello, lamiéndole ávidamente el sudor salado y dulce de la piel, mientras la punta del colmillo de la mandíbula rozaba el otro lado.

Ivy se estremeció. Se estremeció en su interior, arrancándole un crudo gruñido de la garganta.

—Ketahn —exhaló—. No pares. Por favor, no pares.

—Nunca —carraspeó él.

Aceleró el ritmo, con la respiración entrecortada y áspera y los gemidos agudos y febriles de Ivy mientras se acercaban a la cima, sus cuerpos moviéndose con frenética pero fluida desesperación. Cada vez que su placer parecía llegar al límite, gruñía y empujaba con más fuerza, más deprisa, arañando cada vez más, e Ivy hacía lo mismo.

La liberación de Ketahn llegó como un relámpago, y se prolongó como un trueno mientras él rugía su nombre. Ivy se corrió en ese mismo instante, con todo su cuerpo en tensión alrededor de él, y sus uñas presionando lo suficiente como para provocarle pequeñas punzadas de delicioso dolor en el pecho.

Gritó y se desplomó sobre él, retorciéndose mientras su sexo aferraba su eje sin piedad. Su miembro se desplegó en su interior y palpitó, bombeando su semilla dentro de ella, incitando a su núcleo a aceptar lo que se le daba. La rodeó con la parte superior de los brazos y le sujetó el trasero con las dos manos inferiores, apretándola firmemente contra su pelvis para mantenerse enterrado lo más profundo posible.

Incluso con él manteniéndola quieta, el movimiento de las paredes internas de Ivy fue más que suficiente para extraer más de su semilla, para sacarlo todo de él.

Recostó la cabeza contra la pared y cerró los ojos, saboreando los pequeños movimientos de sus cuerpos y el inmenso placer que generaban. Volvió a pronunciar su nombre en un rugido largo y grave, dejando que *ella* devorara por completo sus sentidos mientras se dejaba llevar por la corriente de la euforia.

Cuando el subidón de éxtasis se atenuó y su Ivy yacía tendida y jadeante sobre su pecho, Ketahn ronroneó y le rozó el pelo con la cara, aspirando su aroma. Ahora era más fuerte y dulce, mezclado con el suyo para crear la fragancia que encarnaba su vínculo.

Pero por mucho que deseara saborear aquel momento con su compañera, el placer cada vez más tenue sucumbió rápidamente a la crudeza de la realidad. Había eludido sus problemas por poco tiempo, pero no los había resuelto. La situación seguía siendo la misma.

Los recuerdos pasaron por su mente. Takarahl y la reina; el foso con su nave estrellada; la Maraña y las batallas que había librado años atrás; toda la sangre que había derramado. Las imágenes se cernían sobre él como agua fría vertida sobre un fuego moribundo.

Al levantar la cabeza, abrió los ojos para mirar a su compañera. La mejilla de Ivy estaba sobre su pecho, con los labios entreabiertos mientras su respiración acelerada fluía sobre su piel, y sus gruesas y oscuras pestañas descansaban sobre sus mejillas. La escasa luz era suficiente para que los mechones de su cabello despeinado brillaran con un tono dorado resplandeciente. Era tan hermosa como siempre, incluso más a cada momento que pasaba.

Más que nada en el mundo de Ketahn, merecía la pena protegerla. A cualquier precio.

—Debemos irnos, mi hilo del corazón —dijo.

Ella murmuró y lo rodeó con los brazos, frotando la mejilla contra su piel.

—Podemos buscar comida y agua más tarde. Me gusta estar así. Como si quisiera confirmar lo que decía, apretó su sexo contra la abertura de él y hundió su tallo aún más.

Ketahn se tensó, soltando un trino involuntario cuando sus mandíbulas se abrieron. Seguía sin comprender cómo un movimiento tan aparentemente insignificante podía despertar tal sensación, y no es que se quejase de ello. Pero ya no era momento para tales placeres.

Forzó un tono firme en su voz.

—Tenemos que dejar la guarida, Ivy.

Ella levantó la cabeza y lo miró. Tenía el pelo revuelto, las mejillas sonrojadas y una pequeña arruga entre las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—El Primer Garra no será el único que me busque. Esta parte de la jungla ya no es segura.

—Dijiste que nadie sabe dónde está tu guarida excepto tu hermana.

—Hay señales en los alrededores que les conducirán hasta aquí si buscan. Con el tiempo, encontrarán este lugar. No podemos quedarnos aquí.

Con el ceño fruncido, puso las palmas de las manos sobre el pecho de él y se impulsó hacia arriba, haciendo que él aflojara su agarre sobre ella.

—¿Y los demás? ¿Los humanos?

Las mandíbulas de Ketahn se crisparon y sus dedos se tensaron con el instinto de acercarla de nuevo. Solo se contuvo por los pelos.

—Hay que dejarlos dormir.

Ivy le miró fijamente, en silencio, pero Ketahn vio el cambio en sus ojos, vio cómo se endurecía la pasión que habían compartido momentos antes. Se impulsó contra su pecho y se levantó. Su semilla se derramó desde ella, goteando por sus muslos y su tallo hasta acumularse alrededor de su abertura. Hizo una mueca de dolor, pero eso no la disuadió de bajarse de él, coger la manta de seda y envolverse en ella como si pusiera una barrera entre ellos.

Su piel se sintió de inmediato fría en su ausencia, y se encontró luchando contra las ganas de quitarle la manta y arrojarla fuera de la guarida. No quería que *nada* se interpusiera entre él y su compañera.

—No —dijo ella con la misma firmeza que él, sino más.

Sus cierres se retrajeron contra su pelvis, y su miembro se retiró al cobijo de su hendidura. Apoyando las manos en el suelo y en la pared que tenía detrás, Ketahn se enderezó, movió las patas a los lados y se levantó para mantenerse de pie sobre Ivy.

—Esto no es discutible, hembra.

Ella echó la cabeza hacia atrás y clavó sus ojos en los de él.

—Hay que discutirlo, Ketahn. No podemos dejarlos ahí para que muera.

—No puedo mantenerlos a salvo a ti y a siete humanos más, Ivy —gruñó él, extendiendo los brazos a los lados—. Siendo dos, la jungla es generosa, pero con nueve será implacable.

—¿A cuántos alimentas cuando llevas carne a tu pueblo?

—No se trata únicamente de comida. También la ropa, el refugio, las herramientas...

—¡Todo eso pueden conseguirlo trabajando! —Ivy se llevó las manos a la cara, cubriéndosela mientras respiraba profunda y pausadamente varias veces. Cuando bajó las manos y volvió a hablar, lo hizo con calma—. Los humanos no somos unos inútiles. Podemos cazar, pescar, construir y sobrevivir. Aprendemos rápido. Nos adaptamos. Somos diferentes a vosotros, físicamente más débiles que vosotros, pero resistimos, Ketahn. Y ellos son personas. *Mi* gente. No puedes esperar que siga adelante y cargue con la culpa de dejarlos atrás cuando hay una oportunidad de salvarlos.

En sus ojos se acumularon lágrimas mientras hablaba, acentuando la emoción que ya los inundaba. Ketahn sintió cómo el hilo de su corazón se tensaba.

—Entonces, que la culpa sea mía —dijo con firmeza, levantando una mano para alisarle el pelo—. Prefiero eso a la culpa de no haber mantenido a salvo a mi compañera.

—No es así como funciona, Ketahn. Sabes que no es así.

Llevó la mano a la mejilla de ella y rozó su suave piel con la yema del pulgar, intentando ignorar la opresión que sentía en el pecho.

Ivy le agarró la muñeca, giró la cara y le dio un beso en la palma antes de volver a mirarle.

—No te pido que elijas entre cuidar de mí o de ellos. Te pido que les des una oportunidad, por favor. Ya han muerto miles de personas en esa nave. Ellos han logrado sobrevivir. Como yo. Merecen una oportunidad en la vida, aunque no sea la que habían elegido.

Lo único que pudo hacer fue mirar fijamente a los ojos de Ivy mientras sus palabras se calaban en él. Si los Ocho le habían conducido a aquel foso, si le habían llevado a encontrarla, si la habían puesto allí para empezar, sabiendo que Ketahn se encontraría con ella algún día,

entonces ¿no era posible que los demás humanos supervivientes también estuvieran allí por una razón? Ivy estaba destinada a ser la pareja de Ketahn. Creer eso seguramente significaba que los demás humanos tenían algún propósito mayor.

Si ella había sobrevivido a un viaje a través de las estrellas, a través de una distancia mucho más allá de lo que Ketahn podía llegar a comprender o medir, para llegar aquí, a la Maraña, a él... a los demás humanos también les aguardaban sendos destinos.

Pero era mucho. Demasiado. Los riesgos de hacerse cargo de siete humanos más, siete personas más que necesitarían comida, refugio y enseñanza, que serían ruidosas y torpes y, posiblemente, carecerían de toda la bondad y compasión de Ivy, era demasiado.

Le apretó la muñeca.

—Si les dejamos, morirán. En cuanto se agote la energía en la nave, se acabó. Las criocámaras fallarán. Y morirán —Sus ojos buscaron los de él—. ¿Podrías dejar atrás a tu gente si supieras que van a morir?

Aquella pregunta fue como un golpe en sus corazones. Juntó las mandíbulas y bajó la cabeza para apoyar la cabeza en la frente de ella. No podía mentirle. No podía fingir que, en el fondo, no tomaría la misma decisión que ella quería que tomara si sus papeles se invirtieran.

—No podría —carraspeó.

Ivy le puso una mano en el pecho, sobre sus corazones.

—Entonces, por favor, Ketahn, dales una oportunidad.

No podía negarse. La capacidad de Ketahn para hacerlo había pasado y nunca más volvería a presentarse. Pero, ¿cómo iba a cumplir sus deseos en este asunto? ¿Cómo, mientras los Garras de la Reina le estuvieran buscando, mientras no pudiera ir a Takarahl a por provisiones?

Necesitaba tiempo para prepararse, y de eso no tenía mucho.

Ketahn deslizó los dedos en su pelo, ahuecando la parte posterior de su cabeza.

—Tengo... que pensar en todo esto, hilo de mi corazón.

—Gracias —Levantando la cara, apretó los labios contra la línea de su boca.

Un beso. Un dulce beso humano. Lo disfrutó por su sencillez, por su intimidad, por la pasión que desataba, y se encontró deseando tener labios para poder corresponder a los besos de su compañera como era debido. Se dio por satisfecho rodeándola con los brazos y atrayéndola hacia sí.

Algo golpeó con fuerza el exterior de la guarida. Ketahn soltó a Ivy de inmediato, dándose la vuelta para mirar hacia la entrada mientras extendía los brazos y las patas delanteras para protegerla. Se le aceleró el corazón, pero tenía una idea clara: lo único que le importaba era proteger a Ivy, y no pensaba renunciar a ello.

—¿Qué ha sido eso? —susurró ella.

—Una rama que se ha caído, quizá —respondió él, aunque supo que no era cierto en cuanto lo dijo.

El sonido se repitió, esta vez golpeando una parte distinta de la guarida: la parte inferior. Sintió las débiles vibraciones del impacto en las patas. No era una rama, sino una roca.

Solo una criatura de la Maraña lanzaría piedras contra su guarida.

—No estamos solos, mi *nyleea*.

Capítulo Tres

La calma envolvió a Ketahn, mitigando la excesiva tensión de sus músculos, aunque no ralentizó el palpar de sus corazones. Su percepción se expandió rápidamente, como una flor de jesán floreciendo a la luz plateada de la luna. Cada sonido, cada aroma, cada vibración y movimiento, por pequeños que fueran, quedaban atrapados en la red de su conciencia.

Incluido el golpeteo sordo y apenas perceptible de una pata sobre una rama en algún lugar bajo la guarida.

Sintió el aliento de Ivy en la espalda, poco más que una pizca de aire en movimiento en el momento en que le llegó, mientras se arrastraba hacia la entrada. Sintió el lento e incesante tamborileo de la lluvia sobre la guarida, que enviaba pequeñas pulsaciones a través de la estructura entretejida. Los orificios de su nariz se llenaron de los variados olores de su guarida, el empalagoso olor de la tierra húmeda y las plantas, y la fresca fragancia de la lluvia. Pero más intenso que todo lo demás era el dulce aroma de su apareamiento con Ivy.

Ketahn sujetó su lanza de púas, que estaba apoyada en la pared junto a la abertura, y agarró la tela que colgaba.

Sabía que tenía poco tiempo, que los Garras acabarían encontrando este lugar a pesar de su lejanía de Takarahl, pero nunca hubiera imaginado que llegarían tan pronto.

La presencia de Ivy se propagaba por su espalda, recorriéndole la espina dorsal con su calor. La miró por encima del hombro. Con una mano, le hizo un gesto para que permaneciera en su sitio. Apretó el dedo índice de otra mano sobre su boca.

Ella asintió. Tenía la piel pálida, los ojos muy abiertos y una postura rígida e incómoda. Si no fuera por el pelo alborotado y el rosa de sus mejillas, no parecería que se hubiera apareado momentos antes.

Como si se lo recordara, su miembro se agitó detrás de su hendidura, inundándole la pelvis con un profundo dolor que se extendió hasta su abdomen. Sus cierres se crisparon y se apretaron firmemente contra su abertura, aumentando la presión que ya se acumulaba tras ella.

Pero fuera acechaba el peligro. No solo aquel visitante inesperado, sino toda una jungla llena de amenazas para su compañera y, en esa jungla, una ciudad entera bajo el mando de la iracunda reina a la que había desafiado. Ketahn apretó las mandíbulas y se apartó de su compañera.

Se desplazó hacia un lado de la abertura, preparó su lanza —aunque no tendría un tiro despejado a menos que saliera de la guarida— y apartó la tela.

La jungla, en ese momento monótona, gris y húmeda, se abrió ante él. Miró hacia abajo.

Una figura solitaria se hallaba sobre la gruesa rama inferior, una vrix hembra que parecía especialmente grande en la niebla. Estaba envuelta en un manto de seda verde oscuro que le

cubría los hombros, el cuello y la mayor parte de la cabeza, pero que no ocultaba muchos de sus adornos de oro, cuentas y piedras preciosas. Tampoco cubría sus ojos, de un púrpura vibrante aún a pesar de la penumbra.

Ahnset miró fijamente a Ketahn, sosteniendo unas rocas sobre una de sus manos levantadas. Su lanza de guerra estaba en la otra mano, firme a su lado. Mientras mantuviera aquella postura, era difícil verla como algo más que una sierva de la reina.

Esta última reflexión le impidió sentir cierto alivio. No era un Garra, eso era cierto, pero una Colmillo de la Reina no parecía ser mejor en ese momento. Ni siquiera una Colmillo que casualmente era la hermana de cría de Ketahn.

—Baja, hermano de cría —gritó lo bastante alto como para que se oyera sobre la lluvia.

Ketahn se agarró al marco de la abertura, clavando sus garras en las ramas tejidas. Recorrió con la mirada la jungla circundante.

—¿Te han seguido?

Ahnset chasqueó las mandíbulas, haciendo que el nuevo anillo que rodeaba la derecha brillara con un reflejo apagado.

—¿Eso es lo que quieres decirme?

Las mandíbulas de Ketahn se abrieron y la madera se astilló bajo sus dedos. Gruñó.

—¿Te han seguido, Ahnset?

Ella cruzó un par de sus fuertes brazos sobre el pecho y sus ojos adquirieron el aspecto frío y pétreo de una Colmillo de la Reina.

—No. Baja.

El amargo calor que invadió a Ketahn no tenía nada que ver con el que Ivy le había provocado antes. Su odio hacia la reina se intensificó en aquel momento. Ojalá Zurvashi nunca hubiera existido, nunca se habría encontrado en una situación en la que se viera obligado a cuestionar su confianza en su hermana de cría.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Que la Guardiana te proteja, hermano de cría, porque estás deshilachando los hilos de mi paciencia —refunfuñó Ahnset—. Estoy segura de que tus recientes acciones no lo han ayudado.

¿Se habían enterado ya los Garras de la Reina de la muerte de Durax? ¿Era posible que el Primer Garra ya hubiera sido descubierto por sus camaradas?

Una brizna de pánico le atravesó el pecho, pero lo alejó. El pánico no protegería a Ivy.

—¿Y qué acciones son esas?

—Ya lo sabes, Ketahn. Esta vez la has enfadado lo suficiente como para que haya encargado al Garra que te encuentre.

Ketahn se maldijo por estúpido; por supuesto que no habían encontrado a Durax. El Primer Garra yacía en un lugar en el que ningún otro vrix se había aventurado jamás, un lugar al que Durax había ido solo en busca de Ketahn. Si Durax hubiera estado acompañado por más Garras, habrían estado esperando a Ketahn en lo alto del foso... y el viaje de ayer a casa se habría hecho a través de un río de sangre.

—Ella debe valorar poco su vida —dijo.

—Baja aquí, Ketahn. Estas cosas no deben gritarse en la Maraña por muy lejos que estemos de Takarahl.

Gruñendo, soltó la lanza y empezó a atravesar la abertura. Sus movimientos avivaron un olor persistente, que se esparció de nuevo en el aire: el olor del apareamiento.

Se detuvo con solo la cabeza y la parte superior de los hombros en la abertura. La ligera lluvia no bastaría para limpiar la fragancia de su piel, aunque tampoco quería hacerlo. Si se

acercaba demasiado a su hermana de cría, sin duda ella detectaría el olor y lo reconocería por lo que era, a pesar de los elementos desconocidos que Ivy le aportaba.

—No me encuentro bien —dijo Ketahn, retirándose a la guarida sin apartar la mirada de Ahnset—. No deseo empeorarlo bajo la lluvia.

Otra mentira. ¿Cuántas mentiras más podía decir a su hermana, a sus amigos, a sí mismo, antes de caer aplastado bajo su peso?

Incluso con la distancia que los separaba, Ketahn vio que los ojos de Ahnset se suavizaban y que sus mandíbulas se movían hacia abajo.

—¿Qué te ha pasado, hermano de cría? ¿Te has puesto enfermo o te has hecho daño? —dijo, dando un paso hacia el nido, inclinando más la cabeza hacia atrás para mantener la mirada fija en la de él—. Baja y te ayudaré.

—No —respondió él rápidamente—. No es nada que no se cure con reposo y tranquilidad.

—Permíteme al menos...

—Di lo que has venido a decir, hermana de cría, y sigue tu camino.

Sus mandíbulas se hundieron, y una punzada de culpabilidad atravesó a Ketahn. De nuevo, luchó contra el instinto de ir hacia ella, y de nuevo se intensificó su odio hacia la reina. Pero no podía culpar a Zurvashi por la forma en que le había hablado a su hermana de cría.

—Ahnset, yo...

—No, Ketahn. No deseo oír ni tus excusas ni tus disculpas. ¿De qué sirven?

Sus palabras se clavaron en esa punzada de culpa y se retorcieron en la herida. Una parte de Ketahn sabía que se merecía el dolor. Pero eso no eliminaba su ira ni su miedo, su temor de perder a su compañera en tan poco tiempo después de haberla encontrado.

Ahnset tiró de la capucha de tela hacia atrás, revelando más de su cabeza.

—No es nada que no te haya dicho ya. No es algo que desees oír.

—Ya te lo he dicho, Ahnset. Deja que esto quede entre la reina y yo.

—Así no funcionan las cosas, hermano de cría, ya lo sabes.

Las palabras de Ahnset se hicieron eco de las de Ivy hasta tal punto que Ketahn se vio incapaz de responder; por un instante, casi pudo ver los hilos del destino que lo unían todo, dispuestos intrincadamente por el Tejedor de formas que ningún vrix estaba destinado a entender.

—Lo que te ocurre también afecta a los que se preocupan por ti —continuó Ahnset—. No puedes fingir lo contrario. Y la reina... mató a tres de los machos que la pretendieron durante el Alto Reclamo. No veré tus restos destrozados envueltos en un sudario para ser depositados junto a ellos.

Las mandíbulas de Ketahn temblaron, sus dientes rechinaron y sus garras volvieron a hundirse en las ramas de la guarida.

—Ahnset, no...

—Tienes que arreglar esto, Ketahn —La voz de Ahnset había adquirido un tono de algún modo firme y suave a la vez, el mismo tipo de tono que su madre había utilizado a veces cuando sus crías habían intentado desafiarla—. Todavía hay una oportunidad de apaciguarla. Ya te ve como suyo, y te perdonará si expías tus pecados.

—¿Expiar? —gruñó Ketahn, abriéndose paso de nuevo por la abertura—. La única que ha hecho el mal es la propia Zurvashi.

Ahnset estaba tan inmóvil como las estatuas de la Guarida de los Espíritus, con la mirada fija en él.

—Somos todo lo que queda de nuestro linaje, Ketahn. Los demás hace tiempo que fueron

enterrados o reclamados por la jungla. Y por tus actos me dices que también debo perderte a ti.

Un silbido grave y preocupado sonó en su pecho. La lluvia que caía sobre su piel era más fría que nada que hubiera sentido jamás, pero no se permitió tiritar.

—No me uniré a ellos, Ahnset.

Soltó un fuerte suspiro y reajustó el agarre de su lanza, dejando que se inclinara en un ángulo inclinado mientras su rígida postura se desmoronaba.

—No es necesario que continúes por los hilos que has tejido, hermano de cría. No es demasiado tarde para recorrer un camino diferente que no acabe en tu destrucción.

Hacía años que Ketahn no oía tanta resignación y tristeza en la voz de Ahnset, no desde que se había enterado de la muerte de su madre.

—Este no será mi final, Ahnset —dijo, con el ardor de su furia luchando contra el escalofrío de su culpa—. Zurvashi no será mi fin.

Ahnset lo miró fijamente unos instantes más, antes de echarse el pañuelo de seda por encima de la cabeza.

—No puedes esconderte de esto, hermano de cría. No por mucho más tiempo.

Se dio la vuelta y avanzó por la rama. Su lanza golpeaba la rama con un ritmo constante que se desvanecía a medida que su forma se volvía borrosa en la distancia. La rabia y la pena desgarraban los corazones de Ketahn en todas direcciones, tirando y desgarrando como una manada de xiskals luchando sobre su presa.

La reina había hecho peligrar los hilos que aún unían a Ketahn con Takarah!; parecía como si uno de ellos ya se estuviera deshilachando. El hilo que él había creído ingenuamente que podría soportarlo todo.

Una pequeña mano se posó sobre sus miembros posteriores. Su suave tacto despertó a Ketahn de sus oscuros pensamientos. Parpadeó para ahuyentar las gotas de lluvia que se le habían metido en los ojos, sacudió la cabeza para quitarse más agua de encima y volvió a entrar en la guarida.

Se volvió y encontró allí a Ivy, con los ojos brillantes de preocupación y tristeza.

«No puedes esconderte de esto».

Ketahn rodeó a su compañera con los brazos y la atrajo contra su pecho. Las emociones se agolpaban en su interior, cada una más abrumadora que la anterior, cada una de ellas intensificando el resto, y lo único que podía hacer era cerrar los ojos y acurrucarse sobre su pequeña compañera, buscando consuelo en su calor, su suavidad, su olor.

Estrechó su abrazo mientras las palabras de Ahnset resonaban en su mente.

«No puedes esconderte de esto».

Ivy se aferró a Ketahn, su fuerte abrazo expresaba todo lo que él sentía. Encontrarla había sido como descubrir un mundo nuevo... y ahora sentía como si ese mundo se estuviera desmoronando.

«No puedes esconderte de esto».

«Somos todo lo que queda...»

—Han muerto todos —rugió, y solo entonces se dio cuenta de que nunca había llorado a la familia y los amigos que había perdido a causa de la ambición de Zurvashi; únicamente se había permitido ansiar justicia. Venganza.

—No estás solo —susurró Ivy, con su cálido aliento sobre su piel—. Nunca estarás solo, Ketahn.

«No puedes esconderte de esto».

«No estás solo».

Ketahn inspiró profundamente, llenando sus pulmones con el aroma de Ivy, con la embriagadora fragancia de su apareamiento, con los olores familiares del refugio que había sido su hogar durante siete años. Takarahl había sido su hogar antes de esta guarida, y... y habría otro después de este. Un hogar junto a Ivy.

No podría esconderse, pero no estaría solo.

Capítulo Cuatro

Un trueno sacudió la guarida. La madera crujió y rechinó, y la tela de la abertura ondeó y se agitó a pesar de estar asegurada en las cuatro esquinas. Ivy se sobresaltó y se acurrucó más al resguardo del cuerpo de Ketahn, enterrando la cara contra su pecho. Sus uñas se clavaron en la piel de su cuerpo.

Él le acarició el pelo con una mano, la envolvió en la manta con la otra y estrechó aún más su abrazo. Ella se tumbó sobre él, como hacía siempre que dormían, pero aún no había llegado la hora de dormir. A pesar de las densas sombras impuestas por la tormenta, no hacía mucho que había pasado el mediodía.

Parecía que habían pasado ocho días enteros desde la visita de Ahnset aquella mañana.

Un trueno retumbó de nuevo, vibrando en los huesos de Ketahn y tragándose todos los demás sonidos, incluso los de la lluvia y el viento. Sintió el aire fluir por su piel cuando Ivy jadeó, y el pequeño y asustado sonido que emitió. Y la sintió temblar incluso después de que el trueno se hubiera desvanecido.

—Estás a salvo, mi hilo del corazón —dijo, rodeándola con un tercer brazo mientras seguía alisándole el pelo.

Ella se relajó, aliviando el apretón de sus uñas.

—Lo sé. Lo siento.

Ketahn le pasó los nudillos por la mejilla y le colocó unos mechones de pelo alborotados detrás de la oreja.

—No lo sientas. Lo entiendo.

A su compañera no le gustaban las tormentas. No podía culparla por ello; en el mejor de los casos, las tormentas eran una muestra de la fuerza bruta de los Ocho. O... simplemente, ¿eran manifestaciones del poder de la Maraña? Tal vez preguntara a Ivy qué creía su pueblo que causaba tales tormentas. Dudaba que realmente pudiera haber tantos monstruos en el cielo para que los dioses lucharan contra ellos tan a menudo.

Pero dedicaba poco tiempo a esos pensamientos, y no se había permitido preguntarse si la suave lluvia que había dado paso a aquella feroz tormenta era una señal de lo que estaba por venir, una señal de que la paz de la que él e Ivy habían disfrutado había llegado a su fin. Un orador de espíritus podría haberlo dicho, pues siempre estaban deseosos de ver la voluntad de los Ocho en todas las cosas, pero Ketahn no se iba a preocupar de eso ahora.

Ivy y él habían pasado el día juntos en la guarida. Habían completado las pocas pequeñas tareas disponibles, habían compartido dos comidas y habían hablado, pero gran parte de su tiempo lo habían pasado en silencio. Reflexionando.

Ni siquiera su bella y seductora Ivy había sido suficiente para distraer a Ketahn de sus pensamientos.

Deslizó distraídamente los dedos por su pelo, rozándole el cuero cabelludo con sus garras en lentas y tiernas caricias.

Ahnset tenía razón. No podía esconderse, y no podía esconder a Ivy. Al menos no mientras permanecieran tan cerca de Takarahl. Sin embargo, el problema no era que no pudieran esconderse para siempre, sino que por ahora no podían hacerlo. Incluso la reina tenía sus límites, y con Durax los Garras habían perdido a su mejor rastreador. Había muchos lugares en la Maraña a los que incluso algunos de los vrix más valientes se negaban a ir.

Ketahn desafiaria cualquier lugar, cualquier peligro, por su compañera.

El verdadero reto consistiría en viajar no solo con Ivy, sino con toda una manada de humanos. Humanos torpes, pequeños, débiles e inexpertos. Los pensamientos de Ketahn habían vuelto a ese hecho una y otra vez. Quedarse aquí era peligroso, aventurarse más profundamente en la Maraña era peligroso, pero solamente la primera opción garantizaba un posible conflicto.

Llevar a los humanos lejos del alcance de Zurvashi requeriría preparativos y provisiones que Ketahn tardaría dos o tres ciclos lunares en reunir. Pero con la estación de las inundaciones a la vuelta de la esquina —o tal vez justo encima, si esta tormenta era el inicio—, no disponía de tanto tiempo. El foso podría inundarse en cuestión de ocho días, si no antes.

Ivy se mostraba decidida y competente, aprendía rápido, y sería de gran ayuda que los demás humanos fueran similares, pero, aun así, no sería suficiente para viajar con la rapidez necesaria.

Apoyó la barbilla contra el pecho, mirando a su compañera de pelo dorado, y levantó las mandíbulas en una sonrisa.

Sí, Ahnset tenía razón... pero Ivy también. Ketahn no estaba solo. Y el tiempo de la reticencia ya había pasado. Y el tiempo de los secretos también. Si su confianza en sus amigos y en su hermana se había resquebrajado, la culpa de ello no la tenía ni la reina ni nadie, solo Ketahn. Solo él había descuidado sus vínculos. Había permitido que aquellos hilos permanecieran desatendidos durante demasiado tiempo.

Y no podía negar que quería que los suyos conocieran a los de Ivy. Quería que los vrix y los humanos se reunieran en paz, para que ambos pudieran encontrar la felicidad y la plenitud. Una parte de él, tan práctica y fría, no creía que fuera posible ni que mereciera la pena, pero tenía que creer lo contrario.

No quería romper los lazos que le quedaban con los vrix. No quería dejar atrás para siempre todo lo que había conocido. Ketahn lo haría por Ivy sin dudarlo, pero si había otra forma... tenía que intentarlo, ¿no?

Y Ketahn estaba cansado de esconder a su compañera del mundo. Estaba harto de mantenerla escondida como un tesoro oculto, como algo que había que atesorar. Quería que los demás la vieran, que vieran su resplandor, su belleza de otro mundo, su bondad.

Quería que el mundo viera que había sido bendecido por los mismos dioses con una compañera incomparable.

Si no el mundo... al menos los vrix que le importaban.

Un nuevo trueno surcó el cielo, y la guarida se balanceó y se hundió bajo una fuerte ráfaga de viento. Ivy soltó un suspiro entrecortado. Su calor floreció sobre su pecho. Giró la cabeza y apoyó la mejilla contra él, manteniendo su sólido agarre. Los cierres de Ketahn se extendieron alrededor de sus caderas, anclándola a él.

—He pensado en ello, mi hilo del corazón —le dijo cuando los ecos del trueno se apagaron.

—¿Pensado en qué? —preguntó ella—. ¿En cómo hacer la guarida más segura?

Las mandíbulas de Ketahn cayeron y un gruñido grave sonó en su pecho.

—Nuestra guarida es segura, hembra.

—¿Estás seguro? Esa telaraña parecía muy fina en algunos puntos.

—Eres bienvenida a hilar hebras nuevas para repararla, mi *nyleea*.

—Lo siento. Los humanos no lanzamos telarañas por el culo.

—Un defecto que pasaré por alto teniendo en cuenta lo bien que se agarra a tu trasero —dijo Ketahn, llevando una mano a su trasero y apretando la carne rolliza y redondeada.

Ivy soltó una risita y levantó la cabeza para mirarle. Sus ojos aún conservaban un destello de miedo, pero se había suavizado considerablemente. Él sabía que buscaba una distracción, algo que la mantuviera alejada de la furiosa tormenta.

Le levantó las manos de los lados y le pasó las palmas por el pecho, trazando con los dedos los planos y las líneas de su piel.

—Así que te gusta mi culo... entre otras cosas.

Le cogió la nuca con una mano.

—No hay parte de ti que no me guste, Ivy.

Sus mejillas se tiñeron de rosa. Ella sonrió con dulzura y miró hacia abajo, posando las palmas de las manos sobre sus corazones.

—Entonces, si no pensabas en cómo evitar que muriéramos, ¿en qué pensabas?

—En cómo proteger y mantener a todos tus humanos.

Ivy respiró entrecortadamente y sus ojos se abrieron de par en par para encontrarse con los suyos.

—¿Eso significa... que vamos a despertarlos?

—Sí, pero antes... —Algo se oprimió en su pecho. Sabía lo que tenía que hacer, pero aún no se había dado cuenta de su peso, de su riesgo. Le puso una mano en cada mejilla, acariciándole con los pulgares justo debajo de los labios—. ¿Confías en mí, mi hilo del corazón?

Ella cubrió una de sus manos con la suya y apoyó la mejilla con más fuerza en la palma.

—Con mi vida, Ketahn.

Sus mandíbulas se crisparon cuando un calor profundo y poderoso le inundó por dentro, combatiendo la opresión de su pecho.

—Para hacer lo que me has pedido, debo pedir ayuda a mis amigos. Tal vez... que se unan a nosotros, si ellos quieren, cuando abandonemos este lugar. Eso supondrá mostrarte a otros vrix, mi hilo del corazón.

—Si tú confías en ellos, entonces yo también —Las comisuras de sus labios se curvaron—. Aún no me has comido, así que...

Ketahn volvió a apretarle el trasero mientras sus cierres bajaban hasta cerrarse en torno a sus muslos.

—No, pero siempre beberé hasta saciarme de mi dulce compañera.

Sus mejillas se oscurecieron aún más y no tardó en sentir el aroma de su excitación. Era la prueba de lo mucho que su compañera disfrutaba de sus atenciones. Su miembro se agitó tras su abertura, palpitando con aquel dolor ya familiar, y soltó un ronroneo largo y grave.

Pero aún no era el momento. No hasta que ella supiera lo que él pretendía hacer.

Ketahn le alisó el pelo con una mano.

—Ivy, para hacer esto, para ayudar a los humanos... debo ir a Takarahl.

En un instante, el color que había florecido en sus mejillas desapareció, y el agarre de su mano se intensificó.

—Pero eso... eso... —Su respiración se aceleró mientras el miedo volvía a sus ojos—. ¿Qué

pasa con la reina, Ketahn? No puedes volver con ella.

Su expresión le dolió como ninguna otra cosa podría haberlo hecho.

—Debo hacerlo, Ivy. Ella seguirá buscándome si no lo hago, y eso hará que sea mucho más difícil reunir provisiones y prepararnos para el viaje. Si les ocurre como a ti, los demás humanos estarán débiles cuando despierten por primera vez. Necesitarán tiempo para ganar fuerzas y adaptarse a este mundo. No podemos hacer lo que debemos si los Garras de la Reina están arrasando la jungla. Necesitamos tiempo.

Ivy le soltó la mano y se acercó para acariciarle la mandíbula.

—¿Y Durax? ¿Y qué te hará la reina cuando te vea?

Ketahn retiró la mano de su trasero y la deslizó lentamente por su espalda.

—No sabrán nada de Durax. Está en un lugar al que no van los vrix. En cuanto a la reina... —suspiró—. No puedo saber lo que hará. Pero conozco a Zurvashi, y creo que estará... interesada en mi osado regreso. Eso nos dará tiempo. Me aseguraré de informar a mis amigos de lo que está por venir.

Ella lo miró con el ceño fruncido, y sus ojos, llenos de preocupación, parpadearon entre los de él.

—¿Estarás bien?

—Nada me impedirá volver a ti, mi hilo del corazón.

Ivy le acarició la mandíbula con el pulgar.

—¿Y no te... forzaré?

Tardó unos instantes en descifrar lo que quería decir; a pesar de todas las palabras tan específicas que Ivy utilizaba, a menudo hablaba de un modo que apenas denotaba su verdadero significado. Su pregunta le produjo un cosquilleo desagradable en la piel. La idea de que Zurvashi intentara reclamarle...

Con un gruñido, se hizo a un lado y puso a Ivy bocarriba sobre el lecho de pieles y seda mullida. Se colocó sobre ella, aprisionándola con los brazos y apretando su abultada abertura entre sus muslos.

—*Nunca* dejaré que eso pase —gruñó, rozándole el cuello con la cara y aspirando su dulce aroma. Sus cierres la estrecharon contra sí.

Ella se estremeció y le rodeó el cuello con los brazos.

—Soy solo tuyo, mi Ivy. Nadie más puede reclamarme.

Ivy volvió la cara hacia él y apretó los labios contra su cabeza.

—Ten cuidado. Por favor.

Ketahn levantó la cabeza y rozó su boca con la de ella, probando el leve sabor de aquellos labios carnosos y rosados. Tener cuidado significaría no ir. Significaría abandonar a la gente de Ivy y a la suya propia para llevársela a la Maraña, donde nunca podrían encontrarlos. Significaría ser egoísta, tomar lo que había conquistado. Significaría mantenerla como la mascota que por un breve tiempo había pensado que era.

Pero no podía hacerle eso. No podía dejar que el tierno corazón de su compañera se llenara de tanta tristeza y culpabilidad, que seguramente echarían raíces y se convertirían en resentimiento. No, ahora no podía huir. Era el momento de volver y enfrentarse directamente a su enemigo. Tenía ante sí un camino, los hilos estaban claros, y sabía cómo proteger a su compañera y a su pueblo.

Solo tenía que conseguir lo que parecía prácticamente imposible: complacer a la reina sin someterse a ella hasta que los humanos estuvieran preparados para viajar.

Capítulo Cinco

La Maraña estaba tranquila alrededor de Takarahl. Los sonidos de las bestias eran despreocupados, incluso agradables, y una brisa cálida agitaba las hojas, permitiendo que se abrieran paso rayos de sol dispersos y centelleantes. Los destellos del cielo eran de un azul relajante o salpicados de un blanco esponjoso.

Solo las gotas persistentes en las hojas y los charcos en lugares que la luz del sol nunca tocaría evidenciaban la reciente tormenta, que había retenido a Ketahn e Ivy en su guarida durante otro día entero desde que él compartió sus planes con ella.

No había ni rastro de la corrupción que supuraba bajo la piedra a poca distancia de allí, donde el gobierno de la reina Zurvashi paralizaba a los vrix de Takarahl.

Ketahn se mantuvo inmóvil en una hondonada sombría muy por encima del suelo. Su posición privilegiada le permitía ver claramente la formación rocosa que sobresalía del suelo de la jungla.

La roca era circular desde arriba, aunque era evidente que sus lados rugosos nunca habían sido moldeados por los vrix. No era extraño que fuera una piedra enorme y solitaria entre las raíces y los árboles; había muchas rocas grandes y afloramientos rocosos por toda la Maraña. Pero ninguno igualaba a este, sobre todo por el profundo estanque de lados lisos que descansaba sobre él. El agua fresca, procedente de un manantial subterráneo, corría incesantemente por los bordes del estanque y desembocaba en un pequeño arroyo.

Era como una copa gigante que nunca se vaciaba. Algunos lo llamaban la Copa de los Dioses.

Alzando la mirada de la piedra, Ketahn escrutó la jungla. Aunque este lugar era conocido por los vrix, sobre todo por la leyenda, rara vez lo visitaban. El claro que lo rodeaba se había reducido en los años posteriores a la primera visita de Ketahn como cría, y el camino que lo unía a Takarahl estaba casi oculto por el crecimiento de la jungla.

Pero si todo iba según lo previsto, hoy recibiría varias visitas.

Ketahn había llegado temprano por la mañana, tras una breve parada en el pasadizo oculto que discurría bajo el Túnel de la Caída Lunar. Ya había pasado el mediodía. Normalmente, esas esperas no le habrían molestado, pero cada momento le había hecho más consciente de que estaba apartado de Ivy. Su anhelo por ella siempre le dificultaba concentrarse, y esa dificultad se veía acentuada por el hecho de que estaba sola y demasiado lejos para que él pudiera protegerla. Lo único que podía hacer era recordarse a sí mismo que la cautela era el mejor medio para volver con ella sanos y salvos y, muy pronto, dejar todo esto atrás.

Bueno, recordárselo a sí mismo y esperar que hoy pudiera volver a su guarida. El riesgo de lo

que pretendía hacer era inmenso, y esperaba que pronto le dijeran lo condenadamente estúpido que era. Mientras pudiera comunicarse con sus amigos, mientras accedieran a ayudar, mientras se ocuparan de Ivy en caso de que el plan de Ketahn acabara en captura o muerte, los riesgos eran aceptables.

Tenían que serlo.

El sol estaba a medio camino entre el mediodía y el atardecer cuando Ketahn oyó un sonido característico: roca negra golpeando roca negra, un chasquido fuerte y agudo que resonó entre los árboles en un compás breve pero inconfundible.

Ketahn extendió un par de brazos fuera de la hondonada y respondió con una serie de chasquidos propios, producidos con un cuchillo de roca negra y una punta de lanza suelta. Un tercer golpe sonó desde las proximidades, terminando en una breve, pero familiar floritura que lo señalaba como obra de Telok.

A pesar de las incertidumbres que le aguardaban, Ketahn sonrió. Esperaba que no fuera una tontería imaginar un día en un futuro próximo en el que más vrix supieran lo que era una sonrisa y lo que significaba. Confiaba en que no fuera una tontería anhelar el día en que más vrix tuvieran motivos para lucir tales expresiones de manera habitual.

Un movimiento más allá del borde del claro captó su atención. Observó como tres vrix merodeaban entre la maleza, moviéndose lentamente para hacer el menor ruido posible. El vrix que iba en cabeza, con marcas verdes brillantes en su piel negra, se adentró en el claro varios segmentos por delante de sus compañeros.

Telok.

Rekosh y Urkot salieron casi uno al lado del otro, manteniendo el paso a pesar de las diferencias en su físico; Rekosh era alto y delgado, mientras que Urkot era bajo y corpulento.

Los tres vrix estudiaron su entorno atentamente. Ketahn se alegró de ello. Lo esperaba de Telok, que había cazado en la Maraña durante la mayor parte de su vida, pero parecía que Urkot y Rekosh no habían perdido sus instintos tras años de vivir y trabajar bajo la piedra en Takarahl.

—¿Dónde está? —preguntó Urkot, su voz grave apenas llegaba hasta Ketahn por encima del suave murmullo del manantial.

Telok gruñó y levantó la mirada.

—En algún lugar elevado.

Tras echar un último vistazo al claro para asegurarse de que no había invitados inesperados, Ketahn salió de su escondite. Los ojos de Telok se clavaron en él de inmediato.

Ketahn guardó la punta de lanza y el cuchillo y bajó. Aunque había muchas cosas que perturbaban sus pensamientos, el ánimo de Ketahn se recuperó en cuanto estuvo de pie ante sus amigos.

—Unos instantes más y te habría encontrado —dijo Telok con un castañeteo, cruzando los brazos sobre el pecho mientras clavaba la culata de su lanza en la tierra.

Ketahn castañeó, golpeando una pata delantera contra la de Telok.

—Si tienes que creer eso para mantener la cordura, no discutiré.

—Vosotros dos estáis aquí bromeando —refunfuñó Urkot—, mientras los Garras de la Reina merodean por esta misma jungla en tu busca, Ketahn.

—No podemos culpar al idiota por encontrar diversión allá donde va —dijo Rekosh, moviendo las mandíbulas con un suave chirrido propio.

Ketahn luchó contra el impulso de sonreír mientras se acercaba a Rekosh y Urkot, rozando con una pata delantera a cada uno de ellos a modo de saludo.

—Ya me has llamado idiota, y aún no he explicado mi plan.

Los ojos de Rekosh brillaron de alegría.

—¿Qué te tengo dicho? Siempre es emocionante estar contigo, Ketahn.

—Ojalá la Guardiana os hubiera hecho entrar en razón a los dos —Urkot dio un pisotón en el suelo—. La reina está furiosa y tú, Ketahn, eres la causa de su ira.

—¿Acaso no es así como suele ser, Urkot? —preguntó Rekosh.

—Tiene razón en estar preocupado —dijo Telok, que mantenía la mirada fija en Ketahn—. Es un humor raro, incluso para ella.

Las mandíbulas de Ketahn se hundieron. Su humor cayó junto con ellas y más allá, y no hizo ningún intento por combatir el cambio. Por mucho que quisiera disfrutar de aquel momento con sus amigos, había asuntos urgentes que atender. Se acercó al borde de la Copa de los Dioses y sumergió un par de manos en ella, recogiendo agua para verterla en su boca. El líquido fresco y limpio era reconfortante; había poca agua tan pura como esta en toda la Maraña.

Urkot se acercó y puso una mano áspera en el brazo de Ketahn.

—Te preocupa algo más que la reina, como si ella no fuera suficiente.

—En efecto —Rekosh se acercó también, apoyando un hombro contra el exterior de la formación rocosa—. Si no, no habrías dejado tu misterioso mensaje.

—Y hoy, por casualidad, he revisado el túnel subterráneo —Telok cogió un poco del agua que se derramaba entre sus manos y se salpicó la cara con un trino de satisfacción—. E incluso así, quizá nunca lo hubiéramos sabido.

Rekosh levantó una mano, con la palma hacia el cielo y los largos dedos ligeramente curvados.

—«*El Cazador, el Modelador, el Tejedor; sedientos, incluso los Ocho deben saciar su sed*».

—Parece un fragmento sin sentido de alguna escritura sagrada —dijo Urkot mientras se enjuagaba el polvo de piedra pálida de las manos—. El Modelador guiaba tus manos, Ketahn, pero tus marcas apenas eran legibles.

—Escribir nunca ha sido uno de mis talentos —replicó Ketahn, apartándose del estanque—. Aprendí solo por insistencia de mi madre.

Rekosh carraspeó.

—Ya lo sabemos. Te quejabas de ello todos los días cuando éramos crías.

Ketahn gruñó.

—Me parece que exageras.

—Mis recuerdos parecen coincidir con los de Rekosh —dijo Telok.

Cuando Ketahn miró a Urkot en busca de apoyo, el vrix de hombros anchos solo movió las mandíbulas.

—Uno nunca creería que eres un cazador de mano firme basándose solo en tu escritura. Más bien una cría jugando con un trozo de carbón —dijo Urkot.

Ketahn pasó una mano por el aire y siseó.

—La piedra sobre la que dejé esas marcas era pequeña, al igual que el carbón con el que las hice.

—Por supuesto —dijo Rekosh—. ¿Cómo podíamos esperar que hicieras un buen trabajo en esas condiciones?

Aunque la expresión de Rekosh no había cambiado, Ketahn oyó lo que Ivy llamó una *burla* en la voz de su amigo.

—Seguro que nos has hecho venir porque prefieres nuestros insultos mordaces a las lanzas de los Garras —dijo Telok.

—Es difícil elegir entre los dos —replicó Ketahn—. Al menos no me siento culpable por

tomar represalias contra los Garras.

—Tampoco finjas sentir nada con nosotros —Telok golpeó la pata de Ketahn con la suya.

—En verdad, Ketahn, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Urkot.

—Cualquier lugar a menos de ocho días de viaje de Takarahl es un lugar en el que no deberías estar en este momento —dijo Rekosh—. Furiosa como está, es probable que la reina te huela incluso desde aquí. Surgirá de la tierra como un monstruo de antaño para devorarte en cualquier momento.

Ketahn ansiaba encontrar el humor que sin duda había en aquellas palabras, pero le resultó imposible. Zurvashi era de verdad como un monstruo de leyenda: enorme, poderosa, despiadada y con un apetito sin fin. Pero era una bestia que los Ocho no estaban dispuestos a matar, y tampoco ningún vrix mortal parecía capaz de enfrentarse a ella.

A pesar de todo, se negó a rendirse ante ella.

—No os lo estoy pidiendo a la ligera, amigos míos —dijo Ketahn, encontrándose a su vez con la mirada de cada uno de sus compañeros—. Necesito vuestra ayuda.

Aquellas palabras salieron duras y sin emoción; habían sido previsiblemente difíciles, porque su sencillez era engañosa. Se sentían como una admisión de debilidad, una aceptación de su incompetencia.

Las mandíbulas de Telok se crisparon y se inclinaron, y ladeó la cabeza.

—No recuerdo que hayas pedido ayuda ni una sola vez en todo el tiempo que te conozco, Ketahn, por muchas veces que la hayas prestado.

—¿Lo ves? Tenía razón —Urkot se golpeó el pecho con los dedos, pero no había malicia ni arrogancia en su gesto ni en su voz—. Algo va mal, además de la reina.

Rekosh hizo un zumbido pensativo, mirando a Ketahn con los ojos entrecerrados.

—Supe que algo iba mal cuando viniste a mi guarida a tejer. Si no hubiéramos recibido esa visita inesperada, te habría sonsacado la información en ese momento.

—En cualquier caso —Telok escrutó los bordes del claro, por arriba y por abajo, antes de volver a mirar a Ketahn—, ahora estamos todos aquí, y es mejor no entretenerse.

Ketahn asintió, sin darse cuenta de que el gesto no tenía ningún significado real para sus amigos hasta que lo hubo hecho.

—Rekosh tiene razón.

Urkot gruñó.

—Siempre la tengo —dijo Rekosh, y luego ladeó la cabeza—. ¿Sobre qué parte, exactamente?

Ahora era Ketahn quien buscaba en los bordes del claro. La Maraña, siempre llena de peligros, nunca se había sentido tan intimidante como con Zurvashi como enemiga.

—Lo mejor sería estar fuera de su alcance. Mucho más allá.

Urkot rozó distraídamente con la parte inferior de la mano la superficie de la formación rocosa.

—¿Quieres decir que te ayudemos a huir?

—Sí. Necesitaré provisiones para un viaje largo —Ketahn soltó un resoplido. Incluso ahora, las palabras se le atascaban en la garganta. No quería hablar de Ivy, ni siquiera de la idea que tenía de ella, con nadie—. Provisiones para... varios viajeros.

—¿Varios? —Rekosh se apartó de la piedra para erguirse—. Ketahn...

—¿Quieres... quieres decir que te acompañemos? —preguntó Urkot.

—No puedo pedirte tanto —Ketahn extendió tres patas, rozando con una de ellas cada una de las patas delanteras de sus amigos—. Pero no puedo negar que vuestra compañía sería

bienvenida.

—Esto está relacionado con lo que sea que has estado ocultando, ¿verdad? —preguntó Rekosh.

—Así es.

—¿Nos has ocultado algo tan serio? —Urkot resopló y volvió a pisar fuerte, levantando una tenue nube de polvo—. Estamos aquí para compartir tus cargas, Ketahn. Una red no puede sostenerse con un solo hilo, igual que un túnel no puede sostenerse con un solo soporte.

Una ráfaga de viento barrió el claro y una rama se partió en algún lugar cercano, creando más ruido al caer entre hojas y otras ramas. Los cuatro vrix giraron la cabeza hacia los sonidos, y los cuatro permanecieron inmóviles y en silencio durante varios latidos después, observando, escuchando.

—El viento —susurró Rekosh—. Siempre ansioso por hacer destrozos.

—No debemos demorarnos mucho más —dijo Urkot, volviéndose hacia Ketahn.

—El viento trae el olor de otra tormenta —La voz de Telok era baja y distraída. Cuando Ketahn le miró, Telok estaba mirando hacia el cielo, donde los huecos en el follaje de la jungla mostraban muchas más nubes que antes.

—Seguro que habrá tormenta —retumbó Ketahn.

—Venga, pues —Rekosh se acercó, con la curiosidad brillando en sus ojos—. Dínoslo. Si no, nuestra imaginación será mucho peor que la verdad.

—Yo... —Ivy cruzó como un rayo por su mente y su pecho se estremeció de emoción. Todo su deseo y adoración por ella fluyeron libremente a través de él, y su instinto de protegerla de todo, y de todos, se disparó en respuesta. Cualquier macho era una amenaza, un rival potencial.

Pero no esos machos. No sus amigos.

Respiró lenta y profundamente. Dejó a un lado algunos de aquellos instintos y miró las caras de sus amigos.

—Será más fácil que lo veáis por vosotros mismos.

—¿Has desarrollado recientemente una afición por los acertijos? —preguntó Rekosh, inclinándose aún más como para estudiar los ojos de Ketahn.

—Os he ocultado algo, y pretendo enmendarlo, pero no es algo que las palabras puedan explicar correctamente. Venid a mi guarida mañana cerca del anochecer y todo se aclarará.

—Iremos, Ketahn —dijo Urkot, cruzando los antebrazos ante el pecho para invocar a los Ocho; el gesto estaba incompleto debido a que le faltaba la parte inferior del brazo izquierdo.

Rekosh y Telok imitaron el gesto.

—¿Qué necesitas de nosotros hasta ese momento? —preguntó Telok.

Ketahn les dijo los objetos que esperaba conseguir. Aunque algunos debieron de parecerles extraños, en especial toda la roca negra, el cuero, la tela, las agujas de hueso y los odres, ninguno de sus amigos lo cuestionó. Tampoco cuestionaron las indicaciones que les dio para encontrar su guarida oculta.

—Debéis sacar de contrabando esos objetos de Takarahl poco a poco, para no levantar sospechas —dijo Ketahn después.

Rekosh chasqueó los colmillos de su mandíbula.

—No necesitas remarcar lo obvio, Ketahn.

—Lo haré, cuando ya no tengas esa luz extraña en los ojos.

—No le hagas caso —Rekosh agitó una mano—. Simplemente, me preguntaba por la naturaleza de este secreto. ¿A quién has estado ocultando? ¿A una pareja secreta, tal vez?

Ketahn no estaba seguro de cómo mantuvo la calma en aquel momento. Rekosh lo había

adivinado con aparente facilidad, pero nunca adivinaría toda la verdad: que la pareja secreta de Ketahn era una criatura de algún lugar entre las estrellas.

—Pronto lo verás, Rekosh, y será más impactante que cualquiera de los cotilleos que hayas oído en Takarahl, además de parecer mucho más irreal.

—¿Más incluso que los rumores de que la reina tiene una hermana de cría gemela encerrada en sus aposentos a la que hace sangrar un poco cada día?

Ketahn ladeó la cabeza.

—¿Qué? Rekosh, ¿qué tontería es esa?

—Uf —Urkot golpeó las patas traseras de Ketahn con la punta de una gruesa pata—. Por favor, Ketahn, no le animes. Soy yo quien debe escuchar siempre su charlatanería cuando se encuentra en tal estado.

Rekosh, Ketahn y Telok carraspearon, pero el humor se desvaneció con demasiada rapidez. El olor de la tormenta, aunque todavía débil, era más fuerte ahora de lo que había sido tan solo unos instantes antes. Por mucho que le hubiera gustado quedarse y hablar con sus amigos de asuntos menos importantes, o volver con Ivy, había más cosas que hacer.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Ketahn—, pero antes debo pedirlos una cosa más.

—Cualquier cosa Ketahn —dijo Urkot.

—Lo que necesites —ofreció Telok.

Rekosh hizo un gesto, muy suave y elegante, para que Ketahn continuara.

—Cuando parta hacia mi guarida, dejaré otro mensaje en el túnel subterráneo. Si no lo encontráis para cuando estéis listos para partir mañana... os pido que hagáis el viaje hasta mi guarida igualmente y cuidéis de lo que encontréis allí como si fuera lo más preciado de toda la jungla.

Porque para Ketahn, Ivy era lo más preciado de la jungla, lo más preciado de toda la existencia.

—Ah, sí que es una compañera secreta, ¿no? —zumbó Rekosh—. ¿Quizá una heredera de la estirpe de Takari desconocida hasta ahora?

Urkot dio un golpecito en la pata de Rekosh.

—Basta, Rekosh.

—¿Adónde vas ahora, Ketahn, si no vas directo a tu guarida? —preguntó Telok, entrecerrando los ojos.

Ketahn exhaló lenta y pesadamente, se irguió un poco más y miró hacia Takarahl. Cerró los puños.

—Voy a tener una audiencia con la reina.

Un silencio sepulcral se apoderó del claro; incluso el manantial pareció enmudecer.

—Modelador, deshazme, maldito insensato —gruñó Urkot.

Al mismo tiempo, Telok se pasó una mano por la cara.

—Por sus óctuples ojos...

Con aquellas palabras, la conversación parecía completa. Ketahn carraspeó, aunque apenas sintió diversión. El peso de las miradas de sus amigos era inmenso, pero sabía que podía confiar en ellos. Sabía que, pasara lo que pasara, al menos Ivy estaría a salvo.

Al fin y al cabo, eso era lo único que importaba.

Capítulo Seis

Ketahn se envolvió con dos capas mientras avanzaba sigilosamente por el pasillo: una de seda negra para ocultar sus características marcas púrpuras, y otra confeccionada con la calma y la concentración de un cazador para tranquilizar sus manos y agudizar sus sentidos. Bajo la sombra de su capucha, miró hacia el final del sinuoso pasillo.

Estatuas de tamaño natural de las antiguas reinas de Takarahl se alzaban a ambos lados del pasillo, cada una en su propia alcoba. Los cristales incandescentes de la base de cada estatua iluminaban la sala. De las paredes y el techo colgaban exuberantes y fluidas franjas de seda, muchas de ellas decoradas con intrincados bordados y teñidas del tono púrpura favorito de la reina.

El púrpura por el que ella había iniciado una guerra.

Una vieja rabia crepitaba bajo la superficie de la tranquilidad de Ketahn, pero se negaba a dejarla salir. Se negó a que le desviara de su propósito.

El pasillo se enderezó tras esa curva, y las alfombras del suelo —de mimbre con seda entretejida de ocho colores diferentes— le condujeron hasta la cámara del fondo.

Las enormes puertas de piedra de la cámara estaban abiertas. Las gemas y el oro incrustados en sus caras talladas brillaban a la luz de los cristales cercanos. Los recuerdos atravesaron la mente de Ketahn de forma espontánea, como un torrente que no podía detener ni desviar.

Cerró los puños, aferrando aún la tela. Pocos vrix de la plebe caminaban por aquí, por el santuario de la reina, desde donde se gobernaba realmente la ciudad. La cámara de las grandes puertas no era más que una de las muchas que había a lo largo de aquellos pasillos, pero recordaba muy bien la Cámara del Consejo, donde Ketahn había permanecido muchas veces años atrás mientras Zurvashi, sus consejeros y sus Primeros planeaban cada movimiento de su guerra contra Kaldarak.

Había entrado por primera vez en aquella cámara como un joven y ansioso cazador inexperto, pero que ya había demostrado su habilidad contra los cráneos-espinas. Había salido de allí por última vez como un guerrero lleno de cicatrices, destrozado por lo que había perdido, unido solo por la fuerza de su amargura y su furia.

Hoy volvería a entrar en aquella cámara como compañero de Ivy, decidido a destruir las sombras que durante tanto tiempo se habían cernido tanto sobre él como en su interior con el resplandor de su alegría por tenerla como compañera.

Un par de Colmillos custodiaban la entrada. Se mantenían en una postura rígida y disciplinada, sosteniendo sus largas lanzas de guerra con la mano derecha. Detrás de ellas, la Cámara del Consejo estaba iluminada con la luz azul verdosa y parpadeante de la savia ardiente

de la madera de espino. El resplandor proyectaba una luz antinatural sobre las dos figuras del interior de la cámara, ambas mujeres, oscureciendo sus rasgos y haciéndolas parecer sombras atrapadas entre el reino de los vivos y el reino de los espíritus.

Aquellas figuras estaban conversando, pero la tela y el mimbre de la amplia sala silenciaban los ecos tan frecuentes en el resto de Takarahl, y Ketahn no podía distinguir lo que las dos estaban diciendo. Sin embargo, no necesitaba oír ni ver con claridad para reconocer a la figura más grande de las dos.

Zurvashi.

Sintió a la reina con tanta seguridad como si estuviera atado a ella por una cuerda de seda alrededor del cuello; estaba siendo atraído hacia ella.

Ketahn entrecerró los ojos y apenas contuvo un gruñido. Si los Ocho le habían guiado hasta Ivy, le habían deseado que la tomara como compañera, que se uniera a ella para siempre, también habían unido su destino al de la reina. Uno de esos lazos era esperanza, alegría, bondad, pasión y deseo. El otro era desesperación, tristeza, crueldad, furia y odio. Su conexión con Zurvashi era el único hilo de su vida que ansiaba cortar.

Manteniéndose agazapado, avanzó lo suficiente para agacharse en la ranura que había tras la estatua más cercana, siguiendo la guía silenciosa pero firme de sus instintos. Infiltrarse tan profundamente en Takarahl no había sido tarea fácil; los túneles estaban repletos de más Colmillos de los que había visto desde la guerra, y también había vislumbrado varios Garras merodeando por la ciudad.

Pero lo que le había sugerido Rekosh, una capa negra, la postura encorvada y el andar torpe, había demostrado ser tan eficaz como sencillo a la hora de moverse por los espacios comunes de Takarahl.

El verdadero reto estaba justo delante, y Ketahn lo iba a superar.

Ajustándose la capa para cubrirse mejor, Ketahn esperó, marcando el tiempo con los latidos de sus corazones. Las Colmillos que patrullaban junto a él momentos antes llegarían pronto al otro extremo del pasillo...

Si todo iba según lo previsto, Ketahn solo dispondría de un instante para actuar.

No era la primera vez que meditaba sobre la insensatez de todo aquello. Sabía que estaba provocando a la muerte, que se hallaba al borde del desastre, pero lo que marcaba la diferencia era la audacia de su empeño.

Unos pasos pesados, acompañados del tintineo de adornos dorados, sonaron en la dirección por la que había venido. Miró hacia los sonidos. Un Colmillo se acercaba por aquella curva, con la lanza de guerra preparada. Ketahn no la reconoció, pero parecía joven, quizá tanto como él y su hermana de cría cuando se vieron envueltos en la guerra contra Kaldarak.

Cambió de posición para observar cómo la Colmillo se acercaba a la Sala del Consejo. La segunda figura de la sala, tras oír el ruido, se dirigió a la entrada. La luz de los cristales le iluminó el rostro, permitiendo a Ketahn verla claramente por primera vez. La Primera Colmillo Korahla.

—Un incidente, Primera Colmillo —anunció la joven mientras se detenía ante Korahla y adoptaba una postura rígida.

Korahla miró más allá de la joven.

—¿De qué clase?

—Un desorden en la entrada del pasillo. Algo se ha roto.

—Pues límpialo —A pesar de los ecos apagados, la voz de Zurvashi salió de la Sala del Consejo, cargada de furia, con autoridad y, de algún modo, indiferente.

Las mandíbulas de Korahla se crisparon, pero no volvió a mirar a la reina.

—Necesito más información —dijo en voz casi demasiado baja para oírla.

La joven Colmillo respondió, pero su voz era demasiado baja para que Ketahn entendiera sus palabras. Sin embargo, incluso desde aquella distancia, pudo ver cómo se endurecían los ojos de Korahla.

—Vosotros dos —gruñó la Primera Colmillo, llamando la atención de los guardias de la puerta.

Ketahn se puso tenso; Korahla era una guerrera de élite con los sentidos agudizados y una astuta capacidad para entender la batalla. Si alguien podía detenerle antes de que alcanzara su objetivo, era ella.

—Vayan con ella —continuó Korahla—. Que alguien lo limpie y digan a los guardias exteriores que registren la zona.

Ketahn se agazapó aún más, ocultándose en las sombras y observando a las Colmillos a través de una estrecha rendija de su capa. La Primera Colmillo Korahla permanecía de pie en el centro de la entrada, con un aspecto más inamovible que la piedra que la rodeaba, mientras el resto de Colmillos se apresuraban por el pasillo en dirección al *regalito* de Ketahn.

Korahla entrecerró los ojos verdes y cruzó los brazos sobre el pecho. Ketahn deseaba que se moviera, ya fuera para reunirse con la reina o para acompañar a las demás Colmillos; mientras pudiera entrar en la cámara antes de que ella lo descubriera, no importaba adónde fuera.

—No es necesario que te preocupes por ello —dijo la reina—. Vuelve conmigo.

La Primera Colmillo mantuvo su posición.

—Hay raíces medicinales aplastadas en la entrada, mi reina. ¿Quién podría ser sino él?

—Alguno de los gusanos a los que ha inspirado su desafío.

—No conozco a ninguno tan audaz como él.

Zurvashi gruñó.

—Ketahn ha mostrado su verdadero espíritu. Se acobarda en la Maraña como si esta pudiera protegerle de mi ira.

Korahla se volvió hacia la reina.

—Ese no es su camino, Zurvashi.

—¿Cuestionas mi juicio, Korahla? —La figura indistinta de la reina se movió dentro de la cámara, la luz enfermiza se reflejó brevemente en sus ojos.

—No, mi reina —respondió Korahla con firmeza—. Simplemente aconsejo precaución.

La reina se volvió de nuevo, agitando una mano con desdén.

—Si tanto te preocupa, únete a los demás. Pierde el tiempo. Mientras estés fuera de mi vista, no me importa. Pero que sepas que harías bien en no volver a cruzarte conmigo, tanto si eres la Primera Colmillo como si no.

Con movimientos firmes, Korahla ofreció a la reina una reverencia de disculpa antes de alejarse por el pasillo. Fue entonces cuando se le aceleraron los corazones a Ketahn.

Insensato no era una palabra lo bastante fuerte para describir lo que estaba haciendo. Tendría que preguntarle a Ivy si había alguna palabra humana que describiera mejor aquello.

El paso de Korahla era pausado, digno y poderoso, y la llevaba rápidamente hacia él.

Moviéndose con el mayor cuidado posible, Ketahn empuñó el cuchillo que llevaba atado a la cintura, junto a la bolsa que contenía las raíces medicinales. Su disputa era únicamente con Zurvashi, y no deseaba luchar contra Korahla... Pero la idea de ser capturado sin luchar le resultaba inadmisibles.

Cuando la Primera Colmillo se acercó, Ketahn vio algo que hizo que sus preocupaciones se

esfumaran por un momento: una banda dorada alrededor de la mandíbula izquierda de Korahla, idéntica a la que su hermana de cría llevaba últimamente en la mandíbula derecha.

Apretó la empuñadura del cuchillo. Por Ivy, lo que fuera. *Cualquier cosa*. Pero derramar sangre antes de llegar a la reina solo le garantizaría no volver a salir de Takarahl, y luchar contra Korahla sería como luchar contra su hermana mayor, o como clavar una lanza en la espalda de una vieja amiga.

Su paso se ralentizó y su espalda se puso rígida. Sus mandíbulas se juntaron vacilantes, como con un inmenso esfuerzo, y se separaron. Un gruñido grave retumbó en su pecho; ahora estaba tan cerca que Ketahn sintió el sonido con la misma claridad que lo oyó. La empuñadura de cuero de su lanza crujió por de su fuerte agarre.

La Primera Colmillo Korahla levantó la mano superior izquierda y tocó con la yema de un dedo la banda dorada de su mandíbula. Exhaló un fuerte suspiro y parte de su tensión pareció desvanecerse. Ketahn soltó el cuchillo y Korahla siguió adelante.

En cuanto la perdió de vista, Ketahn dirigió su atención hacia la Sala del Consejo. Zurvashi estaba dentro, de espaldas a la puerta, inclinada sobre la losa elevada del centro de la sala. La luz azul verdosa del fuego aún le confería un aire inquietante.

Ketahn se levantó y avanzó a paso ligero, con la capa ceñida al cuerpo. Siguió la pared hacia la cámara, hacia su destino. Pero fuera lo que fuese lo que los dioses habían planeado, él se aseguraría de que aquello fuese solo una hebra más en la enmarañada telaraña de su destino, no un final, sino un lugar de paso que condujese a algo más.

Que le conduciría de nuevo a la Maraña, donde su destino final, su hilo del corazón, le aguardaba en la guarida que había llamado hogar durante siete años.

Una fría calma ralentizó sus corazones mientras se acercaba a la entrada, absorbiendo su rabia y convirtiéndola en algo nuevo, algo sólido y afilado. No había hecho ningún ruido al acercarse, y la reina no se había movido.

La mano de Ketahn hormigueaba por el deseo de desenvainar su cuchillo. Era la oportunidad de pillarla desprevenida, de cambiar Takarahl para siempre... y aprovechar esa oportunidad significaría no volver a ver a Ivy, pues no había más que una única salida... y estaría bloqueada por un enorme número de Colmillos.

Entró en la Sala del Consejo, apartó los recuerdos que amenazaban con salir a la superficie, reprimió los instintos que le instaban a no dar la espalda a la bestia que tenía delante y se volvió para cerrar las puertas de golpe. El sonido de estas al cerrarse resonó en la cámara y se propagó por el suelo. Antes de que el eco cesara, bajó la gruesa viga de madera para atrancar la puerta.

Giró para mirar a Zurvashi. Ella no se había movido de su sitio, pero su postura se había endurecido y sus mandíbulas estaban separadas.

—Lo poco que me quedaba de piedad lo gasté con Sathai —dijo rascando con sus garras la losa de piedra—. Su muerte fue rápida. Pero tú sufrirás por provocar mi ira y, antes de que termine, desearás haber aprendido de su error.

Ketahn dejó caer las manos a los lados. La capa le había parecido una armadura cuando llegó hasta aquí. Ahora le parecía más pesada que una piedra maciza y, sin embargo, no ofrecía más protección que una brizna de hierba.

—Di tu nombre. Tan solo lo recordaré durante el tiempo necesario para acabar con tu cobarde linaje —Zurvashi se irguió y se giró hacia Ketahn, con un brillo malévolo en sus ojos ambarinos.

Sus mandíbulas se crisparon y carraspeó. La peligrosidad de su postura disminuyó, pero tan solo un ápice.

—¿Un macho? Y parece que ya has traído una capa mortuoria. Muy conveniente, ya que no habrá nadie que teja uno para ti antes de que tu carne se haya desprendido de tus huesos.

Aunque la inquietud revoloteaba en sus entrañas, Ketahn cogió la capa de seda con una mano y tiró de ella.

Las mandíbulas de la reina cayeron y ladeó la cabeza.

—Tú —gruñó, dando un paso hacia él—. ¿Debo mantener todo lo que acabo de decir? No mereces menos que tu destrucción.

Sin embargo, Ketahn conocía a Zurvashi lo suficiente como para reconocer el brillo de curiosidad en su mirada. Necesitaba aprovecharlo. Necesitaba más tiempo.

—No harás tal cosa, Zurvashi —dijo, llenando sus palabras de tanta frialdad y autoridad como pudo reunir.

Una de sus manos permanecía sobre la superficie de la piedra; la apartó mientras daba otro paso hacia él, rastrillando la superficie con sus garras.

—Parece que has olvidado, pequeño Ketahn, quién gobierna este lugar.

Él carraspeó, evitando de algún modo que el sonido estuviera totalmente inundado por la amargura y el odio.

—Lo sé muy bien, Zurvashi.

Los finos pelos de sus patas se erizaron, y sus adornos tintinearón mientras se tensaba.

—¿Y qué ordenó tu reina?

El instinto le exigía que la rechazase junto con cualquier idea de que ella pudiera darle órdenes. Solamente había una hembra a la que serviría, y lo hacía con gusto. Zurvashi nunca sería Ivy.

—Volver para el Alto Reclamo y conquistarla —dijo.

—¿Y vas a obedecer? —Zurvashi se acercó un paso más; tan solo la rigidez de sus patas delataba su intención. Saltó hacia Ketahn, soltando un gruñido que habría detenido en seco a un yatin enfurecido, con los dedos enroscados y las garras listas para atacar.

Ketahn se apartó. Sintió que el aire se movía, desplazado por el cuerpo de Zurvashi, sintió que el suelo temblaba cuando ella descendió en el lugar donde él estaba. Golpeó con las cuatro manos contra las puertas para detenerse. Las puertas traquetearon, y algo crujió; Ketahn no podía estar seguro de si se trataba de la viga de madera o de la propia piedra.

Se volvió de nuevo hacia él, con las mandíbulas más abiertas que nunca, y sus colmillos y anillos dorados brillando bajo la luz espeluznante. Ahora se iban a enterar Korahla y la Colmillo. Ketahn tenía que acabar con esto antes de que consiguieran entrar en la cámara.

—Me has hecho quedar como una estúpida —gruñó la reina, apartándose de las puertas.

—Estoy haciendo lo que necesitas —replicó Ketahn.

Zurvashi se abalanzó sobre él. Su velocidad podría haberle sorprendido si no la hubiera visto tantas veces. Se apartó de un salto, esquivando por los pelos sus enormes manos, y empleó la misma velocidad para saltar sobre la losa de piedra y escabullirse hacia el otro lado. Las puntas de sus patas perturbaban lo que la reina había estado contemplando: un tosco mapa de tiza de la jungla que rodeaba Takarahl.

—¿Pretendes explicarme qué necesito? —rugió Zurvashi. Se acercó a la losa y una de sus patas se enganchó en la larga tela que llevaba alrededor de la cintura y que cubría sus patas traseras. Con un gruñido frustrado, se arrancó la seda y la tiró—. ¡Yo te diré lo que necesito, y tú te encargarás de dármelo! Así funciona este mundo. *Mi mundo*.

—Exigiste que te conquistara —dijo Ketahn, elevándose por completo para tenerla por encima por una vez—. Exigiste un macho digno. No necesitas que te obedezca, Zurvashi.

Necesitas un macho igual.

—Pequeño e insolente gusano...

—Podría haber desaparecido en la Maraña con facilidad —gruñó Ketahn; incluso ahora, Ivy y él podrían haber estado muy, muy lejos de aquí—. Podría haber terminado contigo y con Takarahl para siempre. ¿Crees que no había previsto tu ira?

Ella entornó los ojos y cerró los puños, con el pecho temblando por la respiración agitada.

—Eres un necio, condenado por los Ocho con mucho talento y potencial, pero sin la sabiduría necesaria para utilizarlos.

Estaba fuera de sí. Ketahn no estaba seguro de haberla visto nunca así, pero tenía que aprovechar su ventaja.

Caminó hacia ella, deteniéndose en el borde de la losa.

—Aun así, aquí estoy, Zurvashi, en el corazón de tu santuario.

—Mis Colmillos me han fallado.

Unas voces apagadas llegaron del pasillo, seguidas de un fuerte golpe en las puertas. Esta vez, la viga de madera se resquebrajó, aunque aún no cedió. Zurvashi ni siquiera se inmutó; se limitó a mirar fijamente a Ketahn.

—No —dijo—. Simplemente, se han enfrentado a un oponente superior.

Una luz hambrienta brilló en los ojos de la reina.

—Tú, pequeño Ketahn, eres audaz. Audaz más allá de lo razonable.

Ketahn extendió los brazos a los lados.

—Como debe ser cualquier conquistador. No necesitas un macho que se someta a tu voluntad, Zurvashi. Necesitas un macho que se enfrente directamente a ti... y que te eleve al hacerlo.

Las palabras le supieron a ceniza en la lengua, pero era necesario.

Se acercó lentamente.

—¿Das por sentado que perdonaré cómo me has menospreciado?

Todo el interior de Ketahn se rebeló contra él, exigiéndole que no hiciera lo que pretendía, pero se recordó a sí mismo que era por Ivy. Por Ivy, necesitaba complacer a esta hembra. Por Ivy, tenía que convencer a la reina.

Bajó de la losa y acortó la distancia que lo separaba de Zurvashi, negándose a traicionar siquiera un indicio de lo difícil que era cada paso. Ella inclinó la cabeza para sostenerle la mirada.

Otro portazo; otro crujido de madera al romperse.

—Te conquistaré, Zurvashi. Te daré todo lo que mereces. Y sabrás que el macho que deseabas no tiene rival. El Alto Reclamo no significa nada. La reina no debe ser conquistada a la vez que otras vulgares hembras.

Ella le miró fijamente a los ojos. El aroma de ella llenó sus pulmones en su siguiente respiración, que ya había adquirido la fuerza embriagadora que casi había sido su perdición en el pasado. Se preparó para luchar contra su influencia.

El aroma de Zurvashi le golpeó con toda su fuerza, invadiendo cada hilo de su ser como si se clavara en él con las puntas de mil lanzas. A pesar de lo mucho que esperaba su efecto, aquel olor produjo una chispa en su interior, provocó un intenso calor en su entrepierna y susurró seductoramente a los mismos instintos que esperaba acallar.

Amenazaba con robarle su fuerza de voluntad. Amenazaba con reclamarle en un nivel por debajo de su conciencia alerta, más allá de su capacidad de elección.

Ketahn no podía someterse. No podía traicionar a su compañera, y *no* lo haría. Ivy era suya.

Aunque era muy diferente de Ketahn, o de cualquier otro vrix, era suya y no quería a nadie más. El olor de la reina era poderoso. Los instintos profundamente arraigados que respondían a ese olor eran poderosos.

Pero no había nada tan poderoso como el hilo del corazón de Ketahn, nada tan poderoso como su vínculo con Ivy.

Aquellos instintos bestiales se convirtieron en anhelo, y ese anhelo era única y exclusivamente por Ivy.

—Ocho días —dijo—. Y después te entregaré ocho regalos dignos de una reina. Y entonces te conquistaré, Zurvashi.

Ahora no traicionaba a nadie, como si fuera una reina guerrera veterana. Una de sus manos se levantó y le rodeó la garganta. Antes de que pudiera reaccionar, ella había atrapado tres de sus brazos con las otras manos.

Llegaron más gritos del pasillo, seguidos de un portazo como un trueno. Zurvashi levantó a Ketahn. Brevemente, solo las puntas de sus patas traseras tocaban el suelo, y lo único que podía hacer era agarrarse al antebrazo de ella con la mano libre.

Ella lo estampó contra la losa. Su espalda se llevó la peor parte del impacto, pero el mayor dolor se produjo en el punto en que sus patas traseras se unían a su torso, que recibió el impacto del borde de la losa; lo sintió como una cuchilla. Entonces Zurvashi estaba sobre él, inmovilizándole con su cuerpo, aplastándole, apartándole las patas con las suyas y cubriendo su visión con su rostro.

Le rozó con una pata delantera.

—¿Qué es este olor que te envuelve? Nunca había olido algo así...

Ketahn contuvo un gruñido mientras en su interior se enrollaba un pavor estrangulador. Creía que había limpiado todos los olores de su piel antes de venir a Takarahl, pensó que había sido lo suficientemente meticuloso. Pero el olor de Ivy debía de haberse aferrado a él a pesar de sus esfuerzos, y no quería que Zurvashi lo tuviera, no quería que supiera *nada* de su compañera.

—Curiosamente dulce —dijo. El colmillo de la mandíbula de Zurvashi le rozó la cara cuando bajó la cabeza para olisquearle la mejilla. Su pelvis presionó la de él; sus aberturas se rozaron, la de ella irradiando un calor impresionante y seductor.

Por imposible que parezca, el aroma de la reina se intensificó. Ella movió las caderas, frotando con fuerza su abertura contra la de él, y él sintió cómo su carne se separaba, y cómo aquel calor se intensificaba. La lujuria brilló en sus ojos ambarinos.

—¿Qué has estado haciendo ahí fuera, Ketahn?

Ketahn apretó los cierres entre sí, cerrando la abertura lo máximo posible.

La mirada de Zurvashi se oscureció y apretó con más fuerza.

Hizo un ruido; si fue una palabra o un grito de rabia no importó, pues Zurvashi lo silenció apretándole la garganta.

Con una última sacudida, la viga de madera se partió, y las puertas de piedra estallaron hacia dentro.

—Debería despedazarte miembro a miembro —siseó Zurvashi.

El miedo oprimió los corazones de Ketahn, pero no permitió que arraigara. Ivy era lo único importante, y sus amigos cuidarían de ella. La mantendrían a salvo.

Sostuvo imperturbable la mirada de la reina a pesar del dolor, a pesar del ardor en los pulmones, a pesar de la repugnante presión y fricción que ella ejercía sobre su abertura. Se oían gritos y movimientos a su alrededor, pero él no les prestó atención.

—Pero ahora sí que estoy fascinada —ronroneó Zurvashi. Levantó la cabeza, trazando una

línea de dolor en su mejilla mientras arrastraba el colmillo de su mandíbula, rebanando su piel justo por debajo del corte que Durax le había infligido—. Me sorprendes, Ketahn. Confío en que demuestres que mi elección fue una decisión acertada. Tienes solamente ocho días —Su agarre en la garganta se fortaleció—. Entonces se acabará mi paciencia.

Apoyó un par de manos en su pecho y se apartó de él, dejándole sin aliento. Su visión se nubló mientras luchaba por respirar, mientras se aferraba a la lucidez y alejaba la oscuridad que invadía los límites de su conciencia. No podía sucumbir; necesitaba volver con Ivy. Necesitaba estrecharla entre sus brazos y dejar que su olor se impusiera al de Zurvashi, necesitaba olvidarse de todo aquello, aunque solo fuera por un instante. Y luego tenía que actuar, porque esto solo había reafirmado lo que ya sabía: tenía que llevar a Ivy y a los demás lejos de Takarahl lo antes posible.

—Este fracaso merecerá un castigo, Korahla —dijo la reina—. Todos vosotros, fuera. Y aseguraos de que nuestro querido cazador encuentre el camino de vuelta a la jungla.

—Sí, mi reina —dijo alguien con una voz ronca y familiar. La Primera Colmillo.

Unas manos poderosas agarraron los brazos derechos de Ketahn y lo levantaron de la losa. Aunque sus articulaciones amenazaban con doblarse y sentía que la cabeza le daba vueltas, consiguió poner las patas debajo de él y encontrar algo parecido al equilibrio.

Aquellas manos pertenecían a Korahla. Le sujetó los brazos y se movió a su lado, medio guiándole y medio arrastrándole hacia delante.

—Volved a vuestros puestos —gruñó.

Ketahn apenas captó movimientos a su alrededor. Estaba concentrado principalmente en dos cosas: en mantener las patas en movimiento mientras Korahla lo conducía hacia el pasillo y en las próximas acciones necesarias para alcanzar sus objetivos. Había ganado ocho días, pero ese tiempo tendría un alto precio, y dependería por completo del capricho de Zurvashi.

Estaba tan, tan cansado de estar sometido a los temperamentos de la reina.

Cuanto antes estuvieran Ivy y los demás humanos preparados para viajar, mejor. No disponían de meses para aprender y prepararse como ella.

—Maldito idiota —refunfuñó Korahla—. Más vale que tu hermana no haya tenido nada que ver en esto.

—No sabe nada.

Korahla resopló.

—Bien. No sé si se alegrará o se horrorizará al enterarse de todo esto, pero al menos no necesitará ningún castigo.

Ketahn volvió a mirar la banda de oro de la mandíbula de Korahla, pensativo. Al cabo de un momento, carraspeó, con un sonido sorprendentemente genuino.

—Ambas cosas.

—Por los Ocho, Ketahn, te ruego que sepas lo que haces.

No podía decir si lo sabía o no, pero estaba seguro de una cosa: *por qué* lo hacía.

Y pronto volvería con su motivo, su Ivy.

Capítulo Siete

Aunque tan solo hubieran pasado cuatro días, resultaba extraño estar de nuevo en la sala de estasis, de un blanco brillante, la única parte del *Somnium* que no había sido tocada por el paso del tiempo. Ivy recorrió con la mirada las criocámaras situadas a ambos lados de la sala. De veinte, solo siete funcionaban. Quedaban siete humanos, ocho incluyendo a la propia Ivy. Eran todo lo que quedaba. Cinco mil colonos reducidos a ocho.

Ivy se aferró a la correa de su bolsa. El sudor le humedecía las palmas de las manos y la aprensión se le acumulaba en el estómago. Lo había estado deseando, pero ahora que estaba aquí, se sentía nerviosa. Iba a sacar a siete personas de estasis y a introducirlas en un mundo hostil y alienígena en el que vivían arañas parlantes gigantes y, además, tenía que ser ella quien les dijera que cualquier amigo o familiar que tuvieran en la nave muy probablemente estaba muerto.

«*Es lo mejor que se puede hacer*».

Sabía que lo era. Ivy no podía seguir con su vida sabiendo que todos los que quedaban aquí morirían en dos años. Merecían una oportunidad.

Ivy simplemente... no sabía cómo despertarlos.

—¿Qué ocurre, mi hilo del corazón? —preguntó Ketahn desde detrás de ella.

—Tengo miedo.

Le puso una mano en cada hombro y la guio suavemente para que se diera la vuelta. Una vez que estuvo frente a él, le acarició las mejillas con las manos inferiores.

—No te pasará nada. Yo te protegeré, Ivy. Siempre.

A pesar del escozor de sus lágrimas, mantuvo la mirada fija en la de él mientras giraba la cara hacia la palma de su mano. En aquella habitación luminosa, sus ojos eran de un púrpura tan vibrante, rebosantes de ternura y afecto, pero ni siquiera las potentes luces artificiales podían disipar las sombras del fondo de su mirada. Ayer había sufrido a manos de la reina, y era evidente que el peso de todo le estaba pasando factura.

La culpa y la duda la inundaron, agrias y espesas en su interior. ¿*Hacía* lo correcto? ¿Estaba siendo egoísta? ¿Cómo podía permitir que Ketahn sufriera así solo para calmar sus propios remordimientos?

—Mi *nyleea* —murmuró él, acariciándole la mejilla con la yema del pulgar—. Cuéntame. ¿Qué te preocupa?

Su pecho se contrajo y, por un momento, le costó respirar. A pesar de lo que había sufrido, a pesar de todo lo que había soportado por ella, la única preocupación de Ketahn era Ivy.

Apoyó la palma de la mano en su pecho, sobre sus corazones. Su visión se nubló cuando las lágrimas inundaron sus ojos.

—¿Estoy haciendo lo correcto? ¿Estoy...? ¿Deberíamos irnos? ¿Ahora mismo, lejos de aquí, lejos de la reina, a algún lugar donde estés a salvo?

Carraspeó; el sonido era cálido y amable, entre divertido y triste.

—Nos iremos, Ivy. Pronto. Pero esto —levantó la barbilla, señalando las cápsulas que tenía detrás— está bien. Tienes razón. No podemos dejarlos morir, no cuando tienen la oportunidad de vivir.

Ivy se acercó más a él. Ketahn apartó las manos de su rostro y la rodeó con los brazos. Una de sus patas delanteras se adelantó y rozó íntimamente su pantorrilla. Sus finos pelos eran suaves y le acariciaban su piel desnuda.

—Tengo miedo porque... no sé cómo reaccionarán. No sé cómo haré que lo entiendan sin que se asusten. Cómo les mantendré calmados, concentrados... Ni siquiera sé si me escucharán

—

Ketahn ladeó la cabeza—. ¿Por qué no iban a escucharte?

Ella frunció el ceño, bajando la mirada.

—Porque no soy... nadie. En lo que respecta a esta colonia, solo iba a trabajar y a reproducirme. No tengo ninguna habilidad especial, no tengo ningún conocimiento especial, no...

Ketahn la silenció presionando un dedo sobre sus labios. Cuando ella volvió a mirarle, se inclinó para apoyarle la frente.

—Has sobrevivido a la Maraña durante muchos períodos de ocho días, mi hilo del corazón. Has recibido lecciones sobre caza, trampas y rastreo. Sabes más de la jungla que cualquiera de ellos.

Ivy inspiró lenta y profundamente, y soltó el aire en una temblorosa exhalación.

—Porque te tengo a ti.

—Y siempre me tendrás. Pero tú eres suficiente. ¿Sabes lo que te quiero decir, Ivy?

Su pecho se llenó de ternura, aliviando parte de la opresión que sentía.

—Sí, lo sé.

Él le rozó la frente con un delicado beso, acercándola un poco más.

—Vale.

Disfrutó de su abrazo, extrayendo de él toda la fuerza y el consuelo que pudo. Cuando él aflojó el abrazo, Ivy se dio la vuelta y volvió a enfrentarse a la realidad. Dejó la bolsa en el suelo, se acercó a la criocámara en funcionamiento más cercana y contempló a la mujer que dormía en ella.

—Se llama Ahmya Hayashi —dijo Ivy, estudiando las delicadas facciones y el largo pelo negro de la mujer—. La conocí durante el entrenamiento.

Ketahn se colocó junto a Ivy.

—¿Es una amiga?

—Más o menos. Creo que yo estaba demasiado asustada para dejar que nadie se acercara, y ella era muy tímida y solía ser reservada. Creo... creo que si lo hubiera permitido, podríamos haber llegado a ser amigas.

—La oportunidad aún no ha pasado.

Ivy miró fijamente la cara de Ahmya y sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

—No, no lo ha hecho.

Bajó la mirada hacia el panel de control de la parte delantera de la cápsula y tocó la pantalla. En la parte inferior había un botón rojo que decía “*DESPERTAR DE EMERGENCIA*”.

La iluminación interior de la cápsula se activó, iluminando a Ahmya.

—Colono Ahmya Hayashi, número cuatro tres seis —dijo el ordenador con voz incorpórea desde arriba—. Constantes vitales normales. Confirmar secuencia de despertar de emergencia.

Ivy apretó los dedos contra la palma de la mano, se llevó los labios a la boca, se los mordió e inspiró otra vez para tranquilizarse antes de volver a pulsar el botón.

—Despertar de emergencia iniciada —dijo el ordenador. El suelo bajo los pies de Ivy vibró lo suficiente para que pudiera sentirlo. Los tubos conectados a Ahmya se vaciaron de los fluidos vitales que habían estado fluyendo por ellos y se replegaron, y el interior de la criocámara se llenó de vapor.

—Sujeto despertado sin período de adaptación recomendado —continuó el ordenador—. Puede sufrir letargo temporal, náuseas, mareos, desorientación, fatiga y dificultad de concentración. Consulta a un médico para informar de cualquier problema.

La cápsula siseó, despresurizándose, y entonces la tapa transparente se elevó y retrocedió. El vapor se disipó cuando la cama de la cápsula se elevó, levantando a Ahmya, que quedó tumbada en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Aún seguía durmiendo.

Ivy sintió la tentación de extender la mano y tocarla para ver si era real. Aunque habían pasado ciento sesenta y ocho años desde que salieron de la Tierra, solo habían pasado dos meses desde que Ivy se había despertado. Era mucho tiempo sin ver a otro ser humano, preguntándose todo el tiempo si ella era la única que quedaba.

Alejándose de Ahmya, Ivy repitió el proceso con los otros seis colonos. Había otras tres mujeres: Ella Lewis, Callie Wright y Lacey Anderson, y tres hombres: William Reed, Cole Walker y Diego Rodríguez.

Ninguno de ellos se movió. Tenían los ojos cerrados y seguían durmiendo plácidamente. Ivy estaba así cuando Ketahn había tropezado con este lugar y la había liberado accidentalmente. La había sacado de aquí, y ella se había despertado cara a cara con un monstruo en un lugar oscuro y desconocido. Recordó su terror. Aunque esperaba que los supervivientes se sintieran confusos cuando recobraran el conocimiento, al menos estarían en un lugar conocido y eso les ayudaría a calmarse mientras Ivy les explicaba todo. Excepto por...

—¿Ketahn?

Había estado mirando a los humanos con las mandíbulas crispadas, pero volvió la vista hacia Ivy al escucharla hablar.

—¿Sí, mi hilo del corazón?

—Yo... creo que sería mejor que te fueras.

Sus ojos brillaron y se volvió para mirarla de frente.

—No te dejaré.

—Solo sería por un momento.

Ketahn señaló hacia las cápsulas abiertas.

—No confío en ellos. No contigo aquí, Ivy.

Ivy se acercó a él y le rodeó la muñeca con una mano, tirando suavemente de ella hacia su pecho para colocar la palma entre sus pechos, sobre su corazón. Sintió el ligero pinchazo de sus garras y la aspereza de su palma contra su piel.

—Estaré bien. Confía en mí. Por favor.

Le cogió la nuca con una de sus enormes manos y le sostuvo la mirada.

—Confío en ti. En ellos no. No puedo protegerte si estoy lejos.

—No te pido que te vayas lejos —Ivy bajó la mano y lo rodeó con los brazos, apretando la oreja contra su pecho. Cerró los ojos, dejando que el ritmo de sus corazones la tranquilizara, y cuando sus brazos la rodearon, se sintió segura y protegida—. ¿Recuerdas cómo actué cuando te

vi por primera vez?

Un sonido triste retumbó en su pecho, dejando claro que, en efecto, lo recordaba.

—Cuando despierten estarán enfermos y débiles, y si tú eres lo primero que ven, también se asustarán. Estaré bien —Abrió los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle—. Solo déjame hablar con ellos, contarles lo que ha pasado y prepararlos para lo que van a ver. Luego te los presentaré.

Ella miró fijamente a los ojos, con una mirada ilegible. Sus mandíbulas cayeron, pero el asentimiento que hizo fue firme.

—Me ocuparé de Durax. Es mejor que los demás no vean lo que queda de él.

—Gracias.

Ketahn le cogió la barbilla.

—Si me necesitas, llámame.

—Lo haré.

Cuando él se inclinó, ella se puso instintivamente de puntillas para apretar sus labios contra la boca de él, regalándole un beso tierno y prolongado que ninguno de los dos parecía ansioso por romper.

No podía mentirse a sí misma: no quería que se fuera, sobre todo teniendo en cuenta que había estado fuera casi todo el día de ayer, dejándola sola en la guarida, muy preocupada por lo que le pudiera ocurrir mientras estuviera en Takarahl. Su separación ahora, aunque casi insignificante en comparación, despertaba esos mismos sentimientos.

Fue Ketahn quien finalmente se apartó. Con suavidad, enganchó unos mechones sueltos de su pelo con una garra y se los colocó detrás de la oreja.

—Te veré pronto, mi hilo del corazón.

Ella le sonrió, y él levantó las mandíbulas en su versión de aquel gesto. Luego soltó el abrazo, se dio la vuelta y salió de la habitación, con sus silenciosos pasos sobre el duro suelo.

A pesar de estar rodeada de otras siete personas, en aquel momento Ivy se sintió más sola que nunca.

Capítulo Ocho

El tiempo transcurría a paso de tortuga tras la marcha de Ketahn, e Ivy lo pasaba en silencio entre los humanos dormidos. Fácilmente, se podría haber confundido la habitación con un depósito de cadáveres: estaba tan quieta, tan silenciosa, y el aire era casi gélido después de pasar semanas en la calurosa y húmeda jungla. Incluso los humanos vivos estaban inmóviles.

Y no ayudaba el hecho de que hubiera doce cápsulas que servían de ataúd para personas que se habían ido para siempre.

Ivy se pasó una mano por el pelo, apartándoselo de la cara mientras miraba a su alrededor. Respiró lentamente por la boca, volvió junto a su bolsa, se agachó y la abrió. De su interior sacó los dos odres y varias frutas y carnes secas. Sin nada más que hacer, Ivy se sentó con la espalda apoyada en la pared y esperó.

El silencio se prolongaba, inquietante y solitario, dando a la mente de Ivy demasiado tiempo para divagar y a su ansiedad demasiado espacio para expandirse. Su último trabajo a tiempo completo había sido de cajera en una tienda de alimentación. No estaba capacitada para atender e informar a nadie en aquella situación. ¿Y si decía o hacía algo mal? ¿Y si metía la pata y alguien resultaba herido o moría por su culpa?

Frunció los labios y se esforzó por contener el miedo y la preocupación. Estaba haciendo algo. Eso cambiaba las cosas, ¿no?

«Y tengo a Ketahn».

Había hecho tantísimo por Ivy, aun sin saber nada de ella ni de su especie. Le había visto ser consumido por la impotencia y la desesperación cuando ella enfermó, y le había visto superarlo, haciendo todo lo posible por ayudarla. Ese era el ejemplo que debía seguir.

Si no sabía qué hacer, tenía que hacer lo que le pareciera correcto. Y esto le parecía lo adecuado, a pesar de todos sus recelos.

Aun así, eso no impidió que Ivy deseara desesperadamente que alguna de aquellas personas tuviera un entrenamiento que les ayudara a salir de esta, y que todos recuperaran pronto la cordura.

Un grito ahogado rompió el silencio, sobresaltando a Ivy. Aunque Ahmya había sido la primera en salir de estasis, no había sido ella quien había gritado. Procedía del otro lado de la habitación. Apartándose de la pared, Ivy cogió uno de los odres y se puso en pie.

Ella Lewis respiraba con dificultad, con los párpados agitados. Tenía los dedos enroscados, clavando las uñas en el acolchado de la cama de la cápsula.

—¿Cuánto tiempo... se tarda en... dormirse? —preguntó. Su voz era ronca y débil, como Ivy esperaba de alguien que había estado inconsciente durante casi diecisiete décadas.

Ivy corrió hacia Ella y le puso una mano en el hombro.

—Shhh... En realidad te acabas de despertar. Necesito que respires hondo y con calma, ¿vale? Intenta relajarte.

—Vale —dijo Ella. Inspiró hondo y frunció el ceño al soltar el aire temblorosamente. Tenía la piel cubierta de sudor a pesar del aire fresco—. Me encuentro mal.

Ivy apartó el pelo castaño de la pálida cara de la mujer y se lo colocó detrás de la oreja.

—Es posible que... te sientas así durante un tiempo. Es un efecto secundario por haber salido de estasis, pero te pondrás bien, ¿vale? Intenta mantener la calma y seguir respirando.

Ella abrió los ojos de golpe. Tardaron unos instantes en centrarse en Ivy, con las pupilas dilatándose y contrayéndose repetidamente.

—¿Ya hemos llegado? ¿Estamos en Xolea?

Una punzada golpeó el corazón de Ivy. Se apretó el labio inferior entre los dientes mientras sentía el escozor de las lágrimas en los ojos. ¿Qué debía decir?

«*Aún no, Ivy. Espera a que despierten los demás. Espera a que se hayan disipado algunos de los efectos de la estasis*».

Levantó el odre, lo abrió y se lo acercó a Ella a la boca.

—Toma. Bebe un poco de agua, Ella.

La mujer separó los labios y permitió que Ivy la ayudara a beber. Ivy no dejó que bebiera demasiado; solo lo suficiente para refrescar la boca y la garganta resacas. Le retiró el odre y Ella cerró los ojos.

—Relájate mientras esperamos a que los demás se despierten, ¿vale? —dijo Ivy.

—Vale —respondió Ella. Incluso aquella simple palabra le salió temblorosa e insegura.

Detrás de Ivy se oyó un gemido grave. Se volvió para ver a un hombre de pelo rubio hasta los hombros que se llevaba una mano a la cabeza y se masajeaba las sienes con los dedos. Era Cole Walker.

—Joder —Bajando la mano, Cole abrió los ojos y se agarró al lateral de la cápsula, tirando de sí mismo. Su pie descalzo aterrizó en el suelo con sorprendente firmeza. El pie que le siguió no se mantuvo tan estable. Perdió el equilibrio. Consiguió dar un único paso, tambaleante, con el cuerpo temblando, antes de caer de rodillas—. Ah, mierda.

Ivy corrió hacia él, se agachó y lo cogió del brazo mientras se esforzaba por incorporarse.

—Ven, te ayudaré a sentarte. Tienes que ir despacio.

—Estoy bien, solo necesito un... —dijo arrastrando un poco las palabras. Lo que quería decir no le salió. Una vez sentado, se pasó una mano por la cara y soltó una bocanada de aire—. No pensaba que sería tan malo. Es como la peor resaca que he tenido nunca.

Ivy sonrió. Sabía exactamente a qué se refería.

—Esto es solo el principio. Puede ponerse peor —Le tendió el odre—. Toma, bebe un poco de agua. También tengo algo de comida, pero esperaremos a que tu estómago esté en condiciones.

Cole aceptó el odre y bebió un trago largo y profundo, echando la cabeza hacia atrás y casi tambaleándose. Se limpió la boca con el dorso de la mano y respiró entrecortadamente; solo entonces miró el odre. Arrugó la frente.

—Parece que se han ahorrado un dineral con este equipamiento.

—Es... una larga historia. Sé que estás confuso, pero te lo explicaré en cuanto estén todos despiertos.

—¿Confuso? —Cole parpadeó varias veces—. Entonces miró a Ivy y se quedó un momento con la boca abierta—. Estás mucho más buena que el médico que me anestesió.

Ivy soltó una risita y una pizca de rubor cubrió sus mejillas.

—No te muevas, ¿vale? Los demás se despertarán pronto y tendré que ayudarles. ¿Quieres beber un poco más?

Sin dejar de mirarla con sus ojos azules, se llevó el odre a la boca y bebió un trago más largo que el primero antes de devolvérselo.

—Gracias.

Poco a poco, los demás se despertaron, cada uno en su propio estado de desorientación y debilidad. Nadie estaba tan mal como Ella, que permanecía tumbada en la cama de su cápsula, con la piel reluciente por el sudor. Sin embargo, lo peor que tuvo que soportar Ivy fue el despertar de Diego Rodríguez, que, después de que ella le ayudara a bajar de la criocámara, consiguió dar un par de pasos apoyándose en ella, antes de doblarse y vomitar en el suelo.

El sistema de filtración de aire funcionaba lo bastante bien como para disipar el olor en unos segundos, pero bastó una pequeña bocanada de aire para que a Ivy se le revolviera el estómago. Lo alejó del desastre, manteniendo los labios apretados y diciéndole a su estómago: «¡Ahora no, maldita sea!»

Les dio agua a todos, casi vaciando dos de los odres que ella y Ketahn habían traído, ayudó a algunos a colocarse en posiciones más cómodas, limpió el desastre del suelo y esperó. La información que tenía que compartir con ellos estaba ahí, agrupada en un denso y pesado bulto de angustia en su pecho, pero aún no se atrevía a decir nada. No hasta que pudieran entenderlo.

«¿Y eso cuándo será? Incluso después de todo este tiempo, todavía me cuesta hacerme a la idea».

—¿Se han saltado mi turno? —preguntó William Reed—. Se suponía que... me había intercambiado con Johnson. Se suponía que tenía que cubrirle.

Estaba sentado en la base de su criocámara, con los codos apoyados en las rodillas y las manos en las sienes, pasándose distraídamente los dedos por el pelo negro bien recortado. Su piel oscura estaba perlada de sudor, pero parecía mucho más alerta que Ella. Aunque llevaba la misma camiseta y los mismos pantalones cortos blancos que los demás, su camiseta tenía el logotipo azul de la Iniciativa Mundo-Hogar sobre el corazón.

Era parte de la tripulación.

—¿Y no deberíamos estar sometiéndonos a exámenes médicos ahora mismo? —preguntó Diego—. No parece normal que estemos aquí sentados así.

—Tengo la sensación como si la cabeza se me fuera a partir en dos —dijo Lacey Anderson. Estaba sentada contra la pared, con la cabeza inclinada y apretada entre las manos, y su largo pelo rojo se desparramaba por delante de ella.

—Creo que la mía ya lo ha hecho —replicó Callie Wright desde donde estaba tumbada en el suelo junto a su cápsula, con su mata de largos rizos negros esparcidos alrededor de la cabeza—. Si encuentras algún trozo de materia gris esparcida por el suelo, es mía.

Ahmya soltó una risita suave, pero enseguida se convirtió en un gemido. Estaba sentada en su criocámara con los brazos alrededor de las piernas y la cabeza apoyada en las rodillas.

—No me hagas reír, duele.

—¿Esto... es normal? —preguntó Ella. Tenía la ropa húmeda de sudor y temblaba.

Ivy sacó una de las mantas de la bolsa y la desplegó mientras se acercaba a Ella.

—Es normal. Yo pasé por lo mismo.

—Esperaba que ocurrieran más cosas cuando nos despertáramos —dijo Cole. Era el único de los supervivientes recién despertados que se había atrevido a ponerse en pie de nuevo, aunque no se había alejado más de un par de pasos de su cápsula—. ¿No tenemos nada que hacer?

Hizo un gesto con la mano hacia la criocámara vecina, que seguía cerrada.

—¿Y por qué aún no se han levantado estos capullos perezosos?

El bulto del pecho de Ivy se retorció y se agrandó. Colocó la manta sobre Ella, que la estrechó contra su cuerpo.

—¿En serio, tío? —preguntó Diego—. Llevamos dormidos sesenta años. No son más perezosos que tú.

William entrecerró los ojos mientras los pasaba por Ivy.

—¿Te trasladaron desde otra sala de estasis? Creía que Alicia Hilstad era nuestra médica.

—No es una médica —dijo Callie—. Es una de nosotros. O sea, no es de la tripulación. La recuerdo del entrenamiento. Ivy, ¿verdad?

Algunos de los demás volvieron su atención hacia ella.

—Sí, me llamo Ivy. Ivy Foster. Y... No, no soy un miembro de la tripulación.

Lacey ladeó la cabeza y entrecerró los ojos verdes.

—¿Se supone que deberíamos tener algún tipo de alucinación? ¿Por qué parece como si vistiera una telaraña?

Cole frunció el ceño.

—Si no formas parte de la tripulación, ¿por qué demonios nos despiertas?

Ivy se pasó las manos por los lados del vestido de seda, cohibida.

—Tengo que explicaros algo muy importante, pero necesito que mantengáis la calma, ¿vale?

—Ay, Dios —gimió Ella.

—Eso no puede ser bueno —dijo Diego, pasándose las manos por el pelo negro y corto.

Respirando hondo, Ivy juntó las manos y miró al suelo—. No estamos en Xolea. No... lo conseguimos.

Aunque todos parecían jadear, susurrar o murmurar algo en respuesta, sus respuestas eran todas de tono similar: incrédulas y a la vez desesperadas.

—¡Eso... eso no puede ser! —dijo Lacey.

Ivy volvió la cara hacia la criocámara cerrada que tenía al lado.

—Los demás no han despertado porque... solo quedamos nosotros.

Cole frunció el ceño, se acercó a la cápsula vecina y miró hacia abajo. Retrocedió a trompicones con los ojos desorbitados, chocando contra su criocámara abierta.

—¡Joder!

—¿Qué? —Callie se arrastró hasta ponerse en pie para mirar dentro de una de las cápsulas selladas. Se llevó una mano a la boca, ahogando un grito, mientras sus ojos oscuros se cerraban bruscamente—. Ay, Dios. ¿Es eso un puto cadáver?

—Yo era la única que podía despertaros a todos —continuó Ivy, esforzándose por hablar—, y tenía que hacerlo. La *Somnium* está perdiendo energía. Si os hubiera dejado en vuestras criocámaras, todos habríais muerto en dos años.

—Eso... no es posible —dijo Cole, estremeciéndose antes de mirar a Ivy—. Cinco mil personas, ¿no? ¿Cómo podemos ser todo lo que queda de cinco mil personas? Esto... esto es una especie de simulacro o algo así, ¿no? ¿Una prueba? La Iniciativa solo quiere ver cómo actuamos bajo presión.

Ivy negó con la cabeza.

—No sé cómo ocurrió, pero la nave se estrelló. Lo que veis aquí dentro —hizo un gesto hacia la puerta cerrada— es muy distinto a lo que hay ahí fuera. Es mucho peor.

—¿Cómo te has despertado? —preguntó Diego.

Ivy se frotó el brazo con la palma de la mano.

—Alguien... me despertó. Un habitante de este mundo.

—¿Entonces... no estamos solos? —preguntó Ahmya, con los ojos llorosos.

—¿Dónde está? —preguntó Callie.

—Pronto te lo presentaré —dijo Ivy—. Pensé que era mejor... esperar.

—¿Es que no habéis oído lo que ha dicho? —exclamó Cole, avanzando con determinación. No tardó en tambalearse y apenas pudo sostenerse sobre su criocámara, apartándose el pelo de la cara para mostrar unas mejillas enrojecidas por el esfuerzo—. Un nativo de este mundo. Un maldito alienígena.

Sus palabras flotaban pesadas en el aire, e Ivy fue consciente de repente de la presencia de Ketahn al otro lado de aquella puerta... y, de nuevo, dudó de que aquello fuera lo correcto. Ketahn solo le había mostrado amabilidad y paciencia desde que despertó. Ella había hecho todo lo posible por darle lo mismo.

Pero no todo el mundo era tan abierto. Desde luego, ella no lo había sido, al principio no. Y no *conocía* a esas personas, no sabía cómo eran, no podía adivinar cómo reaccionarían ante él.

Aquel silencio sepulcral fue roto por William, que, con un suave gruñido, se puso en pie. No miró las criocámaras que utilizaba para sostenerse mientras caminaba hacia la consola de control situada al final de la sala; se limitó a mover los pies con un ritmo lento y dolorido, pero decidido.

—¿De verdad estamos en un planeta alienígena? —preguntó Ella a Ivy, susurrando suavemente.

Ivy miró a la mujer. Ella tenía ojeras.

Ivy asintió y puso una mano reconfortante en el hombro de la mujer.

—Lo siento. Sé que no son buenas noticias, pero estamos vivas. Eso ya es algo.

—Joder —gruñó Cole, dejándose caer para sentarse a los pies de su criocámara.

Cuando William llegó a la consola, tocó los controles y apareció ante él una pantalla holográfica llena de errores y alertas. Murmuró una maldición, apoyó una mano sobre el panel de control y usó la otra para pulsar el icono de informe de estado de la pantalla.

—Todos los sistemas... —empezó el ordenador; William lo silenció pulsando otro icono mientras la información fluía por la pantalla.

—¿Qué, no se nos permite oírlo nosotros también? —preguntó Cole.

—Si es el único que sabe lo que hace, cállate y deja que lo haga —dijo Lacey, que volvió a inclinar la cabeza y se tapó la cara con el pelo—. Sabes lo que haces, ¿no?

William no contestó. Aunque estaba de espaldas a todos, Ivy reconoció algo en su postura, cierta rigidez: conmoción. Horror. La lenta absorción de una información demoledora. En un momento dado le pidieron que introdujera un código, lo que hizo como si estuviera aturdido, y apareció más texto en la pantalla.

La sala volvió a quedar en silencio, salvo por la respiración de los ocho supervivientes. Ivy clavó la mirada en el suelo. Llevaba los pies envueltos en tiras de seda sucias y manchadas, que pronto estarían demasiado raídas y desgastadas para servir de algo. Los calcetines y los zapatos eran ya poco más que un recuerdo lejano. Si se hubiera parado a pensarlo, se habría asombrado de lo rápido que se había adaptado a la vida en este planeta.

Pero, ¿cómo les iría a los demás? ¿Encontrarían aquí alguna forma de vida que considerasen digna? ¿Aceptarían esta situación, se adaptarían a ella y encontrarían alguna forma de prosperar?

¿O perderían las ganas de vivir?

«¿Me odiarán por despertarles?»

Un sonido la sacó de sus pensamientos y levantó la vista para ver a William arrastrando los pies hacia el grupo, con una expresión inquietantemente inexpresiva.

—¿Y bien? —dijo Cole—. ¿Qué coño está pasando, tío?

—Es... —William dejó escapar un largo suspiro—. Es tal y como ella ha dicho. El sistema está a punto de fallar, pero la mayor parte de la información sigue disponible. Esta sala de estasis es la única que sigue operativa en esta parte de la nave.

—¿Esta parte? ¿Eso significa que podría haber supervivientes en las otras secciones? —preguntó Callie.

William empezó a sacudir la cabeza, pero detuvo el gesto para encogerse de hombros.

—No lo sé. La nave se partió. El ordenador perdió el contacto con las otras secciones cuando pasó eso, y no tiene registros de ellas.

Volvió tambaleándose a su criocámara y se tumbó en el suelo con la espalda apoyada en ella.

—¿Vendrá ayuda? —preguntó Ahmya.

William apoyó la cabeza contra la cápsula metálica, apretó los labios y cerró los ojos.

—No —respondió Ivy con suavidad—. La señal de emergencia no funciona y el sistema de navegación no sabe dónde estamos.

El labio inferior de Ahmya tembló y bajó la cara hasta las rodillas. Su cuerpo se estremeció con sus silenciosos sollozos.

—Entonces... ¿Qué ha pasado? ¿Por qué se partió la nave? —preguntó Diego, con la voz cansada y llena de miedo.

—No lo sé —respondió William—. Algún tipo de colisión. ¿Un meteorito o algo así? No tengo acceso a toda la información. Pero la *Somnium* se diseñó con estos grandes compartimentos, se supone que como elemento de seguridad o algo así. Todos tienen sus propios sistemas de energía y soporte vital en caso de emergencia, de modo que las partes dañadas de la nave pueden sellarse. Supongo que gracias a eso seguimos aquí. La solidez de esta sección fue suficiente para sobrevivir al choque.

—¿Qué coño hacía la tripulación durante todo eso? —preguntó Cole.

—Todo lo que podían —dijo William.

—¡Y una mierda! Estamos estrellados en un puto planeta alienígena, tío, así que no me vengas con esas. ¿Qué coño hacías dormido? ¿No deberías haber estado ayudando?

William apretó más sus ojos y murmuró una respuesta.

—No te oigo, joder —gruñó Cole, agarrándose a la cápsula como si fuera a ponerse de nuevo en pie—. ¿Quieres hablar más alto?

—Ha dicho que estaba en estasis —espetó Lacey—. ¿No prestaste atención a los seminarios? La tripulación trabajaba por turnos durante el trayecto.

—¿De qué coño nos sirve que estuvieran en estasis cuando todo se fue a la mierda?

Las facciones de William se tensaron. Le temblaban los labios, tenía las fosas nasales dilatadas y le temblaban los músculos de la mandíbula.

—¡Ya vale! —Ivy se adelantó y miró fijamente a Cole—. Por lo que sabemos, la tripulación estaba muerta incluso antes de estrellarnos. Y si no lo estaban, estoy segura de que hicieron todo lo posible por protegernos. No es culpa de William, e intentar echarle la culpa a él no va a cambiar lo ocurrido.

Cole la miró fijamente, pero al cabo de un momento volvió a hundirse en el suelo.

Un silencio incómodo se apoderó de nuevo del grupo, que solo se rompió cuando Callie habló.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó Callie.

Ivy suspiró y levantó las palmas de las manos.

—No sé cuánto hace que nos estrellamos, pero hace ciento sesenta y ocho años que salimos

de la Tierra.

—La colisión fue hace ciento veintidós años —dijo William—. No estoy seguro de cuando nos estrellamos, pero no creo que fuera mucho después.

Se habían estrellado en este planeta hacía más de cien años. Tiempo de sobra para que los antepasados de Ketahn convirtieran el accidente en una leyenda.

—Jesús —exhaló Callie, dejando caer la cabeza contra la pared y cerrando los ojos.

Ivy se mordió el labio inferior. Por mucho que quisiera dejar que cada uno lo asimilara a su manera, por mucho que quisiera permitirles hacer todas las preguntas que tuvieran, y ella aún tenía muchas, no podía olvidar la advertencia de Ketahn. Estaban trabajando con el tiempo justo.

—Te llamas William, ¿verdad? —preguntó.

William abrió los ojos y la miró.

—Sí. Aunque normalmente me llaman Will. Y tú eres... Ivy.

Ella le sonrió.

—Sí. ¿Sabes si hay suministros a los que podamos acceder? Comida, herramientas, ropa, medicinas, lo que sea.

Él asintió y señaló la consola de control.

—Todas las salas de estasis tienen un pequeño alijo de suministros de emergencia.

Ella miró en la dirección que le había indicado. Había un compartimento sellado junto a la consola, con una cruz azul pintada en la puerta. No se había dado cuenta la última vez que estuvo aquí, aunque no podía culparse por ello, ya que había tenido muchas cosas en la cabeza.

—Durará más —aspiró agitadamente, se pasó la lengua por los labios y exhaló— si solo somos ocho, pero sigue siendo insuficiente.

Ivy asintió. Si aquellos compartimentos estaban en todas las salas de estasis, eso significaba que posiblemente había más suministros en otros puntos, pero ahora mismo no quería pensar en entrar en aquellas cámaras tétricas y silenciosas.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta, Ivy? —preguntó Lacey—. Pareces... estar bien.

Ivy se volvió hacia Lacey y vio que la mujer la estudiaba con el ceño fruncido.

—Llevo despierta casi dos meses. Al menos, eso creo. Los días aquí son más largos que en la Tierra.

—¿Por qué no nos has despertado antes? —preguntó Diego.

—No sabía de vosotros. El nativo que encontró este lugar me sacó de aquí. Cuando recobré el conocimiento, ya estaba fuera. Él solo me ha traído de vuelta hasta aquí. Desde que desperté, creí que era la única humana que quedaba.

—¿Y dónde está ahora ese nativo? —preguntó Callie. Su piel había adquirido una palidez grisácea.

Ivy miró hacia la puerta.

—Me está esperando. Pensé que sería mejor daros tiempo para, bueno, despertaros. Él es... diferente.

«*El eufemismo del milenio, Ivy*».

—Creo que ni todo el tiempo del mundo nos va a preparar para encontrarnos con un puto alienígena —dijo Cole.

—Eso solo servirá para dar rienda suelta a nuestra imaginación —dijo Callie.

Ivy pasó la mirada sobre los supervivientes y respiró con calma. Nunca podría disipar todas sus dudas y temores, pero no permitiría que entorpecieran su objetivo aquí y no permitiría que se perdiera mucho más tiempo.

Aquella gente estaba igual que ella: confundida, sin rumbo y con pocas esperanzas. Desde su

punto de vista, ayer se acostaron con la esperanza de despertarse en un hermoso mundo nuevo para empezar una nueva vida. Y ella acababa de decirles que habían pasado ciento sesenta y ocho años y que todo lo que habían soñado les había sido arrebatado en lo que parecía un abrir y cerrar de ojos.

Su mirada se detuvo en la pobre Ella. Nadie parecía sentirse muy bien, pero Ella parecía sufrir un terrible caso de gripe. Aunque, teniendo en cuenta las inyecciones que todos habían recibido antes de embarcar en la nave, eso era poco probable.

—¿Alguno de vosotros tiene formación médica? —preguntó Ivy.

—Tenemos a un miembro de la tripulación aquí —dijo Cole, volviendo su mirada aún enfadada hacia Will.

—Soy técnico informático —dijo Will—. No tengo nada más que la misma formación en primeros auxilios que recibisteis todos vosotros.

—¿Y para qué coño...?

—Soy enfermero —dijo Diego, alzando la voz para cortar a Cole—. Aún tengo la cabeza un poco confusa, pero creo que ya está bastante bien.

Ivy le dedicó una sonrisa.

—Gracias, Diego. ¿Podrías echarle un vistazo a Ella? Mira a ver si puedes hacer algo por ella.

Diego apoyó una mano en el suelo y se levantó, sacudiendo la cabeza como si se la estuviera despejando.

Mientras Diego se dirigía a la cápsula de Ella, Ivy se acercó a Will.

—¿Podrías abrir el compartimento de suministros de emergencia?

Will parpadeó un par de veces, miró a Ivy y luego dirigió su atención hacia el compartimento marcado.

—Sí, claro.

—Gracias. A ver con qué contamos —Ivy le tendió una mano a Will y le ayudó a levantarse—. ¿Alguien puede ayudarle a hacer inventario?

—Yo mismo —dijo Lacey, apoyando un brazo en la cápsula que tenía al lado para levantarse. Caminó a grandes zancadas hasta reunirse con Will en el compartimento, con pasos notablemente más firmes que los de los demás.

—Gracias, Lacey —Ivy se acercó de nuevo a Ella—. Te pondrás bien. Yo también me sentí bastante mal durante un tiempo cuando me desperté, pero se te pasará.

Ella abrió los ojos y miró a Ivy. Temblando, sonrió débilmente mientras Diego le tomaba el pulso en la muñeca.

—Las he pasado peores. Nada podrá con esta granjera.

Ivy le devolvió la sonrisa, asintió a Diego y volvió a su bolsa y a la de Ketahn, de la que sacó una gran hoja enrollada. Extendió la hoja en el suelo y colocó sobre ella frutas, frutos secos, carne deshidratada, raíces y setas.

—No tenía un escáner a mano, pero mediante un poco de ensayo y error y con mucha ayuda, sé que todo esto es seguro para comer —dijo Ivy—. Puede que vuestros estómagos necesiten algo de tiempo para reactivarse, pero si empezáis a sentir hambre, tomad lo que queráis.

Callie se levantó y se acercó con cuidado. Una vez junto a Ivy, bajó al suelo con un quejido ahogado. Únicamente esa ligera actividad física la había dejado sin aliento.

—¿Ayuda de los nativos?

—Solo de uno.

—¿Hay otros?

Ivy mantuvo la voz baja.

—Sí, pero aún no los he conocido. Estamos... siendo precavidos.

Callie entornó los ojos, pero asintió.

—No es muy reconfortante, pero lo entiendo.

—¿Son... malos? —preguntó Ahmya, bajando de su cápsula para unirse a ellas.

—Son personas, como nosotros, solo que tienen un aspecto diferente —dijo Ivy—. Y bueno... para ellos *nosotros* somos los alienígenas. Ketahn, con el que he estado, es amable y paciente. Me ha mantenido a salvo y me ha enseñado a sobrevivir. Está dispuesto a hacer lo mismo con todos vosotros mientras intentamos encontrar nuestro lugar en este planeta. Así que, por favor, cuando le veáis, tenedlo en cuenta.

Callie volvió a asentir, pasando la mirada por Ivy.

—Bueno, por tu aspecto, yo diría que las cosas van bien. Estás radiante.

Ivy luchó contra el rubor que amenazaba con teñirle las mejillas y agachó la mirada. Lo único en que pensaba era en el despertar de aquella mañana, con la larga lengua púrpura de Ketahn entre sus muslos. No creía que mencionar *eso* fuera a tener buena acogida entre aquella gente, sobre todo cuando lo vieran.

—Lo creas o no, soy feliz aquí. Mi vida en la Tierra era una mierda, pero a pesar de todo lo que ha pasado, de verdad estoy feliz.

—Eso me da ánimos —dijo Ahmya en voz baja, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Quiero decir que... ahora mismo me siento un poco aturdida, en shock, ¿no? Pero si tú has podido encontrar la felicidad aquí, estoy segura de que nosotros también podremos. Dejamos la Tierra para volver a empezar en un mundo nuevo... ¿No es esto más o menos lo mismo?

Callie resopló, pero tenía una sonrisa sincera en los labios.

—Sí, pero se suponía que tendríamos electricidad y viviendas prefabricadas. Creo que aquí nos van a faltar algunos lujos.

—Tengo que admitir que echo de menos los retretes —dijo Ivy con una sonrisa.

Callie y Ahmya gimieron.

Capítulo Nueve

Con un poco de comida y un poco más de tiempo para adaptarse a la situación, la mayoría de los supervivientes se sintieron mejor. Excepto Ella, cuyo estado seguía siendo el mismo, todos los demás parecían un poco más lúcidos, alerta y tranquilos cuando terminaron de comer los alimentos de la jungla que había traído Ivy y algunas de las raciones que habían estado en los suministros de emergencia.

Incluso Cole se había calmado, ofreciendo una disculpa entre dientes al grupo por, en sus palabras, “Perder la calma, o lo que sea”.

Ahora tenían provisiones médicas, comida de larga duración, paquetes de hidratación, mantas, monos, calzado y varias herramientas que podrían resultar útiles en la jungla. Esas provisiones se verían aumentadas una vez que revisaran los demás alijos a los que aún podían acceder, aunque Ivy no estaba segura de si la comida y los medicamentos de las otras cámaras se habían echado a perder.

Era un comienzo, y liberaría a Ketahn de parte de la carga de tener que mantener de inmediato a siete personas más.

Pero aún quedaba un gran reto para hoy, y era uno que Ivy temía más a cada minuto que pasaba. Tal y como había dicho Callie, el tiempo estaba dejando volar la imaginación de Ivy. Y ya había pensado en un millón de maneras en que el primer encuentro entre Ketahn y aquellos humanos débiles y desaliñados podría salir mal.

Aun así, ese temor no era más fuerte que su deseo de volver a verle, de tocarle, de hablar con él. Incluso sabiendo que estaba cerca, le echaba de menos.

—Oye... ¿Ivy? ¿Tienes un minuto? —preguntó Cole desde detrás de ella.

Ivy se volvió hacia él y sonrió.

—Quizá pueda dedicarte uno, pero tengo la agenda bastante apretada.

Se rio y se metió las manos en los bolsillos del mono, que se había puesto en cuanto los habían descubierto. Si pretendía ocultar la forma en que recorría el cuerpo de Ivy con la mirada, fracasó estrepitosamente. Eso la hizo aún más consciente de la poca ropa que llevaba en comparación con los demás. Se sujetó la ajustada falda del vestido.

—Solo quería decirte que no pretendía enfadarme contigo —dijo—. Todo el entrenamiento que nos dieron no te prepara para cuando las cosas se van de verdad a la mierda, ¿sabes?

—Lo sé, y no te guardo rencor ni nada de eso. Lo entiendo. Quiero decir, lo entiendo *de verdad* —Ivy miró a los demás supervivientes de la sala, que estaban sentados hablando tranquilamente entre ellos—. Tuve un despertar bastante brusco, por decirlo de alguna manera.

—No me lo puedo ni imaginar. Un puto alienígena, ¿eh?

Ivy volvió a mirar a Cole. Era al menos medio metro más alto que ella, con una nariz y una mandíbula cinceladas, labios carnosos, cejas espesas y profundos ojos azules. Su complexión atlética y ancha le sentaba de maravilla al mono. Era atractivo; más que atractivo, era guapísimo. Pero ella no sentía nada por él, ni siquiera un atisbo de deseo.

«¿De verdad estoy enamorada de Ketahn?»

¿Qué otra cosa podía ser? Tenía delante a un hombre sexy de su misma especie y no sentía nada de nada.

«Supongo que prefiero a los machos con varios pares de miembros y ojos».

—Sí, un alienígena —dijo Ivy con una suave sonrisa.

Cole se acercó más a ella; el cambio de postura hizo que el mono se tensara sobre su pecho y sus hombros.

—Bueno, ya no estás sola. Yo cuidaré de ti. No hay nada que un poco de músculo y cerebro humanos no puedan superar, ¿eh?

Ivy enarcó las cejas.

—Oh. Eh, gracias, pero eso es...

Se oyó un siseo familiar y la cabeza de Ivy se giró hacia él, como la de todos los demás, para descubrir la puerta de la cámara abierta y una forma grande, oscura e inhumana de pie bajo la luz roja del pasillo. Alguien gritó, quizá más de uno, y el aire se llenó al instante de tensión y terror.

—¿Pero qué cojones...? —dijo Cole.

Ketahn entró en la habitación y sus ojos violetas se encontraron con los de Ivy.

Estaba a punto de dar un paso hacia él cuando un brazo la rodeó por la cintura y tiró de ella hacia atrás. Cole atrajo a Ivy hacia sí y giró el cuerpo hacia Ketahn para protegerla.

Con las mandíbulas abiertas, Ketahn soltó un gruñido profundo y traqueteante y avanzó a grandes zancadas, con las patas cayendo pesadamente sobre el suelo. Varios de los otros humanos se alejaron a toda prisa, sin que Ivy pudiera oír sus gritos de miedo entre los latidos de su propio corazón.

Apretó una mano contra el pecho de Cole e intentó apartarse de él, torciendo el cuello para mirar a Ketahn alrededor del hombre que la sujetaba.

—¡Cole, para! No pasa nada —Empujó con la otra mano a Ketahn—. ¡Ketahn, no! No le ataques.

Ketahn se detuvo. Aunque parecían dirigidos a ella, Ivy sabía que sus ojos estaban totalmente centrados en Cole.

—¿Qué te está haciendo? —preguntó Ketahn en un español grave y fuertemente acentuado.

Aquello provocó nuevos jadeos entre los demás.

—Dios mío, ¿acaba de hablar? —gimoteó Ella.

—Parece... parece una araña —balbuceó Ahmya.

Cole sujetó con más fuerza a Ivy y la arrastró hacia atrás.

—¡Will, coge esa maldita pistola de bengalas!

—¡Ni se te ocurra! —espetó Ivy. Colocó ambas palmas sobre el pecho de Cole y empujó con todas sus fuerzas. Fue suficiente para zafarse de su agarre, pero no sin producir un brusco desgarró cuando el dedo de él se enganchó en su vestido.

Las mandíbulas de Ketahn sonaron con un fuerte chasquido y se precipitó hacia delante, erizando los finos pelos de sus patas. La rabia irradiaba de él en oleadas. De algún modo, Ivy se había movido una fracción de segundo antes que él; aunque liberarse del agarre de Cole le había hecho perder el equilibrio, aprovechó el impulso para girar y avanzar hacia su compañero.

Consiguió interponerse entre los dos machos justo antes de que Ketahn chocara con Cole, lo

que significó que él chocó con ella en su lugar.

Ivy fue vagamente consciente de que sus piernas se deslizaban por el suelo como si patinara hasta detenerse de repente. Era mucho más consciente de que el impacto le había sacado el aire de los pulmones, pero, aun así, rodeó a Ketahn con los brazos.

Ketahn la envolvió con sus cuatro brazos y la levantó del suelo. Su voz era grave y frenética cuando le hablaba, en una mezcla de español y su lengua materna que ella entendió sin ningún esfuerzo, y que se resumía en «*mi compañera, mi hilo del corazón, ¿estás bien? ¿Qué he hecho?*»

Una de sus manos le cogió la barbilla y le inclinó la cabeza hacia atrás para que se encontrara con su mirada, mientras otra le alisaba el pelo. Aunque la furia seguía ardiendo en sus ojos, la preocupación se apoderó de ellos.

—Oh, joder, joder, joder. ¡Se la va a comer! —gritó Callie.

Volvió la cara hacia Callie.

—¡Ketahn no se come a Ivy! —gruñó.

Aunque se sentía como si hubiera chocado contra un muro de hormigón, los labios de Ivy se torcieron en una mueca que enseguida intentó contener mientras se obligaba a mirar fijamente a Ketahn.

—Se suponía que debías esperar a que te llamara.

Ketahn volvió a centrar su atención en ella y soltó un suave bufido.

—Te esperé mucho rato. Tenía que saber que estabas a salvo.

Esta vez, Ivy sonrió de oreja a oreja.

—Estoy a salvo.

—¿Por qué te rodeaba ese macho con el brazo?

—Intentaba protegerme. De ti.

Cambiando sutilmente la mirada, Ketahn fulminó a Cole con la mirada.

—Yo te protejo. No él.

—Bueno, aún no he tenido ocasión de hablarles mucho de ti, y tú has entrado aquí dando mucho miedo.

Se le cayeron las mandíbulas y le pasó el pulgar por debajo de la barbilla, rozándole la piel con una garra.

—Tú dices que no doy miedo. Que soy sexy.

La piel de Ivy se ruborizó.

—Sí. Para *mí*.

—Espera. ¿Qué...? ¿Te estás *follando* a esa cosa? —rugió Cole.

Ella se puso rígida. Un frío le recorrió la columna vertebral. Se apartó de Ketahn y miró a Cole.

—Eso no es asunto tuyo. Y él no es una cosa.

Con cuidado, Ketahn puso a Ivy en pie, colocándose de modo que su cuerpo la separaba de Cole. No apartó las manos de ella.

—Ella es mi compañera.

—Es un bicho... gigante —dijo Diego.

Todo el mundo se quedó mirando a Ivy y a Ketahn, con expresiones de horror, repugnancia, asombro e incertidumbre. Ivy ni siquiera se había planteado lo que podrían pensar los demás de su relación con Ketahn. Pero, independientemente de lo que opinasen de ella en aquel instante, Ivy se negó a avergonzarse por lo que sentía por Ketahn. Ellos no le conocían como ella. No sabían las cosas que había hecho por ella, las cosas que estaba dispuesto a sacrificar. No sabían

las cosas que estaba dispuesto a hacer por *ellos*.

Podía entender su miedo y su aversión. Pero no permitiría que la hicieran sentir culpable.

—Soy un vrix —dijo Ketahn con firmeza—. Y os enseñaré a sobrevivir.

—¿Este es el alienígena del que hablabas? —preguntó Callie.

—Sí —dijo Ivy—. Se llama Ketahn.

Los ojos oscuros y redondos de Callie recorrieron la silueta de Ketahn.

—Cuando dijiste que era *diferente*, nunca habría pensado que lo fuese *tanto*.

Ivy miró de reojo a Ketahn.

—No tuve oportunidad de prepararos para lo que veríais.

—No sé qué podrías haber dicho que nos hubiera preparado para... *esto* —dijo Will—. Quiero decir, para él.

Cole miró a los demás, con el ceño fruncido.

—¿En serio vais a ignorar todos el hecho de que se está tirando a esa cosa? ¡Es una maldita araña!

—Araña no —gruñó Ketahn, inclinándose hacia Cole con las mandíbulas abiertas—. Vrix.

Ivy intentó dar un paso adelante, pero Ketahn la retuvo y sus dedos se apretaron posesivamente en torno a su cintura. Suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.

—Mira —dejó caer el brazo a un lado—, lo que yo haga con Ketahn no tiene nada que ver con nuestra supervivencia en este mundo. Y no importa lo diferente que parezca, porque es el único que puede enseñarnos a sobrevivir aquí. A encontrar un lugar seguro donde vivir. A prosperar. Ahora mismo, hay... problemas con el pueblo de Ketahn. Así que todos tenemos que dejar a un lado los complejos que podamos tener y trabajar juntos, porque no tenemos mucho tiempo antes de que tengamos que ponernos en marcha.

—¿Qué demonios quieres decir? —preguntó Cole. Aunque había retrocedido más, sus ojos estaban fijos en Ketahn—. Este sitio es nuestra mejor opción. Aquí tenemos refugio y provisiones. No iremos a ninguna parte, y menos con esa cosa.

—Vuestras provisiones son limitadas, y este lugar se inundará pronto.

—¿Se va a inundar? —preguntó Diego.

—Ahora mismo estamos en el fondo de un cráter de impacto —dijo Ivy—. Hay partes de la nave que ya están inundadas, y probablemente lo han estado durante años. Además, está empezando la estación de lluvias. Aunque el agua no llegue hasta esta sala, en cuanto se inunde va a ser increíblemente peligroso entrar y salir de la nave.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Lacey.

Ketahn respiró hondo y en su pecho se oyó un ruido grave y prolongado.

—Os recuperaréis y tendréis fuerzas para viajar. Os protegeré hasta que podáis protegeros a vosotros mismos.

Cole frunció el ceño.

—Puedo cuidar de mí mismo, gracias.

—Tío, ¿quieres callarte de una vez? —dijo Callie, fulminando a Cole con la mirada.

Diego negó con la cabeza.

—Ni siquiera sabemos lo que hay ahí fuera. Por muy loco que sea... Ketahn podría ser todo lo que tenemos ahora mismo.

—¿Vais a confiar vuestras vidas a ese monstruo? ¿Así como así? —dijo Cole chasqueando los dedos.

—Parece que Ivy lo está haciendo condenadamente bien, así que sí —dijo Callie.

—¿Tú también te vas a follar a un bicho?

—Hijo de...

Will agarró a Callie por los hombros, pero eso no impidió que la mujer apretara los labios y lanzara a Cole una mirada asesina.

—No merece la pena —dijo Will en voz baja.

Callie se quedó mirando a Cole un rato más antes de resoplar, asentir con la cabeza y darse la vuelta para sentarse contra la pared.

—Es hora de que cierres la boca y guardes silencio —dijo Ketahn en un tono moderado pero de advertencia—. Pronto verás lo que hay fuera de este lugar. A la jungla no le importan tus palabras. No le importa lo lejos que hayas viajado. No le importa que vengáis de las estrellas. Todos sois pequeños, blandos y débiles. Solos no sobreviviréis.

—¿Se supone... que esto es una charla motivadora? —preguntó Lacey.

Ketahn volvió la cara hacia Ivy, ladeando la cabeza.

—¿Qué significa eso, mi *nyleea*?

—¿Una charla motivadora es algo así como... intentar que alguien se sienta con ánimos y seguro de sí mismo? —Ivy le pasó la palma de la mano por el brazo—. Pero creo que lo único que haces es asustarles.

Gruñó, bajando las mandíbulas, antes de volver a mirar hacia los demás.

—Yo... creo en vosotros, humanos.

Callie soltó una carcajada y se cubrió la cara con la mano.

—Increíble.

Ivy se mordió el labio inferior con los dientes e intentó no sonreír.

No lo consiguió.

Ketahn miró de un lado a otro, entre Callie e Ivy, con un atisbo de incertidumbre en los ojos.

—¿Qué?

—Nada —dijo Ivy.

—Eso, nada —refunfuñó Cole—. Ojalá todo esto fuera una jodida broma.

Ignorando a Cole, Ivy se zafó del agarre de Ketahn y se dirigió hacia las bolsas que había en el suelo junto a Ahmya. Se agachó, metió los odres vacíos en las bolsas y las cerró.

Ahmya posó una mano temblorosa sobre el antebrazo de Ivy.

—¿De verdad... estás bien?

Ivy miró a la mujer, pero los ojos oscuros y temerosos de Ahmya estaban fijos en Ketahn.

—Ahmya, mírame.

Ahmya arrastró lentamente su mirada hacia Ivy.

—¿Parezco herida? —preguntó Ivy.

Ahmya negó con la cabeza.

—No. Es solo que... —Su mirada se desvió hacia Ketahn—. Parece...

—Lo sé. A mí también me asustó al principio. Pero te prometo que es amable. Nunca me haría daño.

Ahmya retiró la mano, la acunó contra su pecho y miró hacia abajo.

—Me aterrorizan las arañas. Incluso las diminutas y peludas con grandes ojos. Y él es...

—¿Grande y aterrador? —sugirió Ivy con suavidad.

La mujer de pelo oscuro asintió. Su piel era pálida, salvo por unas manchas de color en las mejillas. Aquella gente no había estado fuera de estasis ni mucho menos el tiempo suficiente para procesar todo aquello, pero, como siempre, todo dependía del tiempo y de lo poco que quedaba. Ketahn había intrigado a la reina lo suficiente como para ganarse ocho días de prórroga. Pero para ese octavo día, necesitaban estar muy muy lejos de aquí.

—Sé lo que parece, pero de verdad, Ahmya... no es una araña, y no pretende hacerte daño ni a ti ni a nadie de aquí. Sé que es mucho pedir, pero necesito que confíes en él. O... al menos que confíes en mí lo suficiente como para seguirle. Sé que no somos amigos íntimos ni nada parecido, que apenas nos conocemos, pero Ketahn y yo solo intentamos ayudarlos a todos.

El paso de Ketahn era lento y pesado mientras se acercaba a Ivy; siempre era una actitud deliberada cuando caminaba así, porque normalmente sus pasos eran silenciosos por muy rápido que fuera su paso. Se detuvo frente a Ahmya y se agachó, doblando las patas para que su parte inferior se posara en el suelo. Aunque eso no disimulaba su tamaño, situaba su cabeza mucho más cerca del nivel de la de Ivy.

Ahmya inspiró bruscamente y acercó las piernas al pecho.

—No pretendo asustar —dijo con dulzura con su voz grave—, solo proteger. Ivy es mi compañera. Tú eres de su especie. Así que tú también eres de mi especie.

La mujer asintió.

Ivy sonrió y entregó a Ketahn una de las bolsas. Él la aceptó y retrocedió, dejando espacio a Ahmya.

Levantándose, Ivy deslizó los brazos por las correas de la otra bolsa.

—Volveremos, ¿vale?

—Espera, ¿qué haces? —preguntó Lacey, con los ojos entornados—. ¿Os marcháis?

—Mi compañera duerme conmigo —dijo Ketahn, rodeando con uno de sus brazos el torso de Ivy y atrayéndola hacia sí.

Cole curvó sus labios y se apartó.

—Aquí tenéis provisiones y comida de sobra —dijo Ivy—. Os... dejaremos descansar y pensaremos en todo.

—¿Así que nos despertáis y os marcháis? —preguntó Cole.

—De verdad, tío, ¿cuál es tu problema? —exigió Callie—. ¿Preferirías que nos hubiera dejado morir en esas cápsulas?

—Por favor —exhaló Ivy—, por favor, no nos tiremos los trastos a la cabeza. Esto es duro para todos, ¿vale? Pero os prometo que, con la ayuda de Ketahn, todos podremos superarlo. No es el nuevo comienzo que todos imaginábamos, pero... pero es algo, ¿no? Estamos vivos. Solo podemos hacerlo lo mejor posible. Vamos a cometer errores, pero mientras los cometamos juntos, estaremos bien.

—Sí, dice eso mientras se va —espetó Cole.

—¿Por qué no te vas a echar una siesta o algo, tío? —dijo Diego, que seguía junto a la cápsula de Ella, comprobando una vez más su pulso—. Te comportas como un niño malcriado.

La ira brilló en los ojos de Cole, pero apretó los puños y pareció tragársela. Asintió repetidamente.

—Sí. Sí, tienes razón. Esto es demasiado. Es una puta barbaridad —Se apartó de los demás y se dirigió hacia el otro extremo de la habitación, donde se sentó con la espalda apoyada en la pared.

Ivy frunció el ceño. No había esperado que nada de esto fuera fácil, y nunca se había considerado una líder en ningún sentido, y ahora aún menos, pero sabía que había que actuar. Sin embargo, si las cosas seguían así... La mayor amenaza para los humanos serían ellos mismos.

—Todos asimilamos este tipo de cosas de forma diferente —dijo—, y vosotros aún estáis confusos por la estasis. Descansad un poco, relajaos, y volveremos a hablar de todo esto cuando nos sintamos mejor, ¿vale?

—Sí —dijo Will, esbozando una sonrisa cansada—. Gracias, Ivy.

—¿Volverás pronto? —preguntó Ahmya, lanzando otra mirada insegura a Ketahn.

Ivy frunció el ceño.

—En cuanto pueda.

—Mañana —dijo Ketahn—. Volveremos mañana.

—¿Estamos a salvo aquí? —preguntó Lacey.

—Dado el estado de esta habitación en comparación con el tiempo que ha pasado, yo diría que estamos bien. Si no, parecería mucho más peligroso —dijo Callie.

—El alienígena ha entrado aquí —exclamó Cole desde el otro lado de la sala.

—Nada más lo hará —dijo Ketahn, intercambiando una breve y solemne mirada con Ivy—. Aquí estáis a salvo.

Los humanos se despidieron, todos excepto Col, y la mirada de Ivy se fijó en Ella incluso cuando Ketahn la condujo a la puerta. A pesar de toda la esperanza que se había apoderado de su corazón al saber que había siete supervivientes más y que ella tenía la oportunidad de ayudarlos, también había una sombra oscura. Estaba decidida a ayudar a estas personas a superar cualquier prueba que les esperase. Estaba dispuesta a afrontar las dificultades que fueran necesarias para garantizar su supervivencia.

Pero aunque apenas los conocía, Ivy no estaba segura de poder enfrentarse a la posibilidad real de que dentro de un día, una semana o unos meses hubiera menos humanos en el planeta. Ella había despertado a estas personas... ¿Podría soportar perder a alguna de ellas?

Se aferró a Ketahn mientras salían de la *Somnium*, apartando con desesperación los temidos «Y si...» y concentrándose en su olor, su calidez, su firmeza.

Y se negó a reconocer la posibilidad más terrible de todas: que podría perder a Ketahn antes de que todo esto acabara.

Capítulo Diez

Los vrix, de piel curtida y dura, fuertes músculos y una estructura ósea densa, revelaban muy poco con su cuerpo, y menos aún con sus expresiones faciales casi inmutables. Las pistas que ofrecían con su lenguaje corporal solían ser sutiles. Al menos, esa había sido la experiencia de Ivy con Ketahn.

Pero había pasado suficiente tiempo con él como para aprender algunos de sus mínimos gestos.

Como era habitual, Ivy iba sentada a horcajadas sobre sus patas traseras y le rodeaba el torso con los brazos mientras él atravesaba las ramas en dirección a su casa. Aunque la diferencia respecto a lo habitual era minúscula, reconoció la tensión adicional en sus músculos. Sintió la ligera rigidez de sus movimientos. Y no pudo ignorar los gruñidos bajos y débiles que de vez en cuando acompañaban sus exhalaciones, retumbando en ella a través de su espalda ancha y sólida.

—Puedes hablar conmigo —dijo ella, pasando la palma de la mano sobre las crestas de su abdomen—. No tienes que aguantártelo todo.

Haciendo un trino claramente reflexivo, Ketahn aminoró el paso. La penumbra era ya densa en la jungla de abajo, donde la vegetación bioluminiscente se hacía más visible a cada minuto que pasaba, pero aquí arriba quedaban unos pocos fragmentos de luz solar de color rojo anaranjado.

—Sabes todo lo que me preocupa, mi hilo del corazón —dijo al cabo de unos segundo—. Los peligros a los que nos enfrentamos. La... magnitud de esta tarea.

—Sí. Pero también sé ahora que hay algo más. Algo nuevo después de conocer a los otros humanos.

Gruñó y extendió los brazos para agarrar otra rama gruesa, subiéndose a ella.

—Te molesta que no te hayan llamado hombre araña, ¿verdad? —Ivy sonrió—. Podría avisarles la próxima vez, si quieres...

Ketahn soltó un siseo corto y agudo mientras avanzaba por la rama.

—No es eso. Ellos... no me conocen. Todavía no. Tienen miedo y están inseguros.

Ivy frunció el ceño y estrechó su abrazo, apoyando la mejilla en su hombro. Su pelo negro, largo y con mechas violetas y blancas, le hacía cosquillas en la cara.

—Te conocerán. Solo tienes que darles tiempo. Entonces te verán como yo te veo.

Ronroneó suavemente y puso una mano sobre la de ella.

—Eso no me preocupa, mi *nyleea*. Te tengo a ti y siempre serás suficiente.

«*Siempre serás suficiente*».

Ivy cerró los ojos ante la emoción que se apoderó de su corazón. Durante mucho tiempo

había esperado oír eso de sus padres, verlo en sus ojos. Pero nunca había sido suficiente, ni para ellos, ni para su ex, ni para nadie que hubiera conocido. Sin embargo, para Ketahn... siempre sería suficiente.

Enjugó las lágrimas que se le habían acumulado y respiró entrecortadamente.

—¿Entonces que pasa?

Ketahn resopló y sacudió la cabeza.

—Ese macho. *Cole*.

—Sé que se mostró muy... brusco, pero tenemos que darle tiempo para que se adapte. No es fácil despertarse solo para descubrir que todo tu mundo ha cambiado. Para nosotros, es como levantarnos tras una noche de descanso y descubrir que todo lo que conocíamos... ha desaparecido.

Ketahn gruñó y se detuvo.

—Eso no importa, Ivy. Te ha tocado.

Ivy frunció el ceño. El cuerpo de Ketahn se había tensado aún más, y los pequeños pelos de sus patas se erizaban. Levantó la cabeza y se echó hacia atrás para mirarle, pero él seguía con el rostro enmascarado hacia delante y los puños apretados a los lados.

Entonces cayó en la cuenta.

—Estás celoso —dijo Ivy.

—No conozco esa palabra.

—No te gusta que otros machos me toquen, ni siquiera pensar en ello.

—¿Por qué iba a gustarme? —gruñó—. Eres mía, Ivy. Que él te toque de esa manera... me hace sentir como nunca. Despierta algo dentro de mí, como una bestia en mi interior. Le habría matado de no ser por ti.

Ivy apoyó las palmas de las manos en la espalda de él y las deslizó lentamente hacia arriba, por encima de sus hombros hasta que pudo rodearle el cuello con los brazos. Un escalofrío lo recorrió. Ella se levantó, tensando la cuerda de seda que los unía, se apretó contra su espalda y apoyó la mejilla en su pelo.

—Me he sentido así contigo. Cada vez que has hablado de que la reina te tocaba.

Le agarró suavemente los brazos con una de sus manos y le acarició distraídamente la piel con el pulgar.

—No la quiero. Nunca la he querido.

—Y yo no quiero a Cole.

—Él es humano —dijo Ketahn con una voz inusualmente pequeña y tensa—. Tiene el pelo como el tuyo, los ojos como los tuyos. Dos brazos y dos piernas.

—La apariencia no siempre es lo que importa, Ketahn.

Tanner, su ex, había sido un hombre guapísimo, y lo único que había conseguido era cegarla ante la terrible persona que había detrás de aquel rostro tan atractivo. No, las apariencias no significaban nada.

Ivy aspiró su fragancia terrosa de caoba y especias. Era como un afrodisíaco; fluía a través de ella, haciendo que se le endurecieran los pezones y que su núcleo se calentara y se contrajera.

—Soy tuya. No suya.

—Sí —rugió él, volviendo la cara hacia ella. Sus ojos eran fieros—. Eres mía. Y me aseguraré de que nadie pueda cuestionarlo. Rugiré mi reclamo a toda la jungla.

Se le escapó una risita.

—¿No lo estás haciendo ya?

Su mirada se suavizó, y con una mano recorrió la pantorrilla de ella.

—Mi *nyleea*. Lo haré una y otra vez hasta que el cielo caiga sobre la jungla y este mundo deje de existir —susurró.

«*Bum-bum bum-bum*».

El corazón de Ivy se aceleró, y aquel calor en su interior se extendió hasta abarcarla por completo. ¿Cómo... cómo podía esto no ser amor?

Apoyó la frente en la de él y cerró los ojos.

—Deberíamos seguir adelante.

Él gruñó conforme, pero pasaron varios segundos largos y maravillosos antes de que por fin reanudara el camino. Ivy volvió a sentarse y le rodeó el torso con los brazos, manteniéndose firmemente pegada a él.

Parte de la rigidez de sus movimientos había desaparecido y parte de la tensión de sus músculos se había relajado, pero no se había ido del todo. Ivy temía que no fuera así, al menos durante mucho, mucho tiempo. Cole era solo una de las muchas causas de su estrés, y no se sabía si otro día para recuperarse y adaptarse mejoraría en algo el comportamiento de ese hombre.

Se había familiarizado lo suficiente con esta parte de la jungla —incluso aquí, en lo alto de los árboles— como para saber que estaban a menos de un minuto de la guarida cuando Ketahn se detuvo bruscamente. Sus músculos volvieron a tensarse y apoyó una mano en el tronco de un árbol para estabilizarse mientras se levantaba sobre sus largas patas y giraba la cabeza.

El corazón de Ivy se aceleró ahora por un motivo totalmente distinto. Conocía esta postura: había oído algo raro. Obligándose a respirar tan lenta y silenciosamente como pudo, escuchó también con atención.

Tan solo porque los sonidos ambientales de la jungla se habían vuelto tan normales para Ivy, fue capaz de distinguir lo que le había alertado: voces procedentes de la guarida, apenas audibles sobre el susurro de las hojas y los lejanos reclamos de los animales. Aunque eran demasiado débiles para distinguir sus palabras, estaba claro que hablaban la lengua de los *vrix*.

—¿Son ellos? —preguntó en voz baja.

—Quizás —Ketahn avanzó sigilosamente, con sus largas extremidades moviéndose con fluidez y en silencio, con la lanza de púas preparada. Su cabeza se movía incesantemente de un lado a otro y de arriba abajo mientras escrutaba las ramas a su alrededor.

Aunque dudaba que pudiera detectar una amenaza antes que Ketahn, Ivy también mantenía los ojos en movimiento. Por mucho que se sintiera en un paraíso tropical con él, nunca podría olvidar los constantes peligros de la jungla.

Las voces se hicieron más nítidas a medida que Ketahn subía hacia la guarida.

—Aquí no... —dijo uno de los *vrix* con una voz sorprendentemente suave.

—No lo sabremos hasta que subamos y lo comprobemos —dijo otro en un tono más grave y ronco.

—Si estuviera ahí dentro, te habría oído hace un ciclo lunar entero. Caminas dando unas zancadas como si quisieras romperlo todo bajo tus pies —replicó el primero.

—No es propio de él llegar tarde. Lo único que digo es que deberíamos ir a comprobarlo. ¿Y si le hirieron y yace moribundo en este momento?

—No huele a sangre —dijo un tercer *vrix*, con la voz más grave y áspera que los dos primeros.

Ivy tuvo que concentrarse para seguir su conversación; hablaban deprisa, igual que Ketahn había hecho con su hermana, lo que hizo que su mente se esforzara por desentrañar aquellas sílabas extrañas y encontrar entre ellas palabras reconocibles. Eso le hizo apreciar cómo Ketahn siempre ralentizaba su habla para ella, dando a cada una de sus palabras el tiempo suficiente

como para que Ivy pudiera traducirlas.

—¿Cómo puedes estar seguro desde aquí abajo? —preguntó el segundo de los vrix.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en la Maraña, Urkot? —preguntó el primero.

—¿Qué importa eso, Rekosh? —Urkot gruñó.

—No es probable que huelas nada a través de la *zirkeetahn* de piedra que tienes en la nariz —dijo Rekosh.

Ketahn emitió un sonido sordo que sacudió su pecho. Ivy tardó un momento en darse cuenta de que era un chirrido reprimido.

—Silencio —espetó el tercer vrix. El aire se tensó en el silencio que siguió, e incluso la jungla pareció contener la respiración—. Muéstrate o mi lanza probará tu sangre.

Por lo que parecía, los otros vrix estaban justo al otro lado del tronco del árbol más cercano, debajo del refugio colgante que se había convertido en el hogar de Ivy.

Arrimándose a una gruesa rama que sobresalía de aquel tronco, Ketahn dejó escapar aquel chirrido.

—Ketahn —gruñó Urkot—. Muéstrate para que Telok pueda apuñalarte por jugar a semejante juego.

—Tranquilízate —llamó Ketahn—. Quería saber si os han...

—No nos han seguido —dijo Telok—, aunque un par de Garras lo intentaron. Nos siguieron a través de Takarahl hacia la Maraña, pero los dejamos atrás cerca de *Khalthai'ani Hak*.

—Nada fácil si Urkot viene con nosotros —dijo Rekosh.

—Como si *vikar* cien palabras a cada paso fuera mejor —replicó Urkot.

—¿Han estado así todo el viaje? —preguntó Ketahn, con las mandíbulas levantadas en lo que debía de ser una sonrisa.

—Sí —dijo Telok con un resoplido—. Hace tiempo que se olvidaron de todo lo que les enseñé. Deben de haber espantado a todas las bestias en un radio de diez segmentos *zekkan*.

—No hacíamos más que poner de nuestra parte para que la Maraña fuera más segura para todos —dijo Rekosh.

Ketahn levantó una mano, tirando de su pelo atado.

—Me alegro de que hayáis venido.

—¿Nos has hecho venir para jugar al escondite, o simplemente quieres evitar que te veamos? —preguntó Urkot.

El castaño de Ketahn fue sincero, pero breve. Bajó la mano e inclinó la cabeza, soltando una respiración tranquila e insegura.

—No. Tengo algo que enseñaros.

—Pues enséñanoslo —dijo Rekosh.

Ivy apretó los dedos contra el pecho de Ketahn, clavando las uñas en él. Sabía que ese era el plan, sabía que él había pedido a sus amigos que vinieran para que pudieran conocerla, pero ahora que estaba pasando, la ansiedad le ponía la piel de gallina. Los humanos se habían escandalizado, y algunos se habían asqueado al ver a Ketahn. ¿Cómo reaccionarían los vrix al verla? ¿La aceptarían?

Ketahn la miró por encima del hombro, con ojos tiernos y cariñosos.

—Estás a salvo, mi hilo del corazón.

Ivy respiró hondo y aflojó el agarre. Asintió con la cabeza.

—Lo sé. Confío en ti.

Él posó una mano en su muslo y le dio un apretón tranquilizador. Luego, con la lanza en una mano, trepó por el tronco hasta la rama en la que esperaban sus amigos.

—¿Qué tienes encima, Ketahn? —preguntó Urkot cuando Ketahn se posó sobre la rama ancha, justo la misma en la que Ahnset había estado durante sus dos visitas anteriores.

Ivy no vio inmediatamente a los otros vrix, ya que Ketahn estaba frente a ellos.

—Es una humana —Ketahn desató la cuerda de seda que los unía a él y a Ivy. Una vez la hubo soltado, se echó hacia atrás para ofrecerle la mano.

—¿Una *huu-nana*? —gruñó Urkot.

—¿Qué ha sido ese sonido que has hecho? —preguntó Rekosh. Intentó repetir el sonido “m”, fracasando igual que Ketahn cuando lo había intentado por primera vez.

—Tengo mucho que contaros —dijo Ketahn.

Ivy vaciló brevemente antes de poner su mano en la de Ketahn, pero él no se apresuró. Miró por detrás de él a los tres vrix que estaban ante ellos. Sus ojos brillaron. Compartían los rasgos arácnidos de Ketahn, pero cada uno de ellos era único.

Uno era casi tan alto como Ketahn, aunque más esbelto, con un aspecto un poco siniestro, con sus largas y afiladas garras y sus ojos rojos. Tenía marcas carmesí en la piel y vetas rojas y blancas en el pelo negro. Llevaba el pelo recogido en una trenza gruesa y cuidada que le colgaba sobre el hombro.

A su lado había un vrix más bajito y corpulento, con marcas azules y blancas. El pelo oscuro y sedoso con vetas azules brillantes le colgaba libremente de los hombros. Su figura le recordaba a la de un culturista, o quizá más bien a la de un levantador de pesas. Aunque era medio metro más bajo que su compañero más cercano, parecía pesar el doble, y todo ese peso era puro músculo. Pero lo que más destacaba de él era la extremidad que le faltaba; solo había un trozo de carne cicatrizada y áspera donde debería haber estado el brazo inferior izquierdo.

El tercer vrix podría haber sido confundido con Ketahn desde lejos si no fuera por sus marcas verdes. Era de complexión similar a la de Ketahn, aunque un poco más pequeño, y se desenvolvía con la misma confianza y soltura. Aunque los tres vrix tenían cicatrices visibles, ninguna tan prominente como el brazo que faltaba, este era el que más tenía. Llevaba el pelo negro, moteado de blanco y verde, recogido en un moño del que colgaban algunos mechones sueltos.

Sus intensos y brillantes ojos verdes se dirigieron hacia Ivy, haciéndola sobresaltarse.

—¿Qué clase de criatura es esta, Ketahn? Nunca he visto nada igual.

Ivy tragó saliva. Luchando contra su nerviosismo, cambió de postura y, apoyándose en la mano de Ketahn, pasó la pierna por encima de él para deslizarse sobre sus patas traseras. Sus pies se posaron suavemente en la rama. Se colocó entre dos de sus patas delgadas y echó un vistazo a sus amigos.

—Me llamo Ivy —dijo en el mejor vrix que pudo.

Los tres vrix retrocedieron, con las mandíbulas abiertas y los ojos desorbitados.

—Ha hablado —dijo el vrix rojo—. Eso ha *hablado*, Ketahn.

—Ella —corrigió Ketahn—. ¿Y de qué otra forma iba a hablar, Rekosh?

—Todas las bestias tienen su reclamo —dijo el vrix verde—, pero solo los vrix pronuncian palabras.

Su voz áspera le identificaba como Telok, lo que significaba que el macho voluminoso y de marcas azules era Urkot.

Ketahn carraspeó.

—Solo los vrix y los humanos.

—Otra vez ese sonido —Urkot ladeó la cabeza y miró brevemente a Ketahn—. ¿Qué...? No lo entiendo. ¿Qué es eso, Ketahn? ¿Qué es?

—Soy una humana —Ivy se llevó la mano libre al pecho—. Y me llamo Ivy.

—No solo habla —murmuró Rekosh como si no hubiera oído nada de lo que se había dicho desde que había hecho su declaración unos momentos antes—, habla *vrix* —Se acercó; los movimientos de sus largas y esbeltas patas eran tan suaves como su voz.

—¿Habla *vrix*? Urkot inclinó la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho, apoyando la mano derecha en la cadera—. ¿Puedes entender lo que dice? Entendería mejor a un cráneo-espinas que a ella.

Ivy inclinó la cabeza hacia atrás para mirar a Ketahn.

—¿Qué quiere decir? ¿Un... cráneo-espinas?

—Los cráneos-espinas son los *vrix* contra los que luchamos en la guerra de Zurvashi. Hablan de forma diferente a nosotros —respondió Ketahn en una mezcla de español y su idioma nativo—. Muchas de sus palabras son similares, pero la forma en que las dicen no es la misma. Puede ser difícil entender lo que dicen, y hay palabras que pierden su significado para nosotros.

Cuando Ivy volvió a mirar hacia abajo, vio que todos los demás *vrix* miraban fijamente a Ketahn.

—¿Has sufrido una herida en la cabeza? —Telok se acercó, con las mandíbulas crispadas—. Apenas pude distinguir alguna palabra de las pocas que dijiste, Ketahn.

—Hablabas en mi idioma —dijo Ivy, atrayendo de nuevo la atención de Telok hacia ella. Sus ojos eran de un verde intenso, pero albergaban un instinto depredador tan intenso como el que había visto a menudo en los ojos de Ketahn, que casi la hicieron vacilar—. Al menos una parte. Y si... hablaras más despacio, podría entenderte mejor.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Urkot.

Rekosh soltó un resoplido y miró a Urkot por encima del hombro.

—Si *intentaras* escuchar, lo sabrías. Ha dicho que Ketahn hablaba su idioma y nos ha pedido que hablemos despacio.

Había ralentizado sus palabras para responder a Urkot, pero solo en comparación con lo rápido que había hablado antes.

De repente, los amigos de Ketahn volvieron a mirar a Ivy. Se sentía como un animal en un zoo: una de esas extrañas y raras criaturas a las que la gente venía a mirar embobada, lo bastante rara como para llamar la atención, pero demasiado pequeña y débil como para infundir miedo.

Así debió de sentirse Ketahn a bordo de la *Somnium* cuando los supervivientes recién despertados se le quedaron mirando, aunque la reacción de los humanos había estado motivada más por el miedo que por el asombro. Ivy era una criatura blanda, pálida y deforme para los *vrix*, pero su compañero era un depredador enorme y monstruoso para los de su especie.

Los amigos de Ketahn se acercaron aún más y él se movió ligeramente, protegiendo más su cuerpo con el suyo. Ivy buscó instintivamente la protección que él le proporcionaba. Aunque aquellos *vrix* no eran más diferentes de Ketahn que cualquiera de los supervivientes humanos de Ivy, ella no los conocía y podrían destrozarla fácilmente si decidían atacar.

Pero, ¿por qué se escondía? Eran amigos de Ketahn. Si él confiaba en ellos lo suficiente como para traerlos aquí a conocerla, ella también debía confiar en ellos. Ivy se apartó de Ketahn, permitiendo que los otros *vrix* la vieran en su totalidad.

—¿Es una cría? —preguntó Urkot—. Es muy pequeña.

—No —respondió Ketahn—. Es adulta.

Ivy miró a Urkot arqueando una ceja.

—*Ella* está aquí y puede hablar por sí misma.

Urkot palpadeó e inclinó la cabeza en otra dirección.

—Al menos, tiene espíritu de hembra.

—También forma de mujer —replicó Ivy—. Pero no como la forma de los vrix.

Telok y Urkot murmuraron, pero la atención de Rekosh estaba ocupada en otra cosa: sus ojos estaban fijos en el cuerpo de Ivy. Acortó la distancia entre él e Ivy con una sola zancada, tan deprisa que el corazón de Ivy se sobresaltó y dio un grito ahogado, retrocediendo unos pasos. Pero Ketahn se colocó delante de ella antes de que la mano extendida de Rekosh, con sus largas y afiladas garras, pudiera alcanzarla, deteniendo al vrix marcado de rojo.

—No toques —gruñó Ketahn, levantando las patas delanteras de la rama.

Aunque el cuerpo de Ketahn le impedía ver, vio que los demás retrocedían.

—¿Ketahn? —La voz de Telok contenía un matiz de incertidumbre; algo en su comportamiento sugería que aquello no era normal en él.

Ivy frunció el ceño. No pretendía causar confusión entre ellos. Sabía que los amigos de Ketahn no le harían daño, y estaba segura de que Ketahn también lo sabía, pero ahora estaba actuando por puro instinto, el mismo instinto que había interpretado que Cole la había agarrado a ella como una clara amenaza, un desafío.

Dio un paso adelante y puso una mano sobre uno de sus brazos. Sus músculos se tensaron bajo su mano. Echó la cabeza hacia atrás para mirarle, pero los ojos de él estaban fijos en los otros vrix.

—No pasa nada, Ketahn —dijo ella en su idioma—. Solo me ha asustado.

Los ojos de Ketahn se desviaron hasta encontrarse con su mirada. Sus mandíbulas se crisparon. Con un resoplido, la rodeó por la cintura con aquel brazo, la atrajo hacia sí hasta que quedó de pie frente a él y dejó caer las patas delanteras a ambos lados de ella. Le rodeó la cintura con los brazos inferiores, apretándola contra su abdomen, y sus cierres le engancharon las caderas.

—Sea lo que sea Ivy —dijo, con voz grave y ronca—, quiero que sepáis que por encima de todo es mi compañera.

Aunque sus expresiones apenas cambiaron, los tres vrix estaban claramente aturridos. La boca de Rekosh se movía como si quisiera hablar, pero no salía ningún sonido; los ojos de Telok se movían constantemente entre Ketahn e Ivy; las mandíbulas de Urkot, que colgaban bajas, se balanceaban como si las moviera una suave brisa.

Fue Urkot quien habló primero.

—Por los Ocho. ¿Tu *compañera*?

Oír la palabra vrix para referirse a una pareja —*nyleea*— en boca de alguien que no fuera Ketahn resultaba extraño. No desprendía ni de lejos el mismo fuego que él le transmitía, no tenía el mismo sonido ronroneante. Y Urkot la había pronunciado con asombro.

—Esto es lo que estabas ocultando —replicó Rekosh—. Ella es lo que estabas ocultando. La seda que lleva...

Ivy miró su vestido, el regalo que le había hecho Ketahn, un recuerdo de la noche en que la reclamó como suya. Tocó el pequeño desgarrón de la cintura donde se había enganchado el dedo de Cole y frunció el ceño.

Se encontró con la mirada de Rekosh.

—Ketahn lo hizo para mí.

Algo se suavizó en la mirada de Rekosh, e Ivy sintió una chispa de comprensión y supo que ahora la miraban como a una persona, como a una igual, y no como a una mera curiosidad.

—Sí. Lo hizo en mi guarida. Trabajó día y noche para terminarlo *kitua*, y dejándome que me preguntara por qué, después de tanto tiempo, estaba tejiendo. Y ahora lo entiendo —Desvió la

mirada hacia Ketahn—. Y tenía razón.

—¿Sobre qué? —gruñó Ketahn.

—Tu compañera *lisiv*. ¡Tenía razón!

—Sí —dijo Ketahn con un gruñido de los suyos—. Y yo también.

Rekosh carraspeó.

—Y tú también. Desde luego, esto supera a cualquier *sythikar* que haya oído en Takarahl, que ya es decir.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Telok, centrando de nuevo su atención entre Ketahn e Ivy.

—La encontré hace dos ciclos lunares —Ketahn alisó con una palma el pelo de Ivy—. El día que hice mi ofrenda de raíces medicinales a la reina.

Urkot golpeó una pata en la rama, creando una vibración que incluso Ivy sintió en los pies.

—¿Y simplemente... te *apareaste* con ella?

—No. Al principio pensé que era una bestia extraña. Una mascota. Creía que había capturado a la criatura más rara de la jungla, y mi orgullo era tal que no entendí que era Ivy quien me había atrapado.

—No dijiste nada de esto cuando hablamos al día siguiente —dijo Telok, entrecerrando los ojos—. Por eso no querías que me uniera a tu cacería. Escondías a Ivy, incluso de mí.

—De todos nosotros —añadió Rekosh.

Ketahn resopló y rodeó el pecho de Ivy con otro brazo para acercarla aún más.

—También de mi hermana de cría. Ivy es mía, e incluso ahora soy *niktera* a compartirla.

Rekosh cruzó los cuatro brazos sobre el pecho.

—Hasta que necesitaste ayuda.

—Ella es mi compañera. Mi hilo del corazón. Su seguridad es lo único que me importa —Había una crudeza en la voz de Ketahn que Ivy rara vez había oído: en parte posesiva, en parte protectora, en parte agresiva. Pero también había vulnerabilidad en ella.

Ivy se giró ligeramente hacia él y le sostuvo la mandíbula con la mano, acariciándosela con el pulgar.

Ketahn la miró y le acomodó el pelo detrás de la oreja, acariciándola. Volvió a mirar a sus amigos.

—No me ha hecho ninguna gracia tener *lisiv* que ocultaros, pero solo he hecho lo que creía mejor para ella. Y así lo haré siempre.

¿Tener *lisiv*? Estaban hablando de que Ketahn ocultaba a Ivy de todo el mundo... ¿Entonces *lisiv* significaba secretos?

—¿Así que esta *huu-nana* es la razón por la que por fin has decidido marcharte? —Urkot se rascó la mejilla; solo entonces se dio cuenta Ivy de que sus dedos y garras estaban cubiertos de polvo pálido.

—Sí.

Rekosh carraspeó.

—Gracias, Ivy, por hacerle entrar por fin en razón. A veces parece que Ketahn tiene la cabeza más llena de piedras que Urkot.

Ivy frunció el ceño.

—Yo me lo tomaría como un cumplido, viniendo de él —dijo Urkot.

—Estoy seguro de que sí —replicó Rekosh con un gesto de la mano.

Telok observó los alrededores con cuidado antes de volver la vista hacia Ketahn e Ivy.

—Aunque vuestra ayuda hubiera sido bienvenida en Takarahl, es mejor que os vayáis. No sé cómo convenciste ayer a la reina para que te dejara marchar, pero no quiero que te arriesgues a

otro encuentro con ella.

—Le dije que volvería dentro de ocho días, con mis regalos para conquistarla —contestó Ketahn.

Aunque Ketahn ya se lo había contado todo a Ivy, esta no pudo evitar apretar la mandíbula contra los celos que sentía en su interior. No quería tener nada que ver con la reina, pero solo oírle decir aquellas palabras, imaginarle tomando a la reina como la había tomado a ella, era casi más de lo que Ivy podía soportar.

—¿Qué tú *qué*? —exigió Rekosh.

—Modelador, deshazme —soltó Urkot.

—Por todas las tonterías —roncó Telok.

Aunque los tres habían hablado simultáneamente, a Ivy no le costó entenderlos: su respuesta a las noticias de Ketahn había sido similar.

—Era la única manera de ganar tiempo para prepararnos sin que los Garras buscaran cerca —dijo Ketahn.

—Los Garras de la Reina se han relajado —dijo Telok—, pero no se han ido. Han vuelto más a Takarahl, pero aún hay otros que acechan la jungla como si te estuvieran buscando.

Urkot gruñó, llevándose distraídamente la mano al abdomen para rascarse la cicatriz del costado.

—Y entre todos los vrix de la ciudad, estaban los dos que intentaron seguirnos hoy.

—Eso no fue casualidad.

—Tampoco podemos ignorar los susurros de que el Primer Garra ha desaparecido —dijo Rekosh—. Algunos llegan a decir que la propia reina lo mató en un arrebato mientras se apareaba.

Las mandíbulas de Telok se crisparon.

—Lo que encaja perfectamente con su comportamiento durante el Alto Reclamo.

La tensión en el interior de Ketahn aumentó aún más, y cuando exhaló, un gruñido profundo resonó en su pecho. Pero el agarre de Ivy permaneció firme y seguro, sin llegar a ser doloroso. Ella se mordió el labio inferior con los dientes mientras miraba a sus amigos. La inquietud se instaló en su vientre.

—La reina no mató a Durax —dijo Ketahn—. Fui yo.

Si los amigos de Ketahn se sintieron conmocionados por esa revelación, apenas mostraron nada en sus reacciones. Por lo que Ivy pudo ver, sus actitudes parecían más pensativas que otra cosa.

Telok apoyó la lanza en un antebrazo y cruzó los brazos sobre el pecho, inclinando la cabeza hacia abajo.

—Te descubrió.

—Sí, pero no aquí.

—Siempre supe que Durax llegaría a tal extremo —refunfuñó Urkot.

—Aunque no hubiera querido pelearme, lo hubiera conseguido —continuó Ketahn—. Encontró a alguien más que a mí. Encontró a Ivy... y al resto de su especie.

Las mandíbulas de Urkot se abrieron.

—¿Hay más como ella?

—Claro que los hay. No pueden nacer de la nada —Rekosh ladeó la cabeza y miró a Ivy, con su larga trenza rozándole el pecho—. La cuestión más importante es por qué no los hemos visto nunca.

—Venimos de las estrellas —dijo Ivy.

Todos a una, Telok, Rekosh y Urkot levantaron la cabeza para mirar hacia el cielo. Aunque el cielo se estaba oscureciendo, aún pasaría un rato antes de que las primeras estrellas fueran visibles en lo alto. Tampoco es que ella pudiera señalar realmente el lugar del que provenía en medio de todas aquellas estrellas brillantes.

Ketahn le peinó el pelo con las garras, produciéndole un estremecimiento a lo largo del cuero cabelludo. Ivy sabía que lo hacía más para consolarse a sí mismo que a ella, pero lo apreciaba igualmente.

—Solo los Ocho pueden volar tan alto —dijo Urkot—. ¿Cómo han podido llegar estos *huu-nanos* siendo tan pequeños y blandos?

—Hay mucho que explicar, y yo apenas entiendo gran cosa —dijo Ketahn—, pero os lo mostraré dentro de dos días. Traed las provisiones que podáis reunir al foso que hay hacia el ocaso desde este lugar.

Ahora las mandíbulas de Telok se alzaron y soltó un siseo grave.

—Ese lugar está maldito, Ketahn. ¿Acaso la furia de la reina no es suficiente para que ahora intentes enfurecer a los espíritus oscuros?

—¿Recuerdas, Telok, cuando te dije que me había caído? Allí es donde caí. Allí es donde encontré a Ivy.

A Telok se le erizaron los finos pelos de las patas y retrocedió.

—¿Entonces su especie es así? ¿Los *huu-nanos* son espíritus, *xinen* de la bestia de fuego atrapada por los Ocho?

—Ella parece bastante sólida para ser un espíritu, ¿no? —preguntó Rekosh.

—Los espíritus pueden confundir los sentidos —contestó Urkot, aunque no parecía del todo convencido.

Ketahn gruñó.

—Es de carne, hueso y sangre, y es mi compañera.

Ivy empujó suavemente uno de los brazos de Ketahn. Él se mantuvo firme, bajando la atención para encontrarse con su mirada.

Ella le ofreció una sonrisa.

—Permíteme.

Él la abrazó con más fuerza y flexionó los dedos, pinchándole la piel con las garras, pero al final acabó por soltarla.

Miró a los otros *vrix* y se acercó a ellos. A pesar de vivir en una guarida muy por encima del suelo, a pesar de atravesar las ramas y los árboles todos los días con Ketahn, caminar sola por una rama la hacía sentirse desequilibrada e incómoda. Pero mantuvo la atención hacia delante, negándose a mirar hacia abajo.

Los amigos de Ketahn la vieron acercarse. Telok permanecía cauteloso y Urkot era ilegible, pero había algo diferente en los ojos de Rekosh; como mínimo, era curiosidad, pero podría haber estado cerca de la excitación.

Al detenerse a unos metros de distancia de los otros *vrix*, Ivy levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—Podéis tocarme.

—Recordad que es mi compañera —gruñó Ketahn desde detrás de ella.

Ivy esbozó una sonrisa. Descubrió que le gustaban sus celos.

Rekosh carraspeó y se acercó a ella sin vacilar, agachándose para que sus ojos estuvieran más cerca de ella. Moviéndose despacio, levantó una mano y presionó suavemente con los dedos la palma de ella, manteniendo aquellas garras largas y afiladas lejos de su piel. Aunque su mano era

áspera, no lo era tanto como la de Ketahn, y sus callosidades se encontraban principalmente en las yemas de los dedos.

—Como ya habrás oído, me llamo Rekosh —dijo con aquella voz suave—. Si deseas una seda *kirilka* de verdad, no tienes más que pedírmela. Ketahn es un tejedor muy torpe comparado conmigo.

—Ella no llevará la seda de nadie más que la mía —dijo Ketahn.

Ivy soltó una risita.

—Encantada de conocerte, Rekosh.

Los ojos de Rekosh se clavaron en su boca y sus mandíbulas se abrieron.

—Me has enseñado los dientes. ¿Por qué?

—Es una sonrisa —Volvió a sonreír—. Significa que me alegro.

Telok entrecerró los ojos.

—Para cualquier otra criatura, eso sería una amenaza.

Urkot resopló.

—Esos dientes no parecen una amenaza. Ni siquiera tiene colmillos —Acercándose, miró sus manos. Le rodeó la muñeca con sus gruesos dedos, ignorando el gruñido de Ketahn, y la giró para darle la vuelta a la mano—. Tampoco tienes garras.

Aunque era más bajo que sus amigos, las manos de Urkot eran más anchas que las de Ketahn, y sus dedos eran gruesos y de punta más roma que los de sus compañeros, aunque Ivy no dudaba de que sus garras cubiertas de polvo pudieran causar verdadero daño cuando lo necesitara. Su mano abarcó más de la mitad de su antebrazo. Podría haberle aplastado los huesos con un simple apretón, pero su agarre era relajado y cuidadoso.

—También eres suave —continuó—. Y por una vez es agradable conocer a alguien con menos brazos que yo.

Ivy soltó una carcajada.

Rekosh y Urkot la miraron extrañados, el primero se inclinó más hacia ella y le miró la boca, como si quisiera averiguar cómo emitía aquel sonido.

Ivy se calmó y se echó hacia atrás. Sabía que eran curiosos, ya había pasado por eso con Ketahn, pero no podía evitar que resurgiera en ella la sensación de estar expuesta como una criatura rara en un espectáculo.

—Se llama risa —dijo Ketahn—. Es lo mismo que castañear.

—¿Entonces es un sonido de diversión? —preguntó Rekosh.

—Sí. Y es más fuerte cuando algo es más divertido.

Urkot emitió un gorjeo y chocó una pata delantera contra la de Rekosh.

—¡Ya le caigo mejor!

—Eso es solo porque aún no me he presentado a ella —gruñó Telok.

—No es probable que le gustes después de decir que debe de ser un espíritu oscuro que ha venido a lanzar sus maldiciones sobre nosotros —dijo Rekosh, retirando la mano y echándose hacia atrás.

—No hay nada malo en ir con cuidado —replicó Telok—. Esto es algo nuevo. Ella es nueva. Y hay muchas cosas en la Maraña que parecen inofensivas a simple vista y, sin embargo, son todo lo contrario.

—Lo entiendo, Telok —dijo Ivy, encontrándose con su mirada—. Tardé un tiempo en sentirme a gusto con Ketahn, y aún me siento... fuera de lugar en esta jungla. Pero ahora tiene toda mi confianza, y como él confía en vosotros, yo también.

Los ojos de Telok se detuvieron en ella unos instantes más. Luego juntó los antebrazos y se

inclinó; ella supo por Ketahn que era un gesto de disculpa.

—No conozco todas las palabras que dices, Ivy, pero sé lo que quieres decir.

—Ella no puede emitir los sonidos que hacemos nosotros, pero con el tiempo entenderéis todo —Ketahn se colocó detrás de Ivy, poniendo un par de manos sobre sus hombros y la otra sobre sus caderas—. Si aún estáis dispuestos a ayudar. No os lo he pedido antes, pero me gustaría que los tres vinierais con nosotros cuando abandonemos esta parte de la Maraña.

—¿Dejando atrás Takarahl y todo lo que hemos conocido? —preguntó Urkot—. ¿Cómo sobrevivirá Rekosh sin sus *sythikar*?

—Supongo que tendría que aprender a hablar con árboles y rocas como el resto de vosotros —dijo Rekosh exhalando exageradamente—. Pero debemos tener claro que, sin Ketahn, Takarahl será mucho menos acogedor para cualquiera de nosotros bajo la furia de la reina. Hasta ahora nos ha perdonado la vida a los tres, pero sin duda sabe de nosotros.

—Os ha amenazado a todos, y también a mi hermana de cría, para llegar a mí —dijo Ketahn, con su voz profunda retumbando en Ivy—. Nunca quise ponerlos en peligro, pero mis intentos no bastan para disuadirla.

Telok volvió a mirar a su alrededor, inspirando profundamente.

—A veces he envidiado tu vida en la Maraña, Ketahn. Pero esto... es mucho en lo que pensar.

—Lo sé. Los tres habéis hecho mucho por mí, y yo os he pedido mucho más de lo que tengo derecho. Pensad en ello. Los humanos necesitarán mi ayuda para sobrevivir.... Y yo necesitare la vuestra para ayudarles.

—La tendrás, Ketahn —dijo Rekosh, avanzando a grandes zancadas y tocando con una de sus patas delanteras la de Ketahn—. Puedes confiar en nosotros.

Capítulo Once

A pesar del inconfundible aroma de la savia quemada y del fragante humo de las hierbas quemadas, aquellos túneles y cámaras olían a muerte, a muerte antigua. Era el tipo de olor que se hundía en cada grieta y hendidura, que se filtraba en cada piedra, que merodeaba en las sombras de cada cavidad y nicho, que permanecía como un recordatorio de que *todas las cosas deben morir en algún momento*.

Ketahn no necesitaba que se lo recordaran. Hacía tiempo que lo comprendía y lo había aceptado. Pero por primera vez en años, tenía algo por lo que realmente merecía la pena vivir. Todo lo que apreciaba pendía de un único hilo excesivamente cargado, rodeado de garras despiadadas. Dichas garras cortarían ese hilo en el instante en que su guardia flaqueara.

La frustración, la impaciencia y la impotencia se apoderaron de él, oprimiéndole el pecho. Takarahl era el último lugar donde quería estar, ahora más que nunca, porque había dejado a Ivy en la nave con los otros humanos.

A través de la entrada que tenía ante él, con sus enormes puertas de piedra abiertas de par en par, observó cómo la Alta Oradora Valkai guiaba a siete oradores de espíritus a través de un ritual de ofrenda. Sus formas, vestidas de seda, se ensombrecían profundamente y parecían de otro mundo a la luz danzante del fuego azul verdoso. Los ocho oradores, uno por cada dios, formaban un círculo en el centro de la cámara, que era tan grande que incluso las mujeres parecían pequeñas. Pero ese era el propósito de la Tumba de las Reinas, ¿no?

Todo el mundo debía sentirse diminuto ante el legado de la reina Takari. ¿Acaso era de extrañar que Zurvashi hubiera decidido acabar con aquel linaje y llevarse la gloria para ella sola?

Los oradores de espíritus agitaron manojos de hierbas humeantes y levantaron cestas llenas de ofrendas de los altares ante los que se encontraban, invocando a los Ocho uno por uno. Sus cánticos eran un zumbido bajo que hacía que el humo arremolinado pareciese aún más surrealista.

No habría sido difícil creer que el velo entre el reino de los vivos y el nebuloso reino de los espíritus se había traspasado en aquella cámara.

Pero a Ketahn no le interesaban esas cosas. Había venido aquí con un propósito concreto, e incluso eso le había resultado difícil de afrontar... porque Ivy estaba en aquella nave con siete humanos a los que Ketahn ni conocía ni en los que confiaba.

Estaba en aquella nave con *Cole*.

Apenas pudo contener un gruñido, se apartó de la cámara y se dirigió hacia la pared más alejada. Su piel se erizó ante las miradas que le dirigieron la pareja de Colmillos que custodiaba la entrada y la pareja de Garras que se encontraban a varios segmentos del túnel. Estos últimos

habían seguido a Ketahn desde su llegada a Takarahl esta mañana.

No debería haber venido. No porque fuera una tontería, que lo era, sino porque había dejado a Ivy con los demás humanos. ¿Qué la protegía de ellos? ¿Qué la protegía de Cole? A Ketahn le hervía la sangre al recordar a Cole agarrando a Ivy. Las palabras de ayer del macho humano no habían tenido importancia, pero sus acciones...

Eran inaceptables.

Ketahn apretó los puños. La presión de sus garras contra las palmas de las manos no le distrajo.

Solo él tenía derecho a tocar a Ivy. Ella era su compañera, su propósito, su todo. Las intenciones de Cole no importaban; había tocado a Ivy como si le perteneciera. La había *agarrado*. No había justificación para ello.

Los finos pelos de Ketahn se erizaron y un gruñido retumbó en su pecho.

—El ritual está a punto de terminar —dijo una de las Colmillos, su voz resonó en el pasillo a pesar de su volumen tan bajo.

—La impaciencia no es propia de un cazador —dijo uno de los Garras.

Ketahn dirigió la mirada hacia los dos machos.

—Tampoco lo es estar muerto.

Los Garras estaban de pie, con los hombros apoyados en la pared del túnel, aparentando indiferencia. Pero el modo en que cada uno mantenía una mano sobre el hacha que colgaba de su cinturón, la forma en que sus dedos y mandíbulas se crispaban, y sus finos pelos se erizaban con frecuencia, revelaban su inquietud.

Matarlos no proporcionaría satisfacción a Ketahn, solo le causaría más problemas, como siempre hacía el derramamiento de sangre. Sin embargo, aunque podía resistir aquellos impulsos, no podía silenciarlos.

Ketahn se detuvo ante la pared, apoyó el hombro en ella y volvió a prestar atención a los oradores que realizaban el ritual en la Tumba de las Reinas.

La Alta Oradora Valkai sostenía una cesta de ofrendas por encima de su cabeza y hablaba. Le pareció que estaba pidiendo a los Ocho y a los espíritus de las reinas del pasado que siguieran velando por Takarahl; sus palabras eran difíciles de distinguir. En este profundo subsuelo de piedra, sobre todo en aquellos túneles serpenteantes y oscuras cámaras funerarias, la quietud reinante tenía una forma de amplificar incluso los sonidos más pequeños. El roce de un cabello contra la piedra podía oírse a varios segmentos de distancia, y cada ruido creaba ecos largos y distorsionados. Pero el sonido no llegaba con tanta facilidad desde la Tumba de las Reinas.

Era como si la cámara devorara las voces de los que estaban dentro.

Ketahn desvió la mirada hacia las otras dos figuras que había en el interior de la cámara: otro par de Colmillos, cuyos rasgos se perdían casi por completo en la luz parpadeante, pero cuyos adornos de oro y piedras preciosas brillaban. Se mantenían en posturas rígidas a ambos lados tras la Alta Oradora. Una de ellas era Ahnset, aunque Ketahn no sabía cuál.

Obligándose a permanecer quieto, Ketahn observó el ritual hasta su final. El humo de las hierbas quemadas se enroscaba y disipaba, arrastrado por la suave corriente de aire que recorría Takarahl, incluso aquí abajo.

De uno en uno, los oradores de espíritus colocaron sus ofrendas sobre sus respectivos altares, retrocedieron y se dirigieron hacia la puerta con sus coberturas de seda fluyendo alrededor de sus cuerpos. Al entrar en el túnel, se separaron suavemente, alternándose a izquierda y derecha para seguir el camino hacia delante.

Las cámaras funerarias eran mantenidas únicamente por los oradores de espíritus. Eran

responsables incluso de los cuencos de savia de madera de espino que proporcionaban la única luz, tarea que realizaban los iluminadores en el resto de la ciudad.

Pensar en los deberes de los oradores solo recordaba a Ketahn sus deberes para con su compañera, y cómo estaba incumpléndolos en ese momento, ya que no estaba allí para protegerla.

En el interior de la Tumba de las Reinas, las Colmillos se habían acercado a la Alta Oradora, y las tres mantenían una conversación en voz baja. Sus nuevas posiciones los situaban bajo la suficiente luz como para que Ketahn pudiera identificarlas: Ahnset y la Primera Colmillo Korahla. Su voz baja hacía que sus palabras fueran difíciles de oír incluso si no estuvieran en una cámara que se tragaba el sonido.

Ahnset y Korahla se miraron durante varios latidos. Cuando volvieron sus miradas hacia la Alta Oradora Valkai, esta deslizó las patas delanteras hacia delante, liberándolas de la seda que las cubría, y las rozó con las patas delanteras de las Colmillos. Se inclinó haciendo el gesto de los Ocho con los antebrazos cruzados.

Korahla y Ahnset se volvieron la una hacia la otra.

Ketahn ladeó la cabeza y se apartó de la pared; los brazos cayeron hasta quedar colgando a los lados. Uno de los Garras golpeó con los dedos la cabeza de roca negra de su hacha. El tintineo se escuchó sobre el ruido de los oradores de espíritus que se alejaban, vibrando a lo largo del hilo de la mente de Ketahn, que permanecía conectado directamente a su irritación.

Si hubiera estado sosteniendo su lanza en aquel momento, la habría lanzado contra el Colmillo sin dudarlo y sin desviar la mirada de su hermana de cría y de la Primera Colmillo.

Ahnset y Korahla se inclinaron la una hacia la otra y juntaron sus cabezas. Mientras mantenían aquella pose íntima y confiada, sus patas delanteras se rozaron suavemente.

Los Garras estaban demasiado lejos de la entrada para poder ver el interior de la cámara, y los Colmillos que custodiaban las puertas miraban en la dirección equivocada. Ketahn lo agradeció. Lo que Ahnset y Korahla estaban haciendo... No era preciso que se corriera la voz, sobre todo a través de los Garras de la Reina.

La Primera Colmillo y Ahnset se separaron lentamente, sus patas delanteras permanecieron en contacto el mayor tiempo posible. Se volvieron hacia la Alta Oradora, y Korahla hizo un gesto a Valkai para que caminara.

Con las Colmillos a su espalda, la Alta Oradora Valkai se dirigió hacia la puerta, con sus largas sedas blancas ondeando a su alrededor. Sus ojos azules se encontraron con los de Ketahn, y se detuvo varios segmentos antes de llegar a la puerta.

—Ketahn —Levantó una mano para hacerle señas—. Me gustaría hablar con usted, si pudiera dedicarme unos momentos.

Él cruzó los antebrazos e hizo una reverencia, conteniendo una oleada de impaciencia. Ya llevaba demasiado tiempo fuera, y para empezar no debería haber dejado a Ivy, no con esos humanos. Ella habría estado más segura sola en la guarida; él habría estado más tranquilo así. Y ahora que estaba tan cerca de conseguir su propósito de venir a Takarahl, la sola idea de retrasarse unos instantes más le resultaba enloquecedora.

Sí, el hecho de que Ketahn regresara abiertamente a la ciudad demostraría a Zurvashi que no había huido de Takarahl durante los ocho días que ella le había concedido. Todavía no. Pero había venido por una razón en concreto: necesitaba hablar con su hermana de cría, cara a cara. Necesitaba mirarla a los ojos antes de pedirle que se adentrara en la jungla y se viera envuelta en algo que nunca olvidaría. Antes de pedirle que traicionara a la reina a la que había servido durante años.

—Para usted siempre, Alta Oradora —dijo Ketahn mientras se enderezaba y avanzaba a grandes zancadas.

Los Garras se apartaron de la pared y se movieron para seguirle.

—¿Estás adiestrando a estas crías, Ketahn? —preguntó una de las guardias de la puerta.

—No. Algunos ya no aprenden —Pasó entre las Colmillos, y los *golpes* de las culatas de las lanzas contra el suelo hicieron que Ketahn echara un vistazo por encima del hombro.

Las guardias se habían movido para bloquear a los Garras, cruzando las lanzas ante ellos.

—Tenemos órdenes de seguirle —gruñó uno de los Garras.

—Y a nosotras se nos ha ordenado que no permitamos la entrada a nadie en la Tumba de las Reinas sin que nos lo diga la Alta Oradora o la Primera Colmillo.

—¡Nuestras órdenes vienen directamente de la Reina!

Korahla se dirigió furiosa hacia la puerta, haciendo vibrar el suelo con sus pesados pasos. Ketahn se apartó de su camino sin vacilar.

—¿Y de dónde cree que vienen nuestras órdenes? —exigió la Primera Colmillo.

Los Garras retrocedieron ante ella, pero solo unos pasos.

—Debemos vigilar a Ketahn tes Ishuun'ani Ir'okari en todo momento y, por la gracia del Cazador, eso es lo que pretendemos hacer.

El macho que había hablado se irguió más y cuadró los hombros como si quisiera llamar la atención sobre el pelaje negro que llevaba sobre el hombro y que le marcaba como uno de los Garras de la Reina.

Ketahn apretó los puños, clavándose de nuevo las garras en las palmas, y rechinó las mandíbulas. Todo lo que quería era una vida pacífica con su compañera. Por él, Zurvashi podía quedarse con todo lo demás; él solo necesitaba a Ivy.

—Alguien como tú nunca ha conocido la gracia del Cazador —dijo Ketahn con voz áspera y grave—. No sois Garras. No sois diferentes de los registradores, salvo que vigiláis las idas y venidas de los demás vrix en vez de las de la comida y los materiales.

—Tú, gusano engreído...

Korahla bajó una pata de golpe, provocando que el Garra cerrara la boca.

—Basta. Esta cámara solo tiene una entrada. Su objetivo no podrá escapar aquí.

—No permitiremos que se cuele por nuestra telaraña —dijo el otro Garra—. No como le ocurrió con sus Colmillos el otro día.

Korahla se puso rígida y apretó las manos sobre su lanza de guerra. Tenía fuerza más que suficiente para atravesar las dos Garras de un solo golpe. Ketahn se preguntó si pretendía hacer precisamente eso mientras se acercaba a los machos.

Con voz dura y gruñona, dijo a las guardias de la entrada:

—Escoltad a estos dos fuera de las cámaras funerarias, y aseguraos de que no vayan a ninguna parte hasta que yo venga a buscarlos.

—Tenemos órdenes de la reina —repitió uno de los machos.

—El Primer Garra se enterará de esto —gruñó el otro.

Las guardias de la puerta se adelantaron, y los Garras retrocedieron ante ellas.

—Pueden decirle a Durax lo que quieran —dijo Korahla, volviendo a su habitual calma sepulcral—, si alguna vez descubren adónde se ha ido.

Mientras Ketahn observaba cómo ambas Colmillos alejaban a los Garras, Ahnset y la Alta Oradora se dirigieron hacia él; el paso de la primera estaba marcado por el tintineo de los adornos dorados, y el de la segunda, por el suave susurro de la tela.

—Últimamente, sus hazañas son la comidilla de Takarahl —dijo la Alta Oradora—. No

esperaba verle hasta dentro de varios días.

Ketahn se volvió hacia las hembras, se inclinó e hizo un gesto de disculpa; no pasó por alto la decepción en los ojos de Ahnset antes de hacerlo.

—No pretendía causar problemas, Alta Oradora.

La Alta Oradora Valkai carraspeó y extendió una pata delantera, golpeándola contra la de Ketahn.

—Sus acciones podrían decir lo contrario, Ketahn. Algunos dicen que es demasiado osado. Otros, que es un necio temerario.

El fuerte olor de las hierbas se aferraba a ella, superpuesto a un aroma más suave y femenino. Tal vez en otro momento de su vida, Ketahn lo hubiera encontrado atractivo, pero lo único que deseaba ahora era que la fragancia de Ivy borrara todas las demás.

Ahnset asintió con un gruñido a las palabras de la Alta Oradora.

Ketahn se enderezó. Como todas las hembras adultas, Valkai le sobrepasaba en altura, pero ella no se imponía. A pesar de ser casi tan grande como Ahnset, no resultaba amenazadora. Tal vez se debiera a las capas de seda blanca que cubrían su cuerpo. También podía deberse a su actitud amable o a su postura relajada.

—Creo que hay algo de verdad en ambas cosas —dijo.

Con un resoplido, Ahnset golpeó una pata contra el suelo. Sus mandíbulas se crisparon y sus ojos parecían llenos de emoción, pero no habló.

La Alta Oradora volvió a carraspear, con un sonido suave y cálido. Ketahn se sentía desgarrado; ella estaba siendo amable, y eso le hacía sentirse avergonzado por su impaciencia, pero no se dejaría llevar por ella. Su lugar estaba al lado de Ivy. Su risa era lo único que ansiaba oír.

—Supongo que la verdad es mucho más complicada —dijo Valkai.

—No hacemos más que aferrarnos a las enmarañadas telarañas que han tejido los Ocho, arañando nuestros destinos —replicó Ketahn. Los oradores de espíritus solían decir esas cosas, pero él nunca había pensado mucho en ellas. Sin embargo, ahora estaba seguro de una cosa: no importaba qué hilo del destino siguiera, siempre le llevaría a Ivy. No aceptaría ningún otro.

—Así nos lo enseñaron. Y, sin embargo, me pregunto...

La Alta Oradora Valkai levantó la mirada, recorriendo lentamente la cámara. Ketahn siguió la trayectoria de sus ojos con los suyos.

Nunca había estado dentro de esta cámara. Las puertas solían estar selladas y solo se abrían cuando los oradores realizaban sus rituales de ofrenda o cuando se enterraban los restos de una reina. La cámara era lo bastante grande como para que la luz azul verdosa del fuego no tocara el techo, sostenido por enormes columnas de piedra colocadas a intervalos regulares. En el centro del espacio había un conjunto de altares. En las dos paredes perpendiculares a la entrada había losas cuadradas. Muchas de esas losas estaban en blanco; otras muchas llevaban grabados los retratos y nombres de reinas anteriores.

En el extremo de la cámara, frente a la entrada, había un estrado de piedra elevado sobre el que descansaba un gran sarcófago de roca negra. Contenía a la propia reina Takari, fundadora de Takarahl, madre de una línea de reinas que habían gobernado generación tras generación. Fue allí donde las miradas de Valkai y Ketahn se detuvieron.

A él le invadió de nuevo la sensación de ser diminuto e insignificante ante todo aquello, como si ningún vrix pudiera aspirar a compararse con lo que había logrado la primera reina de la ciudad. Como si todas sus luchas no importaran, pues solo las reinas eran dignas de ser recordadas.

¿Habían experimentado Ivy y los demás humanos sensaciones similares en su mundo? ¿Se empeñaban los humanos poderosos en hacer que aquellos a los que gobernaban se sintieran débiles, pequeños e insignificantes? ¿Habría influido eso en su decisión de marcharse?

Quizá Zurvashi había contaminado su opinión sobre todas las reinas. Había asesinado a su predecesora y ascendido para gobernar Takarahl cuando Ketahn aún era una cría, y él apenas recordaba nada de la reina anterior. Muchos de los vrix parecían venerar a los descendientes de Takarahl, alabándolos como gobernantes benévolos, justos y sabios, aunque en voz baja, para que esos susurros no llegaran al centro de la red de Zurvashi.

A Ketahn le costaba creer que los descendientes de Takari hubieran sido tan desinteresados.

Las fuertes pisadas de Korahla se acercaron. La Primera Colmillo tomó posición junto a Ahnset, haciendo que la banda dorada de su mandíbula derecha se alineara con la banda a juego de la mandíbula izquierda de Ahnset.

—¿Qué ocurre, Alta Oradora?

—Deben perdonarme —dijo la Alta Oradora Valkai—. Últimamente, mis pensamientos vagan tanto como los hilos de la primera telaraña de una cría. Me preguntaba si el destino está realmente determinado por los Ocho, o si los vrix tenemos el poder de darle forma nosotros mismos.

Volvió a mirar a Ketahn, con una mirada de pronto más intensa. Por un momento, tuvo la sensación de estar mirándole directamente a él. Como si sus pensamientos, sus emociones, sus secretos, su propio espíritu estuvieran al descubierto ante ella.

Pero él se negó a que viera su hilo del corazón; eso solo le pertenecía a Ketahn.

Ivy solamente le pertenecía a él.

Capítulo Doce

—Hay una cuestión que no me entra en la cabeza —dijo la Primera Colmillo Korahla—. El deber de las Colmillos es cumplir la voluntad de la reina. Nuestros destinos siempre están ligados a otro, ya sea a ella o a los dioses.

—Y, sin embargo, nuestra reina también fue una Colmillo —La Alta Oradora mantuvo sus ojos penetrantes y pensativos fijos en Ketahn—. ¿Fue elegida por los Ocho para convertirse en reina, o forjó su propio destino?

Ketahn no apartó la mirada de ella, ni siquiera cuando su mirada se intensificó y brilló con una extraña luz.

—Dejaré esas preguntas para usted y sus hermanas, Alta Oradora —dijo Korahla—. A mí poco me importa. He jurado defender a la reina. Ni más ni menos que eso.

—Igual que Zurvashi —dijo Ketahn.

Ahnset y Korahla dirigieron su atención hacia él, con las mandíbulas crispadas.

—Mi hermano de cría es un necio —retumbó Ahnset, apretando con fuerza su lanza de guerra—. La Maraña le ha trastornado la mente.

Ketahn miró fijamente a los ojos de Ahnset. Reconocía gran parte de lo que veía allí, la reconocía a ella, pero más que nunca era consciente de que él y su hermana habían pasado tanto tiempo separados que sencillamente no podían conocerse tan bien como antes. Las vidas que habían llevado se habían alejado, como dos hebras de una telaraña que se había ido desintegrando con el paso de los años, quedando unidas solo por unos finos y desgastados hilos de seda.

—Esas cosas no deben discutirse —dijo Korahla en voz baja y tensa.

—No he dicho más que la verdad —replicó Ketahn, volviendo las palmas de las manos hacia arriba.

—Si estás tan dedicado a la verdad —Ahnset se inclinó hacia él, chasqueando los colmillos de su mandíbula—, abre los ojos a la verdad de tu situación, Ketahn.

—Lo he hecho, hermana de cría. Más de lo que crees.

—¿Y, aun así, persigues lo que deseas e ignoras lo que te mantendrá a salvo y con vida?

—Todos los espíritus anhelan algo —dijo la Alta Oradora Valkai, con su voz relativamente suave llamando la atención—. Para la mayoría, la supervivencia es suficiente. Pero para otros puede ser el cambio, el poder, la paz, la compañía o cualquier otra cosa. Y solo en raras ocasiones podemos saber qué comprende el hilo del corazón de otro. Pero creo que en esos misterios pueden residir las respuestas a las preguntas que he planteado.

Tras sus palabras se hizo el silencio, que se apoderó de la sala durante varios latidos, durante

los cuales Ketahn no pasó por alto el prolongado contacto visual entre Ahnset y Korahla.

Un ligero zumbido sonó en el pecho de Korahla.

—Adelante, Alta Oradora. Le acompañaremos en sus tareas pendientes —Señaló hacia la entrada abierta.

—Muy bien, Primera Colmillo —respondió Valkai.

—¿Podría mi hermana de cría ausentarse brevemente de sus obligaciones? —preguntó Ketahn.

Korahla gruñó, entrecerrando los ojos hacia Ketahn.

—Siempre que ella y la Alta Oradora Valkai estén de acuerdo.

—No me corresponde a mí perturbar el vínculo sagrado entre hermanos de cría —dijo Valkai.

Ahnset golpeó el suelo con la culata de su lanza e inclinó la cabeza. La banda de su mandíbula brilló a la luz del fuego.

—No tardaré en volver, Primera Colmillo.

—Tengo todo bajo control —Korahla rozó con una pata delantera la de Ahnset—. Nos veremos pronto.

La Primera Colmillo se dirigió hacia la entrada, pero la Alta Oradora se quedó mirando entre Ketahn y Ahnset. Se inclinó cerca, con sus coberturas de seda susurrando en el suelo.

—Detrás del sarcófago de la reina Takari, el sonido no llega muy lejos. Allí tendrán tanta intimidación como pueda ofrecerles Takarahl.

Tras hacer con elegancia el signo de los Ocho, se volvió y siguió a Korahla. La Primera Colmillo se detuvo el tiempo suficiente para mirar a Ahnset por encima del hombro antes de salir de la cámara y girar hacia el túnel que había más allá. La Alta Oradora la seguía de cerca.

Sin pronunciar palabra, Ahnset se dirigió hacia la parte trasera de la Tumba de las Reinas, con sus pesados pasos extrañamente amortiguados en aquel espacio. Ketahn la siguió, estudiando su entorno. La elaboración de esta cámara, la habilidad artesanal que en ella se exhibía, hacían que las demás cámaras funerarias parecieran poco más que un esfuerzo tosco y torpe.

El lugar donde habían enterrado a su madre parecía una madriguera excavada por una bestia ciega.

Ahnset subió al estrado y, dejando un respetuoso espacio al sarcófago, se dirigió a la pared del fondo, donde colgaban viejos estandartes de seda. Su tinte carmesí era sorprendentemente vibrante a pesar de su aparente antigüedad. Ketahn no prestó mucha atención ni al sarcófago ni a la seda mientras se unía a su hermana de cría; su postura era rígida, sus finos cabellos erizados y su respiración profunda y pesada.

—Idiota ocho veces maldito —gruñó—. ¿Te cueles en el santuario de la reina como un asesino que merodea por las sombras? ¿De verdad estás tan ansioso por encontrarte con tu muerte?

—Solo quería hablar con ella —respondió con la mayor firmeza posible.

Ahnset se giró hacia él, extendiendo los brazos a los lados.

—¡Yo te habría llevado con ella! Kora, la Primera Colmillo te habría llevado.

—Hacia mi muerte. Zurvashi quiere un macho digno. Para demostrar mi valía, tenía que lograr algo que ningún otro pudiera —Las entrañas de Ketahn se retorcieron ante sus propias palabras. Todo lo que había hecho había sido por Ivy, e incluso fingir que había corrido esos riesgos por Zurvashi era repugnante.

Ahnset bajó los brazos y acortó la distancia que los separaba en un solo paso, obligando a Ketahn a echar la cabeza más hacia atrás para sostenerle la mirada.

—Si hubieras ido en son de paz, ella te habría escuchado. Pero la forma en que te dirigiste a ella, hermano de cría... Es un milagro que te perdonara la vida.

Las mandíbulas de Ketahn se crisparon.

—Sé lo que le fascina. Aproveché la oportunidad para recuperar su favor.

Soltando un sonido que era mitad gruñido, mitad bufido, Ahnset cerró los puños.

—Esa oportunidad fue tan pequeña como una única hoja en comparación con toda la Maraña. Esa no es razón para mostrarse confiado.

Apretando la mandíbula, Ketahn resopló. El calor brotó bajo su piel. Ira, frustración, impaciencia. Lo mismo que había sentido desde que salió del foso esta mañana, desde que dejó atrás a su compañera.

—Yo no soy una cría, Ahnset —dijo, con una voz más áspera de lo que pretendía.

—Sin embargo, insistes en actuar como tal.

Un pensamiento pasó por su mente, «*no debería haber venido aquí*», y desapareció tan rápido como había llegado, pero fue suficiente para apuñalarle con una dentellada de culpabilidad. Volvió a sentir la distancia que había crecido entre ellos. Se negó a que siguiera así.

—¿Recuerdas cómo nos colábamos en estos túneles cuando éramos pequeños? —preguntó, suavizando el tono.

Ahnset desvió la mirada.

—Sí. Los ecos eran mucho más fuertes aquí abajo, y siempre nos preguntábamos por qué.

—Urkot pensaba que eran espíritus que se burlaban de nosotros, que harían caminar a los muertos si hacíamos demasiado ruido. Telok decía que eran monstruos ocultos en la oscuridad, que intentaban acercarnos lo suficiente para atacarnos. Rekosh siempre intentaba que dijeran algo distinto de lo que él decía.

El gorjeo de Ahnset fue pequeño y un poco triste.

—Solo consiguió insultarse a sí mismo. Y mientras tanto, tú y yo perseguíamos esos ecos hasta cada cámara oscura, ansiosos por defender a nuestros amigos.

—Y solo conseguimos herir a nuestro hermano de cría.

Volvió a carraspear; era más amable que la primera vez, pero aún resultaba triste.

—Ishkal no temía a las sombras. Era como si le abrazaran. Ni siquiera los vrix adultos podían encontrarle si él no quería ser encontrado.

Las mandíbulas de Ketahn se curvaron en una sonrisa.

—Y aunque ya sabíamos siempre que era Ishkal el que acechaba en las sombras esperando para asustarnos, se las arreglaba para darnos un buen susto cada vez.

—Nunca paraba, incluso sabiendo cómo íbamos a reaccionar.

—Se ganó esos moratones. Los llevaba con orgullo —La mirada de Ketahn se hundió brevemente, recorriendo las numerosas cicatrices de su piel. Los vrix creían que llevar esas marcas era un honor.

Con gusto habría cambiado ese honor por volver a tener a su hermano de cría a su lado.

Tras un largo silencio, Ahnset dijo:

—Seguro que se hubiera convertido en Garra, tanto si se hubiera producido la guerra como si no.

Una vieja, retorcida y amarga emoción se enroscó en las entrañas de Ketahn.

—Sí. Era algo natural para él, y no había nadie que se le igualara en la Maraña.

—¡Qué tontos fuimos al creernos guerreros siendo crías!

—No éramos tontos. Simplemente, no lo sabíamos.

—A pesar de todo, qué tontos debimos de parecer.

—Con el palo que imaginabais que era una lanza.

—Y tú con tus agujas de hueso y tu cuchillito, dispuesto a pinchar hasta la muerte a la bestia más temible.

Ketahn carraspeó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Yo habría intentado coser primero los ojos y la boca del monstruo, para que no pudiera vernos ni mordernos.

—Nunca has sido tan cruel, Ketahn.

—Tú tampoco has sido nunca tan cruel, Ahnset. Yo... serví en los Garras de la Reina contra Kaldarak. Tuve que aprender a ser cruel para sobrevivir.

Suspiró y su postura se relajó.

—Durante siete años o más, apenas nos hemos visto. No es de extrañar que sepamos tan poco el uno del otro.

—Hermana mía —murmuró Ketahn, rozando una pata delantera contra la suya. Había varios olores pegados a Ahnset: el fragante humo de las hierbas, su familiar fragancia y, más fuerte de lo que parecía posible tras un contacto tan breve, el olor de Korahla—. Es verdad lo que dices, pero no quiero que siga siendo así. Tengo secretos, pero ya no quiero que sean un muro invisible entre nosotros.

—No eres el único que guarda secretos, hermano de cría —Levantó una mano para golpear la banda de oro de su mandíbula—. Llevo mucho tiempo ocultando la verdad de mi hilo del corazón, incluso a ti.

—Korahla —dijo él con suavidad.

Ahnset volvió las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Qué otra cosa podíamos haber hecho salvo guardar silencio? Las Colmillos apenas tienen tiempo de satisfacer sus deseos con machos, sobre todo cuando la reina espera de nosotras que tomemos tan solo a los mejores compañeros para no quedar mal con ella. Muchas de mis hermanas de lanza se desahogan de vez en cuando entre ellas —Un zumbido bajo e infeliz vibró en su pecho—. Compartir el placer con la Primera Colmillo es aceptable. Pero compartir algo más...

Algo se contrajo en el pecho de Ketahn, oprimiéndole los corazones y quemándole los pulmones. ¿Había estado tan preocupado de sí mismo durante tanto tiempo que había pasado por alto las señales que tenía a la vista? ¿Había olvidado con tal facilidad que su hermana de cría era una vrix con sus propios deseos, sus propios anhelos, su propio hilo del corazón? En los dos últimos ciclos lunares solo había pensado en Ivy y en cómo podría estar con ella, y había estado dispuesto a renunciar a todo lo demás para conseguirlo.

Incluso sabiéndolo, seguía dispuesto a renunciar a todo lo demás. Pero no quería llegar a eso.

No podía culpar a su hermana de cría por ocultárselo, sobre todo cuando él había mantenido a su propia pareja en secreto. Lo único que podía hacer era esperar que esto ayudara a Ahnset a comprender lo que había hecho y lo que pretendía hacer.

—Para proteger lo que tienes con ella, debes ocultarlo —dijo Ketahn, presionando su otra pata delantera contra la de ella. Levantó el brazo, enganchó una mano detrás de su cuello y la atrajo hacia sí hasta tocar su cabeza con la de ella—. Lo entiendo, hermana de cría.

—¿Cómo es posible, Ketahn? —Su voz era tenue y delicada, llena de dolor, pero sin rastro de acusación, ira o amargura—. Dejaste todo atrás, a todos, para estar solo.

—Sí. Renuncié a todo para conseguir mi libertad... para escapar de ella.

—Y ella te arrastra de vuelta con más fuerza cada vez que te alejas. Lo único que he hecho es animarte a someterte —Ella cerró los ojos y le puso una mano en el hombro—. Ahora... debes

cumplir tu palabra con ella, o morirás. Yo te ordené que fueras con ella.

—No es culpa tuya, hermana de cría —Las siguientes palabras que pronunció surgieron de improviso, con una brusquedad que ensombreció el ambiente—. Tengo una compañera.

Ahnset se puso rígida, y el agarre de ella en su hombro se volvió aplastante.

—Ketahn...

—He venido hoy a Takarahl para hablar contigo —dijo. Su hilo del corazón estaba tenso y palpitante, estirado hasta el límite, y este era el momento; este era el momento en que tenía que dar voz a la decisión que había tomado, en que tenía que hacerlo realidad.

—Debo hacer todo lo que esté en mi mano para protegerla —continuó—, y eso significa que debo dejar para siempre Takarahl.

Ahnset abrió los ojos y enderezó la espalda, levantando la cabeza para mirar a Ketahn con una mezcla de confusión y alarma.

Él le sostuvo la mirada. Cada palabra que pronunciaba le quitaba un poco de carga de encima y aliviaba la presión sobre sus corazones.

—Esta es la última visita que hago a la ciudad. Ya no volveré a caminar por estos túneles.

—Tú... Ketahn, no puedes hablar en serio. Tú... —Su agarre se intensificó aún más—. Su furia reducirá la Maraña a cenizas. Todos los Garras y Colmillos, recibirán la orden de matarte en cuanto te encuentren. A mí... me ordenarán que te mate.

—Solo he venido hasta aquí para que piense que aún no he huido, que soy honesto. Pero una vez que me haya ido, no me encontrará. Nunca volverá a verme, Ahnset.

—Y yo tampoco volveré a verte —Las mandíbulas de Ahnset se hundieron.

—Sabiendo lo que tienes aquí, hermana de cría, no puedo pedirte que te marches conmigo, aunque anhelo hacerlo. Esta situación es mucho más complicada de lo que puedo explicar.

—Inténtalo, por lo menos.

Ketahn carraspeó sin gracia y sacudió la cabeza, aunque ella no podía saber lo que significaba aquel gesto.

—En verdad, no puedo. No me creerías aunque encontrara las palabras adecuadas.

Se inclinó, acercando su rostro al de él.

—Hermano de cría, debes decírmelo. Tu vida pende de un solo hilo.

—Y ese hilo se está deshilachando —dijo Ketahn. Teniendo en cuenta la posición de Ahnset como Colmillo y su relación con Korahla, ya estaba demasiado involucrada en sus asuntos como para mantenerla a salvo, y él no deseaba ponerla en un peligro aún mayor. No tenía intención de amenazar su estilo de vida.

Pero tampoco podía dejarla preguntándose por qué se había marchado o qué haría el resto de sus días, sin conocer nunca las respuestas porque se había esfumado en la Maraña.

Ella merecía saberlo. Y Ketahn no podía negar que deseaba sentir el orgullo de presentar a su compañera a su hermana de cría, aunque solo se vieran una vez.

—¿Puedes dejar Takarahl esta noche? —le preguntó.

Sus mandíbulas se crisparon y un estremecimiento la sacudió, haciendo tintinear sus adornos.

—No puedo dar la espalda a Takarahl, a mis deberes, a... mi compañera.

Ketahn chocó su pata con la de ella.

—No te pido que lo hagas, Ahnset. Solo quiero que vengas a mi guarida para que conozcas a mi compañera. Así podré explicarte todo lo que pueda antes de marcharme.

—Lo que me pides... ¿Supone traicionar a la reina?

—Para ella, sin duda. Pero para ti, solo en el sentido de que te ruego que nunca le hables de nada de esto.

Ahnset respiró hondo. Cuando habló, su voz había recuperado gran parte de su confianza habitual.

—La Primera Colmillo me dará permiso si se lo pido.

Un trino de satisfacción retumbó en el pecho de Ketahn.

—Bien. Entonces volveremos a vernos bajo la luz de las lunas, como simples hermanos.

Volvió a apretarle el hombro, acentuando aquel destello de dolor.

—No es demasiado tarde para que renuncies a todo esto, hermano de cría. Para... unirme a la reina y evitar todo lo demás.

—Ahnset —Ketahn cruzó el pecho para colocar su mano sobre la de ella, aflojando el agarre de ella sobre su hombro, pero sin romperlo—. Me conoces lo suficiente para entender que siempre ha sido demasiado tarde para eso.

—Si has encontrado una compañera... Sí, lo sé muy bien —Con un último y afectuoso apretón, Ahnset retiró la mano y dio un paso atrás—. Hace tiempo que me debato entre el deseo de verte a salvo y el deseo de verte feliz, Ketahn. Quizá fue una tontería por mi parte esperar que pudieras tener ambas cosas... pero la reina nunca lo permitirá.

—Es posible, hermana de cría. Pero no bajo su sombra.

Ahnset se irguió, cuadrando los hombros; con aquel cambio repentino de hermana a Colmillo ante sus ojos, por última vez.

—Debo volver a mis obligaciones. La Primera Colmillo y la Alta Oradora ya deben de pensar que soy una descuidada.

Ketahn esbozó un gesto de disculpa.

—Culpa mía, como siempre. Perdóname.

Ella carraspeó, con voz grave y un poco áspera.

—Muévete, para que pueda sellar la cámara. Hasta esta noche. Que la Guardiania te proteja.

—Y a ti, Ahnset.

Ketahn se apartó de ella, descendió del estrado y salió de la Tumba de las Reinas sin volver a mirarla. La reina Takari había dejado tras de sí un inmenso legado, pero había acabado con él un único desafío. ¿Qué importaba que los herederos de Takari hubieran sido sabios y justos si habían caído ante la fuerza desenfrenada y la crueldad de Zurvashi?

No miró atrás mientras avanzaba en dirección a la rampa en espiral que conducía a los niveles superiores de Takarahl. Los pesados pasos de Ahnset resonaban tras él, cada vez más débiles.

Había un futuro hacia el que mirar, un futuro que podía basarse en el pasado, pero que no necesitaba verse ensombrecido por él. Un futuro que podría compartir con su compañera, su Ivy, por lejos que tuvieran que viajar de Takarahl.

Pero primero tenía que volver con ella. Y no había olvidado ni dónde estaba ni con quién.

Ivy le había asegurado a Ketahn que le pertenecía. Él no dudaba de ella, pero, aun así, no podía evitar que le asaltaran algunos pensamientos. ¿Y si quería crías, es decir, *bebés*? ¿Y si quería ser madre? Solo podía tener crías si se apareaba con alguien de su especie. Él nunca podría satisfacer ese deseo.

Sus dedos se contrajeron, con los músculos tensos, y las garras de sus patas arañando el suelo.

La idea de que ella estuviera con otro macho, tocándose, besándose, y apareándose, encendió un fuego en su pecho que hizo que su cuerpo temblara de rabia. Apretó la mandíbula y soltó un resoplido. Aquello eran celos, voraces y agresivos, que fluían hasta su interior como el agua de la lluvia por las hebras de una telaraña.

¿Y qué conseguía con ello? ¿Hacia qué macho podría dirigir esa furia, quién sería su legítimo objetivo? Era inútil y agotador.

Era terriblemente persistente.

Ketahn aceleró el paso, ignorando las cámaras oscuras y silenciosas por las que pasaba, ignorando el empalagoso hedor a muerte que emanaba de la misma piedra, ignorando los pasos apagados de Ahnset. Lo único que veía en su mente era a Ivy.

Ella era todo lo que quería. Todo lo que necesitaba. Todo lo que ansiaba. Pronto forjarían el tipo de vida que querían compartir, y la Maraña podría acabar con cualquiera que se interpusiera en su camino.

Pero no pudo ignorar el sonido que penetró en sus pensamientos demasiado tarde: varios conjuntos de pasos pesados, golpeando y tintineando, que venían de delante.

Los recién llegados doblaron la siguiente curva antes de que Ketahn pudiera esconderse en una de las cámaras funerarias cercanas. La reina Zurvashi iba a la cabeza de la manada, inconfundible incluso a la luz parpadeante, acercándose a Ketahn con sus envolturas de seda púrpura ondeando a su alrededor y sus adornos relucientes. Dos Colmillos marchaban detrás de ella, y tres Garras tras ellas: la pareja a la que Korahla había ordenado alejarse de la Tumba de las Reinas y su compañero, que se había separado de los demás poco después de que Ketahn entrara en Takarahl.

Los instintos de Ketahn rugieron, descargando más fuego en sus venas. El pavor y la rabia se arremolinaban en su interior con la misma fuerza y ferocidad. Encontrarse con la reina era siempre una posibilidad cuando regresaba a Takarahl. Había sido un necio al esperar que su presencia descarada la mantuviera alejada, que intensificara su expectación y la convenciera de esperar hasta el día en que debía cumplir sus promesas.

Al parecer, debería haberse contado entre los que estaban más allá del aprendizaje.

Sin aminorar el paso, Ketahn se irguió, cuadró los hombros y alzó la barbilla. La mirada depredadora de Zurvashi estaba clavada en él, fría y calculadora, y su paso siguió siendo rápido. Ketahn respiró lenta y profundamente. Ya podía olerla; su fragancia se complementaba asquerosamente con el hedor subyacente de la muerte.

Cuando estuvieron cerca el uno del otro, Ketahn dijo:

—Mi reina, yo no...

Zurvashi se abalanzó sobre Ketahn y le rodeó el cuello con una mano. Su agarre hizo que el de Ahnset pareciera tierno y cuidadoso. Agarró su muñeca con las dos manos, aferrándose a ella con un pánico desbocado mientras ella lo levantaba y lo balanceaba hacia un lado.

La oscuridad se tragó a Ketahn cuando la reina avanzó a grandes zancadas, pero no fue por falta de aire: sentía demasiado dolor como para estar perdiendo el conocimiento. Más allá de la enorme e imponente forma de Zurvashi, vislumbró una luz verde azulada que danzaba en una entrada rodeada de sombras. Le había obligado a entrar en una cámara funeraria. Fuera, en el pasillo, los Garras castañeaban; los sonidos de su petulante diversión resonaban a lo largo del túnel, transformándose en el castañeteo sobrenatural de unos espíritus rencorosos.

Las patas de Ketahn patinaron en busca de apoyo, pero la reina no hizo más que elevarlo. Sus garras se clavaron en los lados de su cuello.

Su pecho ardía por la falta de aire y su cuello palpitaba de agonía. Sintió que la fuerza de sus músculos se desvanecía. La oscuridad invadió los límites de su mente, embotando sus pensamientos.

No permitiría a Zurvashi una victoria sin resistencia. Ketahn haría todo lo que estuviera en su mano para volver con Ivy, para estrecharla de nuevo entre sus brazos, para reclamar el futuro que

tanto anhelaba.

Ketahn cogió el cuchillo que llevaba atado a la parte superior de la pata trasera. Contra la reina, no serviría de mucho más que una aguja de hueso contra los monstruos imaginarios de su juventud, pero ella no le mataría sin derramar un poco de su propia sangre.

Sus dedos se cerraron en torno al mango del cuchillo.

Zurvashi gruñó y golpeó a Ketahn contra su espalda. La combinación de su peso y la fuerza de ella le hizo sentir como si hubiera caído cientos de segmentos sobre piedra sólida. El cuchillo se le escapó de las manos, atascado en su amarre.

El dolor era atroz, le calaba hasta los huesos.

Ella se le echó encima, cogiéndole los brazos con una mano y obligándole a ponerlos por encima de la cabeza; con las manos que le quedaban, le cogió los brazos y los extendió hacia los lados. El peso de ella solo hizo que su incómoda posición fuera más agonizante: la espalda y las extremidades inferiores de él estaban apoyadas en el suelo, lo que ejercía una presión insoportable sobre la columna vertebral.

Su pelvis presionaba contra la de él. Su piel irradiaba calor, concentrado en su abertura. Ketahn separó las mandíbulas y gruñó mientras sus grandes y gruesas patas se frotaban contra las suyas, esparciendo su embriagador aroma por su fino vello.

—Me has negado mis deseos durante demasiado tiempo —Su voz vibró a su alrededor, penetrando en él, de forma tan invasiva e insistente como su olor.

Zurvashi apretó su abertura contra la de él, forzándolo aún más contra el suelo. El frío de la piedra le mordió la piel. Cuando abrió la boca para hablar, ella le apretó el cuello y le obligó a levantar la barbilla.

—¿Es este mi poderoso conquistador? ¿Es este el macho que creí digno de mí, que se declaró digno a sí mismo? —preguntó ella, inclinando la cabeza hacia abajo.

El más ligero resplandor destacaba los bordes de sus adornos más externos, y en sus ojos brillaban puntitos de frío oro. Le rozó la mandíbula con un pulgar. Ketahn chasqueó las mandíbulas, pero ella estaba fuera de su alcance.

Sus patas seguían rozándole, y su olor y su calor seguían asaltándole.

Las entrañas de Ketahn se retorcieron en nudos, y su piel se sentía a punto de saltar de su cuerpo para huir más profundamente hacia las sombras. Pero, ¿había realmente algún lugar donde esconderse de ella?

La reina se levantó un poco solo para volver a golpear su pelvis contra la de él, provocándole un profundo dolor en los huesos. Mantuvo los cierres apretados; se negaba a que su abertura se abriera ni un hilo. Su olor, que aumentaba con cada latido, llenaba sus sentidos como una niebla empalagosa.

No traicionaría a su compañera. Ni por Zurvashi ni por nadie. Ni siquiera para salvar su propia vida.

—¿Por qué debería esperar? —gruñó la reina. Al girar la pelvis, su abertura se abrió contra la piel de Ketahn, dejando al descubierto la carne más suave y tersa de su interior—. ¿Quién eres tú para negarme lo que deseo? Tomo lo que quiero. No se me negará *nada*.

Inclinó aún más el torso sobre él, aumentando la presión sobre sus brazos y modificando el ángulo de sus giros. El nuevo ángulo amenazaba con abrirle la abertura.

—Soy la vencedora. Soy la reina, y tú eres mío hasta que me haya cansado de ti o te haya destrozado por completo —Zurvashi acercó aún más su rostro, apretando las mandíbulas contra el interior del suyo, lo que le impidió cerrarlas—. Ahora, Ketahn, mi reclamo...

Ketahn levantó bruscamente la cabeza, clavándola en el rostro de la reina. Con un gruñido

sobresaltado, ella retrocedió, pero el sonido dio paso a un chirrido. No había tiempo para contemplar el cambio; su oportunidad de actuar no sobreviviría a la más mínima vacilación.

Su posición alterada eliminó parte del peso que había estado inmovilizando la parte superior de sus brazos contra el suelo. Ketahn se los quitó de encima, juntó los dedos de ambas manos y los blandió como si fueran un garrote. Sus puños golpearon la parte interior de su codo, haciendo que su brazo se doblara y rompiendo el agarre de su garganta.

La reina chilló y volvió a clavar sus ojos en él. A pesar de la escasa luz, no podía pasar desapercibido el brillo lujurioso y excitado de su mirada.

Echó el torso hacia delante, dirigiendo la parte superior del codo izquierdo hacia la cara de él. Él inclinó bruscamente la cabeza hacia un lado. Su enorme brazo golpeó el suelo a menos de un dedo de su cara con un fuerte *golpe*. El cambio de postura colocó su pecho directamente sobre los ojos de Ketahn; aunque su codo había fallado, sus abalorios colgantes, cadenas y adornos de oro cayeron para golpear su rostro y taparle la vista.

Su sentido del olfato también estaba obstruido. El olor de Zurvashi golpeaba sus sentidos con más fuerza que nunca. Solo le mantenía alerta el dolor, centrado ahora en la parte inferior de los antebrazos, que seguían atrapados bajo las manos de ella y soportaban la mayor parte de su peso.

Se aferró a ese dolor, deseando que lo atravesara y lo anclara como las raíces de un árbol, con la esperanza de que fuera suficiente para sostenerlo a través de esta furiosa tormenta. No permitiría que su olor lo atravesara. No permitiría que le afectara.

Apoyando un par de patas en el suelo, rodeó con el resto la parte inferior de la reina, apretando sus patas traseras contra las de ella. Ella palpitaba de calor y emitía un zumbido inquietantemente hambriento.

Con un gruñido, Ketahn giró las caderas y se agitó. Cada músculo de su cuerpo se tensó y gritó. Afortunadamente, el forcejeo fue breve; el equilibrio de la reina se rompió. Cayó de lado con un gruñido y el repiqueteo de muchos trozos de metal contra la piedra, pero no le soltó los brazos, y dos de sus patas estaban ahora atascadas entre sus patas traseras y el suelo.

Aunque oía fuertes pasos y voces en algún lugar detrás de él, veía la escasa luz alterada por grandes sombras, no podía permitirse apartar su atención de la reina ni siquiera por el espacio de un latido. Era demasiado peligrosa.

Zurvashi tomó impulso y rodó, arrastrando a Ketahn con ella. Él abrió las patas que tenía libres y las apoyó en el suelo, empleando toda su fuerza para detener el giro mientras ella caía de espaldas e impedir que siguiera adelante y lo derribara de nuevo debajo de ella.

Sus manos se dirigieron hacia su cuello. Ketahn dobló el brazo izquierdo, atrapando con el antebrazo las poderosas manos de ella y apoyando su peso contra ellas. Su brazo se estremeció ante la terrible fuerza que ejercía ella. El pánico amenazaba con estallar en su interior; sabía que aquello no era más que una pizca de su fuerza. Ella ganaría este pulso de fuerza en el instante en que decidiera hacerlo.

Ketahn echó hacia atrás el brazo derecho y le arrancó el cuchillo de la pata. Rápido como un rayo, puso la hoja contra la garganta de Zurvashi.

Los ojos ámbar de la reina se encendieron y abrió las mandíbulas. Las innumerables trenzas de su cabello estaban esparcidas alrededor de su cabeza en rebeldes manojos, sus numerosos adornos estaban desordenados y un hilillo de sangre brillaba en la comisura de su boca, probablemente el resultado del golpe infligido por su cabeza.

Lentamente, abrió la boca y su larga lengua amarilla se deslizó para lamer la sangre.

La reina volvió a carraspear. Resonó en la cámara, convirtiéndose en algo imposiblemente más retorcido de lo habitual.

—Ah, mi querido Ketahn.

Gruñó y descargó su peso sobre el cuchillo, pero este todavía no se había clavado en la carne cuando unas manos poderosas le agarraron por los cuatro brazos y lo arrancaron de Zurvashi, que por fin lo soltó.

Aunque ahora podía ver a las Colmillos que habían acompañado a la reina a ambos lados de él, su visión teñida de carmesí seguía centrada en Zurvashi. Sus patas patinaban por el suelo, las garras raspando la piedra en su desesperación por volver a ella y terminar lo que había empezado.

Acabar con ella.

Uno de las Colmillos le tiró del brazo, haciendo que soltara el cuchillo. El arma cayó al suelo con un gran estrépito. Luego lo arrastraron hasta la parte trasera de la cámara, giró sobre sí mismo para mirar hacia la entrada y se estrelló contra la pared. Su espalda golpeó la fría y dura piedra. Sus patas traseras rasparon la roca tallada y chocaron con algo envuelto en gruesa seda; se había escurrido en uno de los agujeros funerarios.

Zurvashi ya estaba de pie. Se arregló su atuendo con indiferencia, recuperando poco a poco su porte de reina.

—¿Qué ocurre? —preguntó la Primera Colmillo Korahla desde el pasillo.

Se oyeron más pasos hacia la cámara, y más figuras irrumpiendo por la entrada. Pero la atención de Ketahn estaba fija en la reina, que era una forma imponente y sombría ante él.

—Así que tus alardes tienen algo de razón —dijo Zurvashi, acercándose a Ketahn.

«Ivy... *Lo siento*».

—Seis días, Ketahn —La reina arrastró lentamente una pata delantera por el lado de la suya, impregnándole más de su olor. Aquel hambre enfermizo seguía brillando en sus ojos, aunque ahora también había algo aterradoramente dulce en ellos, su voz se transformó en un ronroneo—. Después de esta exhibición, tengo esperanzas. La próxima vez, no me contendré... y espero que me impresiones con tu reclamo.

Se giró y se dirigió hacia la salida mientras Korahla y Ahnset entraban en la cámara, con la mirada oculta en las sombras. Zurvashi las empujó y agitó una mano en el aire.

—Liberad a mi pequeño cazador. Tiene mucho que hacer en los próximos días.

La reina se detuvo en la entrada y miró por encima del hombro mientras las Colmillos soltaban a Ketahn.

—Y dile a ese estúpido de Durax que me informe inmediatamente si te encuentras con él por ahí. Ha agotado mi paciencia.

Entonces Zurvashi desapareció, y las dos Colmillos se apresuraron a seguirla.

Las patas de Ketahn casi se doblaron cuando lo invadió la debilidad como si fuera el agua de un arroyo desbordado. El olor de la reina se aferró a él, dominando cualquier otro aroma. Su piel palpitaba con un calor nauseabundo y el dolor palpitaba en más lugares de los que podía contar.

Se frotaba las patas con sus cuatro manos, desesperado por eliminar aquel olor, aquel sabor, cuando Ahnset le agarró por el hombro.

Pero el olor de la reina no se desvanecía. Lo había enterrado en su propia piel.

—Tranquilo —dijo alguien; podría haber sido su hermana, pero también Korahla.

Ketahn luchó contra la mano que tenía sobre el hombro.

—Tengo que irme. Tengo que volver con...

Con Ivy. Solo ella podía arreglarlo. Solo ella podía hacerlo mejor. Solo ella podía hacerle olvidar la mancha que la reina había dejado en él.

Capítulo Trece

—¿Qué te parece? —preguntó Ella, levantando la cesta que estaba haciendo.

Ivy levantó la vista de su propia cesta para mirar la de Ella. Las briznas de hierba, anchas y verdes, estaban bien entretrejidas, por lo que Ivy ya se daba cuenta de que el resultado sería mucho mejor que cualquiera de sus primeros intentos.

—Tiene muy buena pinta.

Ella bajó la cesta a su regazo. Sus dedos temblorosos reanudaron su trabajo, trenzando otra hoja.

—Cuando era niña, solía hacer pulseras de la amistad durante el recreo en el colegio. No tenía mucho tiempo para hacerlas en casa porque siempre había muchas tareas que hacer en la granja cuando no estaba haciendo los deberes. Pero a todos mis compañeros les encantaban y siempre me preguntaban si podía hacerles alguna. Me encantaba hacerlas. Esto me recuerda a eso.

Ivy sonrió. Se le había ocurrido la idea de enseñar a los demás supervivientes a tejer cestas a primera hora de la mañana, antes de que Ketahn se marchara a visitar a su hermana, y él la había ayudado a recoger la hierba y atarla con una cuerda de seda de camino al foso. No solo había esperado mantenerse ocupada y dejar de pensar en todas las cosas horribles que podrían ocurrirle a Ketahn durante su regreso a Takarahl, sino que también había querido dar a los demás humanos una forma de pasar el tiempo más agradable.

«*Las manos ociosas son las herramientas del diablo*», como solía decir su madre.

«*No empieces, Ivy*».

La mayoría de los demás habían aceptado la tarea con entusiasmo, agradecidos por tener algo que hacer. Al oír los recuerdos de Ella, a Ivy se le encogió el corazón. Se alegraba de haber podido darle a la mujer un poco de alegría a pesar de las circunstancias.

Ivy pasó la mirada por Ella y su sonrisa se desvaneció. El estado de Ella no había mejorado. En todo caso, tenía peor aspecto que el día anterior. La palidez gris de la mujer y las ojeras eran más evidentes, y Diego estaba preocupado, aunque había tenido cuidado de no mostrarlo cerca de Ella. Al menos Ella había reunido hoy la energía suficiente para salir de su criocámara y moverse por la habitación, pero incluso eso le había costado mucho.

Por suerte, sentarse en el suelo a tejer cestas era algo que podía hacer sin fatigarse demasiado.

«*Tiempo, Ivy. Ella solo necesita tiempo para recuperarse*».

Pero tiempo era algo que no tenían.

Ivy miró hacia la puerta, como si fuera a abrirse en ese mismo momento y mostrar a Ketahn.

Por mucho que le gustara estar rodeada de otros humanos, lo echaba de menos y añoraba su presencia, la caricia cariñosa de sus manos, el suave roce de sus garras sobre su piel y a través de su pelo. Había vivido tanto tiempo sin contacto físico, sin contacto íntimo, pero Ketahn se lo daba en abundancia y eso a ella le encantaba. Había llegado a desearlo.

A él no le había gustado la idea de dejar a Ivy en aquel lugar lleno de muerte, entre gente en la que no confiaba, y se había sentido especialmente nervioso después de lo que había ocurrido ayer con Cole. Cuando Ketahn la había llevado allí esta mañana, sus ojos se habían clavado inmediatamente en Cole; sus mandíbulas se habían ensanchado, sus finos pelos se habían erizado y se había mantenido más alto, más ancho, volviéndose de algún modo aún más imponente de lo normal. Por suerte, Ivy era la única que estaba lo bastante cerca para oír su gruñido de disgusto.

Sus ojos vagaron, recorriendo las criocámaras alineadas a lo largo de las paredes. La mayoría ya estaban cubiertas; los demás habían utilizado mantas de los alijos de emergencia para hacerlo. Por desgracia, esa era la forma más respetuosa y práctica de tratar a los muertos.

Solo ayudaba un poco a fingir que no había doce cadáveres compartiendo aquel espacio con los supervivientes.

—¿Así que trabajabas en una granja, Ella? —preguntó Ahmya, devolviendo la atención de Ivy a la conversación.

—Sí, la granja de mi familia —respondió Ella—. Teníamos algunas vacas lecheras, unos cuantos cerdos, un montón de gallinas y doscientas hectáreas de cultivos.

Callie se rio entre dientes.

—No sabía que aún quedaran granjas familiares así. Creía que hoy en día todo estaba automatizado.

—Muchas granjas han desaparecido o han sido compradas a lo largo de los años, sí, pero mi familia tiene esas tierras desde hace mucho, mucho tiempo. Mis padres no querían renunciar a ellas, y había suficiente comercio local de productos frescos para mantenernos. Mi hermano heredará el terreno cuando ellos... —Ella bajó la mirada, pero no antes de que Ivy viera cómo se le llenaban los ojos de lágrimas—. Bueno, supongo que ya se habrá hecho cargo hace mucho tiempo, ¿no?

—Sé que es difícil aceptarlo —dijo Ivy con dulzura—, pero siempre nos quedarán los recuerdos de lo que dejamos atrás.

«Para bien o para mal, ¿no? Aunque prefiramos olvidar...»

—Yo tenía una pequeña colmena y criaba un par de cabras —dijo Lacey, ladeando la cabeza mientras trabajaba una brizna de hierba entre las otras hojas—. Tenía un pequeño negocio de venta de jabón casero de leche de cabra, bombas y sales de baño, y miel fresca. A veces recibía llamadas sobre colmenas en las casas de la gente o en otros lugares al azar, y yo conducía para extraerlas y traerlas de vuelta a casa.

—Vosotras crecisteis correteando por el campo y yo, en cambio, nací y crecí en Nueva York —dijo Callie con una sonrisa burlona.

—¿Qué hacías, Callie? —preguntó Ivy.

—Acababa de licenciarme en química cuando me propusieron unirme a la Iniciativa Mundo-Hogar.

—Vaya —dijo Ella—. ¿Ellos te contactaron?

—Sí. Creo que estaban reclutando expertos con cierto entusiasmo para este viaje, y me ofrecieron la oportunidad de *ampliar la profundidad y amplitud de los conocimientos humanos* uniéndome a la misión y trabajando con todos los compuestos alienígenas de Xolea. Realmente sabían cómo llegar al corazón de una joven empollona de ciencias, ¿no crees? —Levantó su

cesta mal hecha y la examinó con desgana—. No es que vaya a hacer mucho de eso ahora — Desvió la mirada hacia Ivy—. ¿Y tú?

Ivy se frotó el brazo y sintió una oleada de vergüenza. Las vidas de los demás parecían tan agradables comparadas con la suya.

—Cuando estaba en el instituto, mi plan era ser profesora. Pero... bueno, tomé algunas malas decisiones y acabé trabajando de cajera.

Ahmya dio un codazo en el brazo de Ivy y le dedicó una pequeña sonrisa alentadora.

—La vida no siempre sale según lo planeado.

Lacey soltó una risita y agitó una mano a su alrededor.

—En eso tienes razón.

—¿Y tú qué hacías, Ahmya? —preguntó Ivy.

—Era florista —dijo Ahmya, mirando la cesta que tenía en el regazo. La suya estaba casi a medio hacer y era, con diferencia, la mejor de todas—. Pensé en ir a la universidad a estudiar botánica, pero... se me dan fatal las matemáticas.

Ella se rio.

—A mí también.

Ahmya sonrió.

—Pero no pasa nada. Ahora puedo pasarme todos los días trabajando con flores preciosas.

Cole se dejó caer en el suelo junto a ellas y estiró las piernas, con las manos a la altura de las rodillas.

—Estáis aquí, jugando con la hierba y hablando de flores como si estuviéramos de vacaciones.

—¿Hacer una cesta es demasiado difícil para el Sr. Obrero de la Construcción? —preguntó Diego sin levantar la vista de su torpe intento de hacer una cesta. Había cerrado su criocámara y estaba sentado encima de ella, con las piernas colgando por un lado—. Menos mal que nunca te contraté para que me construyeras una terraza o algo así.

—Uff. Hacer cestas es una habilidad totalmente aparte —dijo Cole con una sonrisa burlona. Hoy estaba de mejor humor, al menos desde que Ketahn se había marchado.

Callie tiró su cesta, que había empezado a deshacerse, al suelo, delante de ella.

—¿Y qué tipo de *habilidades* tienes?

—Bueno, para empezar sé *construir* una terraza bastante bonita.

Ivy sonrió.

—Eso podría ser útil. Seguro que hay mucha madera por ahí.

Él le sonrió, mostrando sus dientes blancos y rectos.

—Se me da muy bien la madera.

—¿En serio, Cole? —Will negó con la cabeza. No había participado en la clase de tejer cestas, sino que había observado en silencio desde su posición sentado contra la pared. Tenía las yemas de los dedos un poco sensibles después de que él y algunos de los demás hubieran ido ayer a las cámaras cercanas a buscar provisiones extra: un panel eléctrico se había cortocircuitado mientras él accedía a él, y había sufrido algunas quemaduras leves—. Creía que ese tipo de instalaciones habían desaparecido hace como doscientos años.

—Y por una buena razón —dijo Callie.

—Venga ya —Cole levantó las manos fingiendo exasperación—. Solo intentaba divertirme un poco.

Diego apretó el dedo y el pulgar hasta que solo quedó un centímetro de espacio entre ellos. La palabra clave es «un poco», ¿verdad?

—Oh, eso duele —siseó Callie.

—Que tío duro. Aporto un conjunto de habilidades muy valiosas y prácticas a este... equipo, o como queramos llamarlo. ¿Quién crees que nos va a construir un refugio ahí fuera?

—El tío araña —dijo Lacey.

—Vrix —corrigió Ivy con una risita silenciosa.

Lacey arqueó una ceja.

—De todas formas, ¿en qué clase de casas viven?

—Bueno, la gente de Ketahn vive bajo tierra, pero él hizo su nido en lo alto de los árboles. Es más seguro estar alejado del suelo.

—¿En lo alto de los árboles? No nos dirás que vive en una telaraña o algo así, ¿verdad? —preguntó Cole.

—Más o menos. Su nido está construido con ramas, lianas y seda, y está suspendido por una telaraña gigante que está como entretejida en las ramas cercanas y anclada a los troncos de los árboles.

Los ojos de Ahmya se abrieron de par en par.

—Y tú... ¿También vives allí? ¿Con él?

El rubor inundó las mejillas de Ivy. Ya sabían que Ketahn era su compañero, y Cole había preguntado abiertamente exigiendo saber si se follaba a Ketahn, así que solo podía imaginar lo que pensarían de ella. Por un instante, el calor que ardía bajo su piel era la vieja vergüenza que había sentido bajo las miradas críticas de sus padres, pero se deshizo rápidamente de ese sentimiento.

—Sí, me costó mucho acostumbrarme —dijo Ivy, bajando la cesta a su regazo—. Sinceramente, aún no estoy acostumbrada a estar tan arriba, pero le confiaría mi vida a Ketahn.

—¿Qué plan hay para cuando salgamos de aquí? —preguntó Will.

Ivy negó con la cabeza.

—Aún no lo sé.

—De todas formas, ¿cuándo nos vamos? —Cole se puso en pie y caminó hacia la pila de suministros. Cogió uno de los paquetes de hidratación—. No quiero ser yo quien se queje, pero no creo que pueda aguantar una semana mirando estas paredes sin nada que hacer —Abrió el paquete de un mordisco, echó la cabeza hacia atrás y bebió.

—Pronto —dijo Ivy, deseando poder dar una respuesta mejor—. Ketahn va a necesitar ayuda para sacar de aquí a todo el mundo y todos estos suministros, pero también necesita ayuda para mantener a todo el mundo a salvo, enseñarnos y proporcionarnos alimentos frescos. Tiene que ser muy precavido para organizar todo eso.

—¿Así que va a haber más de ellos? ¿Más vrix? —preguntó Diego.

Cole le hizo un gesto con la palma de la mano a Ivy.

—Espera un momento. Una de esas cosas es lo bastante grande como para comernos a todos para desayunar en una sola sentada, ¿y ahora me dices que pronto habrá más? Tenemos todo lo que necesitamos aquí mismo. Podemos arreglárnoslas, ¿no? No hay razón para traer a más.

—No tenemos los conocimientos que necesitamos sobre este planeta. Sobre su flora y fauna, sobre el paisaje en el que nos encontramos —dijo Callie.

—No tenemos todas las herramientas que necesitaremos para sobrevivir ahí fuera. Ni siquiera podríamos salir de este cráter —añadió Ivy.

Cole señaló los suministros apilados ante él.

—Tenemos herramientas.

Will se pasó una mano por el pelo corto.

—En su mayoría, cuchillos de supervivencia y escáneres químicos. Un par de iniciadores de fuego y pistolas de bengalas. Lo que tenemos es un comienzo, pero no es exactamente un kit todo en uno para vivir cómodamente en la jungla, tío. Y no sabemos qué más hay ahí fuera.

Ivy se apretó el labio inferior entre los dientes. Nunca había sido una líder, nunca había tenido ningún don de gentes, y estaba rodeada de personas que, en su mayoría, estaban mucho más cualificadas para hablar de todo aquello que ella, que había sido cajera.

Pero no podía olvidar lo que era necesario. Aquellas personas tenían que estar listas para trasladarse lo antes posible, y tenían que hacerlo juntas, como un todo.

—Sé que es pedir mucho, pero te pido que confíes en Ketahn y en sus amigos —dijo Ivy—. Quieren ayudarnos. Y en esta situación, necesitamos toda la ayuda posible.

Will suspiró.

—Estoy de acuerdo. Solamente somos ocho y, si lo que ha dicho Ivy es cierto, no tardaremos en salir de aquí. Todo lo que íbamos a utilizar para establecer la colonia en Xolea ha desaparecido. Todo ese equipo, toda esa comida, las semillas para los cultivos, los medicamentos, los edificios prefabricados, todo ha desaparecido.

—¿Y quién mejor para enseñarnos a adaptarnos a este mundo que los nativos? —preguntó Lacey.

—¿Así que, sin más, vamos a volver a la Edad de Piedra? —Cole negó con la cabeza—. No, tiene que haber una forma de aprovechar toda esta tecnología que tenemos. Vamos, Will. Habrá algo que puedas hacer, ¿no?

Con una risita sin gracia, Will volvió las palmas de las manos hacia arriba.

—Dame unas semanas y quizá pueda eliminar la mitad de los errores del sistema informático. Puede que incluso consiga exprimir unos días más de energía de los reactores de reserva apagando los sistemas que consumen energía innecesariamente. Pero eso no nos sirve de nada si tenemos que salir de aquí.

—Que es lo que realmente necesitamos —Callie señaló hacia la puerta—. Todos vimos la línea de inundación en el pasillo. Y estas raciones solo servirán hasta cierto punto. O salimos de aquí y lo pasamos mal en la naturaleza, o nos quedamos atrapados aquí y morimos.

—Puede que... sea como esos programas de supervivencia —dijo Ella con una sonrisa—. Pero tendremos guías que podrán ayudarnos.

Lacey soltó una risita.

—Lástima que no tengamos a los productores fuera de cámara para que nos lleven de vuelta a la civilización si queremos abandonar.

—Es un trabajo duro y a veces peligroso, pero no todo es malo —Ivy dejó la cesta en el suelo y desplegó las piernas—. Y será más fácil si trabajamos todos juntos.

Cole cruzó los brazos sobre el pecho.

—Te refieres a trabajar con esas cosas arácnidas. ¿Tendremos que agachar la cabeza y dejarnos follar a cambio de su ayuda?

Ivy lo fulminó con la mirada.

—Estoy totalmente de acuerdo si eso te tranquiliza de una puta vez, tío —dijo Diego, lanzando una mirada fulminante a Cole—. Ni siquiera sé por qué hay que decirlo, pero lo que ella haga con su cuerpo —señaló a Ivy con la cabeza— no es asunto tuyo. No es asunto de nadie más que de ella.

Algo en el interior de Ivy se ablandó en favor de Diego, al tiempo que se consolidaba su respeto por él. No era frecuente que alguien la defendiera.

Cole separó los labios.

—Es repugnante.

En el pecho de Ivy se encendió un fuego furioso que le quemó la garganta, pero se lo tragó. No necesitaban esto. No les hacían falta las discusiones, las peleas, la enemistad.

Se puso en pie y se enfrentó a Cole.

—Como ha dicho Diego, lo que hago *no* es asunto tuyo, así que te agradecería que dejaras de hacer comentarios indeseados. Y no, Ketahn no te está pidiendo nada más que cumplas con tu parte. No tiene por qué hacerlo. No tiene ninguna obligación con ninguno de vosotros. Pero a pesar del riesgo que corre su propia vida, os ayuda porque es lo correcto.

Ivy se acercó a Cole y se detuvo justo delante de él.

—Eres más que bienvenido a hacer esto por tu cuenta si es lo que quieres. No vamos a obligarte a que nos sigas. Es tu elección.

Cole la miró fijamente, con los ojos brillantes, pero ella no sabía si ese brillo se debía a la vergüenza o a la ira. Apartó la mirada bruscamente.

—Me quedaré con el grupo —murmuró—. Los humanos deben permanecer unidos.

—Los vrix no son nuestros enemigos, Cole.

—No hay nada malo en estar alerta.

Ivy asintió.

—Lo entiendo —Extendió la mano y le tocó el brazo, queriendo demostrarle que no le guardaba rencor, que podía perdonarle—. Solo espero que llegues a verlos como personas y no como monstruos.

El sistema de presurización emitió un leve siseo y la puerta se abrió con un *silbido*. Al haber estado concentrados en la conversación, varios de los demás jadearon o se sobresaltaron. Los ojos de todos se dirigieron hacia la puerta abierta, que Ketahn ya estaba atravesando, con el pelo y la piel empapados de agua.

Tenía las mandíbulas abiertas, y estas se ensancharon aún más cuando sus ojos, que brillaban agudos y ardientes, y se fijaron en Ivy.

Cuya mano seguía en el brazo de Cole.

«Por el amor de Dios».

Por muy contenta que estuviera de verle...

«En el peor momento».

Retiró rápidamente la mano y se apartó de Cole. Se le dibujó una sonrisa en los labios, pero se le borró cuando Ketahn se acercó a ella, con el vello de las patas erizado y la postura rígida. Acaparó tanto su atención que solo fue vagamente consciente de que algunos de los demás retrocedían cuando él pasaba junto a ellos.

Ivy frunció el ceño.

—Ketahn, ¿estás...?

Ketahn se volvió hacia Cole y siseó, curvando los dedos para mostrar las garras. Cole escupió una maldición y retrocedió dando tumbos. Sus pies chocaron contra las provisiones cuidadosamente apiladas, tirando raciones y botiquines al suelo con un sonoro estruendo.

—¡Ketahn, para! —Le puso la mano en uno de los antebrazos, empujándolo hacia abajo—. Eso no ayuda.

Con un gruñido, Ketahn giró para mirarla. Antes de que pudiera mirarle, la rodeó con los brazos. La levantó de sus pies, y sus manos inferiores guiaron las piernas de ella alrededor de su cintura mientras sus cierres se enganchaban alrededor de sus caderas, encerrándola contra él.

Dio otra vuelta y la sacó de la habitación. Si alguien dijo algo, Ivy no lo oyó: Ketahn volvía a ser todo su mundo.

Su paso era rápido, casi violento, y su cuerpo vibraba con tensión y una energía inquieta, haciendo que el aire pareciera cargado, como si fuera una tormenta a punto de estallar. Su piel desprendía calor y su aroma picante la envolvía. La luz roja del pasillo era más apropiada que nunca en aquel momento.

Rojo sangre. Rojo furia. Rojo pasión. Rojo por el deseo desenfrenado que la consumía.

Ivy lo abrazó al salir de la *Somnium*. Caía una ligera lluvia, que se filtraba en gotas pesadas y erráticas a través de la enmarañada vegetación que crecía sobre la superficie. Ketahn cogió su lanza de donde la había apoyado contra el casco de la nave y avanzó a toda velocidad. Su paso se aceleró cuando ya estaban fuera, y sus largas patas devoraron la distancia mientras cruzaba el suelo húmedo y sembrado de escombros.

Frunció el ceño. Algo iba mal. Algo había pasado mientras él estaba en Takarahl.

Se aferró con más fuerza cuando llegaron a la pared del cráter, metió entre la espalda y la bolsa el eje de la lanza y empezaron a trepar. Sus extremidades trabajaban furiosamente, arrastrándolos cada vez más alto, más rápido de lo que ella nunca le había visto ir a pesar de que solo utilizaba dos brazos. Las gruesas hebras de seda que había anclado en las raíces salientes y en lo profundo de la tierra le ayudaban, pero la mayor parte de su velocidad parecía nacer de la desesperación. Trozos de tierra y guijarros se soltaron y cayeron al agua estancada que había debajo. Y a pesar de su velocidad, a pesar del frenesí que le había invadido, su cuerpo era tan sólido y estable como siempre.

Ivy permaneció en silencio. Ya hablarían cuando salieran del foso y resolverían lo que le molestaba. Ver cómo ella tocaba a Cole sin duda había aumentado su agitación, pero definitivamente había algo más. Mucho más.

La lluvia, que ya no quedaba atrapada por la vegetación enmarañada, caía libremente sobre ellos, resbalando por la piel de Ivy y mojándole el pelo. Ella le pasó las manos por la espalda mientras él trepaba, haciendo todo lo posible por aliviarlo, por reconfortarlo, pero la tensión de él solo se intensificó. Sus dedos se flexionaron sobre su trasero, pinchándola con sus garras. A pesar de todo, aquella sensación recorrió su piel y despertó en Ivy el deseo, acumulando calor en su interior. Apretó con más fuerza su sexo contra el abdomen de él.

Ketahn trepó por el borde, escaló una roca y bajó a un área del suelo de la jungla cubierta de musgo, plantas parecidas a los helechos y matas de hierba fina y suave. Allí se detuvo, con el pecho agitado y la respiración entrecortada.

Ivy levantó la cabeza y se echó hacia atrás para mirarle mientras él tiraba de la lanza y la arrojaba a un lado.

Sus ojos se clavaron en los de ella solo un instante antes de que la hiciera girar y la obligara a caer de bruces sobre el suelo musgoso. Ella jadeó, aturdida, y apoyó las manos en el suelo. La hierba le hizo cosquillas en las palmas.

Las ásperas palmas de Ketahn subieron por sus muslos y le levantaron la falda, dejando al descubierto su trasero ante la lluvia. Se estremeció ante la sensación. Los empalagosos olores de la tierra húmeda, la vegetación y la lluvia llenaron sus sentidos.

Ivy giró la cabeza, con la visión tapada por mechones de pelo mojado. Ketahn se inclinó sobre ella, apoyando los brazos a ambos lados de sus hombros y clavando las garras en el suelo. Su pelvis se apretó contra su culo, irradiando un calor enloquecedor, y ella sintió que su abertura se abría cuando sus cierres volvieron a serpentear alrededor de sus caderas.

Su respiración se aceleró y su sexo se contrajo en respuesta.

—Ketahn.

Él apoyó la frente en la nuca de ella e inhaló profundamente. Cuando exhaló, ella sintió su

cálido aliento en el cuello a través del pelo.

—*Kir telenas kess, kir'ani nyleea* —gruñó.

«*Te necesito, mi compañera*».

Capítulo Catorce

Ivy se estremeció ante la crudeza de su voz, ante la profundidad y sinceridad de aquellas simples palabras, ante la *certeza* de que la necesitaba tanto como necesitaba aire, comida y agua.

Y ella le necesitaba por igual.

En el instante en que la palabra *nyleea* salió de su boca, Ketahn se puso en movimiento. La agarró del brazo y le ató una hebra de seda alrededor, el comienzo de algo mucho más elaborado. Sus manos, rápidas y delicadas, incluso en su desesperación, manipularon el cuerpo de ella con destreza mientras le pasaba la hebra por debajo del pecho, acunando sus pechos, y alrededor de la espalda. Le agarró el otro brazo con la cuerda, y sus giros y nudos formaron un tosco pero eficaz arnés alrededor de la parte superior de su cuerpo.

Cuando tiró de la cuerda, los codos de Ivy se elevaron detrás de ella y su pecho se levantó del suelo. Apoyó las manos en el musgo; él no le dejó más espacio para moverse.

Sus manos rozaron su piel, entretejiendo las ataduras alrededor de su abdomen, muslos y pelvis, mientras su polla, cálida, resbaladiza y palpitante, salía de su abertura para acomodarse entre sus nalgas. Él gimió y le ató los tobillos con la seda.

Temblando de excitación, Ivy volvió a susurrar su nombre, y él pronunció el suyo, con una voz más bestial que nunca. Le levantó las piernas, inclinando el trasero hacia él, e Ivy gimió cuando un nudo le frotó el clítoris. Ketahn deslizó sus patas delanteras flexionadas por debajo de ella para apoyarse. Ella sintió cómo temblaba con cada roce de su piel contra su eje. Su corazón se aceleró, su pulso palpó a su alrededor y su respiración se entrecortó.

Manteniendo tensa la hebra de seda, Ketahn la agarró por la cintura con las manos inferiores y echó las caderas hacia atrás. A pesar de la humedad, el fresco aire y la lluvia le rozaban su sexo desnudo. Estar así atada, atrapada y vulnerable, la excitaba más de lo que jamás hubiera imaginado. El dolor de su interior se intensificó. Ivy se tensó hacia él, arqueando más el culo mientras se mordía el labio inferior.

Entonces sintió la punta del pene en su entrada.

De un solo empujón, Ketahn le metió la polla hasta el fondo.

Ivy gritó. Con el cuerpo rígido, cerró los ojos y hundió los dedos en el suelo húmedo y musgoso. Por muy excitada que estuviera, su lubricación no había bastado para aliviar su repentina penetración. El dolor fue sobrecogedor, impresionante e inmenso, pero no era nada comparado con el estiramiento y la plenitud provocados por su enorme tamaño. Y en esta posición, ella lo sentía *todo*.

Ketahn siseó. Sus dedos le apretaron las caderas, provocando un estremecedor cosquilleo donde sus garras le pinchaban la carne. Sus cierres se enroscaron en su trasero y se aferraron a

ella. Lentamente, apartó la pelvis. El deslizamiento de su miembro la estremeció de placer, y su sexo se aferró a él como si se resistiera a soltarlo.

Cuando parecía que iba a retirarse de ella por completo, volvió a impulsarse hacia delante, hundiéndose aún más y sacudiendo todo su cuerpo con la fuerza. Ivy jadeó.

No tuvo tiempo de recuperarse; él impuso un ritmo frenético, con una velocidad brutal, utilizando las manos para mantenerla cerca y las cuerdas para controlar el ángulo de entrada, penetrándola cada vez con más fuerza, cada vez más deprisa. Pronto, su respiración se vio interrumpida por un gruñido.

Ivy gimió mientras el placer se extendía en su interior, inundándola de calor. Ese calor se acumuló en su interior y goteó por sus muslos. La lluvia fría caía con más fuerza, derramándose sobre sus cuerpos conectados, pero Ivy apenas era consciente de ello. Estaba ardiendo por dentro, abrasada por el eje de Ketahn.

Intentó abrir más los muslos, trató de llevar la mano hacia atrás y tocarlo, pero no pudo. Lo único que podía hacer era tomar lo que él le daba, *todo*. Cada embestida sacudía su clítoris contra aquel nudo de seda, haciéndola gemir.

—Te necesito —roncó él—. Necesito ese olor. Tu olor —Una de sus manos se deslizó bajo ella, rozándole el vientre y los hilos de cuerda, y luego le pasó los dedos por el sexo y por el interior de los muslos, dejándola resbaladiza.

Aumentó la presión de sus dedos, masajeando su carne.

—Soy tuyo. Por ti. Para ninguna otra, jamás.

Algo en su voz atravesó la niebla de su placer. Ivy abrió los ojos y giró la cabeza. Pudo ver lo suficiente de él para observar cómo retiraba aquella mano y la frotaba a lo largo de su pata, restregando su esencia en sus finos vellos. Un estremecimiento lo sacudió; recorrió su cuerpo y llegó hasta ella, solo para aumentar las sensaciones y acercarla aún más a su punto álgido.

—Jamás ella —Las embestidas de Ketahn se volvieron más enérgicas, más exigentes—. Solo existes tú. Mi Ivy —gruñó.

El placer se agolpó en el interior de Ivy, haciéndose más intenso con cada latido de su corazón, enroscándose cada vez más alrededor de su núcleo, amenazando con desgarrarla.

Ketahn agarró un mechón de su pelo y tiró de él y de la hebra de seda con la que estaba atada para penetrarla más profundamente. Su polla penetró en ella en un nuevo ángulo, acariciando su clítoris, e Ivy se desmoronó. Su respiración se entrecortó. Con el cuerpo agarrotado, cerró los ojos mientras la invadía el éxtasis.

Pero Ketahn tenía el control y continuó penetrándola sin piedad. Cada embestida desencadenaba un estallido de luz estelar tras sus párpados y enviaba una nueva oleada de placer a través de ella, cada vez más fuerte que la anterior. Sus gritos se intensificaron; los gemidos y jadeos sin aliento se convirtieron en gritos primarios de placer abrumador e implacable.

A Ketahn se le escaparon unos sonidos ásperos y salvajes. Sus dedos se enroscaron con más fuerza, clavándole aquellas garras perversas en la piel y produciéndole pequeñas llamaradas de dolor, y él siguió moviendo aquellas caderas cada vez más deprisa, sin que sus respiraciones fueran más que rugidos y gruñidos salvajes mientras destrozaba su cuerpo.

Se corrió con un rugido. Sus cierres la aferraron contra él, sus músculos se cerraron en torno a ella, y su polla creció un instante antes de que su semilla estallara caliente y enérgica dentro de ella. Después llegó esa familiar sensación de revoloteo, que hizo vibrar y estimuló su cuello uterino y la llevó a otro clímax que casi la hizo llorar. Su núcleo se contrajo y su sexo apretó con fuerza la polla de Ketahn, sacándole todo lo que tenía y más.

Cuando por fin el placer empezó a menguar, el cuerpo de Ivy se aflojó en las ataduras de

seda. Ketahn aflojó la tensión de la cuerda y, aunque seguía atada, sus miembros pudieron relajarse. Recostó la cabeza sobre el musgo. Él la soltó del pelo y le pasó la palma de la mano por encima, apartándole los mechones húmedos y despeinados de la cara. Su polla palpitó y Ketahn volvió a estremecerse cuando la llenó de más semilla.

Se inclinó hacia delante, dejándose caer sobre ella con los brazos apoyados en el suelo a ambos lados. En otro tiempo, podría haber pensado que la enjaulaba, pero ahora lo veía de otro modo: la estaba protegiendo. Sus pechos se agitaban con respiraciones entrecortadas mientras yacían así bajo la lluvia. Los latidos de sus corazones, aunque se ralentizaban gradualmente, servían de contrapunto constante y fiable al ritmo más errático de la lluvia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ivy en voz baja, rompiendo el silencio.

Ketahn se tensó, y las garras de una mano se hundieron en el musgo.

—La reina intentó hacerme suyo.

Las náuseas se agolparon en el vientre de Ivy, haciéndola más consciente y agriando el placer que aún la estremecía.

«Te necesito. Necesito ese olor. Tu olor.

Soy tuyo. Para ti. Para ninguna otra, jamás.

Jamás ella. Solo existes tú. Mi Ivy».

Dios mío. ¿Qué le había hecho la reina? Ivy había olvidado que, por muy grande que fuera Ketahn, las hembras vrix eran aún más grandes y fuertes. Sabía lo que se sentía al ser tan vulnerable, sabía lo que se sentía al ser impotente, y odiaba que Ketahn, tan fuerte y viril, hubiera tenido que experimentarlo.

Tragó con fuerza mientras las lágrimas le escocían los ojos.

—¿Ella...?

—Fracasó —Su voz era grave y cruda—. Pero dejó su olor en mí, y no se borraba.

Ivy cerró los ojos y volvió la cara hacia el suelo, aliviada de que no hubiera sido peor, pero las lágrimas le cayeron de todos modos, mezclándose con el agua de la lluvia en sus mejillas. Las palabras que pronunció a continuación le oprimieron el pecho.

—¿Esto... está mal? ¿Lo que estamos haciendo? ¿Tú y yo?

Él se estremeció, y su peso la presionó más durante un instante, antes de recuperarse y gruñir:

—No, Ivy. No está mal, nunca. Tú eres lo único que está bien.

Un sollozo la sacudió y se aferró al musgo que tenía bajo las palmas de las manos.

—Si no me hubieras encontrado, nada de esto estaría ocurriendo.

—Ivy...

—No quiero que te hagan daño, Ketahn. Yo soy el motivo por el que sufres ahora —Apretó la frente contra el suelo—. Todo esto es por mi culpa.

Ketahn se levantó con un gruñido, sacó las patas delanteras de debajo de Ivy y levantó el cuerpo de ella. Retiró con brusquedad su miembro, cuyo eje seguía latiendo suavemente incluso cuando se deslizó fuera de ella, dejándola desolada mientras su semilla se derramaba de su sexo y corría por el interior de sus muslos.

La cuerda de seda que la ataba se tensó cuando él volvió a agarrarla, pero solo duró un instante antes de que sus garras la cortaran por varios sitios. Volvió a percibir la energía frenética de sus movimientos cuando arrancó las cuerdas y liberó sus miembros. Entonces la agarró, la levantó del suelo y la estrechó entre sus brazos, apretándola contra su pecho.

Ivy le rodeó el cuello con un brazo y enterró la cara contra él.

—Lo siento. Siento todo esto.

—Ella no es cruel por tu culpa —murmuró Ketahn mientras le acariciaba el pelo—. Tan solo

sabe sembrar sufrimiento —Soltó a Ivy con una mano, le cogió la barbilla y le volvió la cara, obligándola a mirarle a los ojos. El pelo le colgaba por los hombros, chorreando agua—. Eso no es culpa tuya, mi *nyleea*. Tú no me llevaste a la crueldad de la reina. Su crueldad me llevó a ti.

Ivy parpadeó con lágrimas y lluvia en los ojos mientras le temblaba el labio inferior.

—Si no fuera por mí, no estarías atrapado aquí. No habrías tenido que volver allí... con ella.

—Ella y sus Garras me darían caza igualmente. No pensaba dejarme marchar fácilmente, Ivy —Se encorvó para inclinar la cabeza contra la frente de ella—. Aunque hubiera sabido lo que vendría, no cambiaría nada. Elegiría despertarte. Elegiría tomarte como mía. Que seas pequeña, blanda y humana no importa. Que yo sea grande, duro y *vrix* tampoco importa —Ketahn le rozó la mejilla con sus ásperos nudillos—. Nuestros hilos del corazón, nuestros espíritus, son lo único que importa, y están unidos. El destino me trajo hasta ti, mi hilo del corazón, y aunque intentara alejarme, lo desafiaría. *Nada* se interpondrá entre nosotros. Mientras el sol, las lunas y las estrellas recorran el cielo, serás mía, Ivy.

Capítulo Quince

Ivy se agarró a Ketahn mientras cabalgaba sobre sus patas traseras, con el pecho pegado a su espalda, las piernas enroscadas en torno a su cuerpo y las manos apretadas contra su pecho. Intentó ignorar cómo se le revolvía el estómago a cada salto, balanceo y caída mientras él trepaba por los árboles con la lanza en una mano. Aunque la lluvia había persistido, las ramas y las hojas de los árboles ofrecían cierto cobijo. Solo se filtraban algunas gotas irregulares que golpeaban a Ketahn y a Ivy, excepto cuando cruzaba por debajo de los escasos claros, aunque no importaba, ya que se habían empapado mucho antes de iniciar el viaje. Su vestido de seda se le pegaba como una segunda piel.

Aunque no le gustaba nada las tormentas, a Ivy la lluvia de la jungla le resultaba relajante. Todo lo demás se callaba cuando llovía, dejando solo el sonido constante y suave del agua cayendo sobre las hojas y goteando por las redes de lianas y ramas.

El cielo se había oscurecido desde que ella y Ketahn habían abandonado la *Somnium*, y no solo por la lluvia. Se acercaba la noche. Aquello era un poco confuso. Hoy, cuando Ivy había entrado en la nave, el sol de la mañana era radiante y no parecía que hubiera pasado todo el día dentro, tal vez porque la compañía había contribuido a que el tiempo transcurriera sin sobresaltos.

Pero con la lluvia y la llegada de la noche llegó el frío. Besaba su piel desnuda y se pegaba a su ropa mojada y a su pelo, poniéndole la piel de gallina. Temblaba. Lo único que deseaba en aquel momento era estar en casa, seca y caliente, arropada contra Ketahn en su lecho de suave seda.

«*Tampoco diría que no a un baño caliente y humeante...*»

Estaba mental y físicamente agotada. Tenía los ojos hinchados y cansados después de llorar, y por mucho que hubiera disfrutado apareándose con Ketahn, la había dejado sin fuerzas y dolorida, aunque con un dolor bueno. Su sexo aún latía como recuerdo de lo que habían compartido. Fuerte o suave, Ivy amaba y deseaba todo lo que Ketahn le daba. No importaba que fuera un vrix. Su cuerpo reconocía su tacto como el único que deseaba.

Ivy subió las manos por el pecho de Ketahn y lo abrazó con más fuerza.

—¿Llegaremos pronto a casa?

Ketahn se dejó caer sobre una gruesa rama y le cubrió la mano con una de las suyas.

—Sí, mi *nyleea*.

Por muy familiarizada que hubiera estado con la jungla que la rodeaba, todo cambiaba en la oscuridad. Las sombras cada vez más densas hacían que cualquier punto de referencia que hubiera podido utilizar para guiarse pareciera retorcido y extraño.

Bueno, en cualquier caso, más alienígena.

Siguió avanzando por las enormes ramas con una vacilación sutil pero perceptible. Ivy podía adivinar de dónde procedía: en parte, de la precaución, ya que la lluvia había vuelto resbaladizas todas las superficies, en parte, de la rigidez persistente de su nerviosismo, y en parte, de algún dolor propio.

Estaba claro que la amabilidad no formaba parte del vocabulario de la reina. A Ivy le llenaba de rabia ver a su grande y poderoso compañero maltrecho y dolorido, y esa rabia solo alimentaba su pena gracias a su impotencia. Lo único que podía hacer para protegerlo de más abusos era conseguir que los demás supervivientes se pusieran en marcha lo antes posible... y eso no era ni de lejos suficiente.

Por ahora, solo se aferraba a él, decidida a no soltarlo nunca.

Ketahn se subió a otra rama, dio un paso adelante y se detuvo. Ivy miró hacia arriba. La telaraña estaba en lo alto, cubierta de incontables gotas de agua que ella solo podía distinguir porque reflejaban puntos de tenue luz gris de los últimos jirones de luz diurna que apenas se veían en el cielo.

—Modelador, deshazme —roncó Ketahn, con una postura cada vez más rígida.

Ivy bajó los ojos y lo encontró mirando hacia delante, a lo largo de la rama.

Apoyando las manos en sus hombros, Ivy se levantó ligeramente para mirar más allá de él.

Una enorme figura se alzaba a no más de quince metros delante de ellos, justo debajo del nido colgante. Aquella distancia no sirvió para amortiguar la conmoción que supuso ver de frente a una hembra vrix: era enorme. Las piezas de oro que llevaba la hembra tenían un brillo opaco a la luz mortecina, lo que le daba un aspecto fantasmal.

Con las uñas clavándose involuntariamente en la carne de Ketahn, Ivy retrocedió, haciéndose lo más pequeña posible detrás de él.

—¿He llegado pronto, o eres tú el que llega tarde? —preguntó la hembra.

Ivy reconoció su voz. Era Ahnset, la hermana de Ketahn. Ivy se relajó un poco y soltó a Ketahn.

—Ambos, tal vez —respondió Ketahn. En su tono había un tono inquieto, agudo pero afilado como una cuchilla—. Mientras estemos todos aquí, no importa.

—No me dijiste que le habías pedido a tu hermana que viniera —susurró Ivy.

Ketahn miró a Ivy por encima del hombro. Sus ojos violetas brillaron suavemente.

—Lo siento, Ivy. Mi mente estaba... ocupada con muchas cosas.

Ella resopló, con una sonrisa en los labios.

—¿Así que dejaste que tu polla se hiciera cargo de tus pensamientos durante un rato?

Carraspeó con suavidad, pero con pena.

—Quería decírtelo.

La sonrisa de Ivy se desvaneció y alargó la mano para acariciarle la mandíbula.

—No pasa nada. Lo entiendo.

La rama retumbó con el movimiento. Otro vistazo alrededor de Ketahn reveló que Ahnset se acercaba, con la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos fijos en Ketahn. Su peso hacía temblar la madera.

—¿Con quién hablas, Ketahn? —preguntó Ahnset—. ¿Y qué... llevas en la espalda?

—A alguien —respondió, encarándose a su hermana—. Alguien a quien me gustaría que conocieras.

La cuerda de seda que sujetaba a Ivy a Ketahn se tensó un instante antes de aflojarse y caer.

Ivy se mordió el labio inferior y respiró hondo, tratando de alejar el nerviosismo. Ya había

conocido a tres amigos de Ketahn, los vrix en los que él confiaba. Esta era su hermana. Ivy había visto a Ahnset dos veces desde la guarida, había presenciado sus encuentros, les había oído hablarse con afecto.

Pasando una pierna por encima de Ketahn, Ivy se deslizó sobre sus patas traseras y aterrizó suavemente en la rama. Se estremeció al sentir la cálida semilla de Ketahn resbalando por el interior de sus muslos.

«Perfecto. Conocer a mi cuñada con semen corriendo por mis piernas».

Ivy se volvió hacia Ahnset y una vez más quedó impresionada por su enorme tamaño. La vrix debía de medir al menos tres metros, y la lanza que empuñaba en una de sus enormes manos parecía casi igual de larga.

Ketahn se pasó la lanza a la mano izquierda y extendió los brazos derechos, poniéndolos delante de Ivy, quizá para protegerla, o quizá para ofrecerle apoyo. Probablemente ambas cosas.

En cuanto a Ahnset, se había echado ligeramente hacia atrás, con los ojos desorbitados, como en estado de shock. Sus mandíbulas se cerraron, se crisparon y volvieron a abrirse antes de quedar inmóviles.

—¿Qué clase de criatura es esta, Ketahn?

—Es una humana —dijo, bajando los brazos con una reticencia nada disimulada—. Se llama Ivy.

—¿Le has puesto nombre? —Ahnset se acercó más, dejando solo unos metros entre ellos, demasiado cerca para un ser que podía cerrar la mano alrededor de toda la cabeza de Ivy—. ¿Es una especie de mascota?

—No soy una mascota —dijo Ivy cuidadosamente en vrix con una pequeña sonrisa. Se había acostumbrado a inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarse con la mirada de Ketahn durante los dos últimos meses, pero mirar a Ahnset era algo totalmente nuevo.

A pesar de su tamaño y evidente fuerza, Ahnset se echó hacia atrás con un destello de miedo en los ojos. Adelantó la lanza casi más rápido de lo que Ivy pudo percibir, empuñándola a la defensiva con las dos manos. Ketahn se movió aún más rápido, barriendo a Ivy hacia atrás con sus brazos derechos y colocando su cuerpo entre ella y su hermana. Levantó el eje de su lanza, pero mantuvo la cabeza apuntando hacia abajo.

—Retrocede, Ahnset —gruñó.

El corazón de Ivy latía con fuerza contra sus costillas mientras se aferraba al brazo de Ketahn con un agarre mortal. Él era lo único que la mantenía en pie.

«Vale, entonces la corrida es el menor de mis problemas».

—Tan solo hay dos cosas que puedan hablar, Ketahn —dijo Ahnset, con voz grave y profunda—. Los vrix y los espíritus. Esta criatura no es vrix.

—Tampoco es un espíritu —contestó—. Los humanos también hablan. Ivy es una humana.

—Ketahn, esta...

—Baja tu lanza. No permitiré ninguna amenaza contra Ivy, ni siquiera por tu parte.

Ahnset le miró fijamente. Permaneció inmóvil, salvo por el temblor de sus mandíbulas. Finalmente, aflojó el agarre y bajó la lanza.

—Nunca antes me habías amenazado con un arma, hermano de cría.

Ketahn no bajó la lanza, que seguía inclinada hacia abajo, y su postura no se relajó.

—Y tampoco lo hago ahora, hermana de cría. No hay ninguna amenaza por mi parte. Pero la defenderé con mi vida de cualquiera que quiera hacerle daño.

Ivy le empujó suavemente el brazo hacia abajo.

—No pasa nada, Ketahn. Esto es nuevo para ella; yo soy nueva para ella —Ivy volvió a mirar

a Ahnset—. No creo que me haga daño.

Miró a Ivy por encima del hombro, soltó un largo y pesado suspiro y, finalmente, bajó la lanza, dejando que la punta descendiera hasta apoyarse en la rama.

—¿Cómo eso puede hablar nuestra lengua? —preguntó Ahnset.

—Ella —corrigió Ketahn—. Ella está aprendiendo de mí. Enseñando, hablando, trabajando juntos. Viviendo juntos.

Con las mandíbulas caídas, Ahnset se acercó, se agachó y bajó la cabeza para poder mirar directamente a Ivy.

—¿Por qué nunca habíamos visto criaturas así? ¿Dónde la encontraste?

Había luz suficiente para que Ivy viera que los ojos de Ahnset eran del mismo color púrpura que los de Ketahn, y que contenían un destello de la misma curiosidad que él había mostrado a menudo. El corazón de Ivy seguía latiendo con fuerza, pero se ralentizó un poco.

—Porque somos de otro mundo. Un mundo que está en las estrellas.

—¿Las estrellas? —Ahnset echó la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba, con las mandíbulas contraídas, antes de volver a mirar a Ivy—. ¿Cómo es posible?

—Vinieron del cielo en una nave —dijo Ketahn, esta última palabra en español—. Cayó en el foso, el que la leyenda dice que alberga una bestia de fuego derrotada por los Ocho.

—No cayó en el foso —dijo Ivy con suavidad, hablando despacio para que los vrix lo entendieran con suficiente claridad—. Se estrelló e hizo el foso.

—Un... soso —dijo Ahnset con el mismo cuidado, sin sorprenderle que no pronunciara la “f” correctamente.

—Un soso es otra cosa muy distinta, hermana de cría —dijo Ketahn con un chirrido.

Ivy le dio un codazo y dijo:

—Recuerdo que cierto hombre araña tuvo problemas con “f” más de una vez.

—Y eso fue por culpa de una pequeña humana —replicó en un español muy marcado, con un tono de humor en la voz.

Ivy puso los ojos en blanco.

—No fue culpa mía.

—¿Qué es lo que habéis hecho con los ojos? —preguntó Ahnset—. ¿Y qué habéis dicho?

Ketahn volvió a mirar a Ivy. Al parecer, las pequeñas bromas le habían relajado, pues finalmente se movió para que su cuerpo no quedara plantado entre Ivy y Ahnset como un muro de protección. Volvió a cambiar a su lengua materna con suavidad.

—Ella solo los ha movido. Los ojos humanos son... diferentes, pero su mirada se vuelve menos inquietante con el tiempo. En cuanto a lo que ha dicho...

—Dije que a él también le costaba pronunciar palabras humanas —dijo Ivy.

—Así que esta... na... nav... —Ahnset ladeó la cabeza.

—Nave —dijo Ivy.

—Eso. Cayó del cielo —Ahnset volvió a mirar hacia arriba, como si ahora mismo pudiera ver una nave espacial en llamas cayendo en picado desde los cielos—, e hizo el foso. No... no lo entiendo. ¿El... el soso es la bestia, o estaba allí cuando la bestia fue derrotada? —Levantó una mano y se retorció una de sus trenzas; recordaba al gesto que hacía Ketahn cuando estaba sumido en sus pensamientos o especialmente preocupado—. Pero los Ocho crearon el foso y las plantas que atrapan a la bestia...

—Creo que la nave era la bestia. Los vrix que vivieron antes que vosotros debieron de verla caer y no entendieron lo que era en realidad. Pero no es un ser vivo.

—Eso fue hace mucho tiempo. Entonces, ¿por qué apareces ahora?

—Estaba durmiendo —Ivy se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja, frunciendo las cejas. Le resultaba mucho más fácil comunicarse con Ketahn porque podía utilizar el español para sustituir las palabras vrix que no conocía o no podía pronunciar correctamente—. Estaba en algo parecido a... un... capullo —Juntó las manos, una sobre otra, y levantó la parte superior como si fuera la tapa de una criocámara—. Ketahn me encontró dentro y me despertó.

Ahnset volvió la mirada hacia Ivy y un silbido preocupado sonó en su pecho.

—Yo... no sé qué decir. Qué pensar. Esto es...

—Una locura —dijo Ketahn en voz baja—. Parece una locura.

—Sí —Ahnset golpeó con una pata la rama, enviando una profunda vibración a través de la madera bajo los pies de Ivy—. Y va en contra de mucho de lo que sabemos, Ketahn. Si los Ocho no crearon de verdad ese foso para atrapar a una bestia terrible, ¿qué más habrá mal? ¿Qué más es... falso?

—He pasado mucho tiempo pensando en eso, hermana de cría. Lo único que puedo decir es lo siguiente: no hay ninguna bestia en ese foso, y no he visto ninguna señal de que alguna vez la hubiera, aparte de las criaturas que han caído dentro y han muerto.

Ahnset se quedó mirando a Ivy.

—Ella es... tan diferente. Pequeña. Blanda. Los machos *huu-nanos* deben ser lo bastante pequeños como para cogerlos con la mano —Para demostrarlo, levantó una de sus manos, con la palma hacia arriba.

Ivy creía que podría sentarse en la mano de Ahnset y que no tendría problemas para soportar su peso.

—Nuestros machos suelen ser más grandes que nuestras hembras —dijo Ivy.

Ahnset se acercó y extendió la mano hacia Ivy. Las garras que tenía eran tan afiladas como las de Ketahn, pero mucho más grandes. Letales. Una de las manos de Ketahn salió disparada, agarrando el brazo de Ahnset por la muñeca y deteniéndolo.

La enorme hembra miró a su hermano interrogante, con las mandíbulas crispadas y levantadas.

—No le haré daño, hermano.

—Confío en que no lo harás —vaciló, sosteniendo la mirada de su hermana, antes de soltarla.

Con sumo cuidado, Ahnset tocó con las yemas de los dedos el brazo desnudo de Ivy. Ella se estremeció, pero apretó con más fuerza.

—Es muy suave. Es como tocar carne fresca.

Ivy arrugó la nariz ante aquella comparación.

—Todos estamos hechos de carne, Ahnset —exclamó Ketahn, con los ojos fijos en la mano de su hermana.

—No tiene piel, ni armadura, ni pelaje —Ahnset cogió una de las manos de Ivy e inspeccionó sus dedos—. No tiene garras. ¿Cómo sobrevive?

Una de las patas de Ketahn se deslizó por detrás de Ivy y rozó la parte posterior de sus pantorrillas, provocándole un estremecimiento.

—Los de su especie son mucho más fuertes de lo que parecen, y son inteligentes. Han construido cosas inimaginables para los vrix.

—Es que parece tan... *débil*. Y su olor... —Ahnset acercó la cara e inhaló profundamente. De repente, todo su cuerpo se puso rígido y apretó fuertemente con su mano a Ivy, hasta el punto de hacerle daño.

Ivy se estremeció, siseando entre dientes mientras intentaba retirar la mano.

De nuevo, Ketahn agarró la muñeca de su hermana, esta vez moviendo su cuerpo frente a

ella.

—Suéltala, Ahnset —gruñó—. Le estás haciendo daño.

Ahnset la soltó, mientras Ivy se llevaba la mano al pecho, frotándosela con suavidad. Los otros vrix no habían hecho ningún daño real, pero Ivy sabía que Ahnset no habría necesitado mucho más para aplastarle la mano por completo.

—¿Por qué huele como tú, Ketahn? —preguntó Ahnset, mirando a su hermano—. ¿Por qué huele a... *semilla*?

Ketahn se irguió, cuadrando los hombros, y dio a Ivy un pequeño golpe con la pata trasera para acercarla y poder rodearle la cintura y los hombros con los brazos. Levantó la barbilla.

—Es mi compañera.

Ahnset se apartó, retrocediendo unos pasos y sacudiendo la rama en el proceso. Una de sus gruesas patas resbaló por el borde de la rama y estuvo a punto de perder el equilibrio; Ivy solo pudo suponer que fue la inimaginable fuerza física de Ahnset lo que impidió que se cayera.

—¿Te... has apareado... con *eso*? —La voz de Ahnset era cruda y débil, y por un momento pareció que no podía proceder de aquel poderoso cuerpo.

—¿No he sido claro al hablar? —La voz de Ketahn, por el contrario, era fuerte e inquebrantable, sólida como la piedra.

—¡Es una bestia, Ketahn! Ella no es vrix. Esto... ¡Es despreciable!

Ivy apretó los puños, cerrando brevemente los ojos contra la punzada de dolor que aquellas palabras provocaron en su corazón.

Ketahn apretó con más fuerza a Ivy y algo peligroso retumbó en su pecho

—Ivy no es más bestia que tú o que yo, hermana de cría. Su especie es como la nuestra. Tan solo buscan sobrevivir y encontrar su lugar en la Maraña.

—¿Hay más de ellos? —Ahnset inclinó la barbilla hacia Ivy—. ¿Más de esas cosas pálidas y débiles que afirmas que tienen *vra*kas como los Ocho?

—Hay más, sí, pero no tienen *vra*kas. Tienen... herramientas. Ahora no tienen nada, y yo les estoy ayudando.

—Ayudar a estas criaturas es una cosa, pero te has *apareado* con una, hermano. Tu olor se adhiere a ella.

Ivy apretó los muslos, que estaban resbaladizos y pegajosos por la semilla de Ketahn. Era un recordatorio de lo que habían hecho justo antes de este encuentro. Una vez más, apartó la vergüenza que persistía en los bordes de su conciencia.

Los dedos de Ketahn se tensaron sobre Ivy.

—Como el aroma de Korahla se aferra a ti, hermana.

—No es lo mismo.

—¿Porque ella es vrix, pero Ivy no? —Giró la cabeza para mirar a Ivy, atrapando sus ojos con los suyos—. Mi compañera tiene espíritu, el más fuerte que he conocido. Aprende y habla, supera los problemas, es graciosa con su sentido del humor y ve maravillas en esta jungla a las que yo casi había dejado de prestar atención. Más que todo eso, su corazón rebosa compasión.

En aquel momento, el corazón de Ivy se aceleró; sus palabras le robaron el aliento y le hicieron llorar. Amor. Tenía que ser amor. Si no, ¿cómo podía ser tan poderoso? ¿Tan doloroso? ¿Tan... maravilloso?

Los ojos de Ketahn se suavizaron. Apartó un mechón de pelo de la cara de Ivy y le acarició la mejilla con sus ásperos dedos antes de volver a mirar a su hermana.

—Eso me recuerda a otra hembra que conozco. Y por mucho que anhele verlo como una debilidad, es una fortaleza que no puedo negar... y por la que no puedo evitar sentirme atraído.

Su cuerpo es diferente, pero igualmente está entrelazada con mi hilo del corazón. Es mi compañera, Ahnset. Para siempre.

Ahnset guardó silencio mientras miraba entre los dos. Abrió la boca, la cerró y resopló. Con un largo y cansado suspiro, se pasó una mano por encima de la cabeza y por el pelo trenzado, limpiando el agua de las cuentas y el oro entrelazados en las hebras.

—Siempre eres tan complicado, hermano de cría. Te empeñas en tejer telarañas enteras cuando bastaría con una sola hebra.

—Solo me quedan hebras —respondió—. Me estoy esforzando por hacer una telaraña con ellas.

La hembra vrix se encontró con la mirada de Ivy.

—La reina debería saber de estos... *huu-nanos*.

—No —gruñó Ketahn.

—No podemos mantenerlos en secreto, Ketahn. No conocemos a estas criaturas, ni sabemos qué amenaza pueden suponer para Takarahl.

Ketahn soltó a Ivy y avanzó hasta situarse justo delante de su hermana, estirando las patas para ponerse a su altura. Aunque era físicamente más pequeño, resultaba intimidante, incluso en comparación, simplemente por la fuerza de su presencia.

—Ella no debe saberlo *nunca* —dijo en voz baja y oscura—. Sobre todo, lo de Ivy.

—No solo debemos pensar en la reina. ¿Qué hay de todos los demás que habitan en Takarahl? Zurvashi no es más que uno en toda una ciudad, Ketahn —Había una nota casi suplicante en las palabras de Ahnset.

—No somos una amenaza, Ahnset —dijo Ivy con suavidad—. No tenemos las armas, ni la habilidad, ni... ni el deseo de hacer daño a los vrix. Solo quedamos ocho en este mundo.

—¿Ocho? —preguntó Ashnet en voz baja.

—Por casualidad o por el destino, sí. Hay ocho humanos —dijo Ketahn—. Y pretendo que siga habiendo ocho humanos mientras yo respire.

—Ocho, Ketahn —murmuró Ahnset, con los ojos aún clavados en Ivy—. ¿Es una señal?

—No importa si es una señal, hermana de cría. Ivy es mi hilo del corazón y te confío este secreto —Extendió una pata delantera y la rozó con la de su hermana—. No me traiciones.

Ahnset se estremeció, pero no retrocedió ante su contacto. Exhaló y se acercó más, abriendo bien las mandíbulas mientras apretaba la cabeza contra la de Ketahn.

—Estoy obligada a servir a nuestra reina. Pero no podría traicionarte, hermano de cría. Tú y tu compañera tendréis mi ayuda si la necesitáis.

—Y bienvenida será, Ahnset, pero no puedo pedirte que traiciones a la reina para ayudarme a mí. Solo quería que supieras por qué debo marcharme. Y quería que conocieras a mi compañera.

—Gracias. Pero haré lo que pueda, para que pueda descansar sabiendo que mi único hermano está sano y salvo en algún lugar de por aquí —Ahnset se echó hacia atrás y levantó la cabeza para mirar a Ivy—. Bienvenida, hermana.

Ivy sonrió y puso una mano sobre la extremidad posterior de Ketahn, guiándolo suavemente a un lado. Él obedeció con esa pizca de reticencia que ella esperaba, despejando el espacio entre Ivy y Ahnset. La enorme hembra sostuvo la mirada de Ivy, que inclinó la cabeza hacia atrás mientras daba un paso adelante.

—¿Podrías... bajar? —preguntó Ivy.

Ahnset ladeó la cabeza y lanzó una mirada interrogativa a Ketahn antes de bajar, separando las patas y doblándolas lentamente para no perder el equilibrio. Incluso con la parte inferior plana sobre la rama, era mucho más alta que Ivy, pero se inclinó hacia delante para acercarse a la

altura de los ojos de Ivy.

Intentando ignorar el hecho de que las mandíbulas de Ahnset parecían tan grandes como sus propios antebrazos, Ivy se acercó tímidamente y colocó las manos a ambos lados de la cara de Ahnset. Ahnset se puso rígida, pero no retrocedió, y cuando Ivy inclinó la cabeza de Ahnset hacia abajo, la vrix no opuso resistencia.

Ivy apoyó la frente contra la cabeza de Ahnset.

—Gracias, hermana.

Las mandíbulas de Ahnset se crisparon por la incertidumbre, y luego bajaron. Un suave trino sonó en su pecho. Cerró los ojos y soltó una respiración larga y superficial.

—Hace... demasiado tiempo que no tengo una hermana. Me alegra tenerte ahora, *Ay-vii*.

Capítulo Dieciséis

Diego cerró los ojos y gimió mientras masticaba.

—Esto está *buenísimo*.

Lacey emitió un sonido similar y tragó.

—El eufemismo del año. Siento como si hubiera pasado una eternidad desde que comí carne de verdad.

—Bueno —Callie se chupó los jugos de la carne con la punta de los dedos— no sé si para una eternidad, pero han pasado al menos ciento sesenta y ocho años.

Algunos de los humanos se rieron. Ketahn pensó que había una pizca de tristeza en aquella risa, pero no podía esperar otra cosa conociendo su situación.

—Está lo suficientemente bueno como para hacerme olvidar lo mal que apesta ahí fuera —dijo Will mientras terminaba lo que debía de ser su tercera o cuarta ración de carne.

—Lo siento —dijo Cole—, es cosa mía. Hace tiempo que no me ducho.

Esta vez, las risas humanas fueron menos tristes.

Ketahn miró a Ivy, que estaba sentada a su lado, y la encontró sonriendo. Sus ojos azules brillaban a la luz del fuego, tan brillantes como siempre, y estaban llenos de satisfacción. Aunque seguía sin conocer a aquellos otros humanos, no podía negar que su presencia reforzaba su ya de por sí fuerte espíritu.

Extendiendo la mano hacia delante, Ketahn arrancó un trozo del pedazo de carne que se estaba asando sobre las llamas y lo dejó colgando, pellizcado entre las garras de sus dedos índice y pulgar, para que se enfriara. Mientras esperaba, estudió a los demás humanos.

Aunque el sol de la mañana bañaba la Maraña con sus rayos dorados, la noche se aferraba en aquel foso, reacia a soltarlo. Apenas llegaba la luz del cielo a esta profundidad, y solo quedaba el fuego para iluminarla: el fuego y el resplandor de la nave, que latía lentamente.

A la cálida y parpadeante luz del fuego, los humanos parecían más... reales. Más vivos. Las luces blancas y puras del interior de la cámara de estasis, aunque asombrosas por su intensidad y constancia, siempre parecían incorrectas. Antinaturales. Ligeramente inquietantes, del mismo modo que los focos de oscuridad persistente e impenetrable. Sin embargo, pronto dejarían atrás la nave y su aspecto extraño.

Pero aquellos seres pequeños y suaves se quedarían con Ketahn, y no dudaba de que con el tiempo encajarían en la Maraña tanto como cualquier otro vrix.

Sus ojos se detuvieron en la hembra llamada Ella. Había depositado su ración de carne sobre una hoja ancha, que había colocado sobre la piedra que tenía delante. No había comido más que unos pocos bocados. Los demás, en cambio, sobre todo Cole y Will, habían devorado la suya. La

pálida piel de Ella tenía un aspecto enfermizo, y la capa de sudor que la cubría era mayor que la de los demás. Tenía el pelo húmedo y lacio, como si acabara de salir de un charco de agua.

Los conocimientos de Ketahn sobre los humanos seguían siendo limitados, pero Ella le recordaba el aspecto que había tenido Ivy cuando cayó terriblemente enferma... y Ella parecía empeorar cada día.

Viajar por la Maraña con ocho humanos ya sería bastante difícil y peligroso, pero con uno de ellos enfermo...

Ivy apoyó una mano en la parte superior de la pata delantera de Ketahn y le rozó la piel con las yemas de los dedos, sacándolo de sus pensamientos. Cuando volvió a mirarla, ella sonrió. Le ofreció su versión de la sonrisa antes de acercarle el trozo de carne a la boca.

—Come más, mi hilo del corazón —le dijo—. Necesitas fuerzas para lo que está por venir.

Ivy separó los labios y sacó la lengua para llevarse la carne a la boca, rozando con los labios el dedo de él.

El deseo se encendió en su interior y se quedó mirándola mientras masticaba. Se le aceleraron los corazones y le invadió un calor abrasador cuando la pequeña lengua rosada de ella volvió a asomar para lamerse los labios. Había sentido aquellos labios en su boca muchas veces desde que ella lo besó por primera vez, había disfrutado de su suavidad y deseaba cada vez más de ellos y de sus movimientos hábiles y cariñosos.

Siempre había disfrutado de esos momentos tranquilos a solas con su compañera, explorando mutuamente sus cuerpos y sus espíritus, pero temía que fueran escasos en el futuro. El plan de llevar a los humanos a un nuevo hogar, lejos de Takarahl, ya estaba en marcha, y Ketahn no se desviaría de él. Eso significaba que él e Ivy ya se habían despedido de su guarida; a partir de ahora se quedarían con los humanos. No tenían tiempo que perder yendo y viniendo todos los días al foso.

—¿Qué va a pasar exactamente? —preguntó Will, frotándose la barbilla con el dorso de la mano.

—Un largo paseo por la jungla —respondió Ketahn—, y muchas lecciones por el camino.

—¿Qué clase de lecciones? ¿Algo como los *boi skaut* de mierda? —preguntó Cole.

Ketahn miró a Ivy e inclinó la cabeza a modo de pregunta.

Ivy se encogió de hombros.

—Si los *boi skauts* se van de acampada a junglas llenas de cosas que quieren comérselos, entonces sí. Cosas de *boi skaut*.

—Eso... no anima —dijo Ella.

—Lo sé —suspiró Ivy, extendiendo las manos hacia delante, con las palmas hacia arriba, y frunció el ceño mientras las miraba—. Me gustaría decir que será fácil, pero no puedo.

—Por muy jodido que sea, creo que prefiero la verdad —dijo Lacey, echando un hueso al fuego.

—Yo también —dijo Ahmya, que miraba el trozo de carne a medio comer que tenía entre las manos.

—No sé —dijo Will—. Si hay cosas que parecen más *mohs-truosas* que el animal que Ketahn trajo para desayunar, ¿de verdad queremos saber qué más hay ahí fuera?

Ketahn resopló y levantó una mano, agarrándose el pelo enmarañado de la nuca y tirando de él distraídamente.

—La jungla es muerte. Esa es la verdad. Pero también es vida. Hay mucha belleza y mucho peligro. Los *vrix* os enseñaremos a vivir. Os enseñaremos a construir vuestro hogar en la jungla. Pero debéis escucharnos y obedecernos.

—Entonces, ¿tus... amigos también hablan español? —preguntó Diego.

—No.

Cole soltó una carcajada sin gracia.

—Entonces es un poco difícil oír y obedecer, ¿no crees?

—Tendrás que esforzarte más por entendernos —dijo Ketahn, imitando el gesto de Ivy de encoger los hombros.

Diego entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en las rodillas mientras miraba a Ivy.

—¿Estás de coña? Casi parecía que se estuviera haciendo el gracioso.

Ivy soltó una risita.

—Es un listillo.

Ketahn fijó la mirada en Ivy y chasqueó los colmillos de su mandíbula.

—Te he dicho que no me llames esa caca, hembra.

Callie se atragantó y tosió, escupiendo un trocito de comida que debió de inhalar.

—¿Qué?

Ivy sonrió.

—Traducción equivocada.

Antes de que Ketahn pudiera hacer más comentarios, un sonido captó su atención: el característico chasquido de la piedra negra de Telok procedente de algún lugar por encima del foso. Los humanos se callaron y sus ojos se abrieron de repente en busca de algo. Era una buena señal; estaban alerta a pesar de su comportamiento generalmente relajado. Esperaba que siguieran así incluso después de familiarizarse con la Maraña.

El error más fácil que se podía cometer aquí era volverse demasiado confiado.

Ketahn se apartó para coger su lanza y desenvainar el cuchillo que llevaba atado a la pata. Golpeó las hojas de roca negra entre sí en un compás de respuesta. Telok emitió una respuesta, que se deshizo lentamente en la nada mientras resonaba entre los árboles y descendía hacia el foso.

—Han llegado los demás —dijo Ketahn. Apartó la carne asada del fuego, le pasó el palo a Ivy y se levantó, dirigiendo su atención al lado del foso donde había anclado cuerdas de seda para ayudar a trepar.

Muy pronto, los sonidos de un grupo moviéndose entre la maleza llegaron hasta el fondo del foso. Aquellos sonidos eran sorprendentemente silenciosos, dado el tiempo que había pasado desde que Urkot y Rekosh se habían aventurado tan profundamente en la Maraña, y eso reforzó aún más la esperanza de Ketahn. Estaban al borde de una nueva vida, de un nuevo futuro. Solo un poco más...

—Quedaos aquí —dijo Ketahn a los humanos. Caminó hacia el muro, sus patas se sumergieron en el agua estancada mucho antes de lo que lo hubiesen hecho hace ocho días; las recientes lluvias habían estado llenando el foso de forma constante, y las aguas ya habían crecido hasta cubrir casi la mitad del suelo que había quedado al descubierto cuando Ketahn cayó por primera vez en este lugar.

Al acercarse a la pared, en la que tuvo que enderezar ligeramente las patas para evitar que el agua tocara su parte inferior, inclinó la cabeza hacia atrás. Había despejado una gran parte de la vegetación que crecía por encima para facilitar el paso, y era el único lugar del foso desde el que se podía ver claramente el mundo de arriba.

La cabeza de un vrix asomó por encima del borde del foso, destacando sus marcas rojas brillantes entre el verde, el morado y el gris. Rekosh miró a través del foso, sus ojos lo barrieron

lentamente, hasta que por último miró a Ketahn.

Rekosh carraspeó.

—¿Sigues escondido en ese agujero, Ketahn?

—Lo he estado manteniendo caliente para ti, amigo mío —respondió Ketahn, deslizándose de nuevo hacia su lengua nativa.

—¿Vas a subir —preguntó Urkot desde fuera de su vista— o vas a hacernos bajar?

Las mandíbulas de Rekosh se crisparon al mirar por encima del hombro.

—Como si no te pasaras el día hurgando en agujeros oscuros, Urkot.

—Me dijisteis que esto sería un cambio para mí, Rekosh. Y, sin embargo, aquí estoy, a punto de hacer lo mismo de siempre.

—No importa los años que pasen, vosotros dos nunca cambiaréis —dijo Ahnset con un castaño.

Los finos pelos de Ketahn se erizaron y sus mandíbulas se abrieron de par en par, por la sorpresa. Había dicho a sus amigos que vinieran dos días antes, pero no esperaba a su hermana de cría.

Tras la sorpresa de la presencia de Ahnset, Ketahn dijo:

—Bajad.

Telok se inclinó sobre el borde para mirar hacia abajo. Sus mandíbulas se agitaron ferozmente mientras escudriñaba el foso, y su voz era un poco inestable cuando habló.

—¿Qué hay de las provisiones, Ketahn?

Ketahn miró a los humanos. Estaban acurrucados sobre un trozo de piedra relativamente plano que Ketahn había barrido lo mejor que pudo para limpiarlo de porquería y escombros, y la luz del fuego se reflejaba en sus redondeados ojos. Parecían criaturas frágiles y asustadizas acurrucadas en la oscuridad, esperando a que alguna bestia voraz decidiera si se las comía o no.

Pero recordó lo que había dicho Ivy, que él sabía que era cierto: los humanos no eran tan débiles como había pensado. No eran tan débiles como había creído. Lo único que necesitaban era orientación y ayuda.

Ketahn volvió a prestar atención a sus amigos.

—Bajadlo todo. Pronto tendremos que volver a subirlo, pero es mejor que por ahora no dejemos nada a merced de la Maraña.

Utilizando unas cuerdas largas, los vrix bajaron poco a poco los suministros que habían transportado por la jungla. Ketahn llamó a los humanos para que le ayudaran a llevar esas provisiones de vuelta a la nave. Solamente Ella se quedó atrás, aunque intentó levantarse y ayudar.

Diego fue el primero en decirle que no lo hiciera, pero ella parecía dispuesta a insistir hasta que Ketahn se acercó y se agachó frente a ella.

Los ojos de Ella se llenaron de lágrimas.

—Lo siento. No suelo ser tan débil, lo juro. Yo... quiero ayudar —Ella soltó una pequeña carcajada mientras se limpiaba una lágrima que se le había escapado de la mejilla—. Mi padre me regañaría por lo vaga que estoy siendo.

—No pasa nada, Ella —dijo Ketahn despacio, queriendo asegurarse de que pronunciaba bien las palabras—. Cuando uno no está bien, los demás le ayudan. Estamos todos juntos —cerró los dedos de sus manos— como uno solo. Otro día, ayudarás cuando uno de nosotros no esté bien.

Su mirada pasó sobre Ketahn mientras se mordía los labios. Finalmente, asintió.

—Gracias, Ketahn.

—Siéntate, Ella. Descansa.

—Vale.

Diego la ayudó a acomodarse de nuevo sobre la roca.

—La estasis afecta a cada persona de forma diferente. Solo tienes que darte un poco más de tiempo, Ella.

Ketahn relajó las mandíbulas y se dio la vuelta. Quizá no conocía a aquellos humanos, tal vez no confiaba plenamente en ellos, pero el tiempo que había pasado con Ivy le hacía imposible no verlos del mismo modo que vería a cualquier vrix. Y temía por Ella, porque su enfermedad haría que el viaje fuera más duro para ella que para cualquier otro.

Buscó a Ivy, que estaba metida hasta las rodillas en el agua con los demás humanos. Su mirada se cruzó con la suya, y vio una preocupación familiar en sus ojos cuando miró a Ella.

Aunque no tenía intención de dejar atrás a ninguno de aquellos humanos, Ketahn no podía negar la realidad. Cabía la posibilidad de que su grupo se redujera antes de llegar al lugar que eligieran para establecerse y hacer su nueva vida.

Mientras recibían las últimas provisiones, con los humanos con los ojos llorosos y las narices arrugadas porque, en palabras de Cole, olía «a mierda y a muerto», Rekosh empezó a descender, demostrando esa agilidad sin esfuerzo con la que siempre se desenvolvía.

Sus patas se hundieron en el agua turbia y se apartó de la pared.

—Mentiría si dijera que he olido peor que esto.

Ketahn carraspeó.

—Creo que los humanos opinan igual.

Rekosh sacó una pata del agua, miró la mugre que se le pegaba a la piel y se estremeció. Lo apartó de un manotazo y aterrizó con un chapoteo cerca de Will y Lacey.

Will retrocedió.

—¡Venga ya! Esto es asqueroso.

—Ya estamos cubiertos de mierda —dijo Lacey con el ceño fruncido—. ¿Qué más da un poco más?

Ivy se rio mientras pellizcaba el material de la ropa humana, que ella llamaba «mono», con la que se había vestido y la apartaba de su cuerpo.

—Al menos es impermeable.

Ketahn no estaba seguro de cómo se sentía al verla con el mono y los cubrepiés que ella decía que eran «botas». Era cierto que las prendas humanas ofrecían a su delicada piel más protección que el vestido, pero él prefería verla con su seda, y le gustaba poder ver sin impedimentos sus pequeños pies y sus esbeltas piernas.

—Eso no impide que apeste hasta las *ceh-jas* —murmuró Cole.

Rekoshladeó la cabeza mientras miraba a los humanos.

—¿Qué dicen?

—Están muy contentos por el hedor —respondió Ketahn, sonriendo.

—No mientas, Ketahn —dijo Ivy en vrix con una sonrisa de satisfacción, cruzando los brazos sobre el pecho.

Castañeando, Rekosh golpeó una pata mugrienta contra una de las de Ketahn.

—Contigo siempre se pone interesante.

—¿Qué es ese sonido que hacen? —preguntó Ahmya mientras se acercaba a Ivy.

Ivy era una hembra diminuta, pero Ahmya era aún más pequeña. La humana de pelo oscuro parecía una cría comparada con las demás, Ivy incluida, e incluso ahora a Ketahn le costaba recordar que era adulta.

Los ojos rojos de Rekosh se posaron en Ahmya. Al darse cuenta de que la miraban fijamente,

la pequeña hembra levantó la vista hacia él y sus propios ojos oscuros se abrieron de par en par. Un trino suave y extraño rodó en el pecho de Rekosh. Se deslizó lentamente hacia delante, sin apenas alterar la superficie del agua.

—Todas parecen... tan diferentes —dijo Rekosh distraído—. Pero esta... ¿Es otra hembra?

—Sí —respondió Ketahn.

Ahmya retrocedió al ver a los vrix que se acercaban, pero no se apartó del todo; se agarró al brazo de Ivy y casi pareció esconderse detrás de ella.

Juntando los antebrazos, Rekosh se inclinó y su larga trenza cayó sobre su hombro.

—Perdóname por ser incapaz de entender tus palabras. Me llamo Rekosh.

Ahmya tragó saliva y miró a Ivy, susurrando algo que Ketahn no oyó.

Ivy sonrió y respondió en español.

—Se está presentando. Lamenta no poder hablar nuestro idioma. Se llama Rekosh.

—Rekosh —repitió Ahmya sin aliento.

Rekosh emitió otro sonido, levantó la cabeza, pero no se levantó de su reverencia.

—¿Me puedes decir su nombre? —preguntó a Ivy sin apartar la mirada de Ahmya.

Ivy tradujo.

Tímidamente, la hembra de pelo oscuro extendió la mano derecha. La detuvo al cabo de un momento, con los dedos curvándose, y parecía a punto de retirarla cuando Rekosh extendió la suya. Ella se puso rígida cuando él dobló un único dedo y lo enganchó bajo el suyo, levantando ligeramente su pequeña mano. La yema del pulgar le rozó los nudillos.

—Ahmya —dijo ella en voz baja.

—Ahmya —ronroneó Rekosh—. Tan delicada y suave.

Con el ceño fruncido, Ahmya pasó la mirada entre Rekosh e Ivy.

—¿Qué está haciendo ese? —preguntó Cole, deteniéndose detrás de Ivy—. ¿Más arañas que pretenden robar y follar a nuestras mujeres?

Ketahn avanzó hacia ellos, con los pelos de las patas erizados por una llamarada de rabia instintiva. La forma en que Cole había dicho eso «*nuestras mujeres*» no podía ser ignorada, y era difícil no tomárselo como un desafío.

Ivy no era de nadie más que de Ketahn.

Ahmya jadeó, apartó la mano de Rekosh y se la apretó contra el pecho, con las mejillas enrojecidas.

—S-Solo me estaba diciendo cómo se llamaba.

—Tío, de verdad que tienes que aprender cuándo mantener la boca cerrada —le dijo Diego a Cole, aunque sus ojos estaban fijos en Ketahn.

—No se les puede culpar si no saben lo que es un apretón de manos, Cole —dijo Will con cuidado.

Ahmya volvió a mirar a Ivy y sus mejillas se sonrojaron aún más.

—Es... él, ¿verdad?

—Sí —respondió Ketahn, pasando junto a Ivy para colocarse entre ella y Cole—. Rekosh es macho. Igual que Telok y Urkot.

Cole levantó las manos y dio un paso atrás.

—Lo único que digo es que el rojo parecía demasiado cariñoso con Ahmya —dijo, mirando a los demás humanos como buscando apoyo—. ¿Cómo se supone que vamos a establecer una colonia si todas nuestras mujeres son secuestradas por arañas?

—Ya basta, Cole —dijo Ivy.

Él bajó las manos.

—Solo lo digo. Haz *cuentas*. Cinco mujeres y tres hombres. Y dudo que Ivy vaya a tener hijos.

—He dicho que ya basta —dijo Ivy, con la voz tensa.

—¿Qué? Solo expresaba lo que todos pensamos. Ocho personas, Ivy. Eso es todo lo que queda de nosotros. ¿Cuánto falta para que cada uno de nosotros desaparezca? Podríamos tener una oportunidad de crear algo aquí, pero no si tú te abres de piernas por un...

Ketahn chasqueó los colmillos de su mandíbula y se inclinó más hacia Cole, con un gruñido retumbando en su pecho.

—¡*Silencio, humano!*

Cole retrocedió a trompicones, pero recuperó el equilibrio rápidamente. Se pasó las manos por el pelo para apartárselo de la cara, apretó los labios y miró fijamente a Ketahn.

—*Poor Dioh*, tienes que *aprender* a cerrar el pico —dijo Callie.

Rekosh, que seguía de pie frente a Ahmya, zumbaba pensativamente.

—¿Ese ha estado causando problemas?

A Ketahn se le erizaron los pelos de las patas y le costó un esfuerzo considerable no volver a rechinar las mandíbulas. Apretó los puños con tanta fuerza que le temblaron mientras respondía a Rekosh en la lengua vrix.

—A veces. Carga con mucha ira y miedo, y a menudo deja que sean su amo.

—Toma —dijo Will, empujando una abultada bolsa de piel de yatin contra el pecho de Cole —. Llévate esto dentro. Cálmate.

Cole envolvió la bolsa con las manos y miró a Ketahn durante un momento antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la nave.

La sensación de tensión se rompió inesperadamente con un gran chapoteo cerca de la pared. Ketahn y los demás se volvieron hacia el ruido para ver a Urkot de pie en el agua, con motas de fango que le habían salpicado al aterrizar.

—Dejaste la última cuerda demasiado alta, Ketahn —refunfuñó, sacudiéndose el fango oscuro de los brazos.

Rekosh carraspeó.

—O los Ocho te dejaron demasiado abajo, Urkot.

Urkot también castañeo mientras caminaba hacia Rekosh.

—No tanto como para que no pueda arrastrarte hasta aquí conmigo, amigo mío.

Con su gracia habitual, Rekosh se zafó de Urkot, quien al darse cuenta de que no podía alcanzar al macho más alto, se agachó para recoger un puñado de fango. Se lo lanzó a Rekosh con un gruñido.

Rekosh se apartó para esquivar la mayor parte del fango; tan solo unas gotas salpicaron su brazo y una de sus patas. Pero el montón de porquería encontró un objetivo: el pecho del mono de Ahmya.

Ahmya jadeó y levantó las manos para protegerse de la suciedad, pero ya era demasiado tarde. Las gotas le salpicaron la cara y el pelo cuando la mugre estalló en su ropa. Se estremeció, volvió la cara, apretó la nariz y cerró los ojos.

Ivy se quedó mirando a Ahmya, con la boca abierta y los ojos redondos.

Rekosh se quedó quieto, con la mirada carmesí fija en la pequeña humana y en la mugre que le goteaba por la frente. Se había quedado sin habla, algo que solo le había ocurrido unas pocas veces durante toda la relación de amistad que Ketahn había mantenido con él.

—Entonces... ¿Es así como se saludan o qué? —preguntó Callie, con la nariz arrugada.

Ahmya abrió los ojos y miró hacia abajo. Se estremeció y tuvo arcadas antes de limpiarse la

espesa porquería del pecho.

—¡Ay, qué asco!

Urkot pronunció unas palabras y un gesto profundo y sincero a modo de disculpa. Varios segmentos detrás de él, Telok llegó a la base del muro, bajó suavemente al agua y miró a su alrededor con ojos cautelosos.

Como si hubiera estado atado por un hilo invisible que se rompió de repente, Rekosh se puso en movimiento, se quitó la bolsa de la espalda y la abrió con movimientos bruscos y apresurados, poco habituales en él. Sacó de su interior una franja de tela y un odre abultado y se acercó a Ahmya.

—Por favor, permíteme ayudarte.

A Ahmya se le cortó la respiración y se apartó de Rekosh.

Su postura se desmoronó de una forma que Ketahn nunca había visto. Rekosh siempre había tenido sus ataques de pasión y entusiasmo, pero rara vez había dejado entrever algo más.

Ivy sonrió a Rekosh.

—Dale tiempo para que se acostumbre a ti —dijo en vrix antes de volverse hacia Ahmya y ponerle una mano en el hombro. Volvió a cambiar al español—. Vamos dentro a cambiarnos y asearnos.

Ketahn observó cómo su compañera conducía a Ahmya de vuelta a la nave. Le temblaban las patas, ansioso por seguirla, por no perder de vista a su compañera, pero ahora le tocaba a él actuar como traductor mientras ella estuviera allí. Tenía la sensación de que sus nuevas responsabilidades chocarían mucho con sus deseos e instintos en los próximos ciclos lunares.

Rekosh inclinó la cabeza, moviendo las mandíbulas como si intentara, sin éxito, recomponerse.

—¿Vuelves a utilizar tus encantos, Rekosh? —preguntó Telok, pero su voz era claramente relajada mientras avanzaba, y sus ojos escrutaban el foso como si algo fuera a saltar y atacar en cualquier momento.

Rekosh se puso rígido y enderezó la espalda. Giró sobre sí mismo y señaló a Urkot con un dedo de largas garras.

—Eso es cosa suya, comportarse como un melancólico cuando tenemos que causar una buena impresión a estas criaturas.

Urkot resopló y cruzó los brazos sobre el pecho, aparentemente sin preocuparse de que una de sus manos siguiera cubierta de mugre.

—Eres tú quien se negó a afrontar su destino con valentía.

—¿Y qué valor hay en lanzar porquería?

—¿Es que ya le has cogido cariño a la pequeñaja? —Urkot ladeó la cabeza.

—Solo intento ser amistoso —dijo Rekosh con un siseo, dando zancadas hacia Urkot—. Por si lo has olvidado, estos *huu-nanos* van a ser nuestros futuros compañeros.

Lacey se acercó a Ketahn, vacilante, algo que a él no le pasó desapercibido.

—¿Están... discutiendo?

La mirada de Telok por fin había dejado de vagar: estaba clavada en Lacey, y había un brillo extraño en ella.

Ketahn carraspeó.

—Son amigos.

—Qué extraña forma de demostrarlo —dijo ella.

—En realidad, creo que es bastante habitual en los chicos —dijo Will—. Quiero decir, supongo que se están insultando, ¿no?

Ketahn levantó las mandíbulas en una sonrisa.

—Sí.

Will se rio entre dientes.

—Supongo que, después de todo, no sois tan diferentes de los humanos.

Diego sonrió satisfecho, y en tono de humor dijo:

—Se me ocurren unas cuantas diferencias.

—Bueno, si van a empezar a lanzar más mierda asquerosa, avisadnos, ¿vale? —dijo Lacey.

Rekosh y Urkot miraban interrogantes a los humanos.

—¿Están hablando de nosotros? —preguntó Rekosh.

—Claro que sí —dijo Urkot, acercándose para darle una palmada en el hombro a Rekosh con su mano llena de fango—. Míranos. Comportándonos como un par de crías.

Con un gruñido bajo, Rekosh miró la mano de Urkot. Urkot carraspeó y la retiró, no sin antes embadurnar más porquería en el pellejo de Rekosh.

Aparentemente ajeno a todo lo demás, Telok caminó hacia Lacey, sin apartar la vista de ella ni una sola vez.

—¿Están a punto de...? —Las palabras de Lacey se interrumpieron al darse cuenta de que Telok se acercaba a ella, y volvió su atención hacia él.

Se detuvo a un paso de ella, y sus ojos verdes la estudiaron con atención.

Insegura, levantó la mano y le saludó.

—Eh... ¿Hola?

Los ojos de Telok se desviaron hacia Ketahn.

—Ha dicho hola —dijo Ketahn.

Telok levantó una mano para copiar su gesto.

—*Eh, hola.*

—Me está mirando —dijo Lacey por lo bajo—. No sé qué hacer.

—¿Decirle tu nombre, quizás? —gritó Ella desde su sitio junto al fuego.

Lacey soltó una bocanada de aire que envió mechones de su pelo pelirrojo hacia un lado. Estudió la piel llena de cicatrices de Telok.

—Caray, da miedo —se llevó una mano al pecho— Lacey. Me llamo Lacey —dijo.

Una vez más, Telok imitó su gesto y se llevó la mano al pecho.

—Telok.

—Genial. Ahora que ya nos...

Telok extendió un brazo, enganchó un mechón de su pelo con los dedos y se lo levantó.

—Es tan colorida. No se parece a ninguna hembra que haya visto.

Lacey se quedó quieta, mirando a Telok con los ojos muy abiertos.

—¿Q-qué está haciendo?

Will soltó una risita.

—Parece bastante fascinado.

—Las hembras vrix no tienen colores como los tuyos —contestó Ketahn.

—Ah, vale —Lacey alargó la mano y le quitó el pelo de los dedos a Telok—, las hembras humanas son de todos los colores. Los machos también.

Ketahn le transmitió su mensaje a Telok, que solo ladeó la cabeza y dijo:

—Sin embargo, no hay nadie igual entre ellos. No hay ninguna como ella en toda la Maraña.

—En todo el mundo —sugirió Rekosh.

Antes de que la discusión pudiera continuar, la última vrix llegó al fondo del foso. Todas las miradas se volvieron hacia Ahnset.

A pesar de su tamaño y peso, bajó suavemente al agua. Había prescindido de muchos de sus adornos habituales, pero conservaba la gargantilla de cuero y oro, las pulseras de las muñecas y los brazos, y el aro de oro de la mandíbula. Aún quedaban cuentas y oro trenzados en su pelo, pero Ketahn sabía que habría sido más difícil quitárselos. Su cinturón era de cuero grueso sin ningún adorno.

Algunos de los humanos jadearon cuando Ahnset se volvió hacia ellos y se unió a los otros vrix, lo que realzó su tamaño.

—Hostia puta —murmuró Will.

—Joder —respiró Diego.

—¿Cómo... cómo es posible que sea aún más grande? —preguntó Callie.

Ketahn avanzó a grandes zancadas hasta situarse delante de su hermana. Ella se agachó y ambos unieron sus cabezas.

—No esperaba que vinieras hoy, hermana de cría —dijo.

—Llevo varios días liberada de mis obligaciones —respondió ella en voz baja—. Le dije a Korahla que quería ayudarte. Aceptó y me envió. A cualquiera que pregunte, le dirá que tengo una misión secreta para la Colmillo. Te ayudaré en todo lo que pueda, hermano de cría... pero no puedo acompañarte en tu viaje como los demás.

—¿Cómo los demás? —Ketahn se apartó de ella y miró a sus amigos por encima del hombro, los tres vueltos hacia él.

—Hemos tomado una decisión —dijo Rekosh—. Cuando os vayáis, iremos con vosotros.

—Sea cual sea su final —añadió Urkot.

—Espero que estés preparado para tener a estos dos discutiendo a tu lado el resto de tus días, Ketahn —Telok carraspeó—. Tu pacífica soledad ha llegado a su fin. Ahora debes compartir la carga que he llevado todos estos años.

—Gracias, amigos míos —dijo Ketahn a través de una creciente opresión en su pecho. Era más de lo que había querido pedir, más de lo que se había atrevido a esperar. Pero significaba todo para él. Miró más allá de sus amigos para ver a los humanos que había más allá de ellos, reunidos en grupo.

La incertidumbre era evidente en sus expresiones, y sus miradas se dirigían una y otra vez hacia Ahnset.

Fue Lacey quien rompió el silencio.

—Ketahn... ese es...

—Grande —dijo Diego.

—Sí —Lacey asintió rápidamente—. Grande, y...

Ketahn se apartó, ofreciéndoles una vista completa de Ahnset. La señaló con un gesto.

—Ella ha venido a ayudar, como los demás.

—¿Ella? —preguntó Callie con incredulidad.

—Sí. Es mi hermana. Se llama Ahnset.

—¿Es tu... tu hermana mayor? —preguntó Will—. ¿Tú aún no has crecido del todo?

Ketahn carraspeó y sacudió la cabeza.

—Nacimos juntos en la misma prole. Y yo soy el macho más grande de Takarahl.

—Tiene sentido —dijo Lacey, recuperando la compostura—. En muchos tipos de insectos y arañas, las hembras son más grandes y fuertes.

Por puro reflejo, Ketahn estuvo a punto de insistir en que no era una araña, pero contuvo su respuesta.

—Ahora que han llegado mis amigos, los humanos debéis prepararos para partir. Debéis

elegir.

—¿Elegir el qué? —preguntó Callie, con una ceja arqueada.

Ketahn señaló hacia la parte superior del foso.

—Qué vrix se llevará a cada humano.

—Joder, no —dijo Will, sacudiendo la cabeza.

—¿De qué otra manera esperabas salir de aquí? —preguntó Lacey, agitando una mano hacia la pared del foso—. No es que haya *eskah-leerah*, y estoy bastante segura de que el *aszensoor* no funciona.

Rekosh preguntó qué decían los humanos. Ketahn explicó brevemente la situación, aunque no conocía algunas de las palabras de Lacey, y Rekosh respondió con un chirrido.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Diego.

Ketahn sonrió.

—Podemos envolveros en capullos de seda para que os sintáis seguros mientras subimos.

Los ojos oscuros de Callie se abrieron de par en par.

—Me tomas el pelo. Por favor, dime que estás de broma.

Diego se rio y sonrió.

—Supongo que, después de todo, acabaremos siendo comida para arañas.

—Araña no —corrigió Ketahn—. Vrix.

Su aclaración no pareció ofrecer consuelo a los humanos.

Capítulo Diecisiete

Ketahn barrió con la mirada la jungla que lo rodeaba, atento, como siempre, a las amenazas. Por supuesto, hoy su atención estaba dividida: tenía que vigilar a los humanos tan atentamente como vigilaba a la Maraña. De lo contrario, todo esto no serviría de nada.

Todos y cada uno de los humanos estaban empapados en sudor. Algunos se habían bajado la parte superior del mono para dejar al descubierto las prendas blancas más finas que llevaban debajo, idénticas a las que Ivy llevaba cuando la encontró por primera vez.

Cole se había quitado la camiseta. A Ketahn le fascinaban los músculos tonificados de su torso, que recordaban vagamente a los de los vrix, pero también eran completamente extraños. También le resultaban irritantes; Ketahn no podía estar seguro, pero tenía la sensación de que había algo calculador en el hecho de que el macho humano se quitara lo que le cubría cuando los demás parecían tan insistentes en llevar ropa siempre que fuera posible.

¿Intentaba Cole atraer a una pareja?

Ketahn rechinó los dientes.

Aunque no tenía ningún problema con que los humanos se apareasen entre ellos, no toleraría que nadie intentase llevarse a su compañera, y sin duda Cole había mirado mucho a Ivy a lo largo del día.

Apretando los colmillos de la mandíbula y cerrando el puño inútilmente, Ketahn miró a Ivy. Caminaba por el suelo de la jungla varios segmentos por debajo de él mientras le contaba a Diego la vez que había comido raíz de colmillo dulce y había caído enferma. Mencionaron como las *inyek-ciooneh* probablemente la habían salvado. Ketahn se tragó un brote de impotencia. Se negaba a volver a caer en ese tormentoso sentimiento.

Hoy no se trataba de impotencia. Se trataba de descubrir límites, enseñar y asegurarse de que todos estaban preparados para enfrentarse a los numerosos retos que les esperaban, al menos tan preparados como pudieran estarlo en unos pocos días.

Los ojos de Ketahn se posaron en unas motas amarillas contra el tronco oscuro de un árbol.

—Ivy.

Ella lo miró, siguiendo su gesto con los ojos mientras señalaba lo amarillo.

—Crestas doradas —dijo—. Enséñaselo a los demás.

Con los labios curvados en una sonrisa, asintió y llamó a los demás humanos para que se acercaran al grupo de crestas doradas. Ahnset se acercó a ellos y se agachó para dejar bajar a su jinete.

Ella se deslizó con dificultad por encima de Ahnset. Callie cogió uno de sus brazos para sostenerla, y Ahnset el otro.

Se había debatido si debían llevar a Ella con ellos. Diego le había explicado con delicadeza que necesitaba descansar por encima de todo. Ella había mostrado una fuerza de voluntad impresionante en su deseo de venir, pero había admitido que Diego tenía razón y había dicho que no quería retrasar a todo el mundo.

Aunque Ahnset se había mostrado insegura al respecto, se había ofrecido a llevar a Ella y asegurarse de que la humana no se quedara atrás. Ketahn supuso que era la diferencia de tamaño lo que provocaba la indecisión de su hermana de cría, más que la extrañeza de los humanos; Ahnset tendría que tener mucho cuidado con Ella para evitar hacerle daño.

Pero Ahnset se había mantenido fiel a su palabra, demostrando una inmensa consideración y delicadeza. Además, la presencia de Ella parecía animar a los demás, tanto a los humanos como a los vrix. Ella se había mostrado tranquila con los vrix desde el principio. Mientras viajaba con Ahnset, sonreía a menudo, e incluso había hecho intentos torpes pero decididos de aprender y pronunciar palabras vrix.

Ahnset parecía igual de fascinada por la hembra humana. Era reconfortante observar su mutua curiosidad.

—¿Qué piensas? —preguntó Telok mientras se subía al árbol caído sobre el que estaba encaramado Ketahn. Miró a los humanos, que observaban cómo Ivy recogía las crestas doradas y las repartía.

—Son más fuertes de lo que esperaba, como dijo mi compañera —respondió Ketahn—. Pero aún no se han recuperado del todo de su letargo.

—Son ruidosos —Las mandíbulas de Telok se hundieron y se retorcieron hacia arriba—. Por pequeños que sean, hacen que Ahnset y Urkot parezcan silenciosos en comparación.

Ketahn soltó un trino en tono pensativo.

—Un logro impresionante.

Telok castañeó.

Ivy animó a los demás humanos a probar las crestas doradas. Más allá de ellos, Urkot y Rekosh habían adoptado posiciones elevadas para explorar la jungla, aunque Urkot lanzaba de vez en cuando miradas ansiosas a los humanos.

A pesar de todas sus quejas por verse obligado a comer únicamente raíces y setas, a Urkot siempre le habían gustado ambas cosas.

—Deben aprender a caminar por la Maraña antes de poder hacerlo en silencio —dijo Ketahn.

Telok gruñó, cruzó los brazos sobre el pecho y miró hacia el cielo. La luz del sol de última hora del día se colaba por los huecos del follaje, proyectando sombras danzantes y difusas sobre todo lo que había debajo.

—¿Cuánto tiempo piensas mantenerlos aquí fuera, Ketahn?

—Hasta que oscurezca.

Telok golpeó una pata sobre el tronco con un ritmo lento y suave.

—La mayoría de ellos estarán exhaustos mucho antes de que caiga el sol.

Abajo, Lacey se recogía su pelo pelirrojo y se lo apartaba del cuello, retorciéndolo en un tosco moño. La nuca le brillaba de sudor. La atención de Telok se posó en ella y permaneció allí.

—Tenemos que averiguarlo —dijo Ketahn.

Ivy dividió las crestas doradas restantes y las repartió entre los demás, sin dejar ninguna para ella. A pesar de la tensión que provocó en la mandíbula de Ketahn, continuó.

—Debemos descubrir sus límites y superarlos. Los Garras, a pesar de su cobardía, no descansarán mientras nos busquen.

—De poco nos servirá si estos *huu-nanos* ni siquiera pueden mantenerse en pie para cuando

regresemos —Telok giró la cabeza para mirar a Ketahn—. Los trajimos aquí para enseñarles.

—Y para aprender, amigo mío —Ketahn se encontró con la mirada de Telok—. Tenemos tanto por aprender como ellos.

Una vez que entregaron la última cresta dorada a Ella, que cerró una mano temblorosa en torno a ella, Ketahn les ordenó que continuaran. Él y Telok permanecieron en alto, cubriendo los flancos. Rekosh y Urkot volvieron al suelo, el primero ocupando la retaguardia de la formación, el segundo su delantera. Ahnset, con Ella de nuevo sobre sus patas traseras, se situó en el centro, como el imponente corazón del grupo.

Tal disposición era habitual en las partidas de caza de los vrix desde hacía generaciones. El rastreador principal al frente, vigilando todos los ángulos, protegiendo todos los flancos.

Por supuesto, todos los miembros de una partida de caza vrix llevaban lanzas, y estos humanos iban armados solo con los pequeños cuchillos de metal que habían encontrado en la nave, excepto Ivy, que llevaba la lanza que se había fabricado. Eso tendría que remediarlo pronto. Afortunadamente, Urkot había traído unos trozos de roca negra que servirían como puntas de lanza.

Las lecciones continuaron durante toda la mañana: tanto los vrix como Ivy señalaban plantas características, huellas de animales y otros peligros, y el grupo se detenía de vez en cuando para que Ketahn pudiera mostrarles las cosas con más detalle.

Cuando les llevó a un árbol infestado de larvas, les indicó los signos de la infestación y les demostró cómo levantar la corteza para llegar a las larvas gordas que había debajo, algunos de los humanos palidecieron.

Ketahn arrancó una larva que se retorció, se la metió en la boca y la mordió. Se oyó un estallido cuando reventó entre sus dientes.

Después de aquello, la mayoría de los humanos tenían mala cara.

—Por alguna razón verlo por segunda vez es aún peor —murmuró Ivy, dándose la vuelta.

A Ketahn no le sorprendió su reacción y, por lo tanto, tampoco le sorprendió que los demás reaccionaran de forma similar. Pero le pilló desprevenido que tanto Lacey como Will se acercaran y dijeran que probarían las larvas. Cole se ofreció voluntario inmediatamente después de Will, lo que volvió a dar a Ketahn la impresión de algún ritual de apareamiento subyacente, como si Cole se creyera en competencia con los otros machos.

Los tres humanos pusieron caras de incertidumbre mientras se metían en la boca unas larvas que se retorcían: los labios hacia abajo, las cejas fruncidas y la nariz arrugada.

A Ketahn no se le escapó el brillo extrañamente orgulloso de los ojos de Telok, que volvían a estar fijos en Lacey.

—Dios, qué raro —dijo Lacey después de masticar y tragar. Un escalofrío la sacudió—. Uf, ¿por qué habré hecho eso?

—Ya ves —Will bebió de uno de los odres, haciendo esa extraña cosa humana en la que agitaba el líquido en la boca, hinchando las mejillas de un lado a otro, antes de escupirlo al suelo—. Ese sabor no cuadra con la textura.

Cole tragó saliva, y las comisuras de sus labios se despegaron hacia atrás, haciendo que las cuerdas de su cuello sobresalieran brevemente. Soltó un suspiro áspero y sacudió la cabeza.

—No está mal.

Lacey sacó la lengua y arrugó la nariz.

—Sabe como a nueces y madera trituradas en una pasta viscosa.

Will asintió, mirando a Cole por el rabillo del ojo antes de beber otro largo trago de agua.

Nadie más quiso probar suerte a pesar de las insinuaciones de Ketahn.

Ivy soltó una risita y golpeó la pata de Ketahn con la cadera.

—¿Ves? No soy solo yo.

Ketahn carraspeó, y el grupo reanudó su camino. Aunque los humanos mostraban signos de cansancio, los presionó para que fueran un poco más deprisa, guiándolos por una ancha raíz que conducía a lo alto de los árboles. El viaje por esos senderos como él esperaba: mal.

Ivy se las arreglaba bien, aunque su paso era más lento de lo normal, pero los demás se mostraban inseguros e incluso más lentos que ella.

Telok y Ketahn se miraron cuando los humanos intentaban cruzar de la raíz a una rama baja.

Entre los dos vrix se produjo un momento de comprensión. Su verdadero viaje, su huida de Takarahl, sería lento, difícil y extremadamente peligroso, sobre todo porque tendrían que hacerlo casi enteramente por tierra.

Sin embargo, Ketahn estaba animado. Los humanos se habían quejado poco a pesar de su evidente incomodidad. Habían estado atentos, y les había visto ayudarse los unos a los otros de pequeñas maneras a lo largo del día. Estaban lejos de ser experimentados, y pasaría un tiempo antes de que trabajaran juntos como si fuera algo instintivo, pero había posibilidades.

Cuando los primeros matices anaranjados de la puesta de sol aparecieron en el cielo, Urkot se encontró por casualidad con un nurunal, al que mató de un lanzazo. Mientras Urkot recogía al animal flaco y peludo y se lo echaba al hombro, aún empalado en la lanza, Telok guio al grupo hasta un claro cercano.

Ahmya, que había estado tan callada hasta ese momento que habría sido fácil olvidar que la pequeña humana estaba allí, aspiró con fuerza.

Ketahn se tensó, levantó la lanza y se giró hacia ella; un sonido así significaba peligro. En el límite de su visión, Rekosh ya avanzaba hacia la hembra, que se había dirigido al borde del claro. Estaba delante de una planta de hojas anchas y flores de tallo largo.

A Ketahn se le erizaron los pelos. Sus ojos recorrieron la jungla que rodeaba a Ahmya e inspiró profundamente por las fosas nasales, buscando señales de depredadores cercanos.

—¿Qué pasa, Ahmya? —preguntó Ivy, dando un paso hacia la humana de pelo oscuro.

Ketahn se apresuró a colocarse entre Ivy y Ahmya. Si había una amenaza invisible, no dejaría a su compañera expuesta a ella.

—Estas flores —respondió Ahmya, moviendo lentamente la cabeza—. Son *increíbles*.

—¿Asustas a todo el mundo porque has visto unas malditas flores? ¿Qué demonios? —gruñó Cole.

—¿Cuántas especies de flores alienígenas has visto? —respondió Ahmya distraídamente. Extendió la mano hacia la flor más cercana.

Sus pétalos eran largos y finos, acampanados y afilados en sus extremos. Eran de un azul intenso y vibrante, aunque si se giraba la cabeza podían parecer púrpuras, con vetas carmesíes que se dirigían hacia el centro. Los largos tallos que crecían desde esos centros tenían pequeños racimos rojos en sus extremos.

La mano de Ahmya se detuvo en el aire. Miró a Ketahn y a Ivy por encima del hombro.

—¿Es seguro tocarlas?

Ketahn asintió. Ahmya sonrió y volvió a centrar su atención en la flor. Con una delicadeza inimaginable, rozó un pétalo con la punta de los dedos. El ligero movimiento causado por su tacto hizo que el pétalo brillara oscilando entre el azul y el púrpura.

—¿También puedo quedarme a oler las *roohsas*? —preguntó Cole.

—Ve a hacer fuego —dijo Ketahn—. Hay carne que preparar.

Cole emitió un sonido amargo y divertido a partes iguales y se alejó.

Ketahn no miró al macho humano; estaba demasiado interesado en lo que ocurría delante de él.

Rekosh se acercó lentamente a Ahmya, con la cabeza ladeada y los ojos fijos en ella.

—Se llaman flores de lanza.

Ahmya se incorporó y dirigió su atención hacia Rekosh.

—Yo... yo...

—¿Te parecen bonitas? —preguntó Rekosh con suavidad.

—Dice que son flores de lanza —explicó Ketahn—, y pregunta si son bonitas.

La expresión de la pequeña mujer se relajó, dejando en su mirada un brillo solo de alegría. Sonrió a Rekosh y asintió.

—De las más bonitas que he visto en mi vida.

Después de que Ketahn tradujera sus palabras, Rekosh ronroneó. Miró brevemente las flores.

—Para los vrix, son muestras de recuerdo. Los pétalos son lanzas de cazadores, de guerreros, y el rojo es la sangre que se ha derramado para permitir la supervivencia de nuestra especie. Las flores de lanza son un recuerdo de todos los que se han ido... Pero también son esperanza para el futuro. Significan sufrimiento y dolor, pero también significan *vida*.

Ivy se había acercado a Ketahn mientras Rekosh hablaba. Cogió a Ketahn de la mano y le dio un afectuoso apretón. Él cerró suavemente su mano alrededor de la de ella y le repitió a Ahmya las palabras de Rekosh.

La sonrisa de Ahmya se suavizó, al igual que algo en su mirada.

Dejando a ambos con sus flores, Ketahn e Ivy se volvieron hacia el resto del grupo. Los humanos ya tenían un pequeño fuego encendido. Ketahn sintió una pequeña punzada de lástima por ello; le fascinaba la pequeña herramienta que utilizaban para encender la leña. Era más rápido y eficaz incluso que los mejores métodos practicados por los vrix, y deseaba volver a verlo en uso.

Una vez que el fuego estuvo más avivado, Rekosh, Urkot y Telok formaron un círculo disperso alrededor del grupo. Ketahn e Ivy se unieron a los humanos y a su hermana cerca del fuego, y él les explicó cómo despellejar al nurunal, que, según Will, se parecía un poco a algo llamado *zaarigu-eiah*. Volvió a sorprenderse cuando Ella pidió intentarlo. A pesar de su estado, mantuvo la mano firme y usó el cuchillo con confianza y naturalidad.

Apenas necesitó ayuda para desollar al animal, aunque Cole la ayudó a mover el cadáver y a despellejarlo cuando resultó un esfuerzo excesivo para sus escasas fuerzas.

Ella dejó que Cole terminara de quitar la piel de la criatura y se sentó, limpiando el cuchillo con una hoja.

—A veces tenía que hacer lo mismo en la granja —dijo, sonriendo mientras Ivy descorchaba un odre de agua y enjuagaba las manos de Ella—. Al principio no me gustaba mucho, pero al cabo de un tiempo... te acostumbras.

—Solo es carne, ¿no? —dijo Will, con la voz un poco temblorosa.

—Todos somos solo carne —dijo Cole.

Ketahn casi carraspeó ante aquello; le había dicho lo mismo a Ahnset no hacía mucho. Inclino la barbilla hacia Cole.

—Una buena lección. Siempre hay algo más grande en la Maraña que piensa que somos comida.

—Nunca pensé que nos desplazarían al fondo de la cadena alimentaria —dijo Callie.

Cole sacó su propio cuchillo y lo colocó sobre el nurunal desollado.

—Tendremos que volver a subir.

Ketahn le enseñó a trincar el animal y pronto tuvieron la carne asándose sobre las llamas. El sabroso aroma llenó el aire, despertando destellos hambrientos en los ojos de los humanos, y el grupo se acomodó alrededor del fuego, permitiéndose por fin descansar.

Hacía mucho tiempo que Ketahn no se unía a una partida de caza. La mayor parte de sus viajes por la Maraña los había hecho en solitario hasta que encontró a Ivy, y su compañía era tan natural, tan fácil, que nada le parecía bien sin ella. Tardaría en adaptarse, pero le sentaba bien volver a tener a sus amigos con él. Se sentía bien tener un grupo formado en torno a él e Ivy. Tener... una tribu.

Bajó al suelo, a un par de segmentos del fuego, e Ivy se sentó sobre sus patas delanteras, que formaban una cuna, con el hombro apoyado en su pecho.

—¿Volvemos después de comer? —preguntó.

Ketahn miró hacia el cielo.

—Sí, pero seguiremos un camino diferente. Hay mucho más que enseñar y muy poco tiempo para ello —Cuando bajó la mirada, encontró a Ivy jugueteando distraídamente con el material de su mono con dedos inquietos, con la cabeza inclinada.

—Esto ha estado bien, ¿no? —preguntó ella con voz pequeña y suave—. Yo... intento ayudar, pero todavía hay muchas cosas que no sé, y...

Cogiéndole la mejilla, Ketahn levantó la barbilla de Ivy, obligándola a mirarle. La incertidumbre en sus ojos, aunque solo fuera un indicio, le desgarró su hilo del corazón.

Se inclinó hasta acercar su rostro al de ella.

—Lo has hecho muy bien, mi Ivy. Como siempre, has hecho que se me hinche el pecho.

Ella le miró durante varios latidos, buscando algo, antes de que una luz brillara en sus ojos. Le rodeó el cuello con un brazo, tiró de él hacia abajo y le acercó a la boca aquellos labios suaves y blandos, y pasó delicadamente la lengua por la suya. Con un ronroneo, Ketahn introdujo los dedos en su pelo para acunarle la nuca y la rodeó con los brazos, deseando y *necesitando* más de ella.

Una dichosa eternidad después, ella se retiró. Tenía los ojos brillantes de pasión, las mejillas teñidas de rosa y los labios curvados en una sonrisa burlona.

—Apuesto a que no es lo único que puedo hacer que se hinche —susurró.

El sonido que retumbó en el pecho de Ketahn fue mitad gruñido, mitad silbido, totalmente primitivo.

—Ay, mi hilo del corazón... Mi dulce *nyleea*... —Sus cierres se extendieron para rodear las caderas de ella.

El calor del aire de la jungla no era nada comparado con el calor que ella despertaba bajo su piel.

Ivy rio con deliciosa maldad y se agarró a su pelo recogido.

—Pero ahora no, hombre araña.

Ketahn gruñó.

—¿Ni siquiera si finjo que no me has llamado así?

—Joder, que estamos aquí —dijo Cole—. Los demás no tenemos por qué ver esa mierda amorosa.

El calor dentro de Ketahn pasó de la pasión a la rabia en un instante. Sus músculos se tensaron, sus dedos se crisparon y sus mandíbulas se abrieron. Pero aquella furia se detuvo cuando Ivy le revolió el pelo entre los dedos y estiró su sonrisa hasta convertirla en una mueca; no hizo ningún otro gesto a Cole.

—No te vendría mal ponerte en contacto con tu lado más sensible por una vez, tío —dijo

Diego en un tono tranquilo y relajado—. No te hace ningún bien estar tan nervioso todo el tiempo.

Will y él estaban sentados cerca de Ella, que estaba apoyada en las extremidades posteriores de Ahnset con los ojos cerrados.

—Sí, bueno... el estrés fortalece —replicó Cole—. Así es la *evohluziôh* humana.

—Hasta cierto *puntoh* —dijo Callie—. Estamos *prehpa-raadoh* para soportar ciertos niveles de estrés como *mekanizmoh* de defensa, pero...

Ivy giró la cabeza para mirar a los demás, y Ketahn bajó la mano de su barbilla, rodeándola con el brazo.

—El estrés constante es *per-judiziaah* para la salud —zanjó Diego.

—Yo solo... —Cole suspiró con fuerza y recorrió con la mirada al grupo, con una expresión difícil de leer—. No necesito que todo el mundo se me eche encima todo el tiempo, ¿sabes?

—No lo hacemos —dijo Ivy con suavidad.

Will estiró las piernas hacia delante y se quitó un poco de suciedad de la pernera del mono.

—Cada uno lo afronta a su manera, pero todos estamos juntos en esto. Simplemente... tenemos que darnos un poco de margen unos a otros, ¿vale?

Cole asintió y se pasó los dedos por el pelo, posando los ojos en Ivy.

—Sí. Sí, lo entiendo.

La sonrisa de Ivy era sincera y amable; Ketahn casi gruñó al verla dedicársela a Cole. Era la compañera de Ketahn, y solo Ketahn debería haber recibido tales miradas de ella. Su abrazo con ella se hizo más posesivo y entrecerró los ojos hacia Cole.

—¿Qué están diciendo, Ketahn? —preguntó Ahnset.

Llevaba todo el día rodeada de seres a los que no podía entender. Ketahn estaba familiarizado con esa frustración. Ya había tenido bastantes problemas cuando era Ivy la que le hablaba en un idioma que no podía entender.

Ketahn aplacó su ira y se dio unos instantes para elaborar una respuesta.

—Estos humanos no están unidos por la sangre y no se conocían antes de despertar de su sueño. Aún están creando vínculos entre ellos. Tejiendo los hilos entre ellos.

—Las cosas serán difíciles, pero estamos juntos en esto —dijo Callie—. Todos somos importantes.

Los cierres de Ketahn apretaron las caderas de Ivy, y en voz baja y ronca, susurró:

—Ninguno tanto como tú, mi *nyleea*.

Ella se acurrucó contra él, acariciándole el pecho con la mejilla.

—Sobre todo Cole —dijo Will—. No veo cómo vamos a hacer un nuevo hogar aquí sin una *terrahza* impresionante en la que *deskansah*.

Los humanos se rieron y los *vrix* intercambiaron miradas confusas entre sí. Ketahn no se molestó en explicarlo; tampoco estaba seguro de lo que quería decir Will.

Afortunadamente, las risas parecieron romper la tensión. Telok, Urkot y Rekosh se acercaron, y los humanos y los *vrix* no tardaron en intentar enseñarse palabras en sus respectivas lenguas. Ivy traducía, sonriendo y riendo junto con los demás cuando tropezaban con la pronunciación, o cuando Rekosh, con exagerada seriedad, se esforzaba por producir el sonido humano de la “m”. Aunque Rekosh no explicó por qué estaba tan empeñado, Ketahn pudo adivinar la razón de su amigo.

El nombre de Ahmya tenía ese sonido.

Ketahn permaneció en silencio; se contentaba con disfrutar de la cercanía de su compañera.

Habían pasado muchas cosas en los últimos días y había perdido mucho tiempo con Ivy. Al

menos afrontaría los días venideros con ella a su lado. Eso lo significaba todo, independientemente de los retos que les esperaran.

—Son como crías —dijo Ahnset, llamando la atención de Ketahn hacia ella. Estaba en posición baja, con las patas delanteras dobladas y recogidas parcialmente debajo de ella, mirando fijamente a Ella. Había clavado su lanza de guerra en el suelo, a su lado; su eje sobresalía por encima de todos los presentes.

—Pero no son crías —replicó Ketahn con suavidad—, y no podemos tratarlos como tal.

—Lo sé, hermano de cría —Ahnset levantó una mano, con los dedos separados, y señaló su rostro—. Está en sus ojos. Están perdidos, confusos, asustados, tristes... pero no son crías. Tienen fuego en los ojos.

—Sí —dijo Rekosh con un chasquido de sus mandíbulas. Se apartó del grupo, observando la jungla—. Después de todo, ¿qué clase de crías podrían haber creado un medio para viajar entre las estrellas y dormir durante cientos de años sin morir?

—No somos crías —dijo Ivy con una sonrisa de satisfacción, pronunciando cuidadosamente las palabras vrix—, pero a pesar de todas las maravillas que hemos hecho, a menudo actuamos como niños.

Ante la mirada interrogante de Ahnset, Ketahn explicó el significado de la palabra humana *niños*. Ella gruñó, apoyó las manos inferiores en las patas delanteras y volvió a centrar su atención en Ella.

Ahnset siempre había sido protectora, incluso antes de convertirse en Colmillo. Se había hecho cargo de Ella, al menos por ahora, y nadie, ni los humanos ni los vrix, podría pedir una protectora más capaz que Ahnset tes Ishuun'ani Ir'okari.

Ojalá no tuvieran que separarse dentro de unos días; echaría muchísimo de menos a su hermana de cría.

Telok se ocupaba de asar la carne mientras Urkot y Rekosh se mantenían cerca del grupo, ambos de pie para vigilar, aunque su atención se desviaba a menudo hacia los humanos.

Había sido un buen día de enseñanza y aprendizaje, de convivencia, a pesar de las diferencias de aspecto y lengua. Pero el día no había terminado. Si tomaban un camino más serpenteante en su viaje de regreso, se encontrarían cerca del foso al anochecer, tal y como Ketahn había planeado: quería que conocieran la Maraña en la oscuridad.

Por desgracia, a la jungla, igual que a la reina Zurvashi, no le importaban en absoluto los planes de Ketahn.

Un rugido resonó entre las ramas, gutural y oscilante.

Los corazones de Ketahn se aceleraron y sus finos pelos se erizaron al girar la cabeza hacia el rugido. Todos los demás habían hecho lo mismo.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Ahmya.

—El hijo *bastaardoh* de un *leoon* y una *moorsah* —respondió Cole sin una pizca de temblor en la voz.

—Un yatin —dijo Ketahn, levantándose y ayudando a Ivy a ponerse en pie.

—Trescientos segmentos —roncó Telok—, quizá un poco más.

Urkot golpeó una pata contra el suelo.

—O un poco menos.

—¿Debo entender que ese sonido es malo? —preguntó Will.

Un segundo rugido sonó desde otra dirección, más profundo y áspero que el primero y solo un poco más lejos.

—Todos arriba —dijo Ketahn, recogiendo un par de lanzas del suelo. Le entregó a Ivy su

arma—. Recoged todo. Rápido.

—¿Hay más de una de esas cosas? —preguntó Lacey mientras recogía los odres que habían dispuesto para la comida.

—Dos machos —Ketahn se acercó a Ahnset y Ella, levantó a la humana enfermiza y la colocó sobre las extremidades posteriores de su hermana de cría—. Se están desafiando mutuamente, para ganar este terreno.

—¿Una *pehleea poh* el *territoorioh*? —Diego se echó una bolsa al hombro mientras se levantaba—. ¿No podemos dejar que se enfrenten?

Ketahn ayudó a Ahnset y Ella a unir sus torsos con una cuerda y negó con la cabeza. Rekosh, Urkot y Telok ya habían tomado posiciones alrededor del grupo, con sus lanzas preparadas, y Ahnset había recogido del suelo su poderosa lanza de guerra.

Extendiendo un brazo, Ketahn señaló en dirección al foso mientras pateaba furiosamente tierra húmeda sobre el fuego.

—Rápido.

En algún lugar a lo lejos, la madera crujió como un trueno. Tanto si se trataba de ramas como de un árbol entero, significaba que uno de los yatines se estaba moviendo.

—Vamos —gruñó Ketahn a los humanos, que tenían los ojos muy abiertos.

El grupo se puso en movimiento. Ivy, que llevaba su pequeña lanza en un puño cerrado, iba en la retaguardia, justo delante de Ketahn, que se había colocado deliberadamente en la retaguardia. Él había liderado este viaje. Sería el primer escudo entre sus compañeros y cualquier amenaza.

A pesar de su cansancio, los humanos viajaban a un ritmo decente, ayudándose mutuamente a sortear los inevitables obstáculos esparcidos por el suelo de la jungla.

—¿Esas cosas son *karniivorah* o *herbiivorah*? —preguntó Callie sin aliento.

Ketahn miró hacia Ivy; previendo su falta de comprensión, le proporcionó una traducción sencilla. Si la situación no hubiera sido tan grave, habría preguntado por qué los humanos necesitaban palabras tan extrañas para decir si los animales comían carne o plantas.

—Los yatines comen plantas —dijo.

El primer yatin volvió a llamar, desde mucho más cerca que antes.

—Modelador, deshazme —refunfuñó Urkot.

—Guardiana, protégenos —entonó Ahnset.

—¿Qué demonios importa lo que coman? —exclamó Cole. Sostenía su cuchillo metálico en una mano, con la hoja inclinada hacia abajo. El arma atravesaría la piel de un yatin, pero era improbable que infligiera heridas significativas a una bestia así.

—No importa —dijo Ketahn, observando cómo el cabello dorado de Ivy rebotaba y se agitaba con cada uno de sus pasos.

—Solo quería saber si estamos a punto de ser pisoteados o devorados —dijo Callie.

El segundo yatin hizo su llamada de desafío; por desgracia, también estaba más cerca.

—Deben de haber captado nuestro olor —dijo Telok por encima del hombro.

—Tenemos que alejarnos del suelo —dijo Ahnset.

—No podemos trasladar a todos los humanos lo bastante rápido. Incluso dos de ellos a tu espalda te impedirían subir, Ahnset —dijo Rekosh.

Ketahn gruñó, luchando contra el impulso de acortar la distancia entre él e Ivy para poder cogerla en brazos y correr hacia un lugar seguro.

—El zarzal de espinas que pasamos antes. Ese es nuestro objetivo, Telok.

Urkot chasqueó las mandíbulas.

—¿Será suficiente?

—Tendrá que serlo.

Los finos pelos de Ketahn seguían erizados y sus corazones latían rápidamente. El calor brotaba bajo su piel. Conocía esta sensación, la reconocía; eran los momentos previos a la batalla, cuando todo adquiría una claridad asombrosa y fría.

Los humanos respiraban con dificultad, varios de ellos sudaban más que antes, pero ninguno flaqueaba ni se quedaba atrás. Ivy había dado a Ketahn una idea de la fuerza de voluntad humana; tal vez era incluso más fuerte de lo que había imaginado.

—¿Por qué nos persiguen? —preguntó Lacey entre jadeos.

—Los yatines pueden oler desde lejos —respondió Ketahn—. Y nos han olido en su terreno.

—Suenan enormes —Will echó un vistazo sobre su hombro, casi tropezando con una raíz expuesta cuando un yatin rugió de nuevo—. ¿Por qué nos consideran una amenaza?

—Huelen los vrix y saben que somos cazadores —Ketahn ajustó su lanza y preparó la cuerda de seda que llevaba atada. A través de sus patas, sintió las vibraciones de los yatines acercándose cada vez más—. Huelen a los humanos y tampoco os reconocen. Ambos representan una amenaza.

—Joder —espetó Cole.

A pesar de todo, Ketahn no pudo evitar admirar la versatilidad de aquella palabra.

—Ahí —llamó Telok.

El zarzal de espinas apareció a la vista de Ketahn mientras cruzaba por encima de un tronco hueco y podrido, después de haber ayudado a Ivy a pasar un momento antes, no porque ella no pudiera hacerlo por sí misma, sino porque los yatines estaban tan cerca que él podía oír sus resoplidos furiosos.

Unas zarzas enmarañadas, algunas tan gruesas como las raíces de un árbol, se alzaban desde el suelo de la jungla, creando una extensión de vegetación densa y espinosa, plagada de lianas y plantas trepadoras. A la escasa luz del sol, las sombras entre los espinos eran más profundas y densas que en cualquier otro lugar.

—¿Ahí es adonde vamos? —preguntó Diego con incredulidad.

—Vamos —gruñó Ketahn. Solo se había alejado veinte segmentos del tronco cuando este se hizo añicos con un crujido estremecedor a sus espaldas.

Los humanos dieron un grito ahogado y miraron por encima del hombro, aterrorizados, y algunos de ellos tropezaron o ralentizaron el paso al hacerlo.

Ketahn podría haber gritado también, pero no podía permitirse perder el tiempo y el esfuerzo que habría requerido. Quería que los humanos aprendieran lo peligrosa que podía ser la Maraña. Pues bien, esta era una demostración perfecta: unos yatines machos luchando por el territorio era uno de los espectáculos más aterradores y violentos que se podían contemplar bajo el follaje de la jungla.

Los vrix cazaban yatins, sí, pero siempre en grandes grupos y siempre desde arriba.

—Urkot, Ahnset —gritó Ketahn sobre el estruendo de los cascos—, ¡lleaos a los humanos!

Sin perder una zancada, Urkot hizo una seña a los humanos y corrió a toda velocidad. Telok y Rekosh retrocedieron para unirse a Ketahn, llevando en la mano las cuerdas de seda atadas a sus lanzas. Ahnset chasqueó los colmillos de su mandíbula y se apresuró a seguir a los humanos.

Ivy miró hacia atrás cuando se acercó a la abertura del zarzal, con el ceño fruncido y los ojos azules brillantes de preocupación. Sus ojos se agrandaron cuando miró más allá de Ketahn; en el tiempo que llevaba aquí, había visto muchas criaturas, pero los yatins eran nuevos para ella.

Ketahn esperaba que sus ojos transmitieran el mensaje que latía en su hilo del corazón

cuando se encontró con la mirada de su compañera.

Pronto estaría con ella.

Levantó la lanza y giró para enfrentarse al yatin que cargaba contra él.

Capítulo Dieciocho

El yatin era el resultado de la combinación de bestias de una pesadilla. El cerebro de Ivy no podía decidir a qué criatura de la Tierra se parecía más; tenía rasgos de jabalí, alce, toro y elefante, y era más grande que todos esos animales. Incluso Ahnset parecería pequeña al lado del yatin, que debía de medir al menos cuatro metros y medio de altura hasta sus enormes y poderosos hombros, y probablemente tenía el doble de longitud.

Ivy no sabía si llamar astas o cuernos a las enormes protuberancias óseas que tenía a los lados de la cabeza. En cualquier caso, eran aterradoras, anchas y planas como los cuernos de alce en algunas partes, pero se ensanchaban hasta convertirse en puntas malvadas. Un par de colmillos gruesos y manchados sobresalían de su boca, curvándose hacia arriba en ganchos sin filo pero mortales. Su cuerpo estaba repleto de músculos bajo una piel cicatrizada de color marrón claro, con una gran mancha de pelaje desgredado en la parte superior del grueso cuello que se extendía más allá de sus enormes hombros.

Hasta ahora, lo único que sabía de los yatines era que los vrix utilizaban sus pieles para fabricar cuero.

«No vale la pena enfrentarse a eso ni siquiera por el cuero más sublime».

Y Ketahn, Rekosh y Telok se habían vuelto para luchar contra la bestia.

—¡Venid! Rápido, *huu-nanos* —bramó Urkot en vrix, haciendo señas a los humanos para que pasaran por debajo de una enredadera en forma de arco repleta de espinas de varios centímetros de largo.

Ahnset se detuvo en seco, con sus gruesas patas clavadas en el suelo, y giró para mirar al yatin y a los otros machos. Ella se aferraba a las patas traseras de Ahnset con una fuerza desesperada que contradecía su estado.

Con un rugido ensordecedor, un segundo yatin igual de grande que el primero irrumpió de entre la maleza desde otra dirección, con sus enormes pezuñas abriendo un camino de destrucción. Chocó contra la primera bestia. Su piel y sus músculos se sacudieron con el impacto. Cuernos y colmillos chocaron con agudos y estrepitosos chasquidos de hueso contra hueso.

—Llévate a Ella —gritó Ahnset.

Ivy la miró y vio que la vrix se afanaba en sujetar la cuerda que mantenía a Ella sobre ella; los grandes dedos de Ahnset lidiaban con el nudo. Antes de perder más tiempo, Ahnset enganchó una garra bajo la cuerda y la cortó.

Ivy corrió al lado de Ahnset y ayudó a Ella a bajar. La enfermiza mujer se desplomó sobre el suelo con un grito ahogado, y todo su peso cayó sobre Ivy. Por suerte, Diego también se había

aproximado a toda prisa y ayudó a agarrar a Ella antes de que Ivy y ella pudieran caerse.

Echándose los brazos de Ella sobre los hombros para soportar su peso, Ivy y Diego la llevaron hasta la entrada, agachando la cabeza para pasar por debajo.

—Ven, Ahnset —dijo Urkot.

—No podré entrar —contestó Ahnset, cogiendo su lanza con la mano derecha y tirando del garrote repleto de fragmentos de roca negra que llevaba en el cinturón con la mano superior izquierda—. Llévalos más adentro.

—Rápido, *huu-nanos* —gruñó Urkot. Agachado, se adelantó a los demás y se adentró en las espinosas enredaderas, avanzando por una abertura que parecía un túnel.

Los rugidos y el estruendo de la vegetación le hicieron mirar hacia atrás mientras Diego y ella seguían a los demás.

No pudo ver a Ketahn ni a los otros machos. Solo a Ahnset, que se mantenía firme ante la entrada, y al segundo yatin más allá de ella. Se había alejado de la primera bestia y se abalanzaba sobre la hembra vrix.

A Ivy se le hizo un nudo en el estómago y se le heló la sangre. Sentía que las piernas le pesaban miles de kilos.

Ahnset se apartó de un salto en el último momento. Ivy creyó ver cómo la lanza de la vrix se clavaba en las costillas de la bestia justo antes de que el yatin se estrellara de cabeza contra la masa de enredaderas espinosas.

Los demás humanos gritaron cuando la vegetación se rompió y se agitó con las sacudidas del yatin, y trozos de madera y espinas salieron despedidos hacia el interior. Ivy no sabía si su propia voz se oía entre los gritos, o si había emitido algún sonido.

Aunque no podía apartar la mirada de la bestia y sus colmillos, cada uno de los cuales parecía casi tan largo como ella, de algún modo mantuvo las piernas en movimiento.

Con las fosas nasales dilatadas por grandes resoplidos, el yatin hundió más la cabeza entre las espinas. A través de la vegetación desmoronada se abrió paso la luz suficiente para que Ivy viera la sangre oscura que brillaba sobre el hocico de la bestia.

Con una serie de resoplidos y gruñidos de dolor, el yatin se liberó de las espinas.

Urkot gritó con su voz profunda y potente que se movieran; su tono fue suficiente para romper la barrera del idioma, y todos los humanos se apresuraron a unirse a él. La respiración de Ivy entraba y salía de sus pulmones, y cada músculo de su cuerpo ardía, incluso con aquel gélido terror en la sangre. De algún modo, se había aferrado a su lanza. Dudaba que sirviera de algo contra animales tan monstruosos, pero ya era *algo*.

El grupo se adentró aún más, agachándose y contorsionándose mientras las espinas se les enganchaban en el pelo y la ropa. Ivy sintió que algunas de aquellas espinas la arañaban con fuerza suficiente para desgarrarle la piel, pero no sintió dolor. La adrenalina se estaba encargando de ello.

Al menos por ahora.

El ruido del exterior de la zarza no disminuía apenas; sonaba como si una manada de bestias en estampida estuviera derribando toda la jungla. Rugidos, gruñidos y bufidos llenaban el aire, algunos eran más agresivos, otros de dolor.

Pero no oyó a los demás machos vrix.

«*Por favor, que estés bien, Ketahn. Por favor, que todos estén bien*».

—Cuidado al pasar por aquí —dijo Diego, atrayendo de nuevo la atención de Ivy hacia delante.

Urkot y los demás habían pasado por un espacio bajo y ancho, por el que debieron arrastrarse

boca abajo para entrar, y ahora era el turno de Ivy, Diego y Ella. Por suerte, Ella tenía fuerza suficiente para mover las piernas mientras estaban agachados. Tras mucho esfuerzo y luchar contra innumerables espinas que se les clavaban, salieron a una zona sorprendentemente abierta en la que parecía que las plantas y enredaderas habían sido despejadas deliberadamente. Urkot y los demás estaban de pie en el centro, con sus formas ensombrecidas y lúgubres en la penumbra.

—Prepara tu lanza, Ivy —dijo Urkot con voz tensa apenas perceptible por encima del estruendo de la batalla de fuera. Tenía las patas abiertas en una postura amplia y firme, y su mirada estaba fija en el otro extremo del claro, donde había varios senderos más entre la vegetación, iguales al que acababan de atravesar. Eran como túneles excavados en la zarza, e Ivy no tenía muchas ganas de averiguar qué los había hecho.

—¿Puedes arreglártelas solo, Diego? —preguntó Ivy. Los nudos de su estómago se duplicaban, incluso triplicaban, se hacían cada vez más pesados y se hundían más y más.

—Yo os ayudo —Ahmya se acercó a ellos.

Ivy intercambió el lugar con Ahmya y pasó el brazo de Ella sobre los hombros de la más pequeña. Ella se inclinó un poco más hacia ese lado y Diego se inclinó levemente para compensar.

—La tengo —dijo Diego—. ¿Estás bien, Ella?

Ella asintió levemente con la cabeza.

—Ajá...

El trío se unió a los demás. Ivy empuñó la lanza con ambas manos y caminó alrededor del grupo. Su bota chocó contra algo pequeño y duro, y miró hacia abajo.

El suelo estaba cubierto de hierba seca, hojas y restos que se concentraban en el centro. Algunos de esos restos eran ramitas, ramas y trozos desmenuzados de lianas. Pero, a pesar de la escasa iluminación, sabía que parte de ellos eran claramente... huesos.

«*Esto es un nido*».

—Mierda —Cole apartó de una patada un trozo de hueso con la punta de la bota, pues al parecer había llegado a la misma conclusión.

Tragando con fuerza, Ivy adoptó una postura firme junto a Urkot. Deseó que Ketahn hubiera tenido más tiempo para enseñarle a usar la lanza, que hubiera tenido más tiempo para practicar. Deseó que no estuvieran en una situación en la que la vida de la gente pudiera depender de su habilidad para utilizar el arma.

Sobre todo, deseaba que Ketahn estuviera a su lado, sano y salvo.

«*Es un cazador, Ivy. Un guerrero. Estará bien. Ahora mismo, tienes que centrarte en salir de esta con vida*».

Algo se movió entre la maraña de maleza que había delante, e Ivy apartó sus deseos para enfrentarse a la realidad, ajustando la sujeción de sus manos húmedas a la lanza.

Algo se movió en su visión periférica, y al mirar por encima vio a Will y Cole de pie junto a ella, cada uno con un cuchillo de supervivencia en la mano. Ambos tenían la cara cubierta de sudor, como una máscara a la luz mortecina.

—Xiskals —dijo Urkot, moviendo las mandíbulas—, y estamos en su nido.

A pesar de todo el ruido de la encarnizada lucha que se libraba al otro lado de las espinas, aquel claro, aquel nido, estaba en un silencio sepulcral. Ivy estaba segura de que los demás podían oír el palpitir de su corazón, que parecía a punto de salirse del pecho en cualquier momento.

Urkot soltó un gruñido grave y ronco.

—Diles que se junten. El grupo unido.

Asintiendo, Ivy repitió el mensaje. Los humanos se agruparon; Lacey y Callie, cuchillos en mano, se unieron a Will y Cole en un pequeño anillo defensivo con Ella en el centro, apoyada aún por Diego y Ahmya. Justo cuando se formó el grupo, se desató el infierno.

Algo chilló delante: el reclamo recordaba al de un ave rapaz. Fue correspondido por otros similares procedentes de los alrededores. Los sonidos se convirtieron en un coro amenazador.

Alguien gritó; parecía Callie.

Urkot se puso en movimiento antes de que Ivy pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Se lanzó hacia un lado, extendiendo los brazos derechos con la lanza mientras una forma negra saltaba hacia Callie desde una de las aberturas de las enredaderas espinosas.

La criatura lanzó un aullido de dolor cuando la cabeza de la lanza de Urkot chocó contra ella en el aire, invirtiendo bruscamente su impulso y estampándola contra el suelo. Se retorció en el extremo de la lanza, inmovilizada, cuando otras dos criaturas salieron a toda prisa de otros túneles.

De repente, la zarza circundante se llenó de siseos, gruñidos y chillidos. Ivy vio cómo Urkot tiraba de su lanza, que parecía clavada en el primer xiskal, antes de levantar el arma como si fuera un garrote y utilizar a la bestia que se agitaba para alejar a golpes a sus compañeros.

Otro xiskal surgió más cerca de Ivy. El corazón le dio un brinco hasta la garganta; su visión de la criatura fue breve, pero suficiente para grabar su rostro para siempre en su mente. Cuatro ojos brillantes, una piel correosa y moteada, garras largas y ganchudas y una hilera de pinchos a lo largo de la columna vertebral.

Clavó con fuerza su lanza antes de que el miedo pudiera paralizarla. La cabeza de roca negra golpeó la pata delantera de la criatura, se sacudió contra lo que debía de ser un hueso y se apartó, dejando un rastro de sangre a su paso.

Llegaron más bestias. Las estocadas de Ivy eran rápidas, salvajes y no especialmente precisas, pero luchaba con todas sus fuerzas, creando un muro de roca negra para proteger a sus compañeras. Era consciente de los gritos, chillidos y maldiciones de los humanos que se mezclaban con los aullidos, chillidos y siseos de las bestias, que se mezclaban con el estruendo de las pezuñas y los choques de la vegetación destrozada más allá de la zarza. Era consciente de Urkot, con su lanza partida en dos, utilizando las dos mitades del eje y sus garras para luchar contra las bestias que avanzaban en tropel.

Pero, sobre todo, era consciente de las personas, tanto humanas como vrix, a las que estaba desesperada por proteger, por las que ya se preocupaba.

Era consciente del macho al que amaba, que luchaba por salvarla incluso ahora. Por muy asustada o preocupada que estuviera, no permitiría que su esfuerzo, su riesgo, fueran en vano.

Ivy gritó, volcando en ello toda su tensa emoción, y clavó su lanza en el pecho de un xiskal.

Capítulo Diecinueve

Ni siquiera el ruido ensordecedor de los yatines desbocados pudo impedir que Ketahn oyera el grito de Ivy. Atravesó todos los demás sonidos y le penetró hasta la médula, rodeando su hilo del corazón y encendiendo un terrible fuego en su interior.

Sintió el miedo en su grito. Sintió el desafío, la ira, la pasión, la entrega. Y sintió su fracaso.

«*Mi compañera*».

La había enviado con Urkot y los demás para mantenerla a salvo. Pero ahora no podía llegar hasta ella. Ahora no podía estar a su lado para protegerla.

«*No*».

La palabra retumbó en las profundidades de su espíritu, cargada de poder.

Su compañera le necesitaba. Ya fuera un yatin enfurecido, una ciénaga hambrienta o la propia Zurvashi con todos los guerreros de Takarahl a sus órdenes, ningún obstáculo alejaría a Ketahn de Ivy.

El suelo tembló bajo él cuando el yatin contra el que luchaban él y Telok cargó. Ketahn abrazó las llamas de su pecho, deseando que ardieran aún más y aceptando su calor en sus miembros. Sus músculos se hincharon con una energía desesperada y erizada. Aquella bestia no era solo un obstáculo que le alejaba de Ivy: era una amenaza directa para ella.

Ketahn corrió hacia la bestia, con sus corazones latiendo más deprisa que el frenético golpeteo de las patas sobre el maltrecho suelo. El yatin resopló e inclinó la cabeza, dirigiendo hacia él sus enormes colmillos manchados.

Pronto estaría con Ivy.

Ketahn se lanzó hacia delante, estirando el cuerpo para atravesar el espacio entre el colmillo curvado del yatin y su ancho cuerno. La bestia apartó la cabeza como si quisiera atraparlo. El duro hueso del colmillo golpeó las patas de Ketahn con fuerza suficiente para interrumpir su trayectoria, pero no sintió dolor hasta que aterrizó.

La parte superior de su hombro izquierdo se llevó la peor parte del impacto al caer. El dolor le atravesó, como un eco del daño que Zurvashi le había infligido recientemente. Pero se retorció al caer y extendió la mano derecha, golpeando con ella el eje de la lanza que se le había caído. Sus dedos se cerraron en torno al arma y, aprovechando el impulso de su caída, rodó hasta que sus piernas volvieron a estar debajo de él.

Los xiskals chillaron en el zarzal de espinas, y los humanos gritaron con voces de pánico. Algo poderoso aferró su hilo del corazón y tiró de él con fuerza hacia los sonidos. Pero su visión se centró en el yatin.

La bestia se detuvo dando tumbos y golpeó con sus patas traseras el tronco de un árbol

cercano. La corteza se astilló, se agrietó y cubrió el suelo. El asta de una lanza, la de Telok, rebotó y se agitó en el costado del yatin, con la cabeza enterrada a demasiada profundidad para poder soltarla. Una docena de heridas más hacían que la piel de la criatura brillara con sangre oscura, pero Ketahn sabía que ninguna de aquellas heridas era mortal. Los esfuerzos de los cazadores no habían conseguido ni siquiera ralentizar a la bestia.

Entonces, Ketahn cargó contra la criatura, momentáneamente en desventaja. Sus miembros ardían con el fuego de su furia y desesperación. El yatin se echó a un lado, girando su voluminoso cuerpo para posar sus pequeños ojos oscuros sobre Ketahn. Rugió.

Ketahn le devolvió el rugido, con el áspero sonido desgarrándole la garganta. Sus manos trabajaron frenéticamente para enrollar la larga cuerda de seda que colgaba de su lanza, pero cuando saltó, aún no había acabado.

El yatin balanceó la cabeza hacia arriba, anticipándose a la trayectoria de Ketahn en el aire. Lanzó los brazos y las patas y se aferró a la cabeza de la bestia mientras descendía, agarrando cuernos, colmillos y pellejo. El aire salió de sus pulmones por el impacto y su estómago se agitó; por un instante, pareció que la bestia iba a arrojarle al vacío, pero se mantuvo firme.

El yatin resopló y sacudió la cabeza con furia. Sus pezuñas desgarraron montones de tierra húmeda y musgo y aplastaron la maleza, aumentando las sacudidas que asaltaban el cuerpo de Ketahn. Sus manos inferiores trabajaron con destreza, atando la cuerda de seda alrededor de los cuernos del yatin.

La jungla se arremolinó alrededor de Ketahn mientras el yatin giraba. Aunque no lo vio, sintió un objeto sólido e imponente que se le echaba encima, y el calor le recorrió la espalda. El yatin se lanzó hacia delante. Ketahn se agarró con fuerza a la cuerda y se lanzó hacia arriba sobre los cuernos de la bestia.

La cabeza inclinada del yatin se estrelló contra el árbol con una fuerza inmensa que resonó en cada fibra del ser de Ketahn, pero este salió ileso del golpe. La cuerda se tensó y se enroscó alrededor de la mano de Ketahn. Su cuerpo se sacudió, cayendo a un lado del grueso cuello del yatin; su peso tiró de los cuernos alrededor de los cuales estaba enredada la cuerda, retorciendo la gran cabeza de la bestia hacia un lado.

Con un gemido aturdido, el yatin retrocedió tambaleándose del árbol. Ese gemido se convirtió en un sonido de dolor cuando Telok se dejó caer sobre el lomo de la criatura y agarró la lanza que sobresalía de su costado.

—Enseguida vamos, Ivy —roncó Ketahn.

Clavando sus garras en el costado del yatin, Telok tendió una mano a Ketahn. Ketahn la cogió y se subió al lomo de la bestia.

Entre gruñidos de dolor, el yatin se agitó y se sacudió en un intento de librarse de sus inoportunos jinetes. Ketahn se aferró con sus garras y tomó un puñado del espeso pelaje del lomo del yatin. Tirando de la cuerda, levantó la lanza y la clavó en la espalda del yatin. La punta de la lanza rebotó en el duro hueso de la columna vertebral de la bestia y se hundió profundamente en el músculo de su cuello.

Los movimientos del yatin se volvieron más frenéticos, y sus chillidos más intensos. Chocó repetidamente contra el árbol, destrozando la corteza y haciendo llover ramitas y hojas desde lo alto.

Telok se abrió paso con sus garras justo detrás de Ketahn y agarró la cuerda. Juntos, tiraron de ella con fuerza.

Levantando su enorme cuerpo, el yatin se irguió sobre sus patas traseras; en esa postura era fácilmente tres veces más alto que un macho de los vrix.

Ketahn cedió la cuerda a Telok y se balanceó hacia abajo, agarrándose al cuello de la bestia. Acercó su rostro y cerró las mandíbulas sobre la piel relativamente blanda de la garganta de la bestia. Sus colmillos desgarraron la carne.

Se retorció al apartar la cara, arrancando un trozo de la garganta del yatin. La sangre caliente le salpicó la cara y el pecho. Un sonido agónico rugió desde lo más profundo del pecho de la bestia, roto y desgarrado.

Ketahn saltó del yatin y aterrizó pesadamente en el suelo, pero consiguió mantenerse erguido. Telok bajó de un salto un instante después. La respiración del yatin era irregular y entrecortada, cada una de ellas más débil que la anterior, mientras la bestia se tambaleaba y manaba sangre de su garganta destrozada. Finalmente, se desplomó contra el árbol, incapaz de seguir soportando su propio peso.

Ketahn no esperó a ver morir a la criatura ni se permitió reconocer la tristeza que había sustituido a la furia en los ojos del yatin. Ya estaba avanzando hacia el siguiente obstáculo que se interponía entre él e Ivy: el yatin al que se enfrentaban Rekosh y Ahnset.

El grito de Ivy resonaba en la mente de Ketahn, y cada vez que lo repetía su hilo del corazón se estrechaba con más fuerza.

Sus ojos barrieron la escena y sus instintos le ofrecieron una comprensión inmediata. La piel del yatin estaba destrozada y sangraba por docenas de cortes, tanto de las armas de los vrix como de las espinas cercanas, la sangre fluía de las heridas en riachuelos, pero había sido el primer golpe de Ahnset el que había infligido el auténtico daño. Del costado del yatin sobresalía solo la mitad del eje de su lanza. Había perforado al menos uno de sus pulmones.

Aunque el yatin había retrocedido ante el zarzal, seguía estando demasiado cerca, demasiado cerca de Ivy.

Ahnset había captado la atención de la criatura. Sus garras y su garrote con colmillos goteaban sangre, pero parte del carmesí que salpicaba su piel parecía ser suyo. Rekosh aún sostenía su lanza. También estaba ensangrentada y le faltaba la mitad. Con las manos libres, estaba enrollando una gruesa hebra de seda extraída de sus hileras.

La hebra haría poco por sí sola, pero...

—Telok, conmigo —llamó Ketahn.

Telok se colocó junto a Ketahn y corrieron hacia el yatin, que se había vuelto hacia ellos. Justo cuando se abalanzó sobre Ahnset, Ketahn y Telok lanzaron sus cuerpos contra la bestia. Fue como chocar contra la pared de un acantilado de piedra maciza, pero no resistió la fuerza y el peso de los dos vrix. El yatin gruñó y cayó sobre sí mismo, aterrizando pesadamente de costado.

Ketahn y Telok hundieron sus garras en la bestia, aprovechando su impulso para hacerla rodar sobre su lomo.

Rekosh se colocó inmediatamente sobre la bestia. Sus delgados miembros se movían como un borrón mientras enrollaba la hebra de seda alrededor de las patas del yatin; a Ketahn le recordaron los dibujos que Rekosh hacía a veces estirando un lazo de hilo entre sus manos y enganchándolo repetidamente con los dedos.

Ketahn y Telok se alejaron de la bestia. Rekosh continuó su trabajo hasta que los forcejeos de la bestia la hicieron caer de costado, evitando por poco uno de sus colmillos mientras se alejaba dando tumbos.

Finalmente, la bestia se enderezó y apoyó las pezuñas en el suelo. La suciedad y los restos de plantas se adherían a su piel manchada de sangre. Sus ojos pequeños y oscuros se fijaron en aquel vrix que tenía delante, Ahnset, y trató de atacarla. La cuerda de Rekosh se tensó en el instante en que las patas delanteras de la bestia avanzaron. Las patas traseras del yatin se

doblaron y volvió a caer.

Ahnset profirió un grito de guerra y arremetió contra el yatin. Le golpeó la cabeza con el garrote, clavándole los fragmentos de roca negra en la carne con un repugnante crujido, antes de agarrarle los cuernos y los colmillos con las cuatro manos. Abrió las patas y tiró de la bestia hacia un lado, retorciéndole la cabeza. El yatin que gruñía volvió a caer, esta vez en el borde del zarzal, aplastando lianas y espinas debajo de él.

Los tres machos vrix se abalanzaron a la vez sobre la criatura. Ketahn y Telok atacaron con un torrente de garras y colmillos; Rekosh clavó su lanza en la parte inferior de la mandíbula del yatin. Más huesos crujieron. El yatin se sacudió, provocando un temblor que debió de sacudir toda la Maraña. Se le escapó una respiración agitada y su pecho se hundió.

La bestia se detuvo.

El sabor de la sangre dominó los sentidos del gusto y el olfato de Ketahn, sin dejar espacio para nada más, y su oído zumbó en ausencia del estruendoso ruido de los yatines. Pero el silencio no duró más que unos latidos. Los chillidos y siseos de los xiskals mezclados con las frenéticas voces humanas llegaron a Ketahn con una nueva claridad.

Los corazones de Ketahn se paralizaron. Saltó del yatin antes incluso de liberar sus garras, arrancando trozos de carne que arrojó al suelo de la jungla con un movimiento de sus muñecas. Sin vacilar, se lanzó hacia la abertura, ahora destrozada, del zarzal por el que habían pasado Urkot y los demás. Las lianas se engancharon en sus miembros, y las espinas rasgaron y engancharon su piel, pero apenas sintió nada de ello mientras arañaba el suelo para llegar hasta aquellos sonidos. Sus corazones latían más deprisa a cada momento, y su respiración era entrecortada y forzada.

Los mismos pensamientos se repetían en su cabeza una y otra vez, como las oraciones y bendiciones sencillas que a veces entonan los oradores de espíritus.

«Ponte bien, Ivy».

«Ya casi estoy».

«Todo irá bien».

El pequeño pasadizo se abría a un lugar parecido a una de las cámaras subterráneas de Takarah!; una guarida que los xiskals debían de haber despejado entre las espinosas y enmarañadas enredaderas. Los humanos estaban agrupados en el centro, varios de ellos sosteniendo sus cuchillos de metal... cuchillos de metal ensangrentados. Los cadáveres de varios xiskals estaban desperdigados a su alrededor.

Algunas bestias seguían vivas, gruñendo y rechinando los colmillos contra los humanos.

La corpulenta figura de Urkot era visible al otro lado del grupo, pero Ketahn no vio a Ivy. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba su olor? Solo podía oler la sangre, el sudor humano y el hedor rancio de los xiskals que habían anidado. Cualquier rastro de Ivy estaba oculto.

Ketahn se abalanzó sobre la bestia más cercana. La parte inferior de sus manos golpeó al xiskal, y sus garras atravesaron la carne antes de que la fuerza del golpe levantara a la criatura en el aire y la volcara. Chilló de dolor y cayó con fuerza.

Un humano se apartó del grupo y clavó una lanza en el xiskal caído. La bestia se retorció, pero su forcejeo se debilitó rápidamente; quedó inmóvil en el espacio de unos pocos latidos. La humana giró la cabeza hacia Ketahn, con el cabello dorado humedecido por el sudor rozándole los hombros. A pesar de la penumbra, a pesar de la suciedad y la sangre manchadas en su mejilla, los ojos azules de Ivy brillaban de miedo, sí, pero también de alivio y de algo mucho más profundo.

Con un gruñido, Urkot se arrojó a un lado, clavando tres de sus patas sobre el único xiskal

superviviente. El grito agónico de la criatura se mezcló con el agudo sonido del hueso al cruji.

Ketahn ya había acortado distancias con Ivy. Ella soltó su lanza, dejándola clavada en la bestia muerta, y se volvió para mirarle de frente justo antes de que él la cogiera en brazos y la alzara contra su pecho. Ella le rodeó el cuello con los brazos mientras sus cierres se enganchaban alrededor de su trasero. Inmediatamente, levantó las piernas a ambos lados de él.

—Mi hilo del corazón —roncó. Su calor interior se intensificó, pero ahora drenaba la fuerza de sus miembros en lugar de reforzarla. Le pasó una mano sobre el pelo despeinado una y otra vez. Ketahn podría haberse conformado con hundirse en el suelo allí mismo, acurrucarse alrededor de su compañera y abrazarla hasta que la Maraña se los tragara.

—Estoy bien —jadeó Ivy, con el aliento caliente en su cuello—. Estoy bien. Todos estamos bien.

Aspiró su aroma, deseando que su dulce fragancia combatiera el hedor de la sangre, que superara el almizcle de los xiskals, que calmara el miedo que se había alojado en su interior. Había perdido a muchos amigos y familiares a lo largo de su vida. Los había visto envueltos y enterrados en la húmeda suciedad de la jungla, los había visto pudrirse en los lodazales, los había visto yacer en agujeros en las profundidades de Takarahl, pero su dolor por aquellas pérdidas no se parecía en nada a su furia y pánico ante la idea de perder a Ivy.

Ella estaba bien. Estaba aquí, en sus brazos, y estaba bien. No había llegado demasiado tarde. No había fracasado.

Ketahn no sabía cuánto tiempo había pasado; solo sabía que su respiración se había calmado, que sus corazones se habían ralentizado y que su necesidad instintiva de destruirlo todo para proteger a Ivy se había retirado a los recovecos de su mente.

De mala gana, echó la cabeza hacia atrás para mirarla. Su pálida piel estaba manchada de sangre y suciedad. Sus mandíbulas cayeron, y las cenizas de aquellos fuegos interiores se agitaron, amenazando con reavivarse.

—Lo siento, mi *nyleea*. Te he vuelto a cubrir de sangre.

Ella sonrió y le pasó las yemas de los dedos por un lado de la cara.

—Ya lo limpiaré.

Los dedos de Ketahn se tensaron y la aferró con más fuerza mientras inclinaba la mejilla hacia ella. La delicadeza de su mano contrastaba con la ferocidad y brutalidad de momentos antes.

Will siseó.

—El cabrón me ha dado.

Parecía que aquellos asuntos sangrientos aún no habían terminado.

Ketahn levantó los ojos para mirar a los humanos por encima. Ya estaban sudorosos y sucios por el largo viaje a través de la jungla, y ahora también estaban ensangrentados, todos con destellos de miedo en los ojos, aunque habían desaparecido todas las amenazas. Ese miedo podía consumirlos si no se le prestaba atención, pero también podía convertirse en una herramienta tan fácilmente como un trozo de roca negra o un bloque de madera.

Will tenía una mano apretada sobre el brazo izquierdo, encima de un corte largo y profundo. La sangre manaba de la herida y goteaba sobre el suelo.

—Déjame echar un vistazo —dijo Diego, cogiendo con cuidado el brazo de Will y examinándolo. Tenía el ceño fruncido mientras palpaba suavemente el corte—. Extiende los dedos hacia mí y luego apriétalos en un puño.

Will hizo lo que le dijeron, al tiempo que enseñaba los dientes por el dolor. Sus dedos se movían con rigidez, pero no parecían haber perdido flexibilidad.

—Bien —dijo Diego, agarrando con una mano la correa de la bolsa mientras se la quitaba del hombro—. Es un corte bastante feo, pero parece peor de lo que realmente es. Voy a curarte, ¿vale?

Will asintió.

Diego echó un vistazo a los demás.

—¿Alguien más está herido?

Lacey se arrodilló, con la respiración acelerada, y se apartó el pelo de la cara.

—Solo unos rasguños.

Los demás humanos respondieron lo mismo: pequeños cortes, rasguños y magulladuras, pero nada tan grave como la herida de Will... y nada peor.

Cole soltó una risita; el sonido tenía un toque de amargura.

—Supongo que hemos tenido suerte.

Will resopló, enarcando una ceja. Su expresión era entre dolida y divertida.

—Si esto es buena suerte, no quiero ver cómo es la mala.

—Ahora ya lo sabéis —dijo Ketahn, bajando suavemente a Ivy a sus pies—. Siempre hay peligros. Y muerte, siempre. Pero juntos somos más fuertes.

—No puedo evitar sentir que nos hemos saltado un par de pasos entre ser unos supervivientes *novaatoh* a luchar con animales salvajes hasta la muerte —dijo Callie. Estaba inclinada hacia delante, con las manos apoyadas en los muslos, mientras recuperaba el aliento.

—A veces, la mejor forma de aprender es practicando —dijo Ahmya, en voz baja y suave, pero no por ello débil—. Ya sabes... algo así como hundirse o nadar. Al menos, así nos enseñó mi padre —Levantó una mano y se colocó el pelo detrás de la oreja—. En fin, ¿te encuentras bien, Ella?

Ella asintió; unas gotas de sudor le resbalaban por la cara.

—Sí, gracias.

—¿Todavía hay algo de luz ahí fuera, Ketahn? —preguntó Diego.

—Durante un rato más —dijo Ketahn asintiendo.

—Will, ponte una mano en ese corte. Vamos a sacarte de aquí.

—Salgamos de aquí —dijo Ketahn, haciéndoles señas para que siguieran adelante.

Los humanos salieron por donde habían entrado, un par de ellos miraron hacia atrás antes de hacerlo. Ketahn no pudo evitar preguntarse si era la primera vez que algunos de ellos luchaban por sobrevivir. No podía imaginarse el tipo de vida que llevaban los humanos en su mundo, incluso después de todo lo que Ivy le había contado, pero no se habría quejado de la falta de emoción si eso significaba que su compañera no tendría que volver a mirar a la cara a la muerte.

Se aferró a Ivy hasta que el último de los humanos, Cole, entró en el túnel bajo y espinoso. Ketahn se agachó, inclinando la cabeza contra la frente de ella. Ella se levantó brevemente y entrelazó los dedos en su pelo, poniéndose de puntillas para darle un beso en la boca. Luego se apartó. Él la soltó y vio cómo ella se agachaba y entraba en el pasadizo.

—Debería haberlo sabido —murmuró Urkot detrás de él.

Ketahn se volvió para mirar a su amigo, con las mandíbulas caídas.

—Debería haber visto las señales, debería haberlo oído —continuó Urkot, golpeando una pata contra el suelo—. Pero no lo hice. Estaba demasiado concentrado en...

—Basta, Urkot —dijo Ketahn en voz baja. Extendió una pata delantera, rozándola contra la de Urkot—. Hiciste lo necesario para protegerlos. Si te hubieras acercado más al borde del zarzal, los yatins podrían haberlos alcanzado.

Gruñendo, Urkot juntó los antebrazos y se inclinó.

—Me has confiado a tu compañera, Ketahn, y yo...

Ketahn se volvió completamente hacia su amigo y extendió los brazos, agarrando a Urkot por los amplios hombros y obligándole a enderezarse.

—La mantuviste con vida. Luchaste por ella, sangraste por ella, y por ello tendrás siempre mi agradecimiento. Como si no te hubieras ganado ya mi agradecimiento mil veces antes de este día.

Los vrix se miraron durante varios latidos antes de que Urkot apartara la mirada.

—Atacaron porque estábamos en su nido, pero... creo que olieron la enfermedad de esa hembra, Ella —dijo Urko en voz baja y grave.

El temor en las entrañas de Ketahn, que debería haber desaparecido cuando se reunió con Ivy, se enroscó con más fuerza en su interior.

—Intentaron separarla de los demás. Si los *huu-nanos* no se hubieran agrupado en torno a ella...

No había necesidad de terminar la frase; sabían lo que habría ocurrido. El silencio hablaba bastante claro de la gravedad de lo que podría haber ocurrido.

Un trino cansado sonó en el pecho de Urkot.

—Vamos. Este lugar apesta. Estoy listo para volver a respirar el aire fresco de la jungla.

Apartándose, Ketahn hizo un gesto a Urkot para que siguiera adelante. Mientras el otro macho se arrastraba por el pasadizo, Ketahn se volvió para inspeccionar el nido. Normalmente, habría sacado los cadáveres, los habría despellejado y habría trinchado la carne que hubiese podido, pero el grupo ya estaría lo bastante ocupado ocupándose de las otras presas, y la carne y las pieles de los yatins eran preferibles a las de los xiskals.

Exhalando lentamente y con dificultad, Ketahn salió del zarzal para reunirse con su compañera.

Los humanos estaban reunidos a varios segmentos del yatin que había muerto al borde del zarzal. Diego estaba curando la herida de Will con sus extrañas herramientas humanas, utilizando una mano para trabajar mientras sujetaba la mano de Will con la otra, y los dos machos se miraban cada pocos momentos.

En los labios de Will se formó una curiosa sonrisa. Si seguía sufriendo, ya no lo parecía.

Ella estaba en el suelo, tumbada de lado, con la parte superior del cuerpo y la cabeza apoyadas en una de las bolsas que habían traído durante el viaje. Aunque parecía dormir, a veces abría los ojos para mirar a los demás; incluso ese movimiento tan minúsculo parecía cansarla.

Ahnset, Telok y Rekosh se unieron a Ketahn y Urkot.

—¿Estáis heridos? —preguntó Ketahn, estudiando a sus amigos y a su hermana de cría.

—Nada que no se pueda vendar con seda —respondió Telok.

—A todos nos dolerá algo por la mañana —dijo Ahnset.

Ketahn carraspeó.

—Los de siempre y los nuevos.

Su cuerpo ya palpitaba con algunos de esos dolores, que se harían más fuertes a medida que pusiera distancia entre él y la batalla que había tenido lugar aquí.

—Esa herramienta que está utilizando —dijo Rekosh señalando a Diego—, sella las heridas como las telarañas, solo que más rápido y más limpiamente.

—*Tecnología* humana —contestó Ketahn. Sus ojos se habían posado en Ivy, que ayudaba a los demás a lavarse las heridas preparándose para recibir los cuidados de Diego. Tenía un ligero temblor en las manos, pero mantenía bien la compostura.

Se moría de ganas de tenerla a solas para poder derramar sobre ella toda la ternura y el afecto

que se merecía... y más.

—¿Deberíamos entender esa palabra? —preguntó Telok.

Ketahn volvió las palmas de las manos hacia arriba.

—No. Pero esa es palabra, como sea. Ya os he dicho que muchas de sus herramientas están más allá de nuestra imaginación.

Cuando los humanos hubieron curado sus heridas, Diego, Lacey, Ahmya e Ivy se acercaron a los vrix. Con Ivy como traductora, los cuatro se ofrecieron a ayudar a los vrix a curar sus heridas.

Los amigos de Ketahn parecieron sorprendidos por la oferta, pero aceptaron agradecidos. Ketahn e Ivy tuvieron que contener la risa al ver cómo sus amigos se agitaban mientras los humanos les tocaban, limpiaban y sellaban sus cortes y rasguños.

Pronto, solo quedaron sin tratar las heridas de Ahnset. Miraba interrogante a Ketahn cada vez que Diego le hablaba o estaba a punto de aplicarle una de sus extrañas herramientas.

Cuando todo terminó, todos parecían cansados, tanto los humanos como los vrix.

—Menuda puta locura —murmuró Cole, observando a los yatines muertos.

—Esas cosas hacen que los elefantes parezcan pequeños —dijo Will.

—Que se jodan —Cole agitó las manos desdeñosamente—. Estoy listo para desplomarme en mi cápsula y dormir durante dos malditos días.

Diego se arrodilló sobre su bolsa para guardar sus herramientas.

—Por fin estoy de acuerdo contigo en algo, tío.

Ketahn carraspeó.

—No podemos irnos.

—¿Qué? —preguntó Callie mientras todos los humanos miraban a Ketahn.

—No me digas que hay más cosas de esas —dijo Will, con los ojos muy abiertos.

Levantando las mandíbulas en una sonrisa, Ketahn inclinó la cabeza hacia los yatines caídos.

—Su carne y su piel son muy valiosas. No podemos dejarlos.

—¿Hablas en serio? —preguntó Lacey. Miró a Ivy, luego a Ketahn, y luego otra vez hacia ella—. Lo dice en serio, ¿verdad?

Ivy se rio.

—Habla en serio.

—Jodeeeeer —gimió Cole, con los hombros caídos.

—Daos prisa, humanos —dijo Ketahn con un chirrido—. La jungla es peligrosa por la noche.

—¿Eso era sarcasmo? ¿Está siendo sarcástico? —Callie puso las manos en las caderas y giró la cabeza, observando atentamente a Ketahn.

—Quizá sería mejor si hablara en serio —dijo Lacey encogiéndose de hombros. Sacó el cuchillo del pequeño soporte que llevaba en la pernera del mono—. De apicultora a carnicera. No es el cambio de carrera que había planeado.

Cuando el grupo se acercó al yatin más cercano, el temor de Ketahn disminuyó. A pesar de todo lo que había ido mal, había sido un día reconfortante. Aquello prometía. Había potencial para un futuro de cooperación y prosperidad. Había posibilidades de que él e Ivy vivieran juntos una vida larga y feliz en paz.

Solo tenían que, como dirían los humanos, irse a tomar por culo de Takarahl.

Capítulo Veinte

Todos, incluidos Ketahn y los demás vrix, sufrieron las secuelas de su batalla contra los yatins y los xiskals a la mañana siguiente. La comida que compartieron fuera de la nave transcurrió en silencio, salvo por el crepitar del fuego y los suaves gemidos ocasionales de los que estaban sentados a su alrededor, a veces de dolor, a veces en agradecimiento por la carne recién cocinada.

Los humanos mostraban sin tapujos sus heridas. Gracias a Ivy, Ketahn se había familiarizado con esas heridas y sabía que solían ser leves. De lo contrario, se habría alarmado al observar a los humanos y ver las manchas de su carne, sobre todo las del cuerpo de su compañera.

Las heridas de los vrix eran, como era de esperar, menos visibles, sobre todo después de la intervención de Diego. Lo que había utilizado para tratar los cortes y rasguños de los vrix había funcionado bien. Todas sus heridas cicatrizaban de forma limpia y rápida. Incluso Ahnset y Urkot, que habían sufrido más daño que los demás, parecían estar tan solo ligeramente molestos por la curación de sus heridas.

Despertar en el interior de la nave humana estrellada, rodeado de personas dormidas, había sido extraño para Ketahn. Hacía mucho tiempo que no dormía con nadie, a excepción de Ivy, desde la guerra contra Kaldarak. Conciliar el sueño había sido difícil; aunque los humanos habían atenuado las luces, la habitación había mantenido un resplandor antinatural, y él había sido más consciente que nunca del débil zumbido bajo el suelo.

Sus ojos vagaban con frecuencia por las cápsulas sin abrir. Los humanos habían encontrado mantas para cubrir aquellas cápsulas, que a Ketahn le recordaban a sudarios o mortajas. Sabía que los demás vrix, incluso Ahnset, Rekosh y Urkot, que pasaban la mayor parte del tiempo bajo la piedra, también se sentían incómodos.

Pero era necesario. Cuanto antes se acostumbraran todos a dormir cerca unos de otros, mejor... y, por ahora, la nave era el lugar más seguro para guarecerse.

El relativo silencio en torno al fuego se rompió cuando Callie dijo que echaba de menos algo llamado *caa-feh*, lo que provocó una conversación entre los humanos. Muchos de los demás estaban de acuerdo con Callie. Rápidamente, llegaron a la conclusión de que debería haber *caa-feh* en los suministros de emergencia de la nave; al parecer, era igual de importante que las medicinas y la comida. Ivy se rio cuando Ketahn le preguntó y le explicó qué era el *caa-feh* y por qué lo bebían los humanos.

Basándose únicamente en el aspecto de aquellos humanos, tuvo que darles la razón. A todos les vendría bien un poco de *caa-feh* para ponerse en marcha.

A pesar del cansancio y las heridas de los humanos, Ketahn no podía permitirles descansar más. Todavía no. Solo la visión de Ivy haciendo gestos de dolor al levantarse podría haberle

convencido; le costaba obligarse a presionarla, después de haberlo hecho tanto desde que la despertó. Era duro sabiendo que solo le causaría más sufrimiento.

Pero a veces el sufrimiento era necesario para ganar la paz, para crear seguridad y para ganarse esos momentos íntimos y tranquilos.

Ketahn fue recibido con un coro de gemidos cuando dijo a todos que recogieran sus bolsas y armas para salir del foso.

—Tenemos mucho que hacer —les dijo—. No hay tiempo para llorar.

—Acaba de decirnos que no lloremos, ¿verdad? —preguntó Will a Ivy.

Ivy se rio mientras levantaba los brazos por encima de la cabeza y se estiraba.

—Sí, básicamente.

—Entonces, ¿cuál es el plan para hoy? —preguntó Lacey, poniéndose en pie.

—Lecciones —respondió Ketahn, sonriendo.

Cole se colgó la bolsa.

—Esperemos que esas lecciones no intenten matarnos.

—Creo que si mueres se acaba la *partiidah* —dijo Diego.

—Debe de ser una de esas *klaahses* en las que apruebas o suspendes —añadió Ahmya—. O sacas un sobresaliente...

—O no vuelves a sacar ninguna otra *nootah* —dijo Lacey, apartándose el pelo pelirrojo de la cara y atándose con un cordón de cuero. Miró a Telok y señaló hacia arriba—. ¿Voy contigo otra vez?

Lo que quería decir debía de ser bastante evidente, pues las mandíbulas de Telok se crisparon y le hizo un gesto para que se acercara con un trino grave pero complacido.

Llevar a todos a la cima llevó más tiempo que la mañana anterior, pero hoy había menos miedo e incertidumbre en el proceso. Ketahn solo podía esperar que eso significara que estaba creciendo la confianza entre los vrix y los humanos; necesitarían mucha para tener éxito en las próximas pruebas.

Aunque deseaba mantener a Ivy sobre sus patas traseras con los brazos alrededor de su cintura, Ketahn la puso en pie cuando llegaron a la cima del foso, explicó al grupo lo que tenía previsto para aquel día y los condujo a la Maraña. El paso de los humanos era un poco más lento que antes, pero parecían más seguros a la hora de sortear los obstáculos de la jungla. Por pequeña que fuera la mejora, no dejaba de ser buena. Aunque estaban maltrechos y cansados, los humanos también estaban más alerta, quizá demasiado, pues algunos de ellos parecían sobresaltarse con cualquier ruido.

Encontrarían la dosis adecuada de cautela a medida que aprendieran más sobre la jungla y sus numerosos signos y sonidos.

Los vrix siguieron enseñándoles mientras avanzaban, centrándose en la búsqueda de material para fabricar y reparar armas y en la búsqueda de alimentos que pudieran mantener frescos durante sus próximos viajes. Ketahn no les condujo tan lejos del foso como en su viaje anterior, sino que trazó un camino alrededor de él en círculos cada vez más amplios. Si volvía a ocurrir algo, quería una ruta rápida y directa hacia su refugio.

Ella volvió a cabalgar sobre Ahnset. Aunque había sido la única que había escapado de los yatins y los xiskals sin una sola herida, su aspecto no era mejor que el del día anterior. Cuando estaba despierta, sus ojos solían ser brillantes y curiosos, pero a veces eran inquietantemente distantes y vacíos. Muchas veces, Ketahn había mirado a Ella y la había encontrado con los ojos cerrados y la mejilla apoyada en la ancha espalda de Ahnset.

Los demás humanos la vigilaban de vez en cuando, pero ninguno tanto como Diego. Después

del mediodía, mientras los demás se sentaban con Telok y Urkot y aprendían a dar forma a las lanzas, Diego se acercó a Ivy y Ketahn y pidió hablar con ellos a solas.

Los tres se alejaron un poco de los demás y rodearon un árbol.

—Ella está empeorando —dijo Diego, dirigiendo la mirada hacia los demás, cuyas voces se mezclaban en una conversación ligera y divertida.

—Lo sé —dijo Ivy, frunciendo el ceño y mirándose las palmas de las manos—. No sé qué hacer. Ahmya dijo que casi no pudo despertarla esta mañana.

Diego también frunció el ceño y se pasó la mano por los pelillos ásperos que le habían salido en las mejillas y la mandíbula, emitiendo un sonido seco.

—Es la enfermedad de estasis. Eso es lo que indicaban las señales desde el principio, pero yo no quería creerlo y seguía rezando para que no fuera cierto. Ahora ya no puedo negarlo.

—¿Qué podemos hacer por ella?

—Lo único que podemos hacer es obligarla a descansar. Es lo único que puede ayudar, pero incluso así... —Diego suspiró pesadamente, con los hombros caídos—. Sus órganos están fallando.

Ivy se mordió el labio inferior con los dientes y miró a Diego con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Así que es solo cuestión de tiempo?

Él asintió y apretó los labios.

Ketahn soltó un gruñido grave y se echó hacia atrás para agarrarse el pelo, tirando de él lo bastante fuerte como para producirle una llamarada de dolor en la cabeza. Aunque solo habían pasado unos días, aquellos humanos eran la gente de Ivy y, por ello, también eran *suyos*. Había llegado a conocerlos un poco mejor en este corto tiempo. Había vislumbrado quiénes eran. Había visto su bondad, su compasión, su ira y su amargura. Su esperanza y determinación.

Los humanos no eran tan diferentes de los *vrix*. Tenían mucho más en común de lo que nunca hubiera imaginado.

Y Ketahn no quería perder a ninguno de ellos. Había perdido a demasiados de los que le habían seguido durante la guerra.

—Toda tu tecnología —dijo Ketahn, agitando una mano—. ¿No puede ayudar?

—Necesita un *hosspihtaal* —respondió Diego—, o al menos el tipo de equipo que tendrían en uno. Tenían todo eso en la nave, pero ahora no tenemos acceso a nada de eso. Lo único que tenemos es un puñado de putos botiquines que no le servirán de nada.

La frustración se había filtrado en la voz de Diego mientras hablaba, añadiendo fuerza a sus palabras, y Ketahn captó aquella emoción a un nivel primario. Entendía esa sensación de impotencia.

Ketahn puso suavemente una mano en el hombro de Diego.

—Haremos lo que digas. Cuando volvamos, descansará. Descansará hasta que nos alejemos de tu nave para siempre. Lo que necesites para ella, dilo, yo lo haré.

Diego apretó la mandíbula y asintió.

Ketahn golpeó con la pata delantera la pierna de Diego antes de poner una mano en la parte baja de la espalda de Ivy y guiarla hacia los demás.

—Vamos. Tenemos mucho que hacer antes de que anochezca.

Aunque todos seguían trabajando en sus lanzas, Ketahn no esperó mucho antes de decirles que recogieran sus cosas para partir. El gran número de miembros del grupo evitaría algunas amenazas, pero como habían demostrado los *yatines*, no se podía espantar a todas las bestias. Con tan pocas armas, el grupo era más vulnerable que nunca. Lo más sensato sería terminar su trabajo en un lugar seguro. El foso era el mejor lugar si tenían que permanecer inmóviles durante

un tiempo prolongado.

Pero eso no significaba el fin de las lecciones de ese día... ni de que Ketahn midiera las habilidades de los humanos. Una vez que todos estuvieron reunidos en pie, hizo un gesto a los humanos.

—Guiadnos de vuelta.

Respondieron con miradas vacías, algunas expresiones incrédulas y un murmullo de «¿Qué cojones...?»

—Guiadnos —repitió Ketahn.

Cuando Rekosh preguntó qué ocurría, Ketahn se lo explicó. Tanto Rekosh como Telok carraspearon; Urkot golpeó el suelo y gruñó.

—¿Es momento de tomárselo a broma? —preguntó Ahnset. Estaba de pie con Ella sobre sus patas traseras, con la parte inferior de las manos cubriendo las de la humana, que estaban apretadas a los lados del abdomen de Ahnset. Los brazos de la pequeña hembra ni siquiera podían rodear por completo el centro de Ahnset.

Ketahn esbozó un rápido gesto de disculpa.

—No es una broma, hermana de cría.

—Es una simple prueba —dijo Telok.

Tras un par de salidas en falso, que los humanos corrigieron ellos mismos, emprendieron el viaje de regreso. Ketahn y los otros vrix no ofrecieron ninguna orientación, y tampoco lo hizo Ivy, a pesar de que algunos de los otros se lo pidieron. Parecía comprender el objetivo de Ketahn e intercambiaba sonrisas cómplices con él cada vez que el grupo hacía una pausa para discutir el camino que querían seguir.

Ketahn no pudo evitar carraspear cuando ella se acercó a él durante una de esas paradas.

—Te das cuenta de que yo tampoco tengo ni idea de por dónde ir, ¿verdad? Nos perderíamos —le dijo.

—¿Cómo es eso posible? —Levantó una mano y le rozó suavemente la mejilla con los nudillos—. Mientras esté contigo, mi hilo del corazón, nunca dejaré que te pierdas.

Aunque sus mejillas ya estaban enrojecidas por el paseo, se sonrojaron aún más. Ella sonrió y giró la cabeza para apretar los labios contra los dedos de él.

—Yo tampoco te perdería nunca.

El proceso de los humanos resultó interesante para Ketahn. Hablaron largo y tendido, sugiriendo diversos medios por los que podrían determinar la dirección del foso, ofreciendo una gran cantidad de razones de por qué cada idea era correcta o errónea. En un par de ocasiones, aquellos debates estuvieron al borde de convertirse en discusiones, sobre todo porque Cole parecía pensar que su opinión era la correcta simplemente porque hablaba más alto que los demás.

De algún modo, el grupo serpenteaba en la dirección correcta. Por algún motivo, sus voces no atrajeron a ninguna bestia curiosa y hambrienta.

Pero fue Ahmya quien más impresionó a Ketahn durante el viaje, y fue ella quien les hizo avanzar con firmeza en la dirección correcta.

—Es por aquí —dijo Cole, señalando con el pulgar hacia el lejano Takarahl.

—Eso no puede ser —dijo Callie negando con la cabeza.

—Llevamos todo el día caminando en círculos. Tiene que ser por aquí.

—Sí, ¿pero en qué dirección hemos caminado en círculos? —preguntó Diego.

—Es por ahí —dijo Ahmya, levantando una manita y señalando directamente hacia el foso —. Al menos... eso creo.

—No puede ser —dijo Cole.

Callie parecía dudar.

Rekosh miraba fijamente a Ahmya, sin duda sin tener ni idea de lo que decía, pero comprendiendo lo que ocurría.

—¿Por qué por ahí, Ahmya? —preguntó Ketahn con suavidad.

Ella se llevó las manos al estómago y las miró, con el ceño fruncido. Cambió el peso de los pies, inquieta como lo haría una cría a la que hubieran pillado haciendo algo malo.

—Por... las flores.

—¿Qué flores?

Ahmya lo miró y señaló hacia un grupo de plantas que había a varios segmentos de distancia, donde cientos de diminutas flores de cresta solar se inclinaban a la sombra del atardecer, con los pétalos en un lento proceso de cierre.

—He visto esas flores por todas partes mientras caminábamos, tanto ayer como hoy. Por la mañana, siempre están orientadas al sol. Al mediodía, están a la sombra y empiezan a cerrarse. Cada vez que las veo, siempre están orientadas hacia el amanecer. Y, bueno... hoy les he prestado atención, y las he utilizado para llevar la cuenta de cómo girábamos siempre. Así que creo que es por ahí —dijo, volviendo a señalar hacia el foso.

Todos los humanos miraron a Ketahn, algunos con expresiones de incredulidad, todos buscando una confirmación. Él pasó la mirada de Ahmya a las crestas solares y dejó que su mirada se detuviera allí mientras hacía un zumbido lento y pensativo en su pecho.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Rekosh, con los ojos aún clavados en Ahmya.

—Ha utilizado las crestas solares para marcar nuestra dirección durante el viaje —respondió Ketahn en vrix, sonriendo.

La chispa que había aparecido en los ojos de Rekosh cuando había visto por primera vez a Ahmya el día anterior se intensificó.

—Sabía que había mucho tras esa mirada tímida. Es callada, pero astuta.

Telok se acercó a Ketahn y ladeó la cabeza.

—Estos *huu-nanos* aprenden rápido.

—Eh... ¿Por qué me miran fijamente? —preguntó Ahmya, mirando a Ivy.

Ivy puso los ojos en blanco de esa forma humana tan inquietante y dio un codazo a Ketahn.

—Díselo de una vez.

Ketahn castañeo, chocando una pata contra el trasero de Ivy.

—Tienes razón, Ahmya. Sobre las flores y sobre el camino.

—¡Así se hace, Ahmya! —dijo Lacey con una sonrisa.

Ella sonrió.

—Vas camino de convertirte en nuestra guía de la naturaleza. Supongo que trabajar con flores ha merecido la pena.

Cole pateó el suelo, arrancando parte de la vegetación bajo su bota mientras murmuraba:

—Putas flores.

Diego sonrió.

—Supongo que será mejor que empecemos a prestar atención a esas putas flores, ¿eh, Cole?

—Quizá podamos guardar algunas flores en esa terraza de mala muerte que vas a construir —dijo Callie.

A su pesar, la comisura de los labios de Cole se crispó.

—Quizás. He construido unas cuantas jardineras muy bonitas.

Ketahn tomó la delantera durante el resto del viaje. Todavía había luz en el cielo cuando

todos llegaron a salvo al fondo del foso, aunque nada de esa luz les alcanzaba allí.

Encendieron el fuego, pusieron más carne a cocinar y siguieron trabajando en las lanzas. Con la ayuda de los vrix, los humanos seleccionaron trozos de roca negra de entre los que había traído Urkot, los afilaron y los fijaron a las lanzas con hilos de seda bien apretados.

A pesar del cansancio de todos, durante esta comida hubo mucha más conversación que la que habían compartido por la mañana, y más risas y castañeteos.

En un momento dado, mientras la oscuridad se hacía cada vez más profunda y reducía el mundo al alcance de la luz del fuego, Diego dijo:

—Ojalá tuviéramos más luz.

—Podemos poner un montón de esas lámparas solares —sugirió Callie.

Will sonrió, extendió un brazo y golpeó la rodilla de Diego con el puño.

—Tengo una idea. No sé si funcionará, pero... —Se puso en pie y corrió hacia la nave—. Quédate ahí. Dentro de unos minutos sabrás si funciona o no.

Los demás observaron a Will navegar por el suelo sembrado de escombros hasta que desapareció en el interior de la nave.

—Me pregunto qué estará haciendo —dijo Lacey.

—No lo sé —dijo Diego distraídamente. Algo se había suavizado en su sonrisa; siguió mirando en la dirección en la que se había ido Will durante unos latidos después de que el otro humano desapareciera de su vista.

Las conversaciones se reanudaron, hasta que una luz repentina iluminó el foso.

Ketahn oyó jadeos, siseos y al menos un gruñido mientras abría los ojos y levantaba una mano para protegerse de la luz repentina. Se volvió hacia su origen: la nave estrellada.

Su visión se ajustó lentamente, revelando el fondo del foso como nunca lo había visto antes. La luz que brillaba desde la nave era del mismo tipo de blanco puro que iluminaba la cámara interior, pero aquí creaba sombras largas, profundas y muy contrastadas. Su iluminación era mucho mayor que la del fuego; era como tener el sol brillando directamente sobre ellos.

También arrojaba más luz sobre el exterior de la nave. Muchos de los humanos la observaban, el metal cubierto de suciedad y el musgo, las enredaderas y el fango que se adherían a ella. La escritura humana que había apenas era visible desde donde todos estaban sentados.

—Eso sigue siendo... una locura —dijo Diego sombríamente—. Hace unos días, estaba mirando esa nave y estaba reluciente. Jodidamente reluciente, brillante como el sol. Estaba tan nervioso y excitado que creí que iba a vomitar allí mismo.

—Yo también estaba emocionada —dijo Ella con una pequeña sonrisa. Se sentó con la espalda apoyada en el costado de los miembros traseros de Ahnset—. Me moría de ganas de ver un mundo nuevo y descubrir nuevas plantas y animales —Miró a Ketahn y a sus amigos y luego a Ahnset—. Pero creo que esto es aún más asombroso.

Ahnset miró de Ella a Ketahn.

—¿Qué ha dicho?

Ketahn se tomó unos instantes para considerar las palabras de Ella... y el significado que había detrás de ellas. Era imposible no mirarla ahora y recordar lo que había dicho Diego, que aquella pequeña humana se estaba muriendo.

—Se alegra de habernos conocido y de haber visto la Maraña.

Con las mandíbulas crispadas, Ahnset volvió a mirar a Ella. Ketahn e Ivy no habían contado a nadie lo que Diego les había dicho, pero sabía que los otros vrix podían olerlo en Ella: la enfermedad que Urkot creía que había puesto frenéticos a los xiskals.

Ahnset inclinó una de sus patas flexionadas hacia Ella, rozándola contra el brazo de la

humana. Ella sonrió y apoyó la cabeza en la pata de Ahnset, cerrando los ojos.

—Mientras esperaba para entrar, me mordía las uñas y miraba la nave —dijo Lacey, bajando la mirada hacia los dedos de sus manos—. Hacía años que no lo hacía, pero recuperé esa costumbre porque, en ese momento, supe que nada volvería a ser lo mismo.

—Yo casi cambio de opinión —dijo Callie. Tenía una piedrecita en una mano, haciéndola rodar entre los dedos despacio, pensativa—. Tenía la... sensación de que algo malo iba a ocurrir.

Diego soltó una risita.

—¿Una demostración de poderes *síkicooh*?

Callie se rio y sacudió la cabeza, cerrando los dedos en torno a la piedra.

—No, solo nervios. ¿Qué demonios había hecho yo antes de subir a aquella nave? Me pasé toda la vida en la escuela, aprendiendo en esos entornos seguros y controlados, y luego me entrené con la *Inihciaa-tivah*. Subir a esa nave significaba hacer algo de verdad. Algo que nadie había hecho nunca.

—Lo cual es aterrador —dijo Ahmya, que estaba sentada con las rodillas levantadas y los brazos rodeándolas—. Pero... también es emocionante. *Somnium* significa sueño, y eso es lo que era la nave. El sueño de la raza humana.

—Y ahora miradla —Cole echó otro palo al fuego—. No es más que puta chatarra.

—No, no lo es —dijo Ivy en voz baja—. Es una *tuumbah*. Y un... lugar de *rekuerdoh*. Por todas esas personas, por todos los sueños que nunca alcanzaremos y por todos los sueños que nunca supimos que teníamos —Se volvió para mirar a Ketahn, mirándole a los ojos—. Mi sueño.

Ketahn colocó la palma de la mano sobre la mejilla de ella, deslizando las puntas de los dedos por su pelo dorado y acariciando su suave piel con la yema del pulgar.

—Mi hilo del corazón.

Cole se aclaró la garganta.

—Sí, bueno, mi jodido sueño seguro que no era estrellarme aquí.

—¿Ah, no? Esa es precisamente la razón por la que me apunté, tío —dijo Diego—. ¿A quién no le gusta ser atacado por *eleefantes-zerdoh* gigantes y locuras así? Hace la vida interesante.

—¿Ha funcionado? —La voz excitada de Will llegó desde la nave, llamando la atención de todos hacia él. Había salido del agujero y miraba fijamente la luz brillante, con una amplia sonrisa en la cara mientras caminaba hacia el grupo.

Los humanos vitorearon. Ketahn estaba bastante seguro de que Diego había empezado, pero el entusiasmo se extendió rápidamente por el grupo, incluso hasta Cole, y a Ketahn le pareció que se trataba de algo más que la luz.

Will se estaba riendo cuando se sentó junto a Diego, con los ojos bajos y una sonrisa aún más amplia.

—No he hecho gran cosa, la verdad. Me alegro de tener todos estos años de entrenamiento *tekno-loogikoh* a mis espaldas. Todo ha merecido la pena por haber encendido una sola luz.

Diego levantó un brazo y dio a Will un pequeño empujón con el codo; el gesto parecía tan juguetón como cualquiera de las veces que Ivy había hecho algo parecido a Ketahn.

—No tengo ni idea de lo que dicen —dijo Rekosh—, pero a pesar de ello me encuentro fascinado.

—Son unas criaturas extrañas —murmuró Urkot—, pero me gustan.

—Hay cosas que admirar en ellas —Telok observaba a Lacey, que, como el resto, reía y sonreía.

Rekosh había posado su mirada en Ahmya.

—Son muy diferentes de nosotros, y también entre sí. Sin embargo, tienen una belleza

innegable. Una belleza inesperada.

—Así es —asintió Ketahn, mirando a su compañera.

Incluso cuando la jungla se sumió en la oscuridad total, los vrix y los humanos del fondo del foso permanecieron alrededor del fuego, hablando, riendo y castañeando, cada vez más cómodos los unos con los otros. Ivy y Ketahn tendían puentes entre las conversaciones de sus congéneres traduciéndolas. Con la luz blanca que brillaba desde la nave, todos parecían olvidar su cansancio.

Poco después, Urkot se acercó a Callie. Le indicó suavemente la piedra que tenía en la mano e, insistiendo en que Ketahn e Ivy le permitieran comunicarse con ella por su cuenta, la engatusó para que se alejara un poco del fuego. Se sentó junto a un trozo de tierra despejada y abrió una de sus manos, mostrando una colección de piedrecitas en la palma.

Urkot utilizó una garra para dibujar un círculo en la tierra. Retrocedió un segmento, cogió una de las piedrecitas, marcada con una raya negra de carbón, entre el índice y el pulgar y la arrojó dentro del círculo. Luego señaló a Callie.

Ella pasó la mirada de él a la piedra que tenía en la mano. Retrocedió, se colocó junto a Urkot, apretó los labios y lanzó su piedra al círculo.

La segunda piedra de Urkot chocó con la de Callie, sacándola del círculo con un pequeño ruido seco. Ella le observó mientras hacía una marca en el suelo ante él. Luego dividió las piedras restantes en la palma de su mano, entregándole a ella la mitad que no estaba marcada.

—Espera... ¿Están jugando a las *kanihkas*? —preguntó Diego.

Ivy se rio.

—Eso parece.

Callie sonrió y cogió una piedra pequeña y redonda de la palma de su mano.

—Ahora sí.

Los dos jugaron a un lado y a otro con mayor velocidad e intensidad; Urkot permaneció bastante callado, salvo por algún gruñido o trino ocasional cuando Callie sacaba una de sus piedras del círculo, mientras que Callie era bastante ruidosa, burlándose de Urkot con buen humor y celebrando sus jugadas.

Al final, contaron las piedras que le quedaban a cada uno en el círculo, sumándolas a las marcas que se ponían por golpear las piedras del otro. Urkot carraspeó, había ganado por tres.

Callie se inclinó hacia delante, recogiendo sus piedras.

—Muy bien, *granduhión*, vamos otra vez. Venga —dijo sonriendo, mientras señalaba las piedras marcadas de Urkot.

Él castañeó y recogió sus piedras. Su segundo asalto fue rápido, los turnos pasaban como los golpes que intercambian dos guerreros. Los otros humanos y los vrix seguían observando, bromeando entre ellos y con los dos competidores, mientras Urkot y Callie se volvían cada vez más entusiastas.

El lanzamiento final de Callie derribó dos de las piedras de Urkot, otorgándole la victoria por una sola marca.

—¡Ja! ¡Toma ya! —Se puso en pie de un salto y bailó con los brazos en alto—, ¡Soy la ganadora! ¡Soy la ganadora! —declaró con voz cantarina.

Rekosh se inclinó hacia Ketahn.

—¿Es una especie de danza de apareamiento?

Ketahn solo pudo mirar a Ivy en busca de una respuesta, quien rompió a reír.

—¿Eso significa que... no? —Rekosh ladeó la cabeza.

Sin dejar de reírse, Ivy se quitó las lágrimas de los ojos y negó con la cabeza. Respondió en vrix.

—Se llama danza de la *viktoriih*.

Urkot observó atentamente a Callie, con expresión ilegible. El temblor de sus mandíbulas podría haber significado cualquier cosa, o nada en absoluto, pero en su mirada se percibía una pizca de calor...

Súbitamente consciente de que Urkot la miraba fijamente, Callie detuvo su baile.

—¿Qué? No estarás siendo un mal perdedor, ¿verdad?

—Creo que lo estás celebrando demasiado pronto —dijo Lacey—. Vais uno y uno. Hay que hacer una partida de desempate.

Callie gruñó y volvió a dejarse caer, con los ojos puestos en Urkot mientras recogía sus piedras.

—Vale —Volvió a sonreír—. Vamos, *granduhión*. Una ronda más.

El castañeteo de Urkot era fuerte y sonoro.

—Esta hembra es pequeña pero feroz.

«*También mi Ivy*».

Ketahn volvió los ojos hacia su compañera, que tenía los ojos brillantes por las carcajadas y los labios curvados en una sonrisa mientras observaba el partido y animaba a los jugadores. Ivy era feliz entre los suyos. Era feliz con los humanos y los vrix juntos, unidos por las muchas cosas que tenían en común. A pesar de las dificultades a las que se enfrentaban, a pesar de la carga de todo lo que habían hecho y de lo que aún les quedaba por hacer, Ivy disfrutaba.

Y Ketahn haría todo lo posible para asegurarse de que este grupo, su tribu, se mantuviera intacto y a salvo. Haría todo lo posible para asegurarse de que su compañera fuera feliz.

Capítulo Veintiuno

La lanza golpeó el tronco podrido con un ruido *sordo*, arrancando astillas oscuras de la madera. El asta tembló con el impacto. Telok se dirigió hacia este, lo agarró con una mano y tiró de él. Cayeron más astillas, estas con un tono rojizo procedente de lo más profundo del tocón en descomposición.

Apartándose del tocón, Telok lo señaló con un gesto, y luego señaló a Lacey.

Esta apretó los labios y miró insegura la lanza que tenía en la mano. Cuando la empuñó y la levantó para lanzarla, Telok se acercó a ella. Su incertidumbre pareció intensificarse mientras miraba fijamente a Telok, pero Ketahn también vio un destello de algo más en sus ojos. No se inmutó cuando Telok extendió dos brazos y, con un ligero toque, ajustó su sujeción a la lanza.

Se colocó a su lado y, con las manos en el brazo, la guio lentamente durante el lanzamiento, deteniendo el brazo en el punto álgido del arco.

—Suéltala aquí —dijo en vrix, levantando el puño y abriendo los dedos. Luego continuó el arco del brazo hacia delante, apuntando con la punta de los dedos al muñón. La soltó y retrocedió unos pasos.

Lacey asintió, y sus rasgos se endurecieron con determinación antes de volver a prestar atención a su objetivo. Murmuró algo para sí misma a modo de ánimo, soltó un suspiro y lanzó.

La lanza se elevó en un breve arco y cayó sobre el tocón en un ángulo oblicuo, pero la cabeza se clavó profundamente en la madera.

Lacey giró sobre sí misma y levantó los puños sobre la cabeza.

—¡Sí!

Will y Diego, que estaban cerca, vitorearon y aplaudieron. Lacey sonrió y sus mejillas se sonrojaron.

Inclinando la cabeza, Telok se golpeó ligeramente la cabeza con los nudillos, una señal de respeto entre los vrix que no tenían la intimidación suficiente para tocarse directamente la cabeza.

Lacey ladeó la cabeza hacia él, frunciendo el ceño, e imitó su gesto. Aunque el encantado trino de Telok fue suave y bajo, Ketahn no lo pasó por alto.

Cuando Lacey fue a recoger su lanza, Telok le hizo señas a Diego para que se acercara y fuese su turno. Ketahn cruzó los brazos sobre el pecho, metió la lanza en el pliegue inferior del brazo derecho y apoyó un hombro en el árbol que tenía al lado. Dejó que sus ojos recorrieran la jungla durante unos instantes, antes de posarlos en el otro grupo.

Urkot y Rekosh estaban con Callie y Ahmya, enseñando a las hembras a blandir sus lanzas en combate cuerpo a cuerpo. Realizaban ejercicios para familiarizar a las humanas con el tacto de sus armas, que serían sus herramientas más importantes en la Maraña. Tendrían que llegar a

sentirse tan cómodos con aquellas lanzas que las sintieran como extensiones de sus cuerpos, igual que las garras o los colmillos lo eran para los vrix.

Ketahn deseaba que hubiera tiempo suficiente para que los humanos lo consiguieran antes de que tuvieran que adentrarse en lo desconocido.

Un movimiento por detrás captó su atención, pero no se volvió para mirar; el olor familiar de Ahnset llegó hasta él en el ambiente tranquilo y húmedo, mezclándose con los olores de la tierra mojada, la descomposición y las hierbas que crecían.

—Todo está en calma —dijo Ahnset en voz baja, deteniéndose a su lado. Inclino la barbilla en dirección a los humanos—. Excepto ellos.

—Se animan unos a otros —dijo Ketahn.

Rekosh clavó su lanza ante Ahmya con deliberada lentitud. Ella, con los ojos muy abiertos y tan pequeña como siempre ante los vrix, cambió de arma para desviar la estocada con el asta de su lanza, estremeciéndose cuando golpeó madera contra madera. Con un suave carraspeo, Rekosh le mostró un posible contraataque, mostrándole cómo su tamaño podía ayudarla a golpear su parte inferior vulnerable.

—¿De verdad pensáis marcharos pasado mañana? —Ahnset también miraba a los humanos, con las mandíbulas crispadas como si estuvieran indecisas sobre si debían subir o bajar.

—Sí —respondió Ketahn.

—No están preparados.

—Tampoco lo estaba yo cuando me aventuré por primera vez con los Garra —La mente de Ketahn evocó recuerdos sobre Ivy, de lo asustada que había estado, de lo incapaz que había parecido, de su certeza de que habría muerto sin él. Pero había aprendido mucho desde entonces—. La Maraña es una maestra rápida.

—Porque los que no aprenden mueren —contestó Ahnset. En el borde de su visión, Ketahn vio cómo cerraba los puños.

—Telok, Rekosh, Urkot y yo les serviremos de escudo, Ahnset.

—Ningún escudo es impenetrable. Se pueden romper o sortear —Había un sutil gruñido en su voz, un atisbo de frustración que rara vez dejaba entrever.

Ketahn giró la cabeza para mirarla. La rigidez de la postura de su hermana de cría no era la que había asumido como Ahnset la Colmillo; no era fruto de la disciplina.

—Ella está a salvo —dijo, bajando las mandíbulas y desplazando una pierna hacia fuera para rozar la de ella—. De lo contrario, no habría dejado a Ivy con ella.

A Ahnset se le erizaron los pelos de las patas y emitió un zumbido infeliz en el fondo de la garganta.

—Lo sé, hermano de cría. Pero... debería haberme quedado atrás para tenerlas a las dos bajo vigilancia.

—Cada hilo de mí anhela estar con mi compañera —Ketahn miró en dirección al foso, que estaba oculto por la maleza y las raíces salientes—. Podría lanzar una piedra y golpear el lugar en el que se refugia, pero incluso esa distancia es insoportable.

—Entonces, al menos, permite que uno de nosotros vaya hacia ella. Hacia todos ellos. Calmaría mis pensamientos, Ketahn.

Ketahn se volvió para mirar a su hermana de frente.

—Esto es necesario, Ahnset. Debo perder estos momentos con Ivy para asegurarme de tener el mayor tiempo posible con ella en los próximos años.

Ahnset levantó una mano, apretando el puño contra el pecho de Ketahn.

—Nuestros amigos son expertos. Están enseñando a los *huu-nanos* sin nosotros, incluso

ahora. Los *huu-nanos* aprenderán lo que deben, independientemente de que tú y yo estemos aquí o no.

—Y nosotros debemos vigilar, hermana de cría. Tanto estas lecciones como la jungla —Ketahn colocó una mano sobre la de ella, curvando sus dedos alrededor de la parte superior de su gran puño—. Tú y yo lograremos más aquí que allí abajo.

Diego se había ofrecido voluntario para quedarse con Ella esa mañana, después de que quedara claro que la enfermiza hembra no estaba en condiciones de viajar, ni siquiera una corta distancia, ni siquiera con la ayuda de Ahnset. Había dicho que tenía una responsabilidad para con Ella porque era su *paciente*; Ketahn tenía la sensación de que Diego no había expresado esa palabra como su voluntad de esperar.

Ketahn había dudado en permitir que Diego se perdiera un día de aprendizaje y preparación. Todos los humanos en condiciones debían aprender todo lo que pudieran antes de enfrentarse a la prueba definitiva, antes de salir a la Maraña sin la promesa de un lugar seguro donde dormir, sin la promesa de agua fresca y comida, sin la promesa de nada que no fuera peligro.

Ivy había roto el empate diciendo que se quedaría con Ella. Ketahn a duras penas había reprimido su rabia ante aquella idea. En las mejores circunstancias, le resultaba difícil dejarla, pero después de todo lo ocurrido con la reina y los encuentros con los yatines y los xiskals, no tenía intención de dejarla sola.

Ivy debió de notar su confusión, porque se levantó, le cogió la cara entre las manos y se la acercó, mirándole a los ojos.

—Ella necesita a alguien a su lado, y Diego necesita aprender. Llevo dos meses de ventaja sobre los demás. Es lo más lógico, Ketahn.

Una inmensa presión se había acumulado en el interior de Ketahn. En ese momento podría haberla cogido y habérsela echado al hombro, arrastrándola a la jungla para que se quedara con él a toda costa. Tendría que haber insistido en quedarse con ella, como Ahnset había intentado hacer.

Pero no lo hizo.

Ivy le había dicho que se quedaría en la nave con la puerta de la cámara sellada. Que allí estarían más seguras que en ningún otro sitio. Y él había sabido que ella tenía razón, pero había sido muy duro expresar su consentimiento. Había sido muy difícil marcharse.

Se había formado una tormenta en el interior de Ketahn mientras conducía a los demás al exterior y ascendían; apenas recordaba lo que se había dicho, lo que se había hecho, hasta que la luz del sol adquirió el tinte dorado de mediodía.

—Ella está enferma, Ketahn —roncó Ahnset, arrastrando su atención de nuevo al presente. Desvió la mirada hacia los demás—. Todo el mundo puede verlo.

—Nunca he dicho lo contrario.

—No lo has dicho, pero sabes más sobre el tema que el resto de nosotros —En lugar de la acusación que esas palabras deberían haber contenido, Ketahn solo oyó cansancio y tristeza en la voz de su hermana.

Ketahn sujetó con fuerza su lanza; inclinó el asta más lejos de sí mismo y de Ahnset, inseguro de qué decir. Otra lanza golpeó el tocón cercano y los humanos volvieron a vitorear.

Soltando un suspiro, Ketahn se agarró el pelo que tenía atado con una mano y tiró de él, como si la pequeña oleada de dolor que producía pudiera aclarar sus pensamientos y sonsacarle las palabras adecuadas.

—Sí —dijo señalando a los humanos con un gesto de la mano—. Diego nos lo dijo a Ivy y a mí.

—Diego —repitió Ahnset, pronunciando las sílabas a la manera típica de los vrix. Con el tiempo, se acostumbraría a las palabras humanas y...

No. No lo haría. Pasado mañana, Ketahn guiaría a estos humanos y a sus tres amigos a las profundidades de la Maraña para buscar un refugio más allá de todo lo que conocía... y Ahnset regresaría a Takarahl.

La tristeza que le embargó en aquel momento le heló los corazones y le heló la sangre.

—Él es un sanador —continuó Ahnset—, conocedor de las costumbres de los *huu-nanos*.

Ketahn dejó escapar otro suspiro, este más lento y calmado, y liberó sus pensamientos de aquella tristeza. Esa tristeza le acompañaría durante un tiempo, probablemente durante el resto de su vida, sin desaparecer nunca del todo. Pero seguía sin tener dudas ni arrepentirse de lo que pretendía hacer. Ahnset lo comprendió.

Fijó la mirada en Diego, que sonreía mientras Will se acercaba a él. Diego levantó un puño a la altura del pecho y Will, también sonriente, golpeó su propio puño contra él. Ketahn les había visto realizar ese gesto varias veces; en algún momento tendría que preguntarles por ello.

—Sí —dijo Ketahn—. La palabra que tienen es *enfermero*.

—¿Qué dice sobre la enfermedad de Ella? —preguntó Ahnset, inclinándose más hacia Ketahn.

—Que podría curarla si tuviera las herramientas adecuadas, pero no las tiene.

—Si tenemos que destrozar esa *kave* para encontrar esas herramientas, Ketahn, yo...

Ketahn le dio un apretón en la mano y ella se calló.

—Nave —corrigió Ketahn con suavidad—. Y no tienen las herramientas, hermana de cría. Ni él ni los demás humanos pueden hacer nada. Ella está algo más que enferma. Se está muriendo.

Ahnset le miró fijamente, con las mandíbulas moviéndose lentamente hacia arriba y extendiéndose. Un gruñido retumbó en su interior.

—No. Tiene que haber algo que podamos hacer. Debe haber una manera.

Aunque conocía bien a su hermana, no había podido prever lo rápido que se encariñaría con aquellos humanos y, más concretamente, con Ella. Ahnset no entendía más que unas pocas palabras humanas, como mucho, y solo conocía al grupo desde hacía unos días, pero estaba decidida a proteger a Ella.

—No la hay, Ahnset.

—No para los *huu-nanos* —Ahnset dio un paso atrás y miró a su alrededor, con los pelos de punta otra vez. Extendió los brazos—. Pero los vrix tenemos nuestros métodos. Podemos... podemos limpiarla, o hacer ofrendas a los Ocho para que nos ayuden. Podemos... Podemos... —Sus ojos se abrieron de par en par y volvió a cerrar los puños antes de girar hacia Ketahn—. ¡Raíces sanadoras, hermano de cría! Los *huu-nanos* no deben conocer esas raíces, pero nosotros sí. Cura muchas enfermedades.

—La última raíz que me quedaba, Ahnset, la utilicé para mantener ocupados a los Colmillos en el santuario de la reina.

Había destrozado las raíces y las había dejado como distracción cuando se infiltró en Takarahl para hablar con Zurvashi, y la propia reina había aplastado las que tenía antes. Ahora no podía evitar sentir una punzada de arrepentimiento por eso, pero ¿cómo iba a saberlo?

¿Cómo podía haber previsto nada de todo esto aquel fatídico Día de la Ofrenda en el que se había burlado de Zurvashi delante de toda la ciudad?

—Contigo y Telok, podemos encontrar más —dijo Ahnset.

Ketahn chasqueó los colmillos y negó con la cabeza.

—Llegar hasta el lugar más cercano que conozco, recogerlo y traerlo de vuelta nos llevará

más de dos días enteros, si es que el terreno no ha sido destrozado ya por las bestias. Y Diego nos ha dicho que, a pesar de todo, no hay nada que hacer.

—No conoce a los nuestros, Ketahn. No conoce nuestras costumbres.

—Y tú no conoces a estos humanos, Ahnset.

—Los conozco lo suficiente para comprender que Ella —señaló con un dedo en dirección al foso— no merece una muerte así de lenta. Necesita ayuda.

Ketahn se mantuvo firme.

—Y le damos toda la ayuda que podemos.

—Si se puede hacer algo más, debemos hacerlo.

Con la voz lo más firme posible, contestó:

—No es tan sencillo, hermana de cría.

—Es muy sencillo, hermano de cría —dijo dando un pisotón con su enorme pata en el suelo, como si quisiera enfatizar sus palabras—. Necesita ayuda, y puede que nosotros podamos proporcionársela. ¿Cómo nos mirarían los Ocho si no hiciéramos nada?

—Y según la mirada de los Ocho, ¿qué han *hecho*? —exigió en un áspero susurro—. Mientras nuestra especie sufre bajo el yugo de Zurvashi, ¿qué ayuda nos han ofrecido los Ocho? Si tan poco les importan los vrix, ¿de verdad crees que les importa la vida de un simple humano?

Las mandíbulas de Ahnset se abrieron con rabia y se irguió, cuadrando los hombros.

—Los Ocho no tienen la culpa de los males de nuestra especie, Ketahn.

—¿Y, aun así, pueden juzgarnos?

Sus mandíbulas chasquearon peligrosamente cerca de la cabeza de Ketahn; él no se inmutó, ni pestañeó, ni reaccionó. Siguió mirándola fijamente.

Algo retumbó en el pecho de Ahnset.

—No se trata... de eso. Y no es propio de ti hablar así.

—He hablado así de la reina durante años, hermana de cría. He estado en el corazón de Takarahl y se lo he dicho en persona.

Ella gruñó, pero sus mandíbulas cayeron de repente y sus ojos se entornaron de nuevo. Giró la cabeza y miró en dirección a la ciudad.

—Hay raíces sanadoras en Takarahl, Ketahn. Y curanderos vrix con experiencia en su uso.

El hilo del corazón de Ketahn se tensó y sus corazones latieron más rápido y con más fuerza.

—Ahnset, las raíces sanadoras de Takarahl están bajo el control de la reina.

—Y yo soy una Colmillo de la Reina, Ketahn.

—Ella no te cederá ninguna raíz, hermana de cría, y aunque lo hiciera... —Ketahn levantó tres de sus manos, manteniendo una sobre su lanza, y señaló a su alrededor. El ruido de las lanzas se sucedía a un ritmo lento y constante mientras los humanos seguían practicando. Los animales hacían sus reclamos desde mucho más lejos, y los pájaros elevaban sus cantos al cielo—. Llevas días ausente, sin que nadie sepa adónde has ido. Si volvieras y pidieras raíces sanadoras para luego volver a desaparecer, ella sospecharía algo. Te seguirán, y no serán uno o dos Garras a los que puedas eludir fácilmente.

Ahnset volvió a gruñir y se apartó de él, avanzando varios segmentos.

—Entonces... entonces se lo decimos, Ketahn. Háblale de los *huu-nanos*, dile que uno necesita ayuda.

El calor brotó bajo la piel de Ketahn, crepitando como un relámpago en los extremos de sus miembros y reverberando de nuevo para agitarse en su núcleo. Su respuesta fue un gruñido bajo.

—No.

—Tan solo he visto una pizca de lo que estos *huu-nanos* han creado, Ketahn —Se paseó de

un lado a otro, con la mirada baja—. Nuestra especie haría bien en trabajar junto a la suya. Aprender los unos de los otros y crecer. Imagina lo que podríamos conseguir si tuviéramos los mismos conocimientos, la misma capacidad.

Ketahn golpeó con un puño el árbol que tenía detrás. La corteza crujió con el impacto, derrumbándose sobre el suelo de la jungla.

Ahnset se detuvo, dirigiendo su mirada hacia él.

—He dicho que *no* —gruñó—. No se debe pronunciar ni una sola palabra sobre los humanos en un radio de mil segmentos de Takarahl.

—La reina Zurvashi ha hecho fuerte a nuestra ciudad, Ketahn —dijo Ahnset, encarándose de nuevo a él—. Nuestros antepasados lucharon contra Kaldarak durante generaciones, ganando y perdiendo terreno. Ella los aplastó.

—*Nosotros* —Ketahn se golpeó el pecho con dos puños— les aplastamos, hermana de cría. Luchamos en esa guerra. Fuimos los vencedores.

—¡Y ella estaba allí para guiarnos, para derramar su sangre y la de nuestros enemigos a nuestro lado!

—¡Por las *jodidas* raíces!

Las mandíbulas de Ahnset chasquearon y se crisparon.

—Y ahora los cráneo-espigas no se atreven a atacar. Ella entenderá que estos *huu-nanos* pueden reforzar aún más el poder de Takarahl, Ketahn. Verá... verá que ofrecer unas pocas raíces sanadoras para curar a Ella podría beneficiar a todos los *vrix* que están bajo su dominio.

Ketahn agitó los brazos hacia un lado, cortando el aire.

—No, Ahnset. Ella solo verá una forma de solidificar su propio poder... O una amenaza para él. Y ella no tolera las amenazas.

Ahnset dobló las patas delanteras, arrodillándose en el suelo ante Ketahn, y se inclinó hacia delante.

—Ella es como has dicho, Ketahn, pero puede ser más. Es capaz de más. Pero nunca llegará a serlo si no le das una oportunidad. La reina sabe que la fuerza y la prosperidad de Takarahl son suyas. Verá el beneficio de ayudar a estos *huu-nanos*.

—Ella ordenará que los masacren.

—Conozco tus rencores, hermano de cría, pero todo lo que ha hecho la reina lo ha hecho por Takarahl. Ser líder significa tomar decisiones difíciles. Significa... hacer sacrificios de unos pocos para proteger a muchos.

Ketahn resopló y miró fijamente a los ojos de su hermana, buscando en ellos la verdad de sus palabras, si realmente creía en ellas.

—Si crees que Zurvashi ha tomado alguna vez una decisión pensando en el bien de Takarahl, Ahnset, estás más ciega de lo que jamás hubiera podido imaginar.

—La juzgas con demasiada dureza.

—¡Y tú no la juzgas con suficiente dureza!

—Son las palabras de un macho que no conoce su lugar —espetó ella.

Sus palabras golpearon a Ketahn con la fuerza de la embestida de un yatin, sacándole el calor del pecho y robándole el aliento durante un latido.

Ahnset retrocedió, sus mandíbulas cayeron inseguras, y apartó la mirada.

El fuego volvió a inundar a Ketahn, ardiendo a lo largo de su hilo del corazón y llenándole las venas. La furia latía en su interior. Pero, ¿con quién estaba enfadado? ¿Con Ahnset? ¿Con Zurvashi?

¿Con él mismo?

Tanto si se lo habían dispuesto los Ocho como si lo había ido tejiendo sobre la marcha, Ketahn había recorrido la enmarañada red que le había traído hasta aquel momento, y, sin embargo, no podía desenredar aquellos hilos para determinar cómo había llegado hasta allí. Él y su hermana de cría, al igual que su hermano Ishkal, el tercero de su prole, habían sido inseparables como crías.

Pero había perdido a su hermano de cría hacía siete años, y hacía casi el mismo tiempo que no sentía esa sensación de armonía con Ahnset. Y maldecía a los Ocho si eran los responsables, pues eso le dolía.

—Hermano de cría, yo...

—Sé lo que significa liderar —dijo, con la voz ronca emergiendo como una bestia asustada que le arañaba la garganta—. Sé lo que significa ver sufrir a los que me siguen. Verlos morir. Sé lo que se siente al tener su sangre en mi piel, en mis manos, cubriendo cualquier otro maldito olor.

—Yo estaba ahí fuera —clavó la lanza en el suelo y la soltó, dejándola que se sostuviera por sí sola— con nuestros amigos, con nuestro hermano de cría, dirigiéndolos contra un enemigo al que *ella* había provocado.

Ahnset levantó la mirada hacia él, con los ojos brillantes de preocupación y sufrimiento.

—Ketahn...

—Entiéndeme, Ahnset —Sus mandíbulas se estremecieron; el temblor continuó a lo largo de su columna vertebral y en sus miembros posteriores, y apretó los ojos—. Sostuve a Ishkal mientras su sangre se derramaba por el suelo, sentí cómo su agarre a mí se debilitaba con cada latido de sus corazones. Y supliqué.

Ketahn abrió los ojos y su voz se volvió áspera.

—Supliqué a los Ocho que le salvaran. A la Guardiana, al Cazador, a la Madre de Cría, a la Enraizadora, al Excavador, a la Portadora de la Llama, al Tejedor e incluso al Modelador. Les supliqué a todos. Y ambos sabemos de qué sirvió. No volveré a pasar por eso, hermana de cría. Y menos con mi compañera.

La postura de Ahnset se hundió y miró hacia abajo, como si buscara algo en el suelo. Ketahn se sentía... cansado. Su ira ya se estaba desvaneciendo, si bien aún no había desaparecido del todo, simplemente se sentía cansado.

Rozó con una pata la de Ahnset.

—Ella se está muriendo, Ahnset. Confío en los conocimientos de Diego al respecto. No podemos cambiarlo.

Con un trino grave y atronador, Ahnset giró la cabeza hacia el foso.

Ketahn se acercó a ella. Apoyó la otra pata delantera contra la de Ahnset y alzó las manos para cogerle la cara y dirigirla hacia él.

—Lo único que podemos hacer es asegurarnos de que su muerte se produzca con todo el consuelo y bienestar que podamos proporcionarle —La atrajo hacia sí, inclinando sus cabezas—. Eso es más de lo que la mayoría de nosotros conseguiremos jamás.

Permanecieron así un rato. El aroma de Ahnset le resultaba tan familiar como siempre, incluso con ese toque de Korahla que perduraba en él, y Ketahn se sintió reconfortado.

Ojalá tuviera ocho días más, ocho años más, para hablar con su hermana, para abordar el dolor de la pérdida que sabía que ambos sufrían. Para entenderse de verdad y reparar su vínculo por completo.

Cuando ambos se separaron, Ketahn no estaba seguro de lo que sentía. Una especie de tristeza en su espíritu, sí; una pena persistente en sus corazones; miedo por lo que estaba por

venir. Pero no renunciaría a su esperanza. Y sus sentimientos por Ivy, tan poderosos como complejos, solo reforzaban su decisión de seguir adelante.

Examinó la jungla a su alrededor, castigándose en silencio por haber descuidado sus obligaciones como guardián, antes de mirar por fin a los demás, que seguían entrenándose.

—Ahora son ocho —dijo Ahnset en voz baja—, pero... pronto serán siete. Eso es un mal presagio.

—No dejaré que los presagios nos detengan, Ahnset. Ni dejaré que Zurvashi...

Había algo más en ese pensamiento, pero se disipó en el aire antes de que Ketahn pudiera alcanzarlo. Los humanos eran ocho, y, por supuesto, se había dado cuenta de lo que eso significaba la primera vez que se percató de su número. Dos se habían quedado en la nave esta mañana.

Ahora solo quedaban cinco. Will, Diego, Callie, Lacey y Ahmya.

—Malditos sean mis ojos —gruñó, avanzando a grandes zancadas.

Los demás vacilaron en sus ejercicios al percatarse de la aproximación de Ketahn, y su atención recayó sobre él.

—Cole —Ketahn formuló su pregunta en ambos idiomas—. ¿Dónde está Cole?

Los humanos intercambiaron miradas interrogativas entre sí. Los otros machos vrix ladeaban la cabeza. Las mandíbulas de Rekosh se crisparon y Urkot se rascó distraídamente la cicatriz del costado.

—¿No estaba con Ahnset? —preguntó Rekosh.

Ahnset se detuvo junto a Ketahn.

—No. Estaba vigilando la jungla.

—¿Cómo he podido perderle de vista? —preguntó Telok, chasqueando los colmillos de su mandíbula—. ¿Cómo no me he dado cuenta de que faltaba uno?

—Porque ya había dos que se quedaron atrás —replicó Urkot.

—Creía que estaba con nosotros —dijo Diego—. Recuerdo haberle visto mientras esperábamos para subir.

Callie asintió.

—Yo también.

—Pero todos subimos en un solo viaje —dijo Ahmya—. Cinco humanos, y cinco vrix —Al decirlo, movió las manos; con los dedos separados, colocó una mano en el dorso de la otra y las levantó más arriba.

Will frunció los labios y arqueó una ceja.

—Entonces, ¿se quedó atrás? ¿Se encontraba bien?

—Sí, no parece propio de él perderse este tipo de cosas —dijo Lacey, mirando la lanza que tenía en la mano—. Hasta ahora ha estado metido de lleno en toda esta mierda del entrenamiento *fiisikoh* e intentando ponernos en evidencia.

—Pero no dijo nada de quedarse atrás, ¿no? —preguntó Callie.

Diego se frotó los pequeños pelos oscuros de la cara y negó con la cabeza.

—No que yo sepa.

La rabia burbujeaba en las tripas de Ketahn, ganando calor y densidad a cada momento que pasaba. Aquella mañana había estado demasiado distraído para darse cuenta de la evidente contradicción: con seis humanos que debían acompañarles fuera del foso, uno de los vrix debería haber vuelto a bajar tras el ascenso inicial.

Y Ketahn había tenido la intención de hacerlo él mismo. Pero estaba tan concentrado en no querer dejar atrás a Ivy, en luchar contra su necesidad de volver con ella, que cuando miró hacia

abajo y no vio a nadie en el fondo del foso, no volvió a pensar en ello.

Inmediatamente, se concentró en vigilar el entrenamiento y la jungla. Tanta concentración que no se había dado cuenta de que les faltaba uno, un humano en *particular*.

—¿Qué ocurre, hermano de cría? Si ha permanecido en el foso, está a salvo —dijo Ahnset.

Cole se había quedado en el foso.

Gruñendo una maldición que podría haber sido cualquier lengua, Ketahn corrió hacia el foso, chocando contra la maleza. Una energía cada vez más frenética invadió sus miembros, empujándolos con más fuerza y rapidez. Sus corazones latían con la misma rapidez con la que sus patas golpeaban el suelo.

Cole se había quedado en el foso *con Ivy*.

Capítulo Veintidós

Ivy frotó la mano sobre la espalda de Ella en círculos suaves y relajantes mientras la mujer se sacudía encima de la criocámara. Todo lo que Ella había comido el día anterior lo había expulsado la pasada noche, y desde entonces no había tenido apetito, aunque no fuera capaz de retener nada.

Impotente, Ivy aguantó las arcadas de dolor y las convulsiones de Ella. El único consuelo que podía ofrecerle era asegurarse de que Ella supiera que no estaba sola. Ivy no sabía qué más hacer, no sabía cómo aliviar el sufrimiento de la mujer.

—Está bien —dijo Ivy, saboreando la amargura de la mentira en cuanto las palabras salieron de su boca y odiándola.

—No, no es verdad —Ella sacudió la cabeza, haciendo que el pelo se le soltara del moño y le cayera alrededor de la cara. Su cuerpo tembló y se le escapó un sollozo ahogado—. No estoy bien y no... no voy a mejorar.

Se agarró al lateral de la cápsula y volvió a sollozar.

Con el pecho contraído, Ivy recogió el pelo de Ella y se lo echó hacia atrás. Las lágrimas le escocían en los ojos mientras la desesperación y la culpa la inundaban. No podía evitar sentir que era culpa suya. Había despertado a Ella de la estasis; ¿había hecho algo mal?

«Los desperté a todos de la misma manera».

Pero ¿por qué le ocurría esto a Ella y a nadie más?

«Sabíamos que podíamos enfermarnos de estasis cuando nos durmieron. Nos lo explicaron, y lo aceptamos».

«Nos dijeron que podían tratarlo. Dijeron que se podía arreglar».

Ivy frunció los labios.

«Si la hubiera dejado dormir, habría muerto en paz. No estaría pasando por... esto».

«¿Cómo podía saberlo? No podía saberlo. Yo solo... quería que tuvieran una oportunidad. Quería que todos tuvieran una oportunidad».

Ella respiró entrecortadamente y con dificultad, y trató de incorporarse. Ivy la ayudó a recostarse en el interior acolchado de la criocámara. Ella se estremeció, siseando entre dientes mientras se agarraba el costado.

Ivy no le metió prisa, sino que se detuvo cada vez que era necesario, hasta que Ella se acomodó y la envolvió con una manta.

Ella cerró los ojos y se quedó quieta, salvo por el errático subir y bajar de su pecho con su respiración entrecortada. Era sobrecogedor verla allí tumbada, tan delgada y pálida, con las mejillas hundidas y unas profundas ojeras. Tenía una mano apoyada en el pecho, que parecía

esquelética, con los nudillos y los tendones sobresaliendo a través de la piel. Las mejillas de la mujer estaban humedecidas por las lágrimas.

No se parecía en nada a cuando había despertado del sueño criogénico hacía solo unos días.

Ivy apartó el pelo húmedo de la frente de Ella.

—Me estoy muriendo, ¿verdad? —preguntó Ella, abriendo los ojos para mirar a Ivy. A pesar de su enfermedad, había mucha claridad en sus profundos ojos verdes.

Ivy asintió, incapaz de volver a mentir, pero también de hablar por la opresión que sentía en la garganta.

—Me lo imaginaba. ¿Cómo no iba a hacerlo? —Con los ojos llenos de lágrimas, Ella levantó la vista hacia el inmaculado techo blanco—. Lo vi en los ojos de Diego. El miedo, la lástima. Lo veo en la forma en que me mira todo el mundo. Y yo... Dios, también puedo sentirlo. Siento cómo me muero.

Ivy puso la mano sobre la de Ella.

—Lo siento mucho, Ella. No quería que pasara esto.

Ella, temblorosa, volvió la mano sobre la de Ivy y la apretó débilmente.

—Lo sé. Es que... —Giró la cabeza y miró a Ivy, con las lágrimas derramándose—. Ojalá hubiera podido ver más de este mundo. Explorarlo. Ojalá hubiera podido saber más sobre los vrix. Me hubiera gustado aprender su lengua, su cultura, simplemente... conocerlos. Son tan, tan fascinantes, Ivy.

Ivy no pudo evitar la leve sonrisa que se dibujó en sus labios al pensar en Ketahn. En lo lejos que habían llegado desde que se conocieron.

—Sí, lo son.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Puedo ver por qué te preocupas por él. He visto lo protector que es contigo, cómo te mira, cómo se preocupa por ti. Supongo que, en el fondo, todos somos iguales. Nuestras almas ven lo que nuestros ojos no pueden, y conectan sin importar lo que haya en el exterior. Nuestros cuerpos... no son más que caparazones.

«Nuestras almas ven lo que nuestros ojos no pueden».

Ivy no había sido capaz de ver más allá de la apariencia, al menos no al principio. Según las apariencias, Ketahn había sido un monstruo. ¿Cómo podía haber visto a quién había debajo, si había tenido tanto miedo de su aspecto? Pero una vez que el miedo desapareció, una vez que se permitió conocerle, su atracción por él fue abrumadora. No había importado cuánto había luchado contra ella, no había importado lo equivocada que hubiese estado.

Se sentía irresistiblemente atraída hacia Ketahn. Y ahora... ahora estaba unida a él para siempre por un hilo irrompible.

—Lo dices como si fuéramos almas gemelas —dijo Ivy.

—Quizá lo seáis. ¿De qué otra forma podríais haberos encontrado?

—Solo hizo falta un viaje por el espacio y ciento sesenta y ocho años —Ivy sonrió—. Y bueno... él fue más o menos el primer tío que se acercó, y una mujer tiene... *necesidades*.

Ella soltó una risita, aunque se interrumpió cuando se puso rígida de dolor.

Ivy abrió mucho los ojos.

—¡Lo siento!

—No pasa nada. Ha merecido la pena —Ella sonrió y respiró hondo, exhalando lentamente—. Me alegro de que me despertaras, Ivy. Me alegro de haber podido ver algo tan asombroso antes del final. He conseguido... ser uno de los ocho humanos de todo el universo que han conocido a los vrix.

Ivy apretó la mano de Ella.

—Y más que eso, te has hecho amiga de ellos. Creo que le gustas mucho a Ahnset.

Ella sonrió, con los párpados caídos.

—No puedo creer lo grande que es. Y es tan amable conmigo. Solo desearía... desearía haber podido tener una conversación de verdad con ella. ¿Le darás las gracias de mi parte?

—Puedes decírselo más tarde, cuando vuelvan, y yo se lo traduciré. Creo que le gustaría oírlo de ti.

Cuando se le cerraron los ojos y aflojó el agarre de la mano de Ivy, Ella volvió a hablar; arrastraba ligeramente las palabras.

—Sí... Yo... también lo creo.

La puerta se abrió con un silbido, captando la atención de Ivy. Cole entró, recorriendo la sala con la mirada antes de encontrar a Ivy. Se llevó un dedo a los labios. Miró a Ella y asintió, cruzando los brazos sobre el pecho y apoyándose en la pared. La puerta se cerró poco después.

Ivy esperó a que la respiración agitada de Ella se estabilizara antes de soltarle la mano con cuidado. Se apartó, cogió su propia manta doblada del suelo y volvió junto a Ella, poniéndosela por encima para darle más calor. No había pasado por alto los sutiles escalofríos que recorrieron el cuerpo de la mujer.

Suspirando, Ivy se dio la vuelta y cogió uno de los odres que había entre las provisiones. Abrió la tapa y bebió un trago.

—¿Cómo está? —preguntó Cole en voz baja.

—Peor.

—¿Está durmiendo?

—Sí —dijo Ivy frunciendo el ceño. Cerró el odre y miró hacia Ella—. Últimamente, se cansa hasta de hablar —Volvió a mirar a Cole, con el ceño fruncido—. Has vuelto pronto. ¿Dónde están los demás?

—Ya —Una comisura de la boca se le torció mientras se rascaba la nuca—. Pues... no he ido con ellos.

—¿Por qué no?

—Quería explorar la *Somnium* un poco más. Lo que queda de ella. Ya sabes, antes de irnos dentro de un par de días y no volver a verla —Dejó caer la mano y se apartó de la pared—. Y de hecho encontré algo en una de las otras habitaciones.

Ivy devolvió el odre a su sitio y ladeó la cabeza.

—¿Qué has encontrado?

—Creo que sería mejor que te lo enseñara. Yo tampoco estoy muy seguro.

Ivy volvió a mirar a Ella. Probablemente, la mujer dormiría un rato, y estaría a salvo dentro de esta habitación. Ivy podría salir un rato mientras tanto.

—Vale, pero seamos rápidos —Ivy caminó hacia Cole—. No quiero dejarla sola demasiado tiempo por si necesita algo.

Cole pulsó el botón del marco de la puerta. La puerta se abrió.

—No tardaremos mucho.

Salió al pasillo e Ivy lo siguió de cerca. Aunque el aire era más cálido y húmedo que el de la sala de estasis, también se sentía en movimiento, y su corriente sobre sus brazos y piernas desnudos le ponía la piel de gallina. Como no había acompañado a los demás fuera del foso, se había puesto el vestido de seda que Ketahn le había confeccionado en lugar del mono. Después de semanas viajando con la mínima ropa, el mono la hacía sentir limitada e incómoda, sobre todo con el calor de la jungla.

Al pasar junto a una de las puertas, los ojos de Ivy se desviaron hacia la luz roja que había sobre ella. No importaba cuántas veces hubiera caminado por aquel pasillo carmesí, con sus sombras profundas y oscuras, nunca podía deshacerse del escalofrío que le recorría la piel cada vez que estaba dentro.

Cole no fue muy lejos antes de pararse ante una puerta que estaba medio abierta. A diferencia de las demás puertas del pasillo, esta estaba totalmente encajada en la pared, y no tenía ninguna luz sobre su marco. Había un suave resplandor blanco procedente del interior de la habitación.

Girándose hacia un lado, Cole la miró y esbozó una sonrisa.

—Aquí dentro.

Se coló por la puerta.

Una vez dentro, Ivy se introdujo en la habitación y miró a su alrededor.

Era mucho más pequeña que las salas de estasis, no más de cuatro metros por cuatro. Cada pared tenía dos camas, una sobre otra, empotradas en elegantes huecos, y junto a cada juego de literas había un gran armario. Al igual que la cámara que había albergado a Ivy y a los demás supervivientes, esta habitación estaba libre de suciedad y daños causados por el agua, pero no había circulación de aire en su interior, y el resplandor blanco no lo producía la iluminación superior, sino una linterna solar procedente del almacén de emergencia situado en el centro del suelo.

Esa linterna creaba sombras extrañas, dando al espacio una sensación antigua, de otro mundo. Esta habitación debería haber sido una habitación normal: con unas literas, unos carteles y unos cuadros en las paredes, algunos de los cuales se estaban arrugando por el paso del tiempo, y unas prendas de ropa y una manta esparcidas por el suelo. Pero, como el resto de la nave, solo resultaba triste, solitaria y más sobria de lo que nunca debería haber sido.

—¿Qué habitación era esta? —preguntó, mirando las fotografías de la pared. La mayoría parecían ser de esposas, maridos e hijos. De familias.

—Un camarote para la tripulación —respondió Cole desde detrás de ella—. Will y yo lo abrimos el otro día mientras buscábamos provisiones, pero él se puso muy raro y me echó a empujones después de echar un vistazo. La puerta se atascó cuando intentó cerrarla.

Porque Will conocía a la gente que había vivido aquí.

El corazón de Ivy se conmovió por Will. ¿Habría reconocido alguna de las caras de las fotos? ¿Conocía a los miembros de la tripulación que vivían aquí cuando ocurrió el accidente, conocía a sus familias? ¿Había traído fotos suyas?

—Ni siquiera me había fijado en la puerta —Se volvió hacia Cole—. ¿Qué querías...?

Las palabras de Ivy se cortaron con un grito ahogado que se silenció cuando Cole la cogió por la nuca y le tapó la boca con la suya. Sus ojos se abrieron de par en par y se quedó paralizada, atónita, mientras la otra mano de él se deslizaba sobre su cadera para agarrarle el culo. Tiró de ella para acercarla más, gimiendo mientras aplastaba su pelvis y su polla, ya endurecida, contra ella. En aquel momento, Ivy fue consciente de todo: su barba áspera rozándole la piel, el movimiento de su lengua en la boca, el calor de su carne, sus dedos callosos en el cuello, el olor a sudor y a macho.

Y todo ello le repugnaba.

—¿Qué se siente cuando te besa un hombre de verdad? —preguntó Cole ásperamente contra su boca, apretándole el culo para acercarla aún más—. ¿Lo deseabas, Ivy? ¿Deseabas esto?

Apoyando las manos en el pecho de Cole, Ivy separó la boca de la de él y lo apartó con todas sus fuerzas.

—¡Suéltame!

Cole la soltó y retrocedió un paso a trompicones, con los ojos desorbitados un instante antes de que el puño de ella le golpeará la boca. Echó la cabeza hacia atrás cuando sus pies chocaron con la manta del suelo, uno aterrizó sobre la manta y el otro se enganchó en sus pliegues. La manta y el puñetazo de Ivy bastaron para tirarlo al suelo. Cole aterrizó de culo con un sonoro castaño de dientes.

Ivy resopló, apretándose la mano contra el pecho mientras el dolor se le irradiaba a los huesos. Miró hacia abajo y vio que le manaba sangre de un corte en los nudillos.

—¡Maldita sea! —Cole se llevó una mano a la boca, que también estaba sangrando.

La furia se apoderó de Ivy. Vibró con ella y tuvo que llevarse la mano al pecho para no arremeter de nuevo contra él. Dio un paso hacia él y lo fulminó con la mirada—. ¿Qué cojones haces? No, Cole, ¿qué coño *te pasa*?

Cole apartó la mano de la boca y se la miró. Le brillaba la sangre en la punta de los dedos.

—¿Por qué me has pegado?

—¿Tú qué crees?

Con el ceño fruncido, cogió la manta con la que había tropezado y se levantó, tocándose el labio partido con la esquina de la tela.

—Solo intentaba pasar un poco de tiempo contigo ahora que no está *él* respirándote en la nuca.

—¿Así que me has traído aquí para agredirme?

—¡No te estaba agrediendo!

—¡Me besaste! Me pusiste las manos encima y forzaste tu boca sobre la mía. Eso es agresión, Cole.

—Pensé que te gustaría estar con un hombre de verdad. No se lo habría dicho.

—¿De verdad pensaste que solo porque Ketahn está ocupado y me tienes a solas, querría *esto*?

—Yo solo pensaba...

—No debes de pensar mucho. ¿Cuándo te he dado *alguna* pista de que te deseaba?

Extendió los brazos a los lados.

—¡Venga ya! No puedes querer follarte de verdad a esa cosa, ¿no?

Ivy gruñó y avanzó hacia él. Cole retrocedió varios pasos, dejando caer la manta para levantar las manos en señal de rendición. Pero Ivy no se detuvo hasta que se plantó delante de él, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos furiosos clavados en los suyos.

—Estoy con Ketahn porque elijo estarlo. *Él* es quien yo quiero. *Él* es mi *elección*. Y nunca le traicionaría de ninguna manera —Aún se le erizaba la piel por el contacto de Cole—. No importa su aspecto ni lo que pienses de mi relación con él, lo que importa es lo que siento aquí —golpeó el pecho con el puño.

—Ya he estado antes con alguien como tú, Cole. Un hombre con una cara bonita y palabras bonitas. Era más monstruo de lo que jamás podría ser Ketahn.

Cole frunció las cejas y sus labios, aún sangrantes, se fruncieron mientras la miraba fijamente.

—Te... preocupas de verdad por él, ¿verdad?

Ivy puso los ojos en blanco y levantó las manos.

—¡Sí!

¿Cómo de estúpido podía ser Cole?

Cole gimió y se llevó los dedos al pelo, peinándose los mechones de la frente.

—Aunque sigue siendo jodidamente raro que te estés tirando a una araña.

Ivy cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sí, bueno, nadie te ha preguntado y, como ya he dicho, no es de tu maldita incumbencia.

Él se rio, sacudiendo la cabeza.

—Además, no es una araña —dijo Ivy—. Es vrix.

—Tampoco es humano. Ninguno de ellos lo es.

—¿Y eso qué importa, Cole? No son humanos, pero nos ayudan igualmente. Quizá podríamos haber sobrevivido a este lugar por nuestra cuenta. Tal vez... tal vez podríamos haberlo descubierto todo. Pero lo más probable es que todos hubiéramos muerto en el intento, aunque ninguno de nosotros se hubiera despertado sin Ketahn.

Frunció el ceño, bajó la mirada y cambió su peso de manera incómoda de una pierna a otra y viceversa.

—No podemos olvidarnos de lo que somos Ivy, humanos. En un mundo alienígena. No importa si no es el planeta que debíamos colonizar, este lugar es nuestro ahora.

—Las cosas no funcionan así, Cole —replicó Ivy con un suspiro.

Su breve risa fue algo amarga, pero carente de malicia. La miró a los ojos.

—Funciona como nosotros queremos, Ivy. Somos todo lo que queda.

Ivy frunció el ceño y le señaló con el dedo.

—Sí, pues lo que acabas de intentar hacer no va a funcionar. ¿Lo entiendes?

De nuevo, Cole levantó las manos en señal de disculpa.

—Lo entiendo. No te interesa. Yo solo... —Cuando bajó los brazos, una de sus manos se inclinó hacia delante y atrapó entre los dedos un mechón del pelo colgante de Ivy—. No lo llevo bien. Estoy... enfadado, frustrado y solo —Le acarició el pelo entre el índice y el pulgar.

—¿En serio no has escuchado...? —Ivy iba a cogerle la mano, con la intención de apartarle el pelo, cuando una forma enorme y oscura apareció en la puerta detrás de Cole, perfilada por el resplandor rojo sangre del pasillo.

Un monstruo tenebroso salido de una pesadilla, pero Ivy no temía por sí misma en aquel momento.

Capítulo Veintitrés

Ketahn gruñó, forzó la puerta para abrirla del todo con un chirrido metálico y entró. Ivy no tuvo tiempo de pensar. Ella completó el movimiento de su mano, agarrando la parte delantera del mono de Cole, y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas, haciéndole girar para que ella se encontrara entre él y Ketahn. Si no le hubiera pillado tan desprevenido, dudaba de que hubiera podido moverle.

La maniobra hizo girar a Ivy de modo que quedó de espaldas a Ketahn. Se volvió hacia él y extendió los brazos, haciéndose lo más grande posible, lo cual era ridículamente insignificante en comparación con él. Ketahn se detuvo en seco y sus largas patas se abalanzaron a ambos lados de Ivy.

—Oh, joder —jadeó Cole.

—Muévete, Ivy —gruñó Ketahn en vrix. Sus abrasadores ojos violetas estaban fijos en Cole, y ella sabía que podría rodearla fácilmente para alcanzar al humano si quisiera.

—No. No voy a dejar que lo mates —dijo Ivy.

Las mandíbulas de Ketahn se abrieron más, pero bajó la mirada hacia ella. Un sonido retumbante salió de su pecho cuando le cogió la parte inferior de la mandíbula con una mano y le echó la cabeza hacia atrás, inclinándose para examinarla: examinó sus labios, que aún palpitaban por la persistente e indeseada sensación del beso de Cole; examinó su barbilla, irritada por el roce de la barba de Cole.

Las palabras que pronunció eran tan guturales, tan bestiales, que Ivy casi se estremeció.

—Tú le elegiste a *él*.

Ivy se encogió como si algo le hubiera atravesado el corazón. ¿De verdad pensaba tan poco de ella? Sin apartar los ojos de los suyos, volcó en su voz toda la ferocidad de su amor y su convicción.

—No, yo te elegí a *ti*, Ketahn.

La mandíbula de él se tensó de un modo imperceptible.

—Tú le proteges. ¿Por qué?

—Para protegerte a ti.

—No puede hacerme daño.

Ivy acercó los brazos y rodeó su muñeca con los dedos.

—Si le matas, desaparecerá toda la confianza que los humanos tienen en ti. Te temerán. Temerán a los demás. Y nada de esto funcionará.

Ketahn acercó su rostro al de ella, inspirando profundamente.

—Dices que no le elegiste, pero su olor está en ti —Su pulgar rozó los labios de ella,

sacudidos por un débil temblor—. Su *marca* está en ti.

—Me besó. Intentó más...

De algún modo, el cuerpo ya rígido de Ketahn se tensó aún más, irradiando calor y furia. Ivy apoyó las manos en su pecho antes de que pudiera arremeter contra él.

—¡Pero ya me he ocupado de él! —se apresuró a decir Ivy—. Luché contra él. Luché contra él porque soy tuya.

Los ojos de Ketahn se detuvieron en ella durante unos latidos, antes de mirar más allá. Retiró la mano de su mandíbula, la agarró por los brazos y la levantó del suelo sin esfuerzo, dejándola a un lado. Antes de que ella pudiera retroceder, él la bloqueó con una de sus largas patas.

—Ketahn, por favor... —suplicó Ivy.

Dio un paso adelante y Cole retrocedió, pero la pared interrumpió su retirada.

Cole levantó las manos.

—Mira, Ketahn, esto solo era...

Más rápido de lo que los ojos de Ivy podían percibir, el brazo de Ketahn salió disparado. El armario que había detrás de Cole se dobló por la fuerza del golpe. El hombre se sobresaltó y sus ojos, muy abiertos, se desviaron del enorme puño de Ketahn, que había aterrizado apenas a un palmo de la cabeza de Cole, hacia el rostro de Ketahn.

Ketahn se inclinó lentamente, colocando la cabeza justo encima de la de Cole, con los colmillos de la mandíbula casi lo bastante cerca como para tocar las mejillas del hombre.

—Ivy es mía —dijo con un acento más marcado de lo normal—. No la toques. No la mires con deseo. Ni siquiera lo pienses. ¿Entendido?

Cuando Cole se limitó a mirar fijamente, otra de las manos de Ketahn se alzó, rodeando la garganta de Cole y empujándolo contra la puerta del armario, ya dañada. Ketahn gruñó:

—Vuelve a tocarla y se acabó. Estarás *acabado*.

—¡Y-Ya lo pillo! —carraspeó Cole, con las manos aferrando el brazo de Ketahn—. ¡No lo haré!

—Ahora vete —Ketahn arrastró a Cole lejos de la pared, soltándolo mientras empujaba al hombre hacia la puerta.

Cole tropezó y se precipitó hacia delante, evitando caer de bruces apoyando brevemente una mano en el suelo. Antes de incorporarse del todo, atravesó la puerta y desapareció en el pasillo sin mirar atrás.

La atención de Ketahn se centró en Ivy. Caminó hacia ella, acortando la distancia que los separaba como si nunca hubiera existido y haciéndola retroceder hasta que chocó contra la pared. Su aroma a caoba y especias le llenó la nariz y su gruñido hambriento vibró dentro de ella.

—Ketahn, yo...

Le agarró la barbilla, haciéndola respirar entrecortadamente, y la obligó a levantar la cara.

—Mía.

La dura boca de Ketahn chocó contra la suya. El roce de su áspera carne, la insistente presión de su lengua contra sus labios y el calor que emanaba quemaron el recuerdo del inoportuno contacto de Cole. Ivy separó los labios con un suspiro embriagador y acogió el beso alienígena de Ketahn, rodeándole el cuello con los brazos para acercarlo. El calor fluyó a través de ella y se acumuló entre sus muslos.

Sus dedos se deslizaron a lo largo de su mandíbula y se adentraron en su pelo para sujetarla por la nuca, anclándola en su sitio mientras le devoraba la boca. Parecía decidido a borrar todo rastro de Cole. E Ivy devolvió el beso con creces, ofreciéndoselo todo. Su sexo se contrajo de necesidad mientras el vacío de su interior se expandía.

«Mía».

El eco de aquella afirmación le produjo un delicioso escalofrío que la hizo gemir.

En el pecho de Ketahn retumbó una vibración grave, compuesta por un ronroneo de lujuria y un gruñido posesivo que se fundieron en un sonido hambriento y apasionante. Fue el único aviso que dio de lo que vendría a continuación.

Con la misma rapidez que había empleado para arremeter contra Cole, Ketahn enganchó los brazos por debajo de las rodillas de Ivy, le agarró las muñecas con las manos y la levantó. La apretó contra la pared con las manos sobre la cabeza, inmovilizándola con su cuerpo. El aire frío acarició su sexo desnudo mientras sus cierres se enroscaban alrededor de su culo.

Abriendo las otras patas para sujetarse, dobló las delanteras, las acercó y las rozó con la parte posterior de los muslos de ella. Cuando inclinó las caderas hacia arriba, la punta de la polla chocó contra el ya de por sí resbaladizo sexo de Ivy. Sus pezones se endurecieron, deseando ser tocados, acariciados, aumentando aún más su necesidad de él.

Inmovilizada y con un suave jadeo, Ivy levantó la vista y fijó su mirada en la de Ketahn. La luz de la linterna que había tras él solo realizaba la oscuridad de su piel, haciendo que sus numerosos ojos violetas brillaran entre las sombras de su rostro.

Volvía a tener sobre él a aquel monstruo sombrío, *su* monstruo sombrío.

Y Dios, eso la excitaba.

—Hazlo —exhaló Ivy—. Fóllame. Reclámame. Toma mi cuerpo.

«Como tú has tomado mi corazón».

Los dedos de Ketahn se contrajeron y sus garras la pincharon, provocándole un exquisito escalofrío. Con un rugido, la penetró con fuerza al instante, golpeándola contra su miembro y obligándola a recibirlo todo de él.

El grito de Ivy fue breve y agudo. Inclinó la cabeza contra la pared, pero mantuvo los ojos fijos en los de él. Apretó las manos ante el dolor de su penetración, ante el leve ardor que sentía cuando él la estiraba, cuando la llenaba hasta el borde y más allá. Pero en su interior latía una energía inquieta, ansiosa de más.

La levantó, estremeciéndose cuando su sexo se aferró a su gruesa polla, y volvió a penetrarla con la misma fuerza que la primera vez. Esta vez no se detuvo. Su cuerpo la rodeó por completo, manteniéndola atrapada, asegurándose de que era suya para usarla, tomarla, reclamarla. El ritmo frenético y despiadado de Ketahn la inundó con oleadas de calor y placer que fluían y disminuían con cada movimiento de sus caderas, siempre en aumento.

La habitación se llenó de sus gemidos, de sus gritos, de su respiración agitada, y de los rugidos y gruñidos de él. Era vagamente consciente de la puerta abierta, de que cualquiera podría pasar en cualquier momento y verlos, pero no le importaba. Quería que los vieran. Quería que supieran sin ninguna duda que pertenecía a Ketahn y que él le pertenecía a ella.

Las garras de los extremos de sus patas rasparon el suelo y su ritmo se volvió más frenético. Bajó la cabeza hacia el hombro de ella y le pasó la lengua por la clavícula y el cuello para lamerle el sudor.

—Eres mía —le roncó al oído.

—Sí —gimió ella.

Él gruñó y le apoyó la cabeza en la frente. Sus ojos volvieron a encontrarse, reduciendo el mundo a ellos dos.

—Mi *nyleea*. Mi hilo del corazón.

—Tuya, mi *luveen*. No quiero a nadie más.

—Modelador, deshazme —gimió Ketahn.

Le soltó las muñecas y tomó la cara de Ivy entre sus manos. Su dura boca se encontró con la de ella mientras ajustaba el ángulo de sus caderas, haciendo que sus embestidas la golpearan de una nueva forma. Aquel cambio la llevó al borde del clímax. Todo su cuerpo se tensó en busca de ese último empujón, esa chispa final que acabara con ella. Ivy gimió contra su boca y le rodeó el cuello con los brazos.

Gruñendo, Ketahn la estrechó contra él, penetrándola más profundamente de lo que ella jamás había creído posible. La retuvo mientras su cuerpo se tensaba y su miembro se hinchaba. El calor que irradiaba su piel se intensificó y se filtró en su interior, justo antes de que su semilla, incluso aún más caliente, brotara dentro de ella.

Eso fue todo lo que necesitó. El placer que había ido aumentando en su interior estalló, venciendo por completo. Los gritos de Ivy quedaron ahogados por el rugido de liberación de Ketahn.

Sus dedos se hundieron en el pelo de él, aferrándose a los mechones; necesitaba algo, lo que fuera, a lo que aferrarse mientras una oleada tras otra de euforia la consumía. Él la agarró, con sus garras clavándose en su piel, sus cierres aferrando su trasero, y todo lo que Ivy podía hacer era sucumbir mientras Ketahn la elevaba a nuevas alturas.

Y cuando Ivy por fin descendió flotando y recuperó la consciencia, Ketahn estaba allí, sosteniéndola, acunándola entre sus brazos como si fuera lo más preciado de todo el universo. Le rozó los labios con la más leve de las caricias, y su pelo, ahora suelto de su atadura, caía hacia delante para rozarle la piel.

Ella abrió los ojos. La intensidad que había ardido en su mirada se había suavizado, pero no había disminuido, y ella supo que no había nada ni nadie en todo el universo a quien él mirara como la miraba a ella.

«Lo dices como si fuéramos almas gemelas».

«Quizá lo seáis. ¿De qué otra forma podríais haberos encontrado?»

No tenía ni idea de si las almas gemelas eran reales, si el destino existía, si todo el mundo en el universo tenía una persona con la que estaba destinado a estar. Pero sabía con todo su corazón que había elegido a Ketahn para que fuese suya para siempre, y que él quedaría impreso en su alma para toda la eternidad.

Ivy sonrió suavemente y acarició la mandíbula de Ketahn.

—Mi hilo del corazón.

Con un suave gemido, Ketahn inclinó su cabeza contra la frente de ella.

—Mi Ivy.

Capítulo Veinticuatro

Ivy salió del agua y se pasó las manos por la cara y el pelo. Abrió los ojos e inspiró profundamente, tomando aire fresco que estaba impregnado por el perfume de las flores, el agua limpia y la tierra. La luz del sol que brillaba a través de la amplia abertura del techo de la caverna le calentaba la piel y hacía brillar la hermosa piscina turquesa como si la hubieran espolvoreado con cristales. Los suaves y relajantes sonidos creados por la corriente del agua resonaban en las paredes de la caverna.

Durante los últimos días, había habido pocos momentos tranquilos, o por lo menos, nada relajantes.

Echó la cabeza hacia atrás para mirar hacia arriba. La abertura del techo tenía unos quince metros de ancho y casi la misma altura. Las paredes se curvaban hacia el agujero, creando una cúpula natural sobre la piscina. A su alrededor colgaban enredaderas y raíces, cuyos vibrantes colores esmeralda y fucsia complementaban a la perfección el color del agua. También podía distinguir las ramas de unos cuantos árboles altísimos, cuyas hojas brillaban al moverse con la brisa, pero la mayor parte de la vista estaba ocupada por el cielo azul y las suaves nubes blancas que pasaban perezosamente a la deriva.

Sonriendo, se volvió hacia Ketahn, que estaba tumbado en un saliente bajo que rodeaba un lado de la piscina. Aunque la luz del sol no le llegaba directamente, sus reflejos en la superficie del agua bailaban sobre su piel.

Cerca de él estaba la grieta en la pared por la que habían entrado: una hendidura cubierta de maleza que se adentraba en la caverna desde el exterior, probablemente excavada por el agua de lluvia a lo largo de miles de años. En esos momentos solo corría un hilo de agua, que creaba una diminuta cascada que a Ivy le recordaba a las lujosas fuentes que siempre se ponían como decoración en los edificios de oficinas de la Tierra.

Hacía tanto tiempo que Ketahn y ella no tenían un momento así. Algunos de sus recuerdos favoritos eran las veces que él la había llevado al arroyo para que pudiera nadar en el agua fresca y relajarse al sol junto a él.

Ivy nadó hacia Ketahn hasta que sus pies pudieron tocar el fondo. Unos riachuelos recorrieron su cuerpo desnudo cuando salió del agua. La piel se le erizó al sentir la mirada de Ketahn recorriéndola, y la excitación se encendió en su interior. Aún sentía las secuelas del duro encuentro del día anterior, y ese recuerdo solo aumentaba su deseo, haciéndola sentir dolor.

Una vez de pie en el saliente, parcialmente cubierto de vegetación, se apartó el pelo y se lo escurrió. El agua salpicó el suelo a sus pies.

—¿Cuánto has viajado desde Takarahl?

Ketahn se pasó las garras por el pelo suelto.

—Cinco días de viaje. Quizá seis. Fue difícil controlar el tiempo mientras luchábamos contra los cráneo-espinas.

—¿Hasta dónde llegaremos?

—Mucho más allá. Más allá de donde las Garras quieran seguirnos. Adentrándonos más en lo desconocido que ningún otro vrix de Takarahl desde la primera reina —dijo, dejando caer la mano con un suspiro—. Hasta que estemos a salvo.

Ivy se enderezó, se echó el pelo hacia atrás y se puso al sol, dejando que sus rayos le secaran la piel.

—¿Estaremos a salvo por fin? ¿Te dejará marchar?

—Ningún lugar es completamente seguro, Ivy —Ketahn negó con la cabeza—. Y no se rendirá. No en mucho tiempo. Debemos ir tan lejos que nunca nos encuentren, e incluso entonces, puede que nos busque durante mucho tiempo.

Ivy se mordió el labio mientras miraba hacia abajo y golpeaba una liana con el dedo del pie.

—¿Crees que los demás están preparados?

Él resopló; el sonido se convirtió en un chirrido que atrajo de nuevo su atención hacia él porque algo en él parecía que *debería* haber sido desesperado o amargo, pero... no lo era.

—Ninguno de ellos está preparado. Son torpes como crías. Ruidosos. Débiles. Demasiado lentos y demasiado pequeños.

Cruzando los brazos sobre el pecho, arqueó una ceja hacia él.

—Ah, así que eso es lo que pensabas de mí.

El brillo de sus ojos se clavó en el corazón de ella mientras él levantaba las mandíbulas, sonriendo.

—Ya te lo he dicho, hembra. Nunca te mentiré.

«¡Auch!»

Ivy levantó la barbilla.

—No parecen cualidades que desearías en una compañera. ¿Acaso los vrix no prefieren a sus hembras grandes y fuertes?

Ketahn carraspeó.

—A mí me gustan las hembras inteligentes, amables y decididas. Pequeñas y de piel suave, pero con un corazón tan tierno como fuerte. Me gusta que mi hembra ría y sonría.

Y sonrió, mientras la recorría un agradable sentimiento de calidez.

—Y me gustan sus besos y sus suaves y carnosos montículos en el pecho. Sus caderas, sus piernas. Su culo. Su deliciosa abertura y los cantos que hace cuando se aparee.

Ivy se rio, y aquella calidez se convirtió en otro tipo de calor que le quemaba las mejillas. Se llevó una mano a la cara y sacudió la cabeza.

—No puedo creer hasta qué punto eso ha sonado como algo que diría un hombre humano.

—Solo tienes que mirarme para saber que no soy humano... Pero soy tu macho, Ivy. Y tú eres mi hembra. Mi compañera.

—Sí, eso ya lo dejamos claro ayer —La sonrisa de Ivy se desvaneció cuando una punzada de duda ensombreció su felicidad. Dejó caer el brazo.

Su expresión debió de alertar a Ketahn del cambio en su estado de ánimo. Él se inclinó hacia delante, con una mirada intensa y seria.

—Escucha mis palabras, mi hilo del corazón: llegaremos a nuestro destino, dondequiera que nos espere. Y los vrix haremos todo lo que esté en nuestra mano para proteger a los humanos.

—Sé que lo haréis.

Ketahn levantó una mano y curvó los dedos, haciéndole señas.

—Ven, mi *nyleea*.

Ivy caminó hacia él, alejándose de la luz del sol, y se tumbó en el lecho de hojas que él había preparado para ella entre sus patas delanteras.

Una de sus manos le acarició la espalda como si quisiera consolarla. Con un dedo bajo la barbilla, le inclinó la cabeza hacia atrás hasta que sus ojos se encontraron con los suyos. Su mirada desprendía fuego.

—No dejaré que te hagan daño.

Ivy sonrió y le besó el dedo.

—Lo sé, Ketahn.

Le pasó la mano por encima de la mejilla hasta llegar a su pelo húmedo, a través del cual peinó suavemente con sus garras. Cuando llegaron a la nuca, las devolvió al nacimiento del pelo y repitió el proceso, deshaciendo poco a poco los nudos y las marañas. Sus atenciones eran tranquilizadoras, ayudadas por el confortable silencio que se extendía entre ellos. Solo se oía el susurro de las hojas del exterior, el lento goteo del agua y el sutil chapoteo del agua contra las paredes.

Mañana dejarían atrás todo lo que Ivy y Ketahn conocían en este mundo. Pero hoy tenían un poco de tiempo para disfrutar de la paz, la tranquilidad... y el uno del otro. Hoy podían disfrutar de ser dos personas en... en...

—¿Puedo hacerte una pregunta? —preguntó Ivy, rompiendo aquel silencio.

—Lo que quieras, mi *nyleea*.

Levantó la vista hacia él.

—¿Qué... significa ser pareja para los vrix?

Sus mandíbulas se crisparon y ladeó la cabeza.

—Explícate.

Ivy se mordió el labio inferior con los dientes y bajó la mirada. Arrancó una de las grandes hojas del suelo y la hizo girar por el tallo.

—En la Tierra hay muchos tipos de relaciones. Hay amigos, novios y novias, amigos con derecho a roce, y luego está el matrimonio.

—¿Eso es... como *casarse*?

—Sí. La amistad es lo que teníamos tú y yo al principio. Los amigos con derecho a roce son personas que siguen siendo amigos, pero que comparten placer el uno con el otro sin promesas ni compromiso. Los novios y las novias son personas que mantienen una relación, pero no hay... ningún compromiso vinculante. Pero el matrimonio sí es vinculante. Es como acabo de decirte. Dos personas hacen votos de amor y prometen ser fieles el uno al otro, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe.

Con el ceño fruncido, Ivy rasgó la hoja por los nervios.

—Supongo... que no estoy segura de dónde estamos. Y me preocupa que algún día puedas... puedas dejarme de lado. Que ya no me quieras.

Ketahn cubrió las dos manos de ella con una de las suyas, calmando los dedos inquietos de ella.

—Para los vrix... una pareja también puede ser muchas cosas. Pero cuando un macho llama a su hembra *nyleea*, es más. Cuando un macho llama a su hembra su hilo del corazón, lo es... *todo*. Solo te quiero a ti, Ivy. Mis corazones laten por ti.

El pecho de Ivy se contrajo. Las lágrimas le escocían en los ojos y le nublaban la vista. Parpadeó, obligándolas a derramarse.

—Ayer me hiciste daño.

Se le cayeron las mandíbulas y le sostuvo la barbilla con una mano, echándole la cabeza hacia atrás y recorriéndola con la mirada.

—Fui demasiado brusco. ¿Dónde te hice daño?

Ella soltó la hoja, giró la mano para coger la de él y le apretó la suya sobre el corazón.

—Aquí.

Un zumbido incierto e infeliz vibró en su pecho.

—¿Por lo que le hice a él? —dijo con voz grave.

—No, es porque pensaste que yo quería algo con él. Pensaste que te había traicionado, Ketahn.

El dolor que le había causado solo había aumentado desde entonces. Anoche había estado inquieta, incapaz de dormir a pesar de su agotamiento y de estar justo donde quería estar: en los brazos de Ketahn. Pero él... había cuestionado su fidelidad, su lealtad. Y eso le dolía.

Ketahn le pasó el pulgar por la mejilla, limpiándole las lágrimas.

—Mi Ivy. Fui yo quien te traicionó. Dejé que mi rabia me cegara ante lo que hace tiempo que sé en mi interior... que eres mía y solo mía, y que nunca debería cuestionarlo.

Rodeó a Ivy con los brazos, la levantó del suelo y la estrechó contra su pecho. Ella sintió su fuerza, sintió el golpeteo de sus corazones y el roce de su piel sobre la de ella. Sus suaves curvas contra las duras crestas de él. De repente, sus pezones se tensaron hasta convertirse en dolorosas puntas. Sus cierres engancharon sus caderas mientras sus patas delanteras se doblaban a su alrededor, atormentándola con sus finos pelos. Una vez más, le secó las lágrimas de las mejillas antes de peinarle el pelo húmedo con las garras.

—Te pido que me perdones, mi hilo del corazón —dijo con firmeza.

Ivy le recorrió las mandíbulas con las yemas de los dedos, hasta llegar a las articulaciones.

—Te perdono.

—Algunos vrix se aparean por placer, como siempre ha hecho Zurvashi —murmuró—. Algunos solo se aparean para reproducirse, para mantener viva su sangre, y apenas se relacionan después. Pero otros, como mi padre y mi madre, se unieron por algo más profundo y duradero. Porque vieron el uno en el otro algo sin lo que ninguno de los dos podría vivir.

Ketahn se curvó hacia delante, presionando su boca sobre el pelo de ella, e inhaló profundamente.

—No puedo vivir sin ti, Ivy.

Ivy cerró los ojos contra la oleada de poderosas emociones que le llenaban el pecho. Deslizó los dedos por su pelo suelto, sujetando los largos mechones.

—Los humanos llaman a eso amor.

—Amor —repitió él, acariciándola con los dedos y sujetándola con los cierres—. Eso es lo que siento por ti, Ivy. Y perdurará más que la Maraña, que las estrellas de las que procedes, e incluso que los Ocho mismos. Siempre serás mi *nyleea*.

—Te quiero, Ketahn —Ella levantó la cabeza, obligándole a hacer lo mismo. Sus labios se estiraron en una sonrisa, aunque sus ojos rebosaban de lágrimas—. Y yo tampoco puedo vivir sin ti, mi *luveen*.

—Mi hermosa, hermosa hembra —murmuró Ketahn. Le secó cuidadosamente otra lágrima de la mejilla—. ¿Por qué lloras? Me tienes aquí contigo. Nunca tendrás que vivir sin mí.

Se le escapó una pequeña risa.

—¿Lo prometes?

Ketahn emitió un trino grave y suave, y volvió a pasarle el pulgar por la mejilla.

—*Kir rayathi kir'ani ikarex elush ul sythal*, Ivy.

«*Tejo mi palabra para crear un vínculo*, Ivy».

—Te lo *proneeto*.

La sonrisa de Ivy se suavizó y le pasó los dedos por el sedoso cabello.

—Aunque echo de menos nuestro nido, estoy deseando encontrar un lugar seguro para que podamos construir uno nuevo juntos.

Bajó la cabeza, apoyó la cara en el cuello de ella e inspiró. Una mano le recorrió la mandíbula mientras las otras tres se deslizaban por su espalda.

—No veo la hora de volver a tenerte para mí sola, mi hilo del corazón. Me canso de compartirte.

Un estremecimiento recorrió su piel cuando sus manos y sus garras pasaron sobre ella. Cuando sus manos bajaron hasta enroscarse alrededor de su culo, las sensaciones se intensificaron y se agolparon en su interior, convirtiéndose en un anhelante dolor.

—¿Así podrás tener tu perversa forma arácnida sobre mí siempre que quieras? —preguntó ella.

Una de sus manos se deslizó entre sus cuerpos, separando los muslos de ella, y se introdujo en los pliegues de su sexo. Ivy jadeó y sus dedos se apretaron contra su espalda mientras él le pasaba un dedo por encima, acariciándole el clítoris y abriéndole la entrada.

Un ronroneo vibró en su pecho y dentro de ella.

—Un macho debe satisfacer las necesidades de su hembra —La presión del dedo aumentó, provocándole una nueva oleada de placer, mientras él le rozaba el hombro con la boca—. Todas sus necesidades.

Mientras hablaba, sus cierres se movieron y la apretaron, presionando su muslo contra su abertura, que se abrió e irradió calor. Su polla salió a la fuerza y su eje se deslizó sobre su carne sin obstáculos.

Jadeando suavemente y agitándose contra su mano, preguntó:

—¿Qué hay de las necesidades de su macho?

Aunque ya la tenía dura como el acero forrado de seda, su polla se endureció aún más. Palpitaba contra su muslo, al compás de los rápidos latidos de sus corazones, que ella sentía a través de su pecho. Su aliento le llegaba caliente al cuello.

—Tomaré todo lo que necesite —su lengua se deslizó para bailar por su cuello, haciéndole cosquillas en la piel, pero dejando un delicioso fuego a su paso— mientras te lo doy todo a ti.

Ivy se mordió el labio inferior con los dientes, cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás mientras el placer que la recorría se hacía cada vez más intenso. Le clavó las uñas en la espalda.

—Hay... otra forma en que a las hembras les gusta... aparearse con sus machos.

Era muy difícil concentrarse en hablar mientras él seguía moviendo sensualmente aquel dedo alrededor de su clítoris, pero era algo por lo que ella sentía curiosidad desde hacía tiempo, algo que quería hacer.

Ketahn le pasó un diente afilado por el cuello, haciendo que Ivy se retorciera en su agarre. Gruñó satisfecho.

—¿Qué quieres decir, Ivy?

—Quiero... Oh Dios, Ketahn —Temblorosa, gimió y se arqueó ante sus caricias, con los pezones duros y doloridos rozándole el pecho mientras se mecía sobre su dedo. Estaba tan mojada y tan, tan cerca. Su esencia le goteaba por los muslos y le empapaba la mano.

Pero quería hacerlo por él. *Necesitaba* hacerlo. Y... también quería saberlo.

Ivy levantó la cabeza, se obligó a abrir los ojos y le agarró la muñeca.

—Quiero enseñártelo.

Otro sonido resonó en su interior, más suave y curioso, pero no menos hambriento. El dedo de él se detuvo y la yema permaneció junto al clítoris palpitante de ella, mientras él apartaba la cara de su cuello y la miraba.

Entre aquel dedo, que la hacía querer retorcerse de placer, y sus ojos apasionados e intrigados, Ivy estaba totalmente atrapada.

Ketahn retiró el dedo de su sexo y ella lo soltó. Con una lentitud que le hizo perder el aliento, levantó la mano y extendió su larga lengua púrpura, lamiendo la esencia de sus dedos como si fuera el mayor manjar del universo. Ver aquello solo la excitó más.

—Entonces muéstramelo, mi *nyleea* —dijo, con voz grave y ronca.

Ivy soltó un suspiro tembloroso, dividida entre suplicarle que volviera a tocarla, que terminara lo que había empezado, y su deseo de darle placer. Su clítoris palpitaba de lujuria insatisfecha.

—Necesito que... me dejes en el suelo y luego te pongas de pie —dijo.

Sus dedos se doblaron, y sus garras presionaron su carne, sus perversas puntas solo amplificaban todo lo que ella ya sentía y la dejaban desesperada por más. Pero no podía seguir con esa tentación; con una clara reticencia, Ketahn la puso en pie. Sus manos rozaron su piel mientras cambiaba la posición de sus manos y desplegaba las patas, elevándose hasta su altura normal. Su polla violeta y reluciente se agitó al aire libre.

Ivy cayó de rodillas entre las hojas amontonadas, aunque no estaba segura de si se debía a que sus piernas eran demasiado débiles para sostenerla en aquel momento o si lo había hecho a propósito. En cualquier caso, le daba igual.

Le rodeó los cierres con los dedos y le dio un suave tirón. Él gruñó y la siguió, acercándose. Ella se enderezó hasta que su cara quedó a la altura de su eje. La punta manaba una semilla blanca y nacarada. Ivy lo miró y él la miró fijamente, con el pelo oscuro colgando sobre los hombros.

—Siempre he querido besarte, Ketahn —Ivy le soltó los cierres y llevó las manos a la polla, recorriendo el eje con los dedos hasta que lo agarró por la base abultada. Era demasiado grueso para que pudiera rodearlo completamente con la mano—. Aquí.

Un temblor le sacudió el cuerpo y se le erizó el pelo de las patas. Sus manos superiores se cerraron en puños, mientras que las inferiores cayeron para cubrir las de ella. Su boca se abrió, revelando los afilados dientes de su interior, y sus ojos brillantes se abrieron de par en par.

—Ivy...

Aquellas malvadas mandíbulas, que ella sabía que eran capaces de infligir un daño terrible, se crisparon y cayeron flácidas a los lados de su cara.

Se inclinó hacia delante y, sin dejar de mirarle a los ojos, le pasó la lengua por la punta de su miembro.

—Quiero darte placer, mi hilo del corazón.

Ketahn gimió. El sonido hizo que su sexo se apretara y se inundara de calor. Sus manos se estrecharon sobre las de ella y respiró entrecortadamente.

—Confía en mí —Ella apretó los labios contra la cabeza de su miembro en un suave beso—. Déjame amarte así.

Con cierta rigidez en sus movimientos, Ketahn separó las manos de las de Ivy y se acercó a ella. Pasó los dedos por su mandíbula y posó las palmas sobre sus mejillas. Sus cierres se extendieron hacia delante, recorriendo ligeramente la parte exterior de sus brazos.

—Confío en ti.

La expectación la invadió, uniéndose a su deseo de complacerlo, de conocerlo a fondo.

Con una mano aferrada a la base de la miembro, Ivy separó los labios, se llevó la punta a la boca y chupó. Estaba caliente, palpitante y sabía ligeramente salada en su lengua, pero había algo más, algo sutil, más dulce. Su aroma a caoba y especias era más fuerte que nunca, llenaba sus sentidos, la excitaba aún más y la impulsaba a ensanchar la boca para chupar más. Pero era demasiado grande. Así que tomó todo lo que pudo de su eje, acariciando con la lengua la parte inferior, acariciando la abertura de la punta y moviendo la otra mano a lo largo.

Los dedos de Ketahn se crisparon. Más espasmos sacudieron su cuerpo, y su respiración se entrecortaba en cortos y ásperos jadeos. Murmuró algo, una palabrota quizás, seguida del nombre de Ivy, antes de deslizar aquellos dedos con garras en el pelo de ella. Una de sus patas delanteras se enroscó en su espalda, temblorosa, antes de volver a estamparla en el suelo junto a ella.

Animada por sus reacciones, Ivy cerró los ojos y trabajó su longitud a un ritmo constante, atrayendo su polla con avidez, lamiéndola y chupándola, rozándola ligeramente con los dientes. Una y otra vez, se deleitaba en su abertura, ansiosa por descubrir qué era lo que había sentido dentro de ella una y otra vez.

Y aunque se le había negado su liberación, oír el placer de él mientras ella realizaba este acto solo aumentaba el suyo propio. Le dolía el vientre, su clítoris palpitaba ansioso por ser tocado, y una baba caliente le goteaba por los muslos.

Imaginó su polla dentro de ella mientras se la metía en la boca, lo imaginó empujando, abriéndola, llenándola tan completamente que no quedaría espacio entre ellos. Ansiaba formar parte de él, ser una con él. Un gemido se le escapó, haciendo vibrar a Ketahn.

—Ivy —rugió él. Sus garras le rasgaron ligeramente el cuero cabelludo y su pelvis se movió hacia delante, provocándole otro sonido de satisfacción. De repente, el control que Ivy tenía sobre aquello desapareció.

Las grandes y fuertes manos de Ketahn la guiaron al ritmo de sus caderas, que primero igualaron el ritmo que ella había marcado, pero pronto lo superaron. Su respiración también se aceleró y se hizo cada vez más agitada. Ivy conocía las erráticas y potentes pulsaciones que lo recorrían; sabía que estaba a punto de llegar al clímax, y eso solo aumentaba su deseo.

Dejando caer una mano entre sus muslos, Ivy se acarició el clítoris al compás de sus vigorosas embestidas. Gimió, dejando que la utilizara, deseando que la utilizara, sin importarle la incomodidad de su mandíbula. Lo único que importaba era esto. Él.

Se corrió rápidamente, su cuerpo se tensó cuando su núcleo se estremeció y la inundó de placer. El placer chisporroteó en su interior, encendiendo cada nervio, consumiendo cada parte de ella en un dichoso infierno.

—Oh, Ivy. Mi compañera, mi *nyleea* —jadeó Ketahn. De repente, su cuerpo se puso rígido —. Modelador, deshazme —gruñó mientras su pata volvía a colocarse detrás de ella y, junto con sus cierres, la atraía hacia él, introduciéndole un poco más de su eje en la boca. Fue casi demasiado.

El bulto cerca de la base de la polla se expandió en su mano, produciendo aún más calor. Temblaba de tensión, presionando, e Ivy saboreó la inminente explosión.

Ketahn se corrió con un rugido y su semilla caliente llenó su boca. No sabía qué esperar, pero su sabor fue un shock, algo delicioso. Era especiado y rico, con una pizca de dulzura, y ella lo tragó rápidamente, gimiendo de nuevo por lo delicioso que sabía.

Hasta que algo salió de su abertura, se desplegó y vibró contra su lengua y el paladar.

Ivy se apartó bruscamente. Cuando la polla se le escapó de la boca, la semilla volvió a brotar de él, rociándole el pecho. Por fin logró verlo: tres tentáculos negros revoloteando en el aire,

como las antenas emplumadas de una polilla. Su respiración se entrecortó y sus ojos se desorbitaron. Era lo que había sentido palpar en su interior, lo que la había llevado al borde del abismo una y otra vez.

Tímidamente, levantó la otra mano, agarró la punta de la polla y rozó con el pulgar la abertura hasta aquellos tentáculos. Eran firmes y suaves a la vez. Acarició su longitud, siguiéndolos hasta la abertura.

De su punta manaba semilla fresca.

Ketahn exhaló un suspiro agudo y entrecortado, y su cuerpo se estremeció.

—Ivy —roncó, con una de sus grandes manos acunando la nuca de ella mientras la otra le apretaba el cabello largo. Sus cierres temblaban en sus hombros.

Los tentáculos tenían sensibilidad.

Ella sonrió y, sin poder resistirse, acortó la distancia que los separaba, arrastrando la lengua por la longitud de Ketahn, lamiendo su deliciosa y especiada dulzura. Cuando llegó a la punta, cerró la boca sobre ella y giró la lengua alrededor de aquellos tentáculos.

Él emitió un sonido desesperado, como un rugido, un gemido y un aullido combinados, que se convirtió en algo infinitamente profundo y primitivo al rebotar en las paredes de la caverna. Se le doblaron las articulaciones de las patas y sus caderas se sacudieron hacia atrás, arrancándole la polla mientras se desplomaba en el suelo, pero no antes de que Ivy se viera recompensada con una nueva descarga de su semilla, que bebió con avidez.

El torso de Ketahn se inclinó hacia delante, deteniéndose solo cuando apoyó todas las manos en el suelo. Sus hombros se agitaron con su pesada respiración. Las puntas de sus crestas rozaron la piel de Ivy justo debajo de sus pechos, y mechones de su pelo suelto le hicieron cosquillas en el vientre y los muslos.

Ivy se puso de rodillas y se rio, trazando con las yemas de los dedos las marcas violetas y blancas de su cabeza.

—¿Supongo que te ha gustado?

Ketahn carraspeó y exhaló; su cálido aliento se abanicó sobre el vientre de Ivy, hacia su sexo aún palpitante.

—Yo... —dijo, volviendo a balbucear. Levantó la cabeza para encontrarse con su mirada—. Me has deshecho, Ivy.

Recostándose hacia atrás, Ivy colocó un brazo detrás de ella y separó los muslos. Con una sonrisa de satisfacción, pasó los dedos de la otra mano por la semilla caliente y nacarada de su pecho y se la untó sobre el pecho, haciéndola girar alrededor del pezón.

La Ivy de hace un par de meses nunca habría reconocido a la mujer que estaba sentada aquí ahora. Nunca se habría creído capaz de adoptar esta actitud abierta, esta pasión, esta... esta perversidad. Pero tener su esencia en su cuerpo, marcarla, marcarla con su olor, la excitaba a un nivel primitivo. El dolor que sentía entre las piernas se intensificó, y un calor renovado se apoderó de su interior.

—¿Te he agotado mucho? —preguntó Ivy, moviendo aquel dedo cubierto de semilla por su vientre, hacia su sexo.

Sus ojos siguieron su dedo; su mirada brillante era la de un depredador hambriento concentrado en su presa. Le hizo sentir un cosquilleo en la piel y el corazón se le aceleró.

—No —Su larga lengua se deslizó por el borde de su boca y sus mandíbulas se abrieron de par en par antes de descender e inclinarse hacia atrás—. Solo has despertado mi hambre, mi hilo del corazón.

No dio ninguna otra señal de sus intenciones antes de actuar: no tensó los músculos, no

volvió a mirarla, ni siquiera movió las patas para prepararse. En un instante estaba en el suelo ante ella, apoyado en las manos. Al instante siguiente, se abalanzaba sobre ella, una oscura mancha de ojos violetas, garras y un poder estremecedor.

Sus manos superiores le agarraron los antebrazos, y las inferiores pasaron por detrás de sus muslos. La levantó y le separó las piernas. Por un instante, Ivy se sintió ingrávida y el estómago le dio un vuelco de expectación y excitación. Soltó una risita.

Ketahn la tumbó sobre su espalda con una delicadeza increíble, teniendo en cuenta la rapidez con que lo hizo. Las hojas le proporcionaron un suave colchón para protegerla de la piedra. Se mantuvo sobre ella, con el torso encajado entre sus muslos, su cuerpo proyectando una sombra sobre el de ella que hacía que sus ojos brillaran como ocho amatistas suspendidas en el espacio. Sus cierres rozaban la parte superior de los muslos de ella, como si no estuvieran seguros de si querían aferrarse o explorar.

Con las patas abiertas y apoyadas a ambos lados, Ketahn se inclinó, presionando su carne dura y estriada contra el cuerpo blando de ella. Los mortíferos colmillos de su mandíbula rozaron la clavícula de Ivy mientras le deslizaba la lengua por el cuello. Aquel movimiento descendente continuó, y todo su cuerpo se movió con él; sus manos superiores se deslizaron por los brazos de Ivy, desde las muñecas hasta los codos, desde los codos hasta los hombros, mientras su lengua se deslizaba por el valle entre sus pechos.

Ivy arqueó la espalda, empujando el pecho hacia él cuando los colmillos de su mandíbula rozaron sus pezones sensibles y desencadenaron una abrumadora explosión de necesidad en su interior.

Pero su cabeza siguió bajando por su cuerpo. Su lengua le recorrió el vientre, trazando un delicado anillo alrededor del ombligo que la hizo estremecerse de deseo. Y sus manos se movieron de nuevo, con esas rudas manos acariciándole los pechos. Los mantuvo inmóviles un instante, lo suficiente para que ella se retorciera de desesperación, intentando rozarle los pezones con la piel y aprovechar cualquier sensación que pudiera obtener.

Ivy cubrió sus fuertes manos con las suyas.

—Ketahn... Por favor.

Le pasó la lengua por encima de la pelvis, cruzó la pequeña mata de vello con un leve roce y bajó hasta acariciarle el clitoris, rodeándolo y acariciándolo. A Ivy se le cortó la respiración. Solo entonces sus manos volvieron a moverse, amasando la tierna carne de sus pechos, pellizcándole y retorciéndole los pezones.

Ella gimió, sonriendo mientras sus pestañas se agitaban, aunque se obligó a mantener los ojos abiertos.

Ketahn inspiró profundamente y soltó un gruñido.

—Ahora atenderé tus necesidades, mi *nyleea*.

Le levantó los muslos, enganchó las mandíbulas bajo ellos y le acarició el culo con las manos inferiores. Antes de que Ivy pudiera darse cuenta de todo aquello, él acercó la cara a su sexo y la atravesó con su larga lengua.

Ivy echó la cabeza hacia atrás y gritó. Cerró los ojos y se dejó llevar por el placer que le proporcionaba su compañero hasta que, por fin, él retiró la cabeza, la levantó del suelo y la atrajo hacia su polla palpitante. Sus gemidos resonaron en los muros de piedra, convirtiéndose en una canción que los envolvió a ambos: una canción de pasión y amor, una canción nacida de la imposible casualidad de que dos almas se encontraran a pesar de la inmensidad del tiempo y el espacio que las había separado.

Capítulo Veinticinco

Hacía tiempo que los humanos habían reducido la intensidad de las luces de la cámara, dejando solo un suave resplandor blanco que envolvía en sombras la mayor parte del espacio. Las criocámaras eran siluetas oscuras incluso para los agudos ojos de Ketahn, tan oscuras como los agujeros en los que reposaban los muertos de Takarahl. Pero él sabía que era su mente divagando en busca de sombras en cada rincón, en busca de penumbra, de peligro, de muerte. Sabía que era obra de unos instintos más profundos que los árboles más viejos y altos de la Maraña, unos instintos que veían la fatalidad escondida en cada recoveco sombrío.

Y, por una vez, no podía fiarse de sus instintos. El miedo era algo natural en todas las criaturas. Los vrix no eran más inmunes a él que cualquier otra bestia, por grande o pequeña que fuera. Esta noche, quizá más que ninguna otra en la vida de Ketahn, era una en la que todos esos miedos amenazaban con salir a la superficie.

Algo tan turbio y premonitorio como el agua que había inundado los pasillos de la nave acechaba en los bordes de la mente de Ketahn, escabulléndose de sombra en sombra. Solo se presentaba a sí mismo a través de un nudo de terror enterrado en su vientre: la pesada sensación de que algo saldría mal, de que todo esto no serviría para nada, de que Zurvashi acabaría saliéndose con la suya.

Que Ketahn fracasaría y todos aquellos inocentes, incluida su compañera, sufrirían por ello.

Pero no permitiría que esos temores se apoderaran de él. Al amanecer, comenzaría por fin la nueva vida que Ketahn había anhelado durante tanto tiempo. Y su compañera, su Ivy, estaría allí con él.

Ketahn la sujetó con fuerza y miró hacia abajo. Como siempre, dormía sobre él, pecho contra pecho, con su pelo dorado sobre su piel, alterada únicamente por su respiración lenta y suave. Con delicadeza, enganchó parte del pelo con un dedo y se lo apartó de la cara.

Su pequeña compañera estaba tan hermosa como siempre. La suave luz acariciaba su piel, que ya no era tan pálida como la primera vez que la vio. Ahora parecía que había pasado toda una vida.

Tenía la cara inclinada hacia él. Una de sus mejillas descansaba sobre el pecho de él, sobre sus corazones, con los ojos cerrados, lo que hacía que sus pestañas parecieran aún más oscuras y tupidas de lo habitual. Su frente estaba relajada, liberada de las preocupaciones que tan a menudo cargaba durante sus momentos de vigilia. Y sus labios...

Los labios carnosos y rosados de Ivy, aún hinchados tras el apareamiento en la caverna, atraían a Ketahn, reclamando aquellos deseos que nunca podrían ser satisfechos. A primera vista, había comparado sus labios con un par de larvas carnosas, pero incluso así, le habían fascinado.

El asco se había convertido en curiosidad, y la curiosidad en anhelo. Y después de la forma en que ella había utilizado esos labios para darle placer hoy, ese deseo se acercaba más a la necesidad.

De repente fue mucho más consciente del peso de ella sobre él y de su delicioso calor, atrapado bajo la manta de seda que la cubría. Sus manos, sin proponérselo, bajaron por su espalda y se deslizaron hacia sus lados, siguiendo la curva de sus caderas para sentir la carne flexible de su trasero, que estaba desnudo porque la falda se le había subido hasta la cintura.

Sin embargo, también era consciente de los sonidos silenciosos de la habitación: el zumbido bajo e incesante que siempre sentía a través del suelo; los ritmos lentos y silenciosos de las respiraciones de los humanos y los vrix mientras dormían; los sonidos más fuertes y erráticos de Will mientras dormía en su cápsula abierta. Los humanos lo llamaban *ronquidos*.

Ahnset, Telok, Rekosh y Urkot estaban dispersos en sus propios nidos improvisados, todos dormidos por lo que Ketahn podía ver. Su hermana de cría se había acomodado de espaldas a la criocámara de Ella. Uno de los brazos de Ella colgaba más allá del borde de la cama de la cápsula para que su mano, tan pequeña y frágil, pudiera descansar sobre el ancho hombro de Ahnset.

Incluso en este ambiente antinaturalmente frío y seco, incluso en la profundidad de la noche, el brillo del sudor en la piel de Ella era evidente.

Todos los demás dormían seguros en aquella cámara de construcción humana, aprovechando la que bien podría haber sido su última noche segura en mucho tiempo. Y, sin embargo, allí estaba Ketahn, con su compañera acurrucada contra él y su mente sumida en un caos incesante, incapaz de elegir entre su deseo por Ivy y sus muchas preocupaciones sobre lo que le depararía el mañana, la mayoría de las cuales no eran más que vagas ilusiones parcialmente formadas.

Conteniendo un gruñido a duras penas, Ketahn apartó todos los pensamientos de su mente y se concentró en sus sentidos. Al tacto del cuerpo de Ivy, a su aroma dulce y familiar, a los rastros difuminados pero inconfundibles de su delicioso sabor en su lengua. Cerró los ojos; la oscuridad casi alcanzaba su totalidad tras sus párpados, pero unos hilos dorados danzaban en su mente.

La pesadez se apoderó de él, aportándole una sensación de paz y certeza. Esta noche, Ketahn tenía a su compañera. Mañana podría enfrentarse a todo lo demás.

Finalmente sucumbió al sueño.

Un sonido le despertó, atravesando la niebla del sueño para rozar su conciencia. Un movimiento. Pero incluso cuando sus ojos se abrieron de golpe, supo que el sonido de un movimiento no había sido lo que le había despertado. Sus corazones habían vuelto a latir lentamente antes de que se repitiera el primer sonido, una tos.

Sus instintos le decían que aún no había amanecido, pero podía sentir la inminente salida del sol como si lo estuviera observando desde el otro extremo de uno de los largos túneles de Takarahl.

Ivy se revolvió en los brazos de Ketahn, que giró la cabeza para mirar a Ella y Ahnset. Absurdamente, pasó las manos por la espalda de su compañera, mientras veía cómo Ella se agarraba al lateral de su cápsula y, temblorosa, se incorporaba. La manta que la había envuelto, la manta de Ivy que le había prestado ayer a la hembra enferma, se le cayó de los hombros y el pecho. Su cuerpo se sacudió con más tos ahogada.

Ahnset se levantó y se giró hacia Ella, apoyando una mano en la espalda de la humana. Esa mano abarcó la espalda de Ella de hombro a hombro y casi de arriba abajo.

—Tranquila, pequeña. Respira —susurró Ahnset en vrix.

Tan solo algunos de los demás parecían haberse despertado: los ojos verdes de Telok estaban

alerta desde su sitio junto a la puerta, Rekosh se había incorporado ayudándose de la cápsula envuelta en tela junto a la que había dormido y Lacey había levantado la cabeza de la cama de su criocámara para mirar a Ella con los ojos desorbitados a través de la penumbra.

—¿Estás bien? —preguntó Lacey.

—Solo... necesito un poco de aire, aire fresco —consiguió decir Ella entre una tos y otra.

Con una expresión de preocupación, Ahnset miró a Ketahn.

Este inclinó la cabeza hacia la puerta e hizo un gesto con una mano.

La tos de Ella remitió, pero parecía poco aliviada por el respiro. Tenía en las mejillas unas manchas febriles que resaltaban con intensidad sobre su piel enfermizamente pálida y sudorosa, y respiraba de forma superficial, con dificultad y con rapidez.

Ahnset movió su enorme cuerpo hacia la parte delantera de la cápsula. Con suavidad, pasó un dedo por debajo de la barbilla de Ella y guio a la hembra para que la mirara. Ahnset se señaló a sí misma, luego a Ella, antes de hacer un gesto con la mano hacia la puerta.

Ella asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa; su expresión parecía débil y forzada, sincera, pero hecha con un enorme esfuerzo.

Levantándose por completo, Ahnset se inclinó sobre la criocámara, cogió a Ella en brazos con cuidado, con manta y todo, y se volvió hacia la puerta. Solo se detuvo para recoger su lanza de guerra y su bolsa antes de avanzar.

Telok observaba a Ahnset cuando esta llegó a la puerta. Ladeó la cabeza, con los ojos ligeramente entrecerrados, y un breve e incierto temblor recorrió sus mandíbulas.

Ahnset se adelantó y pulsó el botón del marco de la puerta. La puerta emitió su habitual siseo y se abrió, dejando que la luz roja se derramara desde el pasillo del fondo. Dudó durante tres latidos, con la atención fija en Telok, antes de encorvarse, girar a un lado y, contorsionando sus miembros más de la cuenta, colarse por la pequeña abertura.

Lacey volvió a reposar la cabeza. Rekosh volvió a tumbarse en el suelo.

Telok se levantó, apoyó una mano en el marco de la puerta y se asomó para echar un vistazo al pasillo. Su sospecha debería haber activado la de Ketahn, pero Ivy emitió un sonido somnoliento y confuso y empezó a levantarse del pecho de Ketahn.

—¿Ella está bien? —preguntó.

—Shhh. Está bien —Ketahn bajó la mirada hacia su compañera y reanudó los movimientos relajantes de sus manos sobre la espalda de ella—. Vuelve a dormir, mi hilo del corazón.

Con un suspiro, se relajó y se hundió encima de él, frotando la mejilla contra su pecho. No pudo evitar notar de nuevo la presión de su cuerpo cálido y suave sobre él.

La puerta se cerró con un susurro, y la piel de Telok chirrió contra la pared mientras se dejaba caer al suelo. Ketahn quiso mirar a su amigo, formularle una pregunta sin decir palabra y averiguar qué había pasado entre Telok y Ahnset, pero un cansancio superior a cualquier otro que hubiera conocido se abatió sobre él. Los párpados de Ketahn cayeron. De algún modo, mantuvo las manos en movimiento hasta que la oscuridad se lo tragó por completo.

—Ketahn.

Una voz profunda y familiar sacó a Ketahn de su sueño, poniéndole alerta, como si le hubieran echado un jarro de agua fría en la cabeza. Aunque se sentía como si solo hubiera cerrado los ojos, sabía que el tiempo había pasado a un nivel más instintivo. No mucho tiempo, pero tiempo al fin y al cabo.

Ivy seguía tumbada sobre él, completamente dormida, y juraba que aún podía sentir su cuerpo vibrar por el apareamiento del día anterior. Pero Telok estaba ahí, con las patas dobladas de modo que su parte inferior estaba casi en el suelo.

—Se han ido, Ketahn —dijo Telok.

—¿Quiénes? —preguntó Ketahn, pero supo la respuesta antes de que aquella diminuta palabra hubiera tomado forma en su boca.

El nudo frío y duro de su vientre se expandió, oprimiéndole el pecho y dificultándole la respiración.

—Ahnset y Ella. Fui a ver cómo estaban cuando me pareció que llevaban demasiado tiempo fuera. Pero no están fuera.

Ketahn apoyó un par de manos en el suelo y se colocó en una posición más erguida, sin dejar de abrazar a su compañera. Ivy volvió a agitarse, tensándose contra él. Apretó las puntas de los colmillos de la mandíbula y contuvo el pánico.

—¿Ya ha salido el sol, Telok?

—Solo un poco —respondió Telok—. Pero durante la noche se desató una tormenta que aún no ha cesado.

Ivy se tapó un bostezo con la mano y se pasó los dedos por el pelo, apartándoselo de la cara.

—¿Qué está pasando?

Las palabras de la respuesta de Ketahn sonaron como si estuvieran teñidas de dolor e incertidumbre, incluso para él.

—Ahnset se ha llevado a Ella —dijo.

Ivy apoyó el codo en el pecho de él, haciendo fuerza con su peso para levantarse. Tenía los ojos muy abiertos de incredulidad.

—¿Qué significa eso, Ketahn? ¿Qué significa eso, Ketahn? ¿Adónde la ha llevado?

Cualquier signo de somnolencia había desaparecido de sus facciones. Ketahn sintió cómo su corazón se aceleraba por el contacto que aún compartían sus cuerpos; no podía igualar el ritmo de sus ya acelerados corazones.

—Ahnset se ha llevado a Ella lejos de aquí —respondió.

—¿Por qué? ¿Adónde? Ketahn, ¿qué es...?

Lo inundó el frío, sin inmutarse por el miedo en la voz de su compañera, sin inmutarse por los murmullos confusos mientras los demás se despertaban.

—Se lleva a Ella a Takarahl, Ivy.

El pánico se reflejó en sus ojos, amenazando con opacar su azul claro y sereno. Un millar de preguntas no formuladas danzaban en su mirada como los hilos sueltos de una telaraña tejida apresuradamente en la brisa, pero ninguno lo bastante fuerte como para tener prioridad sobre los demás.

Reflejaba las emociones de Ketahn; le invadían mil sentimientos, todos contradictorios, mil pensamientos, todos fuera de control, ninguno de ellos útil. En aquella telaraña enmarañada había fatalidad, muerte. Traición. Pero, aun así, sabía que no le habían traicionado.

Las palabras que una vez le había dicho a su hermana de cría resonaron en su memoria.

«Siempre has visto las cosas como deberían ser, Ahnset, y no como son».

Al principio, Ketahn se había opuesto a despertar a los humanos. Sabía que su hermana se habría puesto de parte de Ivy, aunque ella no había conocido a ninguno de aquellos seres.

Ketahn apartó a Ivy de él tan rápida y suavemente como pudo, dejándola en el suelo. Ella se puso de rodillas, observando cómo él se enroscaba, recogía las patas bajo él y se levantaba.

—¿Ketahn?

—Ella pretende ayudar —Se apartó para coger su lanza de la pared—. Pero se equivoca sobre cómo hacerlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ahmya, sentándose en su criocámara.

—Algo va mal —dijo Callie.

—No me jodas —murmuró Cole.

—No ayudas, tío —Diego ya tenía las piernas sobre la cápsula y se frotaba los ojos para quitarse el sueño.

Ivy ya estaba de pie, mirando a Ketahn con más preocupación en los ojos.

—Ketahn... ¿Qué va a pasar?

Agachándose, Ketahn le agarró los brazos con las manos inferiores. Ivy se agarró a la parte inferior de sus antebrazos.

Él utilizó la mano superior libre para alisarle el pelo alborotado. En aquel momento, parecía tan pequeña, tan vulnerable, tan perdida y sola. Todos los instintos de Ketahn rugían contra eso; incluso ver indicios de ello en su rostro era demasiado para soportarlo. Y, sin embargo... A pesar de su preocupación, era tan hermosa como siempre. Aquella compasión y cuidado hacían que su espíritu fuera tan radiante que brillaba más que cualquier estrella, que cualquiera de las lunas, que el propio sol.

Le rozó el cuello con la boca y aspiró profundamente su aroma, sin hacer ningún esfuerzo por acallar el hambriento rugido de su pecho. Al mismo tiempo, le acarició la pantorrilla con una pata delantera. Necesitaba la mayor cantidad posible de su fragancia antes de que la lluvia se lo llevara todo.

Ketahn solo quería quedarse aquí con ella para siempre. Quería dejar de preocuparse por todo y por todos los demás. Quería liberarse de la responsabilidad, de la culpa.

Pero cada golpe de sus corazones marcaba otro momento más cerca del desastre.

—Diles que mi hermana de cría ha ido a buscar ayuda para Ella —dijo con voz ronca en vrix.

—¿Por qué no puedes decírselo tú mismo? —respondió ella temblando. Él supo, por la resignación de su tono, que ella ya lo había entendido.

Retrocedió para encontrarse con su mirada.

—Haré todo lo que pueda para encontrar a Ahnset antes de que llegue a Takarahl.

—Déjame ir a mí en tu lugar, Ketahn —dijo Telok bruscamente. Había cierta dureza en su mirada, una determinación con la que Ketahn había estado muy familiarizado en el pasado.

Uno de los humanos, que parecía Will, preguntó a Ivy qué ocurría. Ella giró la cabeza hacia él y le contestó, transmitiéndole el mensaje de Ketahn.

—Todos somos sus amigos —Rekosh extendió los brazos a ambos lados, con las manos hacia arriba—. Cualquiera de nosotros podría ir en tu lugar.

Telok rechinó las mandíbulas, con los finos pelos erizados.

—Se te necesita aquí, Ketahn.

Todos los humanos estaban ya despiertos y fuera de sus cápsulas, mostrando en sus rostros una clara preocupación. Algunos hablaban entre ellos, pero sus voces ya no tenían sentido para Ketahn.

Ketahn miró a sus amigos uno por uno.

—Debo ser yo. Este asunto... Llega hasta el interior de mi hermana de cría. Solo yo tendré alguna esperanza de cambiar su camino. Y no puede haber viajado muy lejos desde su partida.

Urkot gruñó y golpeó el suelo con una pata.

—Pero si Ahnset llega a Takarahl...

—Mañana es el día en que debo cumplir mi palabra con Zurvashi —dijo Ketahn, conteniendo la llamarada de rabia que había estallado en el centro de su terror—. Hoy, aún cuento con algo de margen. La reina no me preocupa.

—A menos que te vea.

Aunque Ivy no había alzado la voz, sus palabras llenaron todo el espacio vacío de la cámara, haciendo que el aire se volviera increíblemente denso y pesado.

Ketahn volvió a centrar su atención en ella. Sus corazones se estremecieron bajo una enorme presión. Las cosas no debían suceder así. No era así como habían trazado los planes, no era así como se habían preparado.

Pero había una lección que Ketahn debería haber aprendido una y otra vez a lo largo de su vida: a la Maraña le daban igual los planes que hiciera.

Y su compañera, a pesar de toda su dulzura y amabilidad, no era estúpida. No podía negar su preocupación. No podía decirle que no se preocupara; las palabras ni siquiera tomaban forma en su garganta.

Bajando la cabeza, Ketahn apoyó su cabeza en la frente de Ivy. Ella deslizó las manos por la parte posterior de sus brazos, rozando su piel con las uñas, hasta llegar a sus hombros.

Él aspiró otra bocanada de su aroma y ronroneó.

—Volveré a ti, mi *nyleea*. Te lo prometo.

Ella cerró los ojos, clavando las uñas un poco más en su carne.

—Más te vale tejer esas palabras en el vínculo más fuerte del universo, mi *luveen*.

A pesar de todo, Ketahn carraspeó. Eso alivió parte de su tensión, aunque solo brevemente, y levantó las mandíbulas en una sonrisa. La rodeó con los brazos y atrajo su pequeño cuerpo contra él. Una voz en el fondo de su mente, demasiado tenue, insistía en que aquello no era una despedida, que todo iría bien.

Que pronto volvería a este lugar con Ella y Ahnset a su lado.

El amor no era desconocido para los vrix, aunque no tenían una palabra que englobara ese sentimiento, que a Ketahn le parecía más bien una colección de sentimientos, todos entretejidos en una sola telaraña, insondablemente fuerte y grande, cálida y segura, reconfortante y enloquecedora. Pero el hecho de que Ivy le pusiera nombre había colocado todas las piezas en su sitio. Había resuelto un rompecabezas que no sabía que había estado contemplando durante tanto tiempo.

Hace dos ciclos lunares, se había conformado con llegar a su final sin haber tenido nunca una compañera. Ahora haría todo lo posible para que sus últimos momentos, cuando llegasen, transcurriesen a su lado.

—Mis corazones laten por ti, Ivy.

—Y mi corazón late por ti. Te quiero, Ketahn.

Ivy se puso de puntillas, inclinó la cabeza hacia atrás y lo besó en la boca, regalándole otra muestra de aquellos labios suaves y cariñosos, aunque el beso nació de la desesperación. Ketahn trino, bajo y vibrante, solo para ella. Se dijo a sí mismo que pronto volvería a saborearlos.

Ella apoyó la frente en su cabeza.

—Por favor, vuelve a mí —suplicó, con la voz entrecortada.

Ketahn le pasó un dedo por la delicada mandíbula y le levantó la cara para que sus ojos llorosos se encontraran con los suyos.

—Lo haré, mi hilo del corazón.

Volvió a sujetar la lanza y se echó la bolsa al hombro en dirección a la puerta.

Capítulo Veintiséis

Bajo las oscuras nubes de tormenta, las sombras de la selva eran aún más profundas de lo que habrían sido por la noche. Las plantas ya no emitían luz. Ni azules intensos ni púrpuras vibrantes, ni amarillos brillantes ni naranjas ardientes. No había nada que iluminara el camino, salvo unos destellos aleatorios de relámpagos, todos ellos demasiado débiles y distantes para superar la penumbra.

No había señales del reciente paso de Ahnset. Tanto en el foso como en su cima, el suelo estaba demasiado plagado de huellas como para distinguir algo en concreto, y esas huellas habían quedado aún más ocultas por el barro y el agua de lluvia. Encontrar y seguir el camino de Ahnset durante esta tormenta sería un proceso lento y tedioso.

Ketahn no disponía de tiempo. Ella no tenía tiempo.

Así pues, Ketahn había aprovechado sus únicas ventajas: era más rápido que su hermana de cría y sabía adónde se dirigía.

La intensa lluvia limitaba su visión y dejaba todas las superficies resbaladizas y poco seguras, pero Ketahn tan solo podía darse prisa. Saltaba de rama en rama, rasgaba poderosos troncos sin importarle el daño causado por sus garras, y se zambullía entre la maraña vegetal con sus fuertes brazos y sus mandíbulas rechinando. Cada segmento que recorría lo ganaba con el palpar de sus corazones. Cada momento que pasaba intensificaba el calor que corría bajo su piel.

Un peso que no había sentido en mucho tiempo cayó sobre él. Intentaba arrastrarle hacia abajo, hacer que sus miembros fueran tan pesados y rígidos como la piedra. Y aunque hacía tiempo que se había librado de la intensidad de esa sensación, la reconocía: la carga de tener a otros que dependían de él. La carga de vidas más allá de la suya y la de su compañera en peligro a causa de sus acciones, la carga de sus destinos entretnejidos con el suyo.

Todo lo hacía por Ivy. Lucharía más por ella de lo que había luchado por cualquier otra cosa. Y se permitiría luchar con la misma fiereza por cualquier otro miembro de la tribu que se había formado en torno a él y a su compañera, especialmente por aquellos que no podían defenderse por sí mismos.

«Guardiana, déjame ser su escudo».

«Cazador, déjame ser su sustento».

«Excavador, déjame ser su guía».

«Por vuestra óctuple mirada, vigilad a mis nuevos parientes... O apartaos para que pueda hacerlo yo mismo».

Ketahn se esforzó aún más en respuesta a aquella carga. Sus músculos se tensaron, inundados

de un fuego insoportable a pesar del frío de la lluvia, pero no flaquearon.

Cuando llegó a Takarahl, respiraba agitadamente y sabía que no era probable que sus corazones se ralentizaran. Ese temor persistente se mezcló con una oleada ardiente de rabia cuando vio la boca del túnel de entrada. El calor y el frío patinaron por la superficie de su piel, retumbaron en sus huesos y lucharon entre sí en su pecho.

Nunca más. Se suponía que nunca más volvería a ver este lugar.

Gruñendo una maldición, Ketahn se acercó a la entrada y al par de Colmillos de la Reina que la custodiaban.

Observaron cómo se acercaba con una mezcla extraña de cautela y confianza en sus ojos.

—Busco a una de vuestras hermanas de lanza —dijo, suavizando el tono todo lo posible—. Ahnset.

—No ha venido por aquí —respondió una de las Colmillos.

—Hoy no ha venido nadie —dijo la otra, inclinando la barbilla hacia la jungla—, aunque han salido algunos cazadores.

Ahnset no había venido por aquí, pero podría haber utilizado una entrada diferente, quizá más cerca del santuario de la reina. Así habría habido menos posibilidades de que vieran a Ella.

Pero con las prisas, Ketahn podría haber llegado antes que su hermana. ¿Y ahora qué? ¿A esperar, confiando en la pequeña posibilidad de que ella usara esa entrada?

No podía arriesgarse a quedarse de brazos cruzados mientras existiera la posibilidad de que ya hubiera entrado en la ciudad con Ella.

Ketahn se apresuró a avanzar, ignorando la nueva llamarada de furia y malestar que le asaltó al cruzar de la penumbra gris de la tormenta al inquietante resplandor azul de Takarahl. Una de las Colmillos dijo algo detrás de él, pero no le importó lo que había dicho.

Estos túneles nunca habían sido tan estrechos, esta piedra nunca había parecido tan fría, estas sombras nunca habían parecido tan crueles, y este lugar nunca había sido tan poco acogedor. Ketahn siempre se había peleado con la reina, pero con los años había llegado a ver a Takarahl como una extensión retorcida de ella. Era como si la malicia de Zurvashi se hubiera filtrado en cada roca, saturado cada jirón de tela y excavado en el núcleo de cada cristal.

Y una vez más, se precipitaba hacia ella.

Atrajo la atención de muchos otros vrix mientras avanzaba: un macho solitario, con esas raras marcas púrpuras, empuñando una lanza y goteando agua por todas partes, como si hubiera traído la tormenta consigo. Sus conversaciones en voz baja carecían de sentido para él. Sus rostros se mezclaban mientras él los recorría con la mirada, buscando a Ahnset y a Ella, sin tener en cuenta a nadie ni a nada más.

A cada paso que daba hacia Takarahl, su hilo del corazón se tensaba más. Su espíritu gritaba de necesidad, de necesidad de volver con su compañera, con su Ivy. Su canción, cada vez más desesperada y agitada, resonaba en los huesos de Ketahn.

Necesitaba mantener a salvo a Ivy, mantener a esta y a los suyos ocultos de sus enemigos. Que Ahnset trajera a Ella aquí...

El temor de Ketahn se intensificó y se expandió cuando una luz azul más brillante se hizo visible delante: el resplandor combinado de incontables cristales de la Guarida de los Espíritus, que emitían su propia luz en ausencia del sol.

En su mente, ese resplandor se tiñó de carmesí.

—Volveré con Ivy —carraspeó. Cada paso era más pesado que el anterior, cada uno era más duro, y se veía obligado a sacar fuerzas de lo más profundo de sí mismo—. Este no es el final.

Hoy era el principio.

Aunque no era el Día de la Ofrenda, la gran entrada a la Guarida de los Espíritus estaba custodiada por Colmillos de la Reina, cuyos adornos de oro y piedras preciosas brillaban fríos a la luz azul de la cámara que había más allá.

—La reina tiene una audiencia privada —dijo una de las Colmillos, adelantándose con la palma de la mano extendida. La conocía; se llamaba Nahkto, veterana de la guerra contra Kaldarak—. De la vuelta...

El reconocimiento brilló en sus ojos.

—Adelante —dijo Nahkto, con voz tensa. Se hizo a un lado, apoyó la culata de su lanza en el suelo e hizo un gesto a Ketahn para que avanzara.

No sintió vergüenza de que su primer instinto fuera huir. Zurvashi era lo último con lo que quería encontrarse, no solo ahora, sino siempre. Su anterior encuentro con ella debería haber sido el último. No pretendía volver a verla.

«Joder».

Apretando la mandíbula, Ketahn se enderezó, fijó su atención al frente y avanzó a grandes zancadas.

Otra Colmillo le detuvo cuando se interpuso en su camino. Aunque su lanza permanecía a un lado, su postura firme y segura indicaba que estaba preparada para la acción, y uno de sus pulgares estaba enganchado al cinturón, justo encima de su garrote con colmillos. A esta también la conocía: Irekah, que había arrojado a un macho inocente contra una pared por llevar un cuchillo de tejedor la última vez que Ketahn la había visto.

—Tu arma, cazador —gruñó.

Ketahn apretó el eje de su lanza. El agua rezumó de la húmeda empuñadura de cuero, escurriéndose entre sus dedos y goteando hasta el suelo. En su mente, vio una imagen fugaz de su lanza enterrada en la garganta de la reina. Miró fijamente a la hembra que se alzaba ante él, inseguro de si impedía que su odio y su sed de sangre se manifestaran exteriormente.

Sus adornos tintinearono suavemente cuando ajustó su postura, y la empuñadura de su lanza de guerra crujió en su puño.

Por Ivy. Por Ella.

Por el futuro que nunca se había atrevido a imaginar, pero que ahora estaba tan cerca.

Inclinando la punta de su lanza hacia el suelo, Ketahn giró el eje para que quedara vertical y se la tendió a la Colmillo. Irekah le arrebató el arma con un gruñido. Durante unos latidos más, la hembra le sostuvo la mirada, con unos ojos intensos y el fino vello erizado.

Finalmente, Irekah resopló y se apartó.

—Date prisa. No nos interesa tu compañía, cazador.

Cuando Ketahn pasó junto a ella, le dio un fuerte empujón en la espalda, haciéndole trastabillar en la entrada.

Negó la exigencia de su ira de que se diera la vuelta y demostrara a Irekah que no necesitaba una lanza para hacer daño. Pero estuvo cerca.

La Guarida de los Espíritus estaba prácticamente desierta, lo que hizo que a Ketahn se le retorciera las tripas. La mayoría de los días, siempre había numerosos vrix leyendo las historias grabadas en la piedra, disfrutando de la luz del sol reflejada o rindiendo homenaje en silencio a los espíritus de sus antepasados y rezando a los Ocho. Los únicos vrix que había estaban reunidos en el estrado central.

Las Colmillos se erguían a lo largo del borde del estrado como estatuas adornadas con oro. Un pequeño grupo de oradores de espíritus se situaba a un par de segmentos del borde, con sus figuras envueltas en seda igual de grandes pero mucho menos imponentes que las de los

Colmillos.

La oradora de espíritus del medio llevaba un atuendo distinto al de sus dos compañeras, era la Alta Oradora Valkai. Hablaba en voz baja, y sus blancas coberturas se balanceaban con sus suaves movimientos. A pesar del eco de la cámara, Ketahn no pudo distinguir sus palabras; su voz no era más que un zumbido musical cuando llegó hasta él.

Más allá de los oradores de espíritus, encaramada en el punto más alto del estrado, estaba la reina. Dos Garras la seguían de cerca. Las pieles negras que llevaban sobre los hombros les colgaban de la espalda hasta rozarles las patas traseras.

Ahnset no aparecía por ninguna parte. El alivio y el temor renovado chocaron en el interior de Ketahn, haciendo que se le oprimiera el pecho y se le revolvieran las tripas. Ella no estaba aquí, pero eso no significaba que no estuviera en Takarahl. Eso no significaba que no estuviera de camino hacia allí incluso en ese momento.

La cabeza de Zurvashi se volvió hacia Ketahn. Incluso desde tan lejos, no se le escapó el brillo voraz de sus ojos ambarinos. Sus mandíbulas se movieron hacia fuera y chasquearon, y se elevó un poco más. Las largas y vaporosas puntas de sus coberturas de seda púrpura se deslizaban por la piedra bajo ella.

La hermana de cría de Ketahn no estaba aquí, pero él estaba atrapado.

La reina se volvió hacia él sin siquiera reconocer la falta de respeto de la Alta Oradora, que seguía hablando.

—Mi pequeño y audaz cazador —exclamó Zurvashi. La caverna convirtió su voz en algo retumbante y siniestro, y la zancada de Ketahn vaciló. Sus ojos, y su tono, se oscurecieron—. ¿No me has hecho esperar lo suficiente, Ketahn? Ven. Ahora.

Los dientes de Ketahn rechinaron mientras obligaba a sus patas a moverse. La tensión que recorría su cuerpo era más fuerte que nunca, amenazando con abrumarle por completo.

Una vez más, tenía que jugar el juego. Una vez más, y ya nunca más.

Nunca más... ¿Cuántas veces se lo había dicho a sí mismo? ¿Cuántas veces había fracasado en su intento de hacerlo realidad?

La reina hizo un gesto desdeñoso a los oradores de espíritus.

—Retomaremos nuestra discusión en otro momento.

Los oradores de espíritus que flanqueaban a Valkai se inclinaron.

La Alta Oradora Valkai solo inclinó ligeramente la cabeza y miró hacia Ketahn.

—Mi reina, si me permites unos momentos más...

Zurvashi chasqueó la cabeza hacia Valkai, otorgando al movimiento una mayor sensación de poder y finalidad con un agudo chasquido de los colmillos de su mandíbula. No dijo nada; su mirada era más que suficiente para enviar su mensaje.

La Alta Oradora mantuvo la mirada de la reina durante cinco latidos de Ketahn, mucho más de lo que él habría esperado. Luego hizo una profunda reverencia y retrocedió con una gracia impresionante, moviendo con fluidez sus coberturas de seda.

De algún modo, Ketahn sintió más odio hacia Zurvashi. Por muchas preguntas que le hubieran surgido sobre los Ocho, solo había visto amabilidad y respeto por parte de la Alta Oradora, no solo hacia la reina y otros vrix de alto rango, sino hacia todos los vrix de Takarahl. Siempre había parecido cuidar de verdad a toda la extensa prole de los Ocho aquí, en el reino de carne, hueso y sangre.

Los tres oradores de espíritus se retiraron del estrado justo cuando Ketahn llegaba a él. Valkai volvió a encontrarse con la mirada de Ketahn, esta vez cruzando los antebrazos en el signo de los Ocho.

Él devolvió el gesto, deseando poder imbuirlo de la reverencia apropiada.

—Que te tengan bajo su vigilancia, cazador —dijo la Alta Oradora en voz baja.

El oro tintineó y la seda rozó en lo alto del estrado. Ketahn miró a la reina, que se acercaba a él con el aire pausado de un depredador jugueteando con su presa; la seguían los Garras.

—No veo ningún regalo. ¿Debo expresar mi decepción, Ketahn? —ronroneó. Aunque aún estaba a varios segmentos de distancia, su olor se espesó en el aire, iniciando lo que seguramente sería un asalto implacable a los sentidos de Ketahn.

Los Garras que estaban detrás de la reina dirigieron sus ojos hacia ella y sus cierres se crisparon.

Ketahn forzó el recuerdo del olor de Ivy a la primera línea de su mente y se envolvió en él.

—Tú eres la reina. ¿No has dejado claro que harás lo que desees?

Seis Colmillos estaban de pie en el estrado, incluida la Primera Colmillo Korahla. Sin duda había más en cada una de las entradas de la caverna. No sería posible escapar sin el permiso de la reina.

El carraspeo de Zurvashi era bajo y resonante, tan pausado como su paso.

—No sé si alabarte o castigarte por insolente. Pero cualquiera de las dos cosas me alegrará.

Se detuvo en el borde del estrado y deslizó una pata delantera hacia delante, liberándola de los confines de su larga cubierta de seda. Ketahn se vio obligado, como siempre, a mirarla. Ella le rozó el hombro con la pata. Sus finos pelos le rozaron la piel, provocando una oleada de repulsión que recorrió todo su cuerpo en un instante.

—Ese extraño olor te ha vuelto a invadir... —Inclinó la cabeza, con las mandíbulas oscilando hacia fuera y hacia dentro.

Los corazones de Ketahn se estremecieron. Aquel olor era el de Ivy; la lluvia no había sido suficiente para borrarlo. No pudo evitar sentirse algo orgulloso de ello, aunque su temor por su compañera era mucho mayor.

Dio un paso atrás, rompiendo el contacto con su pata.

—Me llegan muchos olores extraños. Y, como siempre, ninguno de ellos es tuyo.

En el fondo de su mente, una parte de Ketahn protestó. ¿Qué podía ganar provocando a Zurvashi? Por su orgullo, por su amargura, ¿realmente iba a poner más en peligro a Ella?

No habría forma de proteger a nadie si la reina le arrancaba la garganta.

—Tus pequeñas burlas no significan nada, Ketahn. No son más que maniobras para comprobar las habilidades de un guerrero enemigo.

Ketahn cerró los puños inútilmente. ¿Dónde estaba Ahnset? ¿Cuánto tiempo más tendría para encontrarla?

¿Cuánto tiempo más podría fingir?

—¿Es eso lo que somos el uno para el otro, Zurvashi? ¿Enemigos?

Trinó pensativa.

—Pareces ansioso por convertirnos en tales.

—Solo deseo demostrar mi valía —dijo él, manteniendo de algún modo la voz firme—. No hay hembra como tú, mi reina, y conquistarte es el mayor desafío al que puede enfrentarse cualquier vrix. Sin embargo, hasta ahora solo me he ganado tu decepción.

—Ah, macho estúpido —dijo ella en tono desenfadado—. Solo estoy decepcionada porque no has llegado cargado de regalos, como prometiste. Eso significa que tendrás que esforzarte más en otros asuntos para apaciguarme.

Todo en el interior de Ketahn se retorció y se encogió al pensar en los *esfuerzos* que ella había insinuado.

—Tu paciencia dará sus frutos. Pero debo señalar que, por mucho que lo desees, mi reina, siete viene antes que ocho. Mañana será tu día.

Volvió a carraspear. Había mucho más sentido del humor en ella de lo que Ketahn podría haber esperado oír, y resultaba inquietante. Apartando el largo vestido de seda, Zurvashi bajó suavemente del estrado.

—Cada día es mi día, Ketahn. Y según nuestros queridos oradores de espíritus, el ocho está por encima de todos.

Zurvashi avanzó hacia él, con los dos Garras no muy lejos. Su fragancia emanaba de ella, envolviendo a Ketahn en una nube más espesa que cualquier niebla de la jungla que hubiera conocido. Clavó sus garras contra sus instintos, buscando un punto débil en su piel para abrumar sus sentidos y apoderarse de él. Le sostuvo la mirada mientras se acercaba y se mantuvo en su sitio.

La reina se detuvo a menos de medio segmento de Ketahn. Levantó las manos; una se dirigió a las finas trenzas que colgaban sobre su hombro, jugueteando con ellas delicadamente, mientras rozaba con los nudillos de la otra el brazo de Ketahn. Sus ojos, maliciosamente risueños, se desviaron hacia los oradores de espíritus cercanos.

—Por supuesto, yo digo que *uno* está por encima de todos —Aquellos ojos ambarinos volvieron a Ketahn, ardiendo de hambre—. Aún puedes convencerme de que dos —su mano se deslizó sobre su hombro y subió por su cuello— es el mejor número.

Deslizó las patas delanteras hacia delante, frotándolas contra las de Ketahn, y ronroneó.

Un escalofrío amenazó con recorrer a Ketahn desde el lomo hasta la cresta. El instinto rugió en su interior: «*¡No es Ivy, no es mi compañera!*»

Se concentró en aquella rabia, en aquella injusticia, en la promesa que le había hecho a su compañera. Con un resoplido, expulsó de sus pulmones el aire contaminado por el olor de Zurvashi.

Ketahn acortó la distancia que lo separaba de la reina, alzándose sobre las patas estiradas para mirarla a los ojos.

En los límites de su visión, vio a las Colmillos que seguían en el estrado empuñando sus lanzas a dos manos, con la atención fija en Ketahn. Los Garras que seguían a la reina habían bajado las manos hacia las hachas de roca negra que llevaban al cinto, pero sus ojos estaban fijos en la reina y no en Ketahn, brillando con una lujuria poco disimulada. Sin duda, también luchaban contra su olor.

—No habrá duda de ello cuando acabe, Zurvashi —dijo Ketahn.

Zurvashi buscó su mirada.

—Qué arrogancia.

—Confianza —corrigió él. Plenamente consciente de sus enormes mandíbulas tan cerca de su cara, se inclinó aún más y bajó la voz—. Serás conquistada, mi reina. Mañana.

Su mano se detuvo en su recorrido por la mandíbula de Ketahn. El calor de su cuerpo se intensificó y la tensión de sus músculos vibró en el aire. Aquel aroma embriagador se intensificó aún más, atacando en represalia a la resistencia de Ketahn, derribando sus defensas, forzando una respuesta por su parte.

Apretó los cierres al máximo, cerrando la abertura contra el deseo involuntario que le provocaba su olor. No traicionaría a su compañera, por mucho que le dominara el instinto.

Los dedos de ella se curvaron lentamente; el cambio colocó las garras de su mano superior contra la carne relativamente tierna de la garganta de Ketahn. Pero no presionó dichas garras. Todavía no.

—Mañana —repitió Ketahn—. No faltaré a mi palabra.

Su palabra a Ivy. A los humanos. A sí mismo. La reina no se había ganado nada de él: ni su lealtad, ni su honestidad, ni siquiera una pizca de su respeto.

Hubo movimiento en el otro lado de la caverna, el que conducía al santuario de la reina. Pasos pesados, golpes de lanza y tintineo de oro.

Zurvashi habló en voz tan baja como la de Ketahn, pero con un tono amenazador.

—¿Mi generosidad te ha hecho creer que puedes dictar los términos de nuestra relación, Ketahn?

Ketahn mantuvo sus ojos fijos en los de ella, sin traicionar nada.

—Ya lo he hecho.

Los sonidos que habían entrado en la caverna se acercaron rápidamente. Las mandíbulas de Zurvashi se movieron como al compás de los pasos que se acercaban. Unas punzadas de dolor se encendieron en la piel de Ketahn bajo sus garras.

Pero había un destello de lujuria en sus ojos.

—Mi reina —dijo uno de los recién llegados—, le ruego que perdone la interrupción.

Ni Zurvashi ni Ketahn apartaron la mirada, ni siquiera cuando uno de los vrix recién llegados lanzó un grito ahogado.

—Más tarde —gruñó la reina. No aflojó su agarre sobre la garganta de Ketahn, pero tampoco lo reforzó, y su pata acarició la de él ligeramente, de manera provocadora.

—Mi reina, es cuestión de...

—¡Más tarde! —Las mandíbulas de Zurvashi giraron hacia dentro, deteniéndose solo cuando sus colmillos estuvieron a un pelo de la cara de Ketahn. Este no le concedió ni un mínimo sobresalto.

—Esto no puede ser ignorado, mi reina —dijo Korahla con una voz a la vez autoritaria e inusualmente débil.

Ketahn supuso que era su tono, más que sus palabras, lo que atraía la atención de la reina. Soltando un gruñido grave, Zurvashi volvió la cabeza hacia las recién llegadas. Los ojos de Ketahn se fijaron en la garganta de la reina durante un instante, un instante terrible y tentador, antes de seguir su mirada.

Podría haber comparado lo que sintió entonces con una red que se cerraba alrededor de sus entrañas y tiraba con tanta fuerza que todo parecía a punto de estallar. El frío que brotaba de su interior hacía que la nieve de la que Ivy le había hablado una vez pareciese templada en comparación.

Flanqueada por un par de Colmillos claramente confusas e inquietas, estaba Ahnset. Sostenía algo contra el pecho, envuelta en una manta de seda que le resultaba familiar. Goteaba agua de su piel, sus trenzas mojadas colgaban desordenadas sobre sus hombros y sus ojos grandes, desesperados y compungidos estaban fijos en Ketahn.

Aunque era más grande y ancha que cualquiera de sus escoltas, aunque había luchado contra innumerables enemigos hasta la muerte, aunque era de élite incluso entre la guardia de élite de la reina, había algo desafortunadamente inocente en Ahnset en aquel momento. Algo que a Ketahn le recordaba a una cría.

Algo que sentía como un cuchillo hundiéndose en uno de sus corazones.

La reina lanzó un gruñido.

—¿Ahnset? —Sus dedos se flexionaron lo suficiente para que Ketahn sintiera una garra clavándose en su piel. Apartó la mano de su cuello y giró para mirar a su hermana de cría de frente—. Explicate. Ahora.

Los pulmones de Ketahn ardían, pero su garganta estaba demasiado apretada para aspirar aire, y eso no tenía nada que ver con el agarre de la reina. El brillo afligido de los ojos de Ahnset se intensificó; no había apartado la mirada de Ketahn a pesar de ser ahora el centro de atención de la reina.

No había palabras para expresar el torrente de emociones que bullía en el interior de Ketahn. Mil tejedores podrían haber trabajado en ello durante mil años y no habrían desenredado la maraña.

—No me ignores —Zurvashi dio un paso hacia Ahnset. La escolta de Colmillos retrocedió la misma distancia. La reina se detuvo, su ira vaciló mientras sus ojos descendían—. ¿Qué es lo que traes?

«*Lo siento, mi nyleea*».

«*Lo siento*».

Ahnset respiró hondo y finalmente miró a la reina, la ternura desapareció de sus ojos.

—Una criatura que necesita ayuda, mi reina.

Levantó el fardo que tenía en los brazos. La criatura que contenía se agitó y parte de la tela se desprendió, revelando un rostro pequeño y de piel pálida, cabello castaño lacio y ojos verdes, agotados y aterrorizados.

Ojos humanos.

Las hembras cercanas jadearon y profirieron maldiciones asombradas. Uno de los oradores de espíritus susurró una breve plegaria a los Ocho. Algunas de las Colmillos volvieron sus lanzas hacia Ella y Ahnset, como si la pequeña y enfermiza humana pudiera hacerles daño.

Pero solo una reacción asustó a Ketahn, solo una reacción alimentó directamente su frío y pesado pavor.

Zurvashi miraba fijamente a Ella, en completo silencio, totalmente inmóvil. Y Ketahn sintió que su mundo se hacía añicos a su alrededor.

Capítulo Veintisiete

Las mandíbulas de la reina subieron y bajaron, e inclinó la cabeza hacia un lado ligeramente. El único sonido que había en la cámara era el de la tormenta que arreciaba muy, muy arriba, amplificado a través del agujero del techo de la caverna, y el lento y resonante goteo del agua que caía por ese mismo agujero.

Los corazones de Ketahn se agitaron de nuevo. Su sangre se arrastró por sus venas como barro deslizándose colina abajo, espesada por aquella mezcla imposible de frío y calor.

—¿Qué es esta criatura? —preguntó Zurvashi. El zumbido subyacente a sus palabras podría haber sido curiosidad, pero también repugnancia.

Aunque el movimiento fue sutil, Ahnset se apartó de la reina.

—Es una *huu-nana*.

Zurvashi llamó a sus Garras con un gesto de impaciencia. Los machos avanzaron con cautela, observando a Ketahn y manteniendo las manos en sus armas mientras lo hacían.

—¿Habíais visto una criatura como esta? —preguntó la reina.

—No, mi reina —respondió uno.

—Nunca —dijo el otro.

—Solo los mejores cazadores para los Garras de la Reina —se burló Zurvashi—. Si no fuera por su lealtad, hace tiempo que habría aplastado a ese idiota de Durax —Despidió a los Garras con un gesto enérgico y miró a Ketahn—. ¿Y tú?

Ketahn no respondió.

La reina carraspeó.

—Tú sí. Se ve claramente en tus ojos, Ketahn.

—¿Q-qué está pasando? —preguntó Ella con voz débil y cansada. La expresión de sus ojos reflejaba algo más que miedo. Era un fuego chisporroteante que estaba consumiendo hasta el último resto de su leña, más brillante que nunca a medida que entraba en sus últimos momentos. Y cada vez que su mirada se apartaba de los vrix para contemplar la caverna que la rodeaba, esa luz adquiría un matiz de asombro.

—Tiene un reclamo extraño —comentó una de las Colmillos.

—Silencio —espetó la Primera Colmillo Korahla.

—¿Ahnset? —Ella miró de Ahnset a Ketahn, formándose una arruga suplicante entre sus cejas—. ¿Ketahn?

Zurvashi soltó un resoplido incrédulo.

—¿Esa criatura acaba de pronunciar vuestros nombres?

—Todo irá bien, Ella —dijo Ketahn en español; no apartó la mirada de la reina.

—Palabras —exhaló la Alta Oradora Valkai—. Son palabras en otra lengua.

—Los *huu-nanos* son inteligentes —dijo Ahnset, reforzando su voz con una nueva confianza—. Mi reina, entablar amistad con estas criaturas beneficiaría a todos en Takarahl. Las herramientas que son capaces de crear superan todo lo que hemos imaginado.

La reina se acercó a Ahnset y Ella. La hembra humana se encogió en los brazos de Ahnset, acurrucándose contra su pecho.

—K-Ketahn, ¿qué... qué es este lugar? —preguntó Ella, temblando—. ¿Por qué Ahnset... me ha traído aquí?

Las palabras que Ketahn estaba a punto de pronunciar se formaron en sus entrañas, tomando la forma de una enredadera de espinas. Le destrozaron las entrañas al elevarse, dejándole el pecho y la garganta desgarrados y en carne viva; no era la lengua alienígena en la que las pronunciaba lo que las hacía tan dolorosas. Era su verdad.

Era su futilidad.

—Para curarte —dijo—. Ahnset... quiere ayudar.

—¿Entiendes a esta criatura, Ketahn? —preguntó la reina, mirándole de nuevo—. Dime lo que dice.

Ketahn cerró los puños, apretando las garras contra las palmas.

—Ahnset, llévatela de aquí.

—No harás tal cosa —bramó Zurvashi, dirigiendo un dedo hacia Ahnset como si fuera una lanza de guerra—. Tráeme a esa cosa.

Las mandíbulas de Ahnset se crisparon y cayeron, colgando a los lados de su cara. Su postura estaba rígida por la tensión y la incertidumbre.

—Ketahn, yo...

—Tu reina te lo ordena —gruñó Zurvashi—. No me ignores.

El temblor de Ella solo empeoró ante la ira de la reina.

Por grande y poderosa que le pareciera la reina, debía de serlo muchísimo más desde la perspectiva de Ella. Ella era una cosa pequeña, blanda y enferma en un mundo de gigantes, y ninguno era tan grande como Zurvashi.

A Ketahn no le importaba si la muerte de Ella tendría lugar dentro de unos días o dentro de años: no permitiría que los últimos momentos de la humana tuvieran lugar aquí. No con *ella*.

—No me ignores —rugió él, lanzándose hacia el espacio que había entre Zurvashi y Ahnset.

Las Colmillos sacudieron su aparente estupor. En una rápida ráfaga de movimientos, cuatro de ellas se colocaron en círculo alrededor de Ketahn, apuntándole al cuello con sus lanzas. Los dos Garras que estaban detrás de la reina tenían ahora las hachas en alto, con las mandíbulas rechinando.

Ketahn no apartó la mirada de Zurvashi.

La reina bajó la barbilla para mirarle, entrecerrando los ojos.

Ahnset rugió su nombre.

El pecho y los hombros de Ketahn se agitaban, y su respiración se entrecortó cuando el fuego de su interior venció por fin al frío.

—No hemos terminado, Zurvashi.

La reina Zurvashi hizo un trino pensativo.

—No, pequeño Ketahn. No hemos terminado. Apártate de mi camino.

«Ivy... *Perdóname*».

—No.

—Maldita sea tu terquedad, cazador —gruñó la Primera Colmillo Korahla. Estaba de pie

detrás de la reina, con los ojos cambiando repetidamente entre Ketahn y su hermana de cría. Nunca la había visto tan preocupada.

La máscara de calma que se había instalado sobre los ojos de Zurvashi se hizo añicos. Se abalanzó sobre él, extendiendo ambos brazos izquierdos. Sus largas y malvadas garras eran borrones que corrían hacia la cabeza de Ketahn, cada una de ellas tan capaz de atravesarle la piel como una esquirra afilada de roca negra.

Ketahn esquivó el alcance de Zurvashi y se desplazó hacia su lado izquierdo. Levantó uno de sus brazos, enganchándolo alrededor de los dos de ella, y se balanceó detrás de ella, utilizando su agarre para lanzarse contra su espalda.

Entre el impulso de su ataque y el impacto del peso de Ketahn, las patas delanteras de Zurvashi se doblaron. Las articulaciones de sus patas golpearon con fuerza contra el suelo. El oro y las gemas repiquetearon, algunas de ellas golpearon la piedra, y Zurvashi se vio obligada a girar el torso para sujetarse con las manos derechas.

Ketahn se colocó completamente encima de ella y la rodeó con las patas traseras y el torso, clavándole las garras en la piel. Ella lanzó un gruñido de dolor y se incorporó con demasiada rapidez.

Los rostros de todos los vrix que había visto morir a lo largo de los años pasaron por la mente de Ketahn. Con un gruñido, rodeó el cuello de Zurvashi con el brazo izquierdo y le clavó las garras en la mejilla para sujetarla. La sangre caliente goteó sobre sus dedos.

Había gritos por todas partes, figuras corpulentas cerniéndose sobre él, pero Ketahn no podía distinguir nada; aquel caos no importaba.

Él era el protector... El vengador. Si no podía salvar a Ella, al menos se aseguraría de que Zurvashi nunca supusiera una amenaza para ninguno de sus otros amigos, ninguno de los otros humanos.

Zurvashi levantó el brazo derecho por encima de la cabeza y lo dobló hacia atrás. Su mano se posó en la espalda de Ketahn, entre el cuello y el hombro. Sus garras atravesaron su carne como si no fuera más gruesa que una hoja.

No sintió dolor, pero su brazo perdió fuerza. Zurvashi se inclinó hacia delante, arrastrando a Ketahn por la fuerza. Su cuerpo se volteó sobre su hombro, sus garras rasgaron surcos en su mejilla, y cayó al suelo de espaldas con fuerza suficiente para robarle el aire de los pulmones.

Zurvashi sacudió la cabeza. Gotas de sangre se derramaron de los cortes de su mejilla, cayendo sobre Ketahn.

Los Garras fueron los primeros en caer sobre él. Los filos de sus hachas de roca negra brillaron a la luz azul de los cristales mientras sus manos agarraban a Ketahn por los brazos.

—No le matéis —rugió Zurvashi.

Sin intentar ocultar su frustración, los Garras gruñeron y apretaron con más fuerza a Ketahn, arrastrándolo hacia arriba. Cuando intentó poner las patas debajo de él, uno de los Garras le dio una patada en la parte posterior de las articulaciones de las patas, obligando a doblar los miembros.

—Por favor, Ahnset, quiero volver. Por favor. Llévame... llévame... llévame de vuelta — Las palabras de Ella eran entrecortadas, débiles, desesperadas. Afligidas y temerosas. Le brillaban las lágrimas en los ojos.

—Tranquila, pequeña —la tranquilizó Ahnset. Ketahn reconoció las grietas en su calma exterior, el débil temblor de su voz.

—¿Era esto un desafío para gobernar? —preguntó la reina, clavando su mirada en la Alta Oradora—. ¿Estábamos luchando bajo sus ócuples ojos para determinar el destino de Takarahl?

Valkai bajó la cabeza.

—No, mi reina.

—No —Zurvashi giró hacia las Colmillos, con el vello fino erizado—. Entonces, ¿por qué os quedasteis mirando mientras atacaban a vuestra reina? Las rocas me habrían ofrecido mejor protección.

—Estaba desarmado —replicó la Primera Colmillo Korahla—, y siempre habéis elegido enfrentaros a vuestros atacantes con vuestras propias manos, mi reina.

La reina caminó hacia la Primera Colmillo, con los dedos flexionados como si se preparara para arremeter. La voz de Zurvashi era peligrosamente grave.

—Cuando todo esto termine, Korahla, tendremos una animada discusión sobre la lealtad y eficacia de las Colmillos bajo tu mando.

Algo parpadeó en los ojos de Korahla, malestar, quizá incluso vergüenza, pero desapareció antes de que Ketahn pudiera determinar de qué se trataba.

La Primera Colmillo hizo un gesto de disculpa e inclinó la cabeza.

—Sí, mi reina.

Zurvashi permaneció allí varios latidos más; Korahla se mantuvo firme, pero no volvió a levantar la cabeza. Finalmente, la reina se puso delante de Ketahn.

El carmesí brotó de su mejilla cuando se inclinó y le agarró la mandíbula, manteniéndole la cabeza inmóvil.

—Tú y yo *no* hemos terminado —dijo en un ronroneo. Levantó una pata delantera doblada, la apretó contra su costado y la deslizó hacia abajo lenta y deliberadamente, esparciendo su fuerte aroma por su piel—. Doblegarte a mi voluntad será el mayor desafío al que me haya enfrentado jamás, Ketahn. Pero cuando por fin te derrumbes, cuando por fin admitas ante ti mismo que me perteneces... Ese momento será, con diferencia, más dulce que cualquier otro.

—Por los Ocho —roncó Ketahn—, acabaré contigo, Zurvashi.

—Un macho insensato que necesita aprender cuál es su lugar. Por suerte para ti, tu lugar es ser mi pareja y padre de mi prole —Ella aflojó el agarre sobre su rostro y le acarició la mejilla—. Pero debo atender a mis otros invitados antes de ocuparme de ti, pequeño cazador.

Echó la cabeza hacia delante, buscando el antebrazo de la reina con las mandíbulas, pero uno de los Garras agarró un manojo del pelo de Ketahn y tiró con fuerza de él hacia atrás. El filo dentado de un hacha le presionó la garganta.

—No te muevas —gruñó el Garra situado a su derecha.

Zurvashi carraspeó como si todo fuera una broma y se volvió hacia Ahnset.

—Solo lo diré una vez más, Ahnset. Trae aquí a la criatura.

Ahnset inspiró profundamente, lo que hizo que se le hinchara el pecho. Ketahn la observó endurecerse: sus ojos, su postura, y su espíritu. Recortó la distancia que la separaba de la reina en dos zancadas.

La reina Zurvashi cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bájala.

Rígidamente, Ahnset bajó a Ella. La humana se aferró a Ahnset, luchando por permanecer cerca, por permanecer al abrigo de sus brazos, pero habría sido una lucha imposible de ganar para Ella aunque estuviera en su mejor momento.

Los pies de Ella tocaron el frío suelo de piedra; estaban desnudos. Ella retrocedió tambaleándose contra Ahnset, haciendo como si quisiera girar hacia ella.

La dureza de los ojos de Ahnset se hizo añicos. Apartó la mirada mientras colocaba un par de manos sobre los hombros de Ella y obligaba suavemente a la humana a avanzar. Los forcejeos de

Ella cesaron cuando se encontró mirando a Zurvashi. Tenía los ojos oscuros y hundidos, en marcado contraste con su piel terriblemente pálida, y los labios teñidos de azul. Se abrigó más con la manta, temblando.

—Como he dicho, mi reina, hay mucho que podríamos aprender de ellos —dijo Ahnset.

—¿De algo tan diminuto y frágil? —Zurvashi se inclinó más hacia Ella—. ¿Qué le ocurre?

—Está enferma. Esperaba... conseguir raíces sanadoras, mi reina, para curarla.

—¿Son todos así? ¿Blandos y débiles? —La reina levantó la mirada hacia Ahnset—. Esta criatura parece algo que podríamos cazar, aunque apenas serviría de comida.

A Ketahn se le revolviéron las tripas ante la idea de que los humanos fueran comida, de que su Ivy fuera comida.

—No la toques —gruñó, lanzándose hacia delante. Los Garras que lo sujetaban gruñeron y tiraron de él hacia atrás.

Zurvashi giró la cabeza, mirando a Ketahn. Sus corazones martilleaban en su pecho, su rabia se arremolinaba en olas ardientes que no tenían adónde ir, consumiéndole por dentro, y su hilo del corazón palpitaba afligido por la ausencia de su compañera.

—Hay más, ¿verdad? —Zurvashi volvió a centrar su atención en Ahnset.

Las mandíbulas de Ahnset se juntaron y sus colmillos rechinaron el uno contra el otro.

La reina agarró a Ella. La hembra humana soltó un pequeño grito y retrocedió, pero no podía retroceder; la firmeza de Ahnset la mantenía en su sitio.

La mano de Zurvashi atrapó la parte inferior de la mandíbula de Ella. La respiración de Ella, ya superficial y agitada, se volvió rápida y entrecortada, y el pánico se reflejó en sus ojos. Zurvashi inclinó la cabeza de la humana hacia atrás, girándola de un lado a otro.

—¡Qué cosas más feas! Parecen gusanos deformes salidos de la tierra —La reina agarró la manta y la apartó de Ella. La tela húmeda rozó la pata delantera de Zurvashi cuando la soltó.

—Es tan inofensiva como una cría —dijo Ketahn—. Déjala marchar. No es una amenaza para ti.

El cuerpo de la reina se puso rígido. Un gruñido grave retumbó en su pecho mientras enganchaba la manta que había caído con las garras de las patas y la alzaba hacia una de sus manos. Apretó la tela contra su rostro e inspiró hondo con fuerza.

La comprensión golpeó a Ketahn con más fuerza que cualquier golpe que Zurvashi pudiera haberle asestado.

Era la manta de Ivy. La que había usado casi todos los días durante varios días antes de regalársela a Ella. La que desprendía el aroma de Ivy hasta en sus fibras más diminutas.

Con las mandíbulas abiertas, Zurvashi se inclinó y olisqueó a Ella, que cerró los ojos y volvió la cara.

—¡Déjala, Zurvashi! —exclamó Ketahn.

—Conozco este olor —La reina movió la mano para rodear la garganta de Ella.

Ella lanzó un grito ahogado y levantó las manos para agarrarse inútilmente al brazo de Zurvashi.

—Lo he oído en ti —Zurvashi apuntó con un dedo hacia Ketahn, con un destello de fuego en los ojos— muchas veces. Uno de los muchos olores de la jungla, dijiste. Pero yo nunca lo había oído, y eso que he recorrido la jungla, Ketahn.

Los brazos de Ahnset se tensaron, temblando.

—Mi reina, por favor. No te ha hecho ningún daño a ti ni a ningún otro vrix. Ella y los suyos no quieren hacernos daño.

Zurvashi arrancó a Ella de las manos de Ahnset, dejando que la Colmillo avanzara a

trompicones. Los pies de Ella se arrastraron por el suelo mientras Zurvashi, sujetándola por el cuello, giraba para mirar a Ketahn.

—¡Te has apareado con esta criatura!

Ketahn forcejeó contra el agarre de los Garras, con los corazones atronando.

—¡No!

La cara de Ella se estaba poniendo roja. Ketahn sabía que parte de ese color en la piel humana era saludable, pero aquello no tenía nada de saludable.

Rugió y torció el torso con furia hacia un lado, liberando los brazos de uno de los Garras y lanzando su peso contra el otro. El filo de roca negra le cortó la garganta. El dolor abrasador era lejano, la herida leve, y su furia se desató.

El instinto le impulsó, exigiendo sangre, exigiendo muerte, exigiendo salvajismo para proteger a este miembro enfermizo de su tribu. Sus garras se lanzaron salvajemente, destrozando la carne del macho que había derribado.

El otro Garra había mantenido su agarre sobre el pelo de Ketahn. Ahora tiró de él. Ketahn se resistió un instante antes de lanzar su peso en la misma dirección. El repentino cambio de impulso rompió el equilibrio del Garra, y Ketahn cayó sobre él. En el lapso de un latido, le arrebató el hacha a aquel macho.

Una enorme figura se acercó por un lateral. Ketahn arremetió con el hacha, enterrando su cabeza en las tripas de la Colmillo que había intentado intervenir. Aquello la frenó, pero no se detuvo.

Una tormenta de manos y puños envolvió a Ketahn, oscureciendo su visión y reduciendo su mente al más primario de los pensamientos: matar o morir. Se agitó y arañó, rechinó las mandíbulas y pateó, causando tanto daño a sus enemigos como pudo.

Pero eran demasiados, demasiado fuertes. Las Colmillos consiguieron agarrarle por los brazos y las patas, levantándole completamente del suelo para negarle la fuerza que le habría proporcionado la tierra firme. Le doblaron las extremidades, ejerciendo tanta presión sobre las articulaciones que podría haber gemido de no ser porque la neblina de la batalla lo embotaba todo, excepto su rabia.

La Colmillo lo giró para que volviera a estar frente a Zurvashi.

Los ojos redondos y aterrorizados de Ella, que mostraban gran parte de su blanco, y unas venas como telarañas que los surcaban, ahora más visibles que nunca, se encontraron con la mirada de Ketahn.

—Te has apareado con esta abominación —le gruñó Zurvashi—. ¡Me has despreciado por esta criatura! ¡Este gusano! Se te ha ofrecido lo mejor de nuestra especie y en su lugar has elegido un animal —Sacudió a Ella con fuerza; los miembros de la humana se agitaron contra dicha fuerza, pero de algún modo Ella aguantó.

—Suéltala —rugió Ketahn, forcejeando contra sus captores.

Las Colmillos se balancearon, moviendo las patas para sujetarse mejor, y le apretaron con más fuerza.

—Por favor, mi reina —suplicó Ahnset—. No es como dices.

Se lanzó hacia delante, pero Korahla la interceptó, bloqueando el camino de Ahnset con su propio cuerpo.

—¿Sigues luchando por la vida de esta criatura? —Zurvashi levantó a Ella en alto. Los pies de la humana colgaban y pataleaban débilmente a casi dos segmentos del suelo. Zurvashi seguía mirando fijamente a Ketahn—. No permitiré que nuestra especie se vea mancillada por estas viles criaturas. No volveré a quedar en ridículo en mi propia ciudad.

La reina dio un paso adelante y rodeó el cuello de Ketahn con una mano, apretando lo suficiente como para impedir que le entrara aire en los pulmones. Le obligó a levantar la cabeza.

—No permitiré que sigas creyendo que tienes elección, gusano rastrero de la jungla. Takarahl es *mía*. Toda la Maraña es *mía*. *Tú. Eres. Mío*.

Ketahn intentó ahogar las palabras; no sabía cuáles podrían haber sido, no sabía qué podría haber dicho, y no importaba. No habrían cambiado nada si hubiera sido capaz de decirlas.

No le permitió apartar la mirada mientras sujetaba con una mano la parte superior de la cabeza de Ella. No le permitió apartar la mirada mientras apretaba el cuello y el cráneo de Ella. No le permitió apartar la mirada mientras tiraba de sus manos en distintas direcciones.

—¡No! —gritó Ahnset.

El grito agónico de Ella fue interrumpido por el crujido de los huesos y el desgarrar de la carne. Ketahn había oído esos sonidos innumerables veces, pero esta vez le penetraron hasta la médula. Estaban grabados a fuego en su espíritu, en el hilo de su corazón, y le perseguirían para siempre. Hubo gritos, Ahnset gritó de conmoción y rabia, pero lo único que Ketahn pudo oír fue el crujido de los huesos, el desgarrar de la carne y aquel grito corto y horripilante.

El último sonido de Ella fue un gemido ahogado. Era poco más que un susurro en medio de una tormenta furiosa.

La sangre brotó entre los dedos de Zurvashi, y con ella brotaron trozos de carne y hueso destrozados. Sus ojos ambarinos se clavaron en Ketahn mientras arrancaba lo que quedaba de la cabeza de Ella de su cuerpo.

—Modelador, deshazme —gimió alguien.

Ketahn se quedó mirando el cuerpo inmóvil de Ella, la sangre que corría sobre su mono, sus sucios pies descalzos mientras la sangre se escurría por sus dedos y se acumulaba en el suelo. Por un instante, su imaginación le mostró a Ivy en el lugar de Ella, y supo que los Ocho no se parecían en nada a lo que le habían enseñado. ¿Qué dioses benévolos permitirían que se cometiera semejante atrocidad aquí, en la misma caverna donde se les adoraba?

Zurvashi tiró de la cara de Ketahn hacia ella y se inclinó hacia él, lo bastante cerca como para poder agarrarla con las mandíbulas, lo bastante cerca como para haberlo hecho, pero no podía sentir su cuerpo, no podía moverse, no podía pensar.

—Haré que me traigan a cada una de esas criaturas —murmuró ella, arrastrando la punta de una garra por su mandíbula—, y verás cómo las destrozo, una a una. Verás cómo pinto la piedra de Takarahl con su sangre. Y me darás todo lo que exijo y más, porque me perteneces, Ketahn. Pasarás el resto de tus días redimiéndote por lo que has hecho. Pasarás el resto de tus días donde te corresponde, debajo de mí.

Le empujó con fuerza la cabeza hacia abajo y soltó su agarre. Ketahn aspiró aire a través de su dolorida garganta, con las mandíbulas abiertas de par en par.

—Te daré todo lo que te mereces —gruñó—. Sangre por sangre.

La reina arrojó a un lado los restos de Ella como un trozo de seda sucia, sacudiéndose el exceso de sangre de las manos.

—Llévalo al agujero más profundo y oscuro de Takarahl y asegúrate de que permanezca allí hasta que considere oportuno utilizarlo.

Las Colmillos lo arrastraron hacia atrás, alejándolo de la reina. Ketahn luchó y siseó, pero no pudo romper sus agarres. Sus corazones latían como truenos y su rabia era tan ardiente como para derretir la piedra, pero todo fue en vano.

—En cuanto a ti, Ahnset... —dijo la reina, dándole la espalda a Ketahn.

La Primera Colmillo Korahla se movió para estar más frente a Ahnset.

—Zurvashi, ella...

La reina silenció a la Primera Colmillo con un chasquido de sus colmillos.

—Ella va a guiar a mis Garras hasta el resto de estas criaturas.

Ketahn rugió con una furia inútil; su rugido resonó en la caverna, creciendo y creciendo, haciendo temblar los cristales al convertirse en algo tan poderoso como carente de sentido. Rugió hasta que se le desgarró la garganta, e incluso entonces, no se detuvo hasta que no quedó sonido alguno que emergiera de él.

Y las Colmillos de la Reina lo arrastraron hacia la oscuridad.

UNIDO

(LA COMPAÑERA DE LA ARAÑA #3)

Ketahn protegerá a su compañera cueste lo que cueste.

La reina Zurvashi no descansará hasta que todo lo que le importa a Ketahn desaparezca y él le pertenezca.

Tanto su dulce y compasiva Ivy como su hermana, sus amigos y su nueva tribu de humanos están en peligro. Teme que ningún lugar esté lo bastante lejos como para escapar de la ira de la reina.

Pero Ketahn dejará que arda toda la jungla antes de permitir que su compañera sufra ningún daño. Aunque tenga que enfrentarse a Zurvashi y a su ejército, a todas las bestias de la Maraña, e incluso si debe desafiar a los propios dioses, jamás entregará a su hembra.

Ketahn e Ivy están unidos, y ninguna fuerza del universo podrá cortar los hilos que los unen.

ACERCA DE LOS AUTORES

Tiffany Roberts es el seudónimo de Tiffany and Robert Freund, un dúo de escritores formado por marido y mujer. Ambos han compartido siempre la pasión por la lectura y la escritura, y su sueño era combinar sus extraordinarios poderes para crear el tipo de libros que querían leer. Escriben ciencia ficción y fantasía romántica con personajes, creando un “felices para siempre” alienígena y misterioso.